

R. 11.836

ANT

XIX

2174

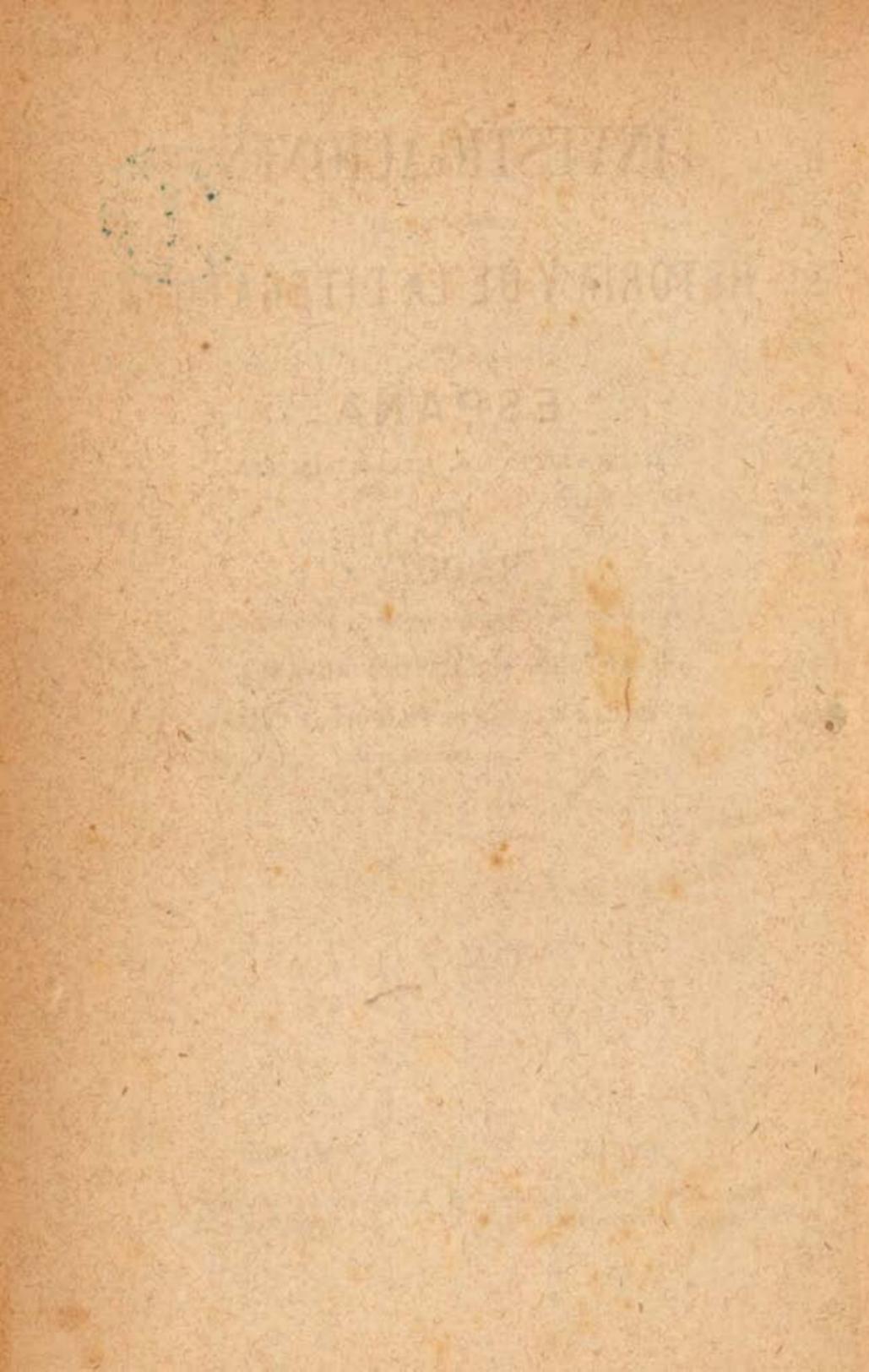


INVESTIGACIONES

ACERCA DE LA

HISTORIA Y DE LA LITERATURA DE ESPAÑA.

7.1419
—



INVESTIGACIONES
ACERCA DE LA
HISTORIA Y DE LA LITERATURA
DE
ESPAÑA

DURANTE LA EDAD MEDIA

POR

R. DOZY

traducidas de la segunda edición y anotadas por

D. ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ,

DR. EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS.



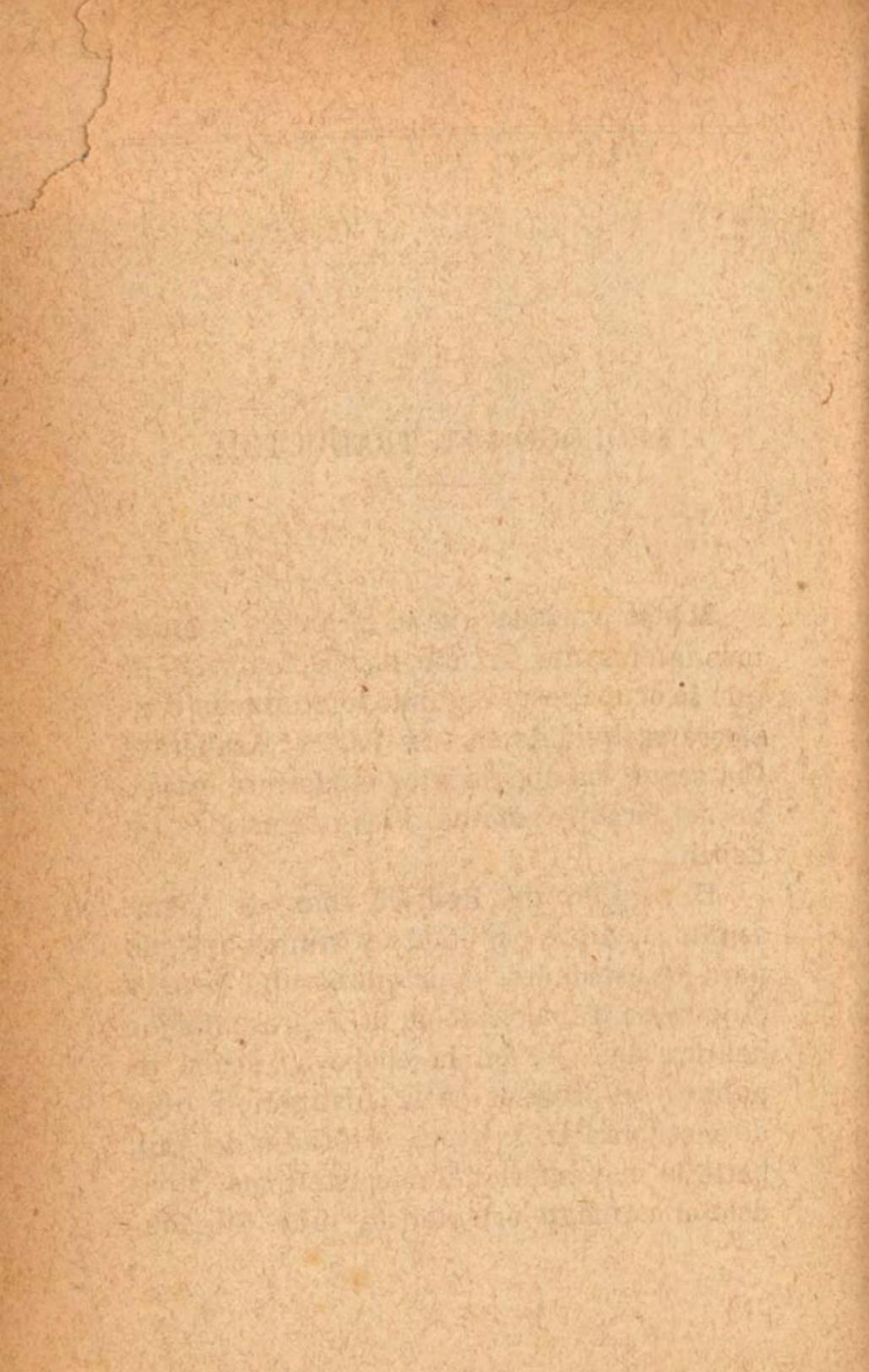
TOMO II.

SEVILLA.

Administración de la Biblioteca
científica-literaria. Moro, 12,

MADRID.

Librería de D. Victoriano Sua-
rez, Jaómetrezo, 72.



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Menos variado que el primero, aunque más interesante, si cabe, por las materias de que se ocupa, este segundo tomo puede considerarse dividido en tres partes, á saber: el Cid segun los documentos modernos, extractos del Siradj-al-moluc y los normandos en España.

El estudio de Rodrigo Diaz de Vivar, asunto siempre palpitante y nunca antiguo para los españoles, de lo que es una prueba el juicioso trabajo que de la representacion política del Cid en la epopeya, acaba de publicar el profesor de la Institucion libre de enseñanza D. J. Costa, el estudio del Cid, parte la mas interesante de este tomo, divídelo el eminente orientalista muy atinada-

mente en tres partes: las fuentes, el Cid de la realidad y el Cid de la poesía, á las cuales precede una brevísima introduccion, encabezada á su vez por las palabras de Gil Vicente

*«decidme por Dios, señor,
quién sois vos?»*

pregunta en que, á nuestro juicio, se condensa todo el pensamiento del señor Dozy y á la cual, perdónesenos lo atrevido de la afirmacion, acaso no logra darse satisfactoria respuesta. Al preguntarse en la introduccion de su estudio, qué es el Cid? por qué su historia ha sido el tema favorito de los poetas de la edad media?, en qué difiere el Cid de la tradicion, de el Cid de la historia? dá, á nuestro entender, equivocadamente, más valor á la segunda que á la primera, y considera la realidad y la poesia como términos antagónicos, siendo así que la poesia no es lo contrario de la realidad, sino una realidad más rica, más completa, más llena y que en ella, más que en la historia misma, es necesario estudiar para responder á la pregunta que tan hondamente ha preocupado al distinguido orientalista. Y

nos permitimos esta observacion al principiar este prólogo, llamado por más de un motivo á ser más corto de lo que deseáramos, porque este modo de ver trasciende á toda la obra, y preocupado con él vá el autor disponiendo suavemente y sin apercibirse una solucion al problema, menos acertada de lo que debiera esperarse de su claro ingenio. Juzgando sin duda la genialidad de nuestra nacion por nuestra degradacion presente, á que el fanatismo religioso y la ignorancia de una parte y la conversion de nuestra cualidad de indómitos en ingobernables nos ha traído; y, apasionado á su vez por su amor á los árabes, ha procurado empequeñecer la figura del Cid, sin observar que ni ha acertado á comprender lo que este significa, ni aun los notabilísimos textos arábigos con que enriquece nuestra historia, justifican su estremado afan de critica y de singularidad.

En efecto, en el relato de Ibn-Basam sobre *la conquista de Valencia por el enemigo y de la vuelta de los musulmanes á esta ciudad*, relato que se encuentra en el capítulo sobre Ibn-Tahir del tomo tercero de la Dajira, obra del citado autor y primera fuente que examina el señor Dozy, preséntase á Rodrigo

VIII

como un traficante de esclavos, hombre sin fé ni ley, que no respeta los tratados y que por solo placer, cuando no por barbárie, alanceaba á las jóvenes y quemaba á los principales personajes de Valencia, pretendiéndose por medio de estos datos tan fehacientes, cuanto que la historia se escribió solamente diez años despues de la muerte del héroe, y aun con referencia á una persona que conoció á Rodrigo, enseñar á los españoles, desvanecidos acaso con la decantada caballeridad de su campeador, cual era el verdadero Cid de la *realidad*, y como la poesía es solo un caprichoso prisma que descompone la luz y altera los colores, que hace lo blanco negro, como decirse suele, y de vanas sombras, espantosos gigantes. El Cid de Ibn-Basam será en todo caso, como el señor Dozy puede comprender, el Cid pintado por el enemigo; pero aun así, cual fuera la importancia de éste, y como no era un hombre que solo peleaba por tener de qué comer, como con el apoyo de los *Gesta* pretende asegurar, lo prueba que el historiador árabe, á fuer de hombre que conoce la altura de la mision que desempeña, cita las palabras del héroe «un Rodrigo perdió á España; pero otro Rodrigo la recobrará» y confiesa que

la victoria siguió siempre las banderas del castellano, de quien afirma que por su amor á la gloria, prudente firmeza de carácter y valor heróico, era *uno de los milagros del Señor*. Ahora bien; si entre sus enemigos, si entre los individuos de una raza escéptica y descreida se le llama milagro del Señor, qué mucho que entre sus compatriotas haga milagros, y gane batallas despues de muerto, y desenvaine la espada haciendo caer consternado al crédulo y amedrantado judío, que pretendió mesar barbas *que nadie se atrevió á mesar en vida*. Influido por la idea de que es solo la realidad *lo que cuenta el enemigo*, no levantando su pensamiento á mayor altura, y olvidando que no es la credulidad la condicion predominante de los españoles, muy parecidos en ésto á los árabes, y menos religiosos en su fuero interno de lo que se crée por defuera, el señor Dozy no repara el profundo sentido con que nuestro pueblo canta hechos que sin necesidad de haber sucedido materialmente, son sin embargo reales dentro de una concepcion más alta.

Con esta idea, pues, hace el estudio de la *Crónica general*, donde luce la profundidad de sus conocimientos y la agudeza de su ingenio, tan apropósito para este género de co-

sas. Supone que su cuarta y última parte es la traduccion de un relato árabe cuyo autor murió quemado cuando la toma de Valencia. Nuestro erudito Amador cree tambien que esta parte es efectivamente una traduccion de un relato árabe, hecha por Alfonso, combatiendo la opinion contraria de Florian de Ocampo, origen de muchos errores, y admirablemente rebatida por el sábio holandés, que prueba prolijamente y hasta la saciedad la procedencia árabe del relato que atribuye, acaso con razon, á Abu-Djafar-Batti cuyo estilo cree reconocer á través de la traduccion española; cosa creible y aun probable, por más que no pueda darse enteramente por averiguada.

Magistral es en verdad la merecida leccion que dá el señor Dozy al señor Masdeu volviendo por el valor de los *Gesta*, que tan despiadadamente trató el citado jesuita, con total desconocimiento de las fuentes arábicas y aun de muchos documentos cristianos de importancia. En cuanto á los *Gesta Roderici Campidocti*, que supone escritos en 1150, el señor Amador los cree anteriores al 1127; en cuyo caso son poco más de una decena de años posteriores al relato de Ibn-Basam y por la fecha la primera fuente des-

pues de este. Tambien indica ligeramente las noticias contenidas en el *Liber Regum* y las de Pedro, obispo de Leon, en la historia de Alfonso VI, reproducida en la obra *Cinco Reyes* de Sandoval.

Pasando al exámen de las fuentes poéticas, despues de citar los fragmentos publicados por Edelestand du Meril en sus poesías populares latinas de la edad media, obra que considera histórica por su fondo, examina *el Poema del Cid* suponiendo que es de principio del siglo XIII y que Sanchez y Capmani están equivocados al concederle mayor antigüedad: Amador, sin embargo, acepta la opinion de estos últimos en la honrosa compañía de Moratin, Marina, Quintana, Duran, Martínez de la Rosa, Gil y Zárate, Pidal, Boutewek, Schelegel Menechet, Huber y Wolf y la sustenta con muy valaderas razones, no conviniendo tampoco con el sábio holandés acerca del carácter de este poema, del cual hace un meditado y concienzudo estudio en los capítulos II y III del tomo tercero de su *Historia Crítica de la literatura española*.

Tratando luego de la *Crónica rimada* la considera mas bien que un poema que tenga á Rodrigo por héroe, una crónica en

verso donde se trata de muchos guerreros queridos de los castellanos: opinion de la que difiere Amador que sostiene la mayor oportunidad del titulo «leyenda de las mocedades de Rodrigo» á la de «crónica rimada de las cosas de España desde la muerte del rey D. Pelayo hasta D. Fernando el Magno y más particularmente de las aventuras del Cid», titulo con que se publicó primero; y este titulo, y el aparecer interrumpida la Crónica justifican á la verdad un tanto la opinion del señor Dozy, conforme con el señor Amador en atribuirle mayor antigüedad que al *Poema*; cosa si indubitable por la superioridad de formas artísticas de éste sobre aquella, digna de meditarse todavia respecto á la antigüedad del language, tanto mas cuanto que ya al poema se atribuye un origen más remoto del que le supone el sábio Dozy, quien con motivo de ésto hace un precioso trabajo acerca del color de los lutos y del empleo de algunos vocablos; trabajo, en nuestro juicio, tan delicado y prolijo, como ligero es el del poema.

Terminado de este modo el estudio de las fuentes y advirtiendole de antemano que los autores arabes son justos con sus adversa-

XIII

rios, pues alaban la clemencia y dulzura de Alfonso VI, y observando que los autores latinos tratan tambien desfavorablemente al Cid, empieza la segunda parte considerando á nuestro héroe como un modelo de perfidia y crueldad.

Refiérese en esta parte de la obra la historia del Cid desde que éste, al servicio de Sancho de Castilla, derrotó á Alfonso de Leon hasta su muerte; y bajo la influencia de una idea preconcebida aprovecha el autor todas las ocasiones que estima oportunas para hacer resaltar lo que él cree refinamiento de crueldad ó de perfidia en el caballero castellano, pasando como sobre ascuas por aquellos hechos que le enaltecen y subliman. No es nuestro ánimo ni vindicar al Cid como particular, si vale esta espresion, ni presentar como modelo de dulzura y clemencia al dueño de celada y tizona; pero sí debemos observar que el autor exacerba sus censuras en ocasiones sin motivo bastante; asi, por ejemplo, le acusa de pérfido por aconsejar a su soberano Sancho que caiga sobre las descuidadas huestes de Alfonso, bajo pretesto de que aquel no respetó el pacto que supone celebrado entre ambos hermanos de ceder su reino el que perdiese la batalla. Pe-

ro es lo cierto que ni comprueba la existencia de tal pacto, ni Sancho se creyó vencido, ni el Cid hizo otra cosa que dar un consejo á su soberano, dictado por el amor á la independencia del suelo en que naciera; y por último, á ser cierto todo lo que cuenta el señor Dozy, la nota de perfidia recaería sobre Sancho, nunca sobre Rodrigo que ni lo celebró, ni era hombre de tratos semejantes. También le censura el haber entrado al servicio de los reyes árabes de Zaragoza, sin observar que esto no ocurrió hasta que don Alfonso, que jamás le perdonó ni la pérdida de sus reinos, ni el juramento de Santa Gadea, lo desterró malamente de sus estados movido por las pérfidas insinuaciones de García Ordoñez, que combatía á las órdenes del rey moro de Granada contra Mutamin de Sevilla, tributario de D. Alfonso. Rodrigo solo entró al servicio de los árabes cuando le fué imposible vivir entre los suyos, cuando fué desatendido por el conde Berenguer; jamás combatió contra su rey, y como decía con razon, las luchas intestinas de los árabes en que tomó parte fueron favorables á Castilla: procuró muchas veces volver á la amistad de su rey, que siempre le tuvo ojeriza y le hizo cuanto daño pudo. Viviendo siem-

pre entre enemigos, gente pérfida comunemente, fué, por qué no hemos de decirlo? cruel en ocasiones; pero no hemos de consentir aunque esto sea cierto, que el señor Dozy fundado en testos árabes las más veces, cuando no cristianos y de enemigos del Cid, infame á éste con un simple *se supone* ó *se cree*, como lo hace en más de una ocasión.

Con un tipo de tal género como histórico, fácil es de adivinar la idea que el señor Dozy habrá formado del Cid de la poesía; idea que le lleva á preguntarse si tendrán razón los que piensan que el pueblo en la elección de sus héroes cuida poco de la realidad y que las grandes reputaciones encubren casi siempre un contrasentido ó un capricho.

Para nosotros las grandes reputaciones como todo, tienen su razón de ser en el mundo, siquiera sea más cómodo que averiguarla decir una novedad. No se trata, á nuestro juicio, de afirmar que en moralidad como en todo hay progreso, y que lo que pudo hacerse en concepto de bueno puede reputarse malo después; mas aun, dentro de cada época los hombres más adelantados tienen un criterio de moralidad superior á la inmensa

mayoría de las gentes. Si fué cruel el Cid lo fué como Napoleon y César, quienes no por serlo, dejan de ser hombres verdaderamente grandes. Lo que se trata de saber en el Cid es, no si quemó á dos literatos más ó menos; el Cid como Rodrigo Diaz, nada nos importa; nos importa en tanto que es representacion del sentimiento nacional; razon por la que nos explicamos que Felipe II, más español que católico, no tuviera reparo en canonizarlo, quemára ó no quemára iglesias y vistiera ó no vistiera de moro. El héroe y el pueblo son aquí, como acertadamente dice con razon Amador de los Rios, inseparables; y el primero una encarnacion del segundo. Cuando la curia romana, siempre egoista y siempre invasora, envió á nuestro pais los afrancesados monges de Cluny, y el débil Alfonso, oponiéndose á los deseos de su pueblo, consintió en cambiar el rito muzárabe por el galicano, hiriendo de este modo aun más que el sentimiento religioso, el sentimiento nacional simbolizado en los preclaros nombres de Leandro ó Isidoro, cuando se inculcó en nuestro país el virus del feudalismo, tan opuesto á la índole de los españoles que supieron conciliar en la monarquía, por las especiales circunstancias en que esta nació, el respeto á la ley

y la libertad, cuando el rey llamado el Emperador, sin duda porque contaminado con los pensamientos dominadores del papado, siempre codicioso de poder, acarició en su mente esas ambiciosas ideas de unitarismo, concentracion y absorcion de toda vida individual, y lastimó con múltiples alianzas extranjeras las aspiraciones de sus súbditos, que veían en el Cid, no un fanfarron como Roldan y los doce pares, sino un *hombre* con temple de alma suficiente para exigir del rey el juramento de no haber tomado parte en la muerte de su hermano, con ese incontrastable valor, que solo la justicia sabe inspirar; entónces, el pueblo necesitó protestar de aquella maquinacion estrangera que, con capa de religion, pretendía dominar y bastardear el espíritu pátrio y exaltó la hermosa figura del Cid, tan admirablemente simbolizada en estas inimitables frases «*Mio Cid, el que en buen ora fué nado: el que buen ora cinxió espada. Dios mio, qué buen vasalo, si hobiera buen señor!*» protesta enérgica y elocuentísima contra un rey vasallo de extrangeros y á favor del vasallo que era verdaderamente rey en la conciencia popular.

En los *Estractos de Siradj-al-moluc* ma-

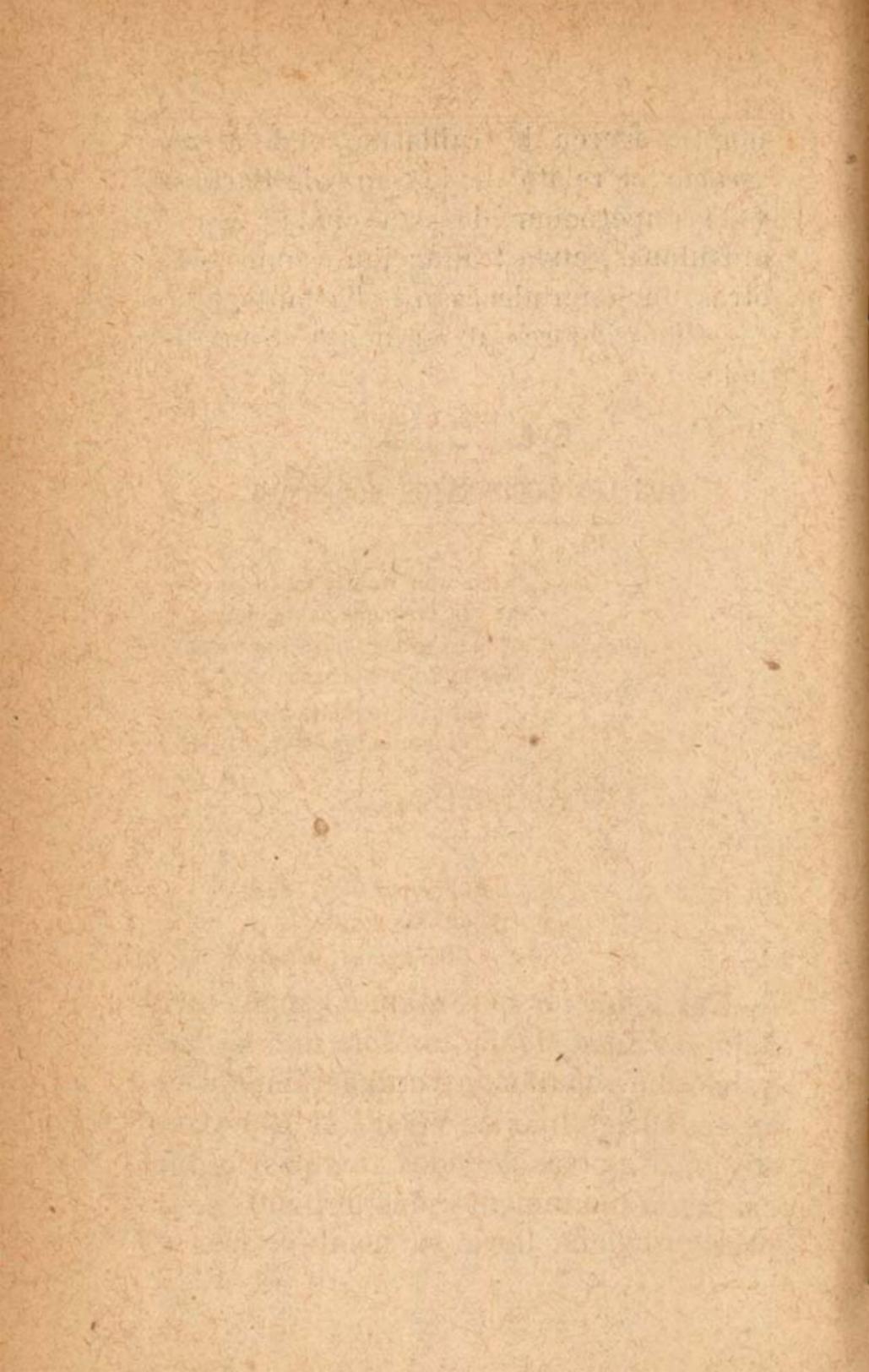
XVIII

nual para el uso de los príncipes, compuesto por Tortochi en el año 1122, el señor Dozy presenta una variada colección de narraciones donde se fija el verdadero sentido de la palabra *mobariz*, sinónima de *Campeador*, dá cuenta de la tolerancia de los *fauques* y del escaso valor que concedían á la prueba testifical, y al par que se esclarecen algunos hechos históricos, como el desastre y herida de Ramiro en la batalla de Grados, rectificándose algunas fuentes latinas, se espone la batalla de Alcoráz y rendición de Huesca por un testigo presencial, y se relatan algunas anécdotas y singularidades de la sociedad musulmana.

Los normandos en España, es la tercera parte de la obra; en ella se dan á conocer importantes textos arábigos acerca de las repetidas invasiones de los *Madjus* en los siglos IX y X, y las expediciones de los vikingues ó reyes de mar, con las de los normandos de Francia y otros cruzados piratas; invasiones que pueden considerarse como correrías ó *algaras* que, si dejaron muy escasa huella en la península, influyeron no poco en la poesía francesa. Interesante es por demás y digna de ser conocida la toma de Sevilla por los *Madjus*, las delicadas observaciones del se-

XIX

ñor Dozy acerca de Guillermo, el de *la nariz cortada* y el relato de la toma de Barbastro y la recuperacion de esta ciudad por los musulmanes, cuya traduccion, como tantas otras, nunca agradecerán lo bastante literatos é historiadores al eminente orientalista holandés.



EL CID

SEGUN LOS DOCUMENTOS MODERNOS.

Ich weiz wol, ir ist vil gewesen,
die von Tristande hant gelesen:
unde ist ir doch nih vil gewesen,
die von im rehte haben gelesen.

Gottfried von Strassburg.

Tristan und Isolt, vs. 31-34.

INTRODUCCION.

Decidme por Dios, Señor,
Quién sois vos?

Gil Vicente, *Comedia do vivo*.

Entre todos los héroes que España produjo en la Edad Media, tan solo uno ha adquirido una reputacion verdaderamente europea: Rodrigo Diaz de Vivar, el Cid Campeador. Los poetas de todos tiempos lo han cantado: el monumento más antiguo de la poesía castellana lleva su nombre; mas de

ciento cincuenta romances celebran sus amores y sus combates: Guillen de Castro, uno de los más varoniles ingenios de la península, Diamante y otros, le han elegido para héroe de sus dramas. Todo el mundo lo conoce; en Francia por la tragedia de Corneille, en Alemania por la traducción del Romancero, hecha por Herder.

¿De qué proviene ese poderoso interés, ese prestigio unido á su nombre? qué es lo que há hecho ese Cid para que España esté tan orgullosa de él, para que haya llegado á ser el tipo de todas las virtudes caballerescas; para que haya eclipsado completamente á todos sus compañeros de armas, á todos los héroes españoles de la Edad Media? Y además el *Cid de los cantares*, de los romances, de los dramas, es el mismo Cid de la Historia, ó es solo una magnífica creación de los poetas de la península?

Largo tiempo hace que estas cuestiones ocupan á los historiadores de España y de la Europa entera. Hallábase aún balbuciente la Historia crítica y ya un poeta historiador del siglo XV, Fernan Perez de Guzman (1), ex-

(1) Véase su poema titulado *Loores de los claros varones de España*, copla CCKIX, (en Ochoa, *Rimas inéditas del siglo XV*).

presó sus dudas acerca de ciertos puntos de la historia del Cid, y en el siglo que corre el jesuita Masdeu no ha vacilado en aventurar que nada absolutamente se sabe sobre este asunto, que no poseemos acerca de este famoso héroe ninguna noticia cierta ni fundada, ni aún la de su existencia. Ningun otro escritor ha llevado tan léjos su escepticismo, aunque no por ello es ménos cierto que algunos romances y alguna parte de la *Crónica general* encierran errores y ficciones, y tambien que los antiguos testimonios latinos ó españoles son muy raros y pobres de datos, pues todo lo que tenemos sobre este punto se reduce al contrato matrimonial de Rodrigo y Jimena (2), y á algunas líneas de una crónica latina, escrita en el Mediodía de Francia, y que solo alcanza hasta el año 1141. Las demás fuentes de la historia del Cid son todas posteriores al año 1212. Sucintas son, por demás, las noticias que se encuentran en la crónica latina de Búrgos, en los *Anales Toledanos primeros*, en el *Liber Regum*, en los *Anales latinos de Compostela*, en la *Crónica*

(2) Este documento se publicó en 1601 por Sandoval (*Monasterio de San Pedro de Cardena*, f. 43 r. -44 v.) y reimpreso por Sota, (*Crónica de los principes de Asturias y Cantabria*, p. 654), y por Risco, (*La Castilla*, p. 6, y siguientes del apéndice).

de Lúcas de Tuy y en la de Rodrigo de Toledo, y no ha faltado quien se pregunte si podía concederse mucha confianza á los cronistas del siglo XIII, tratándose del Cid, quien, como nos enseña el biógrafo de Alfonso VII, era ya el héroe de los cantos populares, medio siglo despues de su muerte. Poseemos además los *Gesta Roderici Campidocti*, obra descubierta por Risco en la biblioteca del convento de San Isidoro en Leon y publicada por él en 1792, en un libro titulado *La Castilla y el más famoso castellano*. Esta biografía, que es bastante extensa, debió escribirse antes del año 1238, época de la conquista de Valencia por Jáime I de Aragon, pues hablando el autor de la toma de esta ciudad por los sarracenos, despues de la muerte de Rodrigo, dice: «Et nunquam eam ulterius perdiderunt.» Hoy no es permitido poner en duda la existenciu del manuscrito de Leon, como lo hizo Masdeu en 1805, pues este manuscrito se encuentra en la actualidad en la Biblioteca de la Academia de la Historia, de Madrid, que tambien posee otro ejemplar de este libro, cuya escritura es del siglo XV (1), mientras que la del manuscrito de Leon, á juzgar por el fac-símile de las

(1) Véase el *Memorial histórico español*, t. IV, p. 12.

cinco primeras líneas que se encuentran en la traducción española de la obra de Bouterweck, es del siglo XII ó de principios del XIII (1). Pero queda aún por examinar si este libro es completamente digno de confianza, como creyeron Risco y Juan de Müller, célebre historiador de la Confederación suiza, que publicó en 1815 una historia del Cid, ó es un tejido de fábulas, como Masdeu ha procurado demostrar en una disertación de 168 páginas, que se encuentra en el volumen XX de su *Historia crítica de España*.

Por otra parte preguntase si hay algo verdadero en la antigua Canción del Cid, publicada por Sánchez en 1769, y en la parte de la *Crónica general* donde se trata de nuestro héroe. Juan de Müller considera la *Canción* como una fuente en que puede beber el historiador, opinión que ha encontrado defensores aún en nuestros días. El sabio alemán Sr. Huber (2) opina respecto á la *Crónica general* que la parte de este libro que trata de los asuntos de Valencia, no es como ordinariamente se piensa fabulosa y absur-

(1) Tal es la opinión de los traductores de Bouterweck; tal es también la de nuestro sabio arqueólogo el Sr. Dr. Jaussen á quien hemos consultado sobre esta materia.

(2) Véase la introducción que añadió este sabio á su edición de la *Crónica del Cid*, Marbourg 1844, p. LVI y siguientes.

da, creyendo por el contrario muy posible que este relato fuese escrito por un árabe valenciano contemporáneo del Cid, porque es á la vez sencillo y circunstanciado y no poético y trata al Cid de una manera muy poco favorable.

Cuestiones son estas todas más ó ménos espinosas, más ó ménos contravertidas hasta aquí. ¿Qué es la Crónica latina? ¿es historia ó ficcion? ¿qué es la *Cancion del Cid*? ¿Es una obra de imaginacion ó una crónica rimada? ¿Hay algo verdadero en la parte de la *Crónica general* que trata del Cid, en la crónica que lleva su nombre, en los romances, en la Crónica rimada publicada por Francisco Michel? ¿En fin qué es el Cid? ¿qué ha hecho? ¿cómo y por qué ha llegado á ser el héroe español por excelencia? ¿Por qué su historia, verdadera ó falsa, ha sido ha el tema favorito de los poetas de la edad media? ¿en qué difiere el Cid de la tradicion del Cid de la historia?

PRIMERA PARTE

LAS FUENTES.

I.

Right well I wote, most mighty Sovereine,
That all this famous ántique history
Of some th'abundance of an ydle braine
Will iudged be, and painted forgery,
Rather then matter of iust memory.

But let that man with better sence advize.
That of the world least part to us is red;
And daily how through hardy enterprize
Many great regions are discovered,
Which to late age were never mentioned
Spenser, *The Faerie Queene*, Book II.

Sus treib ich manige süche,
unz ich an einem büche
alle sine jehe gelas.
wie dirre aventure was.

Gostfried von Strassburg.

Tristan, vs. 63-66.

Un descubrimiento inesperado nos ha permitido desembrollar y esclarecer la materia que nos ocupa. Durante nuestra permanencia en Gotha, en el verano de 1844

examinamos el manuscrito árabe 266, que el catálogo presenta como un fragmento de la historia de España por Maccari y no tardamos en reconocer que este título es falso, y que el manuscrito contiene la primera parte del tercer volumen de la *Dhajira* de Ibn-Bassâm, obra que trata de los hombres de letras que florecieron en España en el siglo V de la Hegira (1). Bien pronto conocimos también que este monumento contiene un largo é importante pasage sobre el Cid, tanto más importante, cuanto que Ibn Bassâm escribió este volumen en Sevilla el 503 de la Hegira (2), 1109 de nuestra era, es decir, solamente diez años despues de la muerte del Cid. Su relato es, pues, el más antiguo de todos los que poseemos, y anterior en treinta y dos años á la crónica latina, escrita en el Mediodia de Francia, viniendo á acrecentar su mérito que su autor invoca en él,

(1) Véase *Scriptorum Arabum loci de Abbadidis* t. I, p. 189 y siguientes donde hemos tratado largamente de Ibn Bassâm: de su *Dhajira*, del man. de Oxford (2.º volumen) y del de Gotha.

(2) Véase *ibid*, p. 197. El año árabe 503 empieza el 31 de Julio 1109 y acaba el 19 Julio 1110; pero es muy cierto que Ibn-Bassâm escribía el pasage en cuestion ántes del 24 de Enero de 1110, época de la muerte de Mostain de Zaragoza, príncipe, que como pronto se verá, aún vivía cuando Ibn-Bassâm escribió.

el testimonio de una persona que habia conocido al Campeador.

Hállase el pasage de que se trata en el capítulo que versa sobre Ibn-Tâhir, ex-rey de Murcia, que despues de perder su trono se habia establecido en Valencia. Vamos á traducirlo completo, pues como todo lo que contiene puede sernos evidentemente útil, creemos deber hacerlo así, por más que sea muy difícil verter á una lengua moderna aquel estilo retórico, lleno de verbosas perífrasis y extrañas metáforas. Procuraremos, pues, traducir las palabras del autor tan literalmente como sea compatible con la claridad y con la índole de la lengua francesa:

«Ibn-Tâhir escribió una carta á Ibn-Djahnâf, cuando el primo hermano de éste se sublevó en Valencia. De ella tomamos lo que sigue:

«Como las pruebas de benevolencia que me habeis concedido son para mí, mi respetable amigo, un hábito que jamás dejaré de llevar y como el reconocimiento que os debo es para mí como una preciosa carga que me acompañará siempre, voy á confiarme á vos con los ojos cerrados, imputando lo ocurrido á un destino injusto. Despues de su rebelion, que á lo que piensa, lo ha encaramado á las estrellas, haciéndolo muy superior á los

habitantes del cielo, vuestro primo, (háganos Dios gozar por muchos años de su talento) me miraba de reojo, creyendo que le tenia envidia ó que era su rival. Maldiga Dios al que le envidie este magnífica rebellion.

«*Ella solo estaba hecha para él y él para ella*». (1)

«Mas tarde su noble cólera se ha desencadenado contra mí y me ha atormentado de todas maneras. Yo, sin embargo, devoraba mis penas por agudas que fuesen; yo aparentaba no apercibirme de sus designios; yo ocultaba mis mayores dolores, mi venganza era hacerle bien. Mas hoy se le ocurrió la idea (y las tiene detestables) de colmar la copa de la iniquidad y de la insolencia; me ha ocurrido una cosa que jamás me hubiera atrevido á imaginar; la causa de su conducta es tambien inesplicable para mí. Cuando un mensajero mio fué á buscarle para dirigirle unas preguntas sobre ciertas cosas, le puso un semblante ceñudo y con malisimo

(1) Este verso que Ibn-Táhir coloca aquí por ironia es, sin duda, de un poeta antiguo, y suponemos que se hallaba en un poema compuesto en alabanza de un príncipe. El pronombre femenino se referiria entónces á la palabra *alrisa* y el sentido seria: El trono no estaba hecho más que para él y él para el trono.

gesto le volvió las espaldas, haciendo ostentacion de un orgullo insoportable. Tambien he sabido contenerme, respetando la buena crianza, y, deseoso de no faltar á la urbanidad; pero no es el respeto á Abu-Ahmed el que me ha contenido, ni tampoco los procedimientos que conmigo ha empleado.

Lo juro solemnemente; si el destino os trae á ésta y me encuentro aquí todavía, os haré disfrutar de todos los placeres y os llevaré á cabrito á vos y á vuestros amigos(1) tambien; pero que Dios os deje largo tiempo en vuestra morada y que la proteja contra las desdichas! que os conserve vuestra dignidad, que os servirá de peldaño á cargos todavía más eminentes! que la elevacion del que os he hablado no os traiga desgracia, sino que su caída os traiga la dicha. Porque no se sufre demasiado tiempo á un hombre semejante, ni permanece en su puesto muchos dias, ni se le concede un largo plazol»

Dice Abu-L'Hassan (1): «Éste, Abu-Abderraman ibn-Tâhir, vivió bastante tiempo para ser testigo de la caída de todos los prín-

(1) En el texto Ibn-Tahir se compára á un camello, y dice: «Os llevaré sobre mis espaldas y sobre mis hombros á vos y á vuestros amigos.

(1) Es decir: Ibn-Bassâm (Abu-'l-Hasan, Alí ibn-Rassâm), como dice el man. B.

cipes de las pequeñas dinastías y de la calamidad que sufrieron los musulmanes de Valencia; calamidad causada por el tirano Campeador, á quien Dios deshaga en mil pedazos! Fué entónces arrojado á prision en esta frontera el año 488 (2). En su prision escribió á uno de sus amigos una carta en que dice: «Os escribo á mediados del mes de Safar. Hemos caído prisioneros despues de desventuras sin ejemplo, por lo continuadas y lo grandes. Si pudiérais contemplar á Valencia (Dios quiera favorecerla con una sola de sus miradas y devolverle su luz!); si pudiérais ver á lo que su destino ha reducido á á ella y á su pueblo, la compadeceríais y lloraríais sus infortunios, pues las calamidades le han robado su hermosura, sin dejarla vestigio de sus lunas y de sus estrellas. No me preguntéis lo que sufro, cuáles son mis angustias, cuál mi desesperacion. Obligado me veo ahora á comprar mi libertad al precio de un rescate, despues de haber arrostrado peligros en que casi he perdido la vida. Ya solo espero en la bondad de Dios, que siempre nos asiste y en la miseri-

(2) Esta fecha es falsa, como más tarde veremos. Ibn-Táhir escribió la carta que vá á leerse en medio de Safar del 487, es decir, el 6 de Marzo de 1094. Estaba entónces prisionero en el campo del Cid, al cual habia sido entregado por Ibn-Djahhaf.

cordia que nos ha prometido. Os hago partícipe de mis penas porque es preciso partir todo con el amigo y conozco vuestra fidelidad y el mucho interés que os tomáis por mí. Lo hago también para pedir os que me encomendeis á Dios en vuestras oraciones y acaso vuestros ruegos alcancen mi libertad, porque Dios (glorificado sea su nombre) acoge favorablemente las súplicas humildes y sinceras. Ojalá sus bendiciones os acompañen donde quiera que estéis!»

Dice Abu-l'-Hasan: «puesto que hemos hablado de Valencia, debemos también hacer mención de la calamidad que le sobrevino y decir algo de la guerra de que fué teatro esta provincia, guerra cuyo precipitado curso se prolongó demasiado para el Islam y que los grandes y continuos esfuerzos de hombres con justicia alarmados no pudieron reprimir. Debemos también dar á conocer los motivos de los crímenes cometidos durante esta guerra y de los males que los musulmanes tuvieron que sufrir; debemos nombrar á los que marcharon por el camino de esta guerra y los que entraron y salieron por las puertas de estos sangrientos combates.

RELATO
DE LA
CONQUISTA DE VALENCIA POR EL ENEMIGO
Y DE LA
VUELTA DE LOS MUSULMANES
Á ESTA CIUDAD.

Dice Abú 'l-Hasan: En el cuarto tomo (1) colocaremos, si Dios quiere, algunas sentencias y algunas frases que pondrán de manifiesto cómo Alfonso (Dios lo haga pedazos), tirano de los gallegos, pueblo infiel, se apoderó de la ciudad de Toledo, de esta perla colocada en medio del collar, de esta torre, la más elevada del imperio en la península. Entónces esplicaremos las razones que hicieron obtener á Alfonso el gobierno de la ciudad y que le proporcionaron en ella un

(1) Este cuarto tomo no existe en Europa ó al ménos no se ha encontrado todavía.

dulce lecho, de suerte que pudo manejar con facilidad suma á los habitantes, semejantes ya á dóciles camellos y establecer su residencia en sus altas murallas. Yahyá Ibn-Dhi-'n-nun que llevaba el sobre nombre real de al-Câdir Billâh fué el que atizó primero el fuego de la guerra y la hizo arder. Cuando cedió Toledo (quiera Dios renovar su esplendor pasado y volver á escribir su nombre en el registro de las ciudades musulmanas) á Alfonso, estipuló que este último se comprometiera á someterle la rebelde Valencia y á prestarle su apoyo para conquistar y ocupar esta capital, apoyo que debia servirle de poco, pues Câdir sabia que no seria con Alfonso más que un prisionero ó un criado. Púsose en camino, pero las puertas de los castillos se cerraron ante el y las posadas no quisieron darle hospedaje. Llegó al fin á la fortaleza de Cuenca, cerca de sus partidarios los Bení-'-Faradj como referiremos, con la voluntad de Dios, en el cuarto tomo. Los Bení-'l-Faradj eran los más fieles servidores y ejecutores ciegos de sus órdenes tanto de las que el reconocia como de las que negaba. Con su apoyo consiguió su objeto en un principio; á la postre se retiró entre ellos, luego comenzó á entenderse con Ibn-Abdalaziz, supo hilvanar excusas con excusas y dar á

su negocio un giro especioso en sus cartas. Poco reia entónces Ibn-Abdalaziz pero lloraba mucho; algunas veces decia lo que tenia en su pensamiento, pero comunmente lo ocultaba. Los astros giran incesantemente y lo que Dios ordena se cumple apesar de todo!

En este entretanto supo que Ibn-Abdalaziz habia exhalado el último suspiro, y que sus dos hijos contendian en Valencia. Entónces Ibn-Dhi-'h-Nun se dirigió tan rápidamente á esta ciudad como las *catas* se precipitan á las riberas (1) y llegó allí de improviso como espía que viene á interrumpir de repente una cita de amor.

«Más tarde en el año 479 los príncipes de nuestro pais entraron, como hemos dicho ántes, en relaciones con el emir de los musulmanes (2) (Dios le sea propicio), y este consiguió sobre el tirano Alfonso (Dios lo haga pedazos) aquella gloriosa victoria del

(1) La *cata* es una especie de perdiz; el Sr. Saey ha hablado de ella muy por estenso en su *Crestomacia árabe* (t. II. p. 367 y siguientes) Chanfara en el magnífico poema traducido por el Sr. Fresnel con tanta maestria como talento, se gloria de que gracias á la velocidad de su carrera llega ántes que las *catas* á la cisterna

(2) Tal era el título que llevaba Insof-ibn-Techufin el Almoravid.

viernes como hemos referido. (1) Alfonso (Dios lo maldiga) volvió entónces á su país: como un pájaro con las alas rotas, un enfermo que se ahoga. Entónces ya Yahya-ibn-Dhi-'n-Nun encontró su pecho franco, aspiró el aire vital, y dichoso con tener todavía un soplo de vida hizo lo que hicieron todos los otros príncipes, pactó una alianza con el emir de los musulmanes.

Pero, como hemos dicho, la mala voluntad de los príncipes iba cada dia en aumento y las calumnias arrastrándose iban de uno á otro. Dios permitió entónces que el emir de los musulmanes desbaratase sus intrigas, curase los males que causaban sus celos y libertase á todos los musulmanes de sus malas acciones y abominables desig-nios. Comenzó á hacerlo, como hemos dicho, en el año 483. Pronto su autoridad fué reconocida en todas las provincias, y en las oraciones públicas, los predicadores pronun-ciaban su nombre con orgullo. El resto del año 283 y el siguiente continuó echando á los reyezuelos de sus tronos, así como del sol á su presencia ahuyenta las estrellas, y ha-ciéndo desaparecer hasta los últimos vesti-

(1) Trátase de la batalla de Zalláca dada el viernes 23 de Octubre de 1086.

gios de su poder. En esta ocasion Abu-Tammâm ibn-Riyâh compuso este verso:

Sus paises se parecen á mugeres á quien un destino inexorable obliga á divorciarse de sus maridos.

Y cuando los Beni-Abbâd fueron desronados, Abu-'l-Hosain ibn-al-Djadd compuso los siguientes en los cuales hace alusion al Sr. de Mayorca. (1):

«Id á decir al que espera poder dormir tranquilo: aun falta mucho para que encontréis cama donde acostaros! Cuando veis que el destino ha quebrantado las montañas de Radha (2) ¿Qué creéis que hará con una mariposa?»

«Cuando Ahmed ibn-Yusuf ibn-Hud que todavia en la actualidad gobierna la Marca de Zaragoza, (3) se apercibió de que los sol-

(1) El Sr. de Mayorca era entónces Nâcir ad-Daula Mubaschir. Habia sido nombrado para el gobierno de esta isla por Ali-ibn-Modjehid, Señor de Denia, pero cuando este quedó privado de sus estados por Mactadir de Zaragoza, se declaró independiente. Véase Ibn-Jaldum man. t. IV, fol. 28 v.

(2) Radha es el nombre de una cadena de montañas cerca de Medina. Aquí es donde el poeta alude á los Abbâdides á los que por su bravura y poderío ampara con las altas montañas.

(3) Ahmed Mostain, rey de Zaragoza murió en este mismo año 504, en que escribe Ibn-Bassâm. Ibn-al-Abbâr (p. 225) dá la fecha precisa de la muerte de este principe cuando dice: Fué muerto en la guerra santa, no léjos de Tudela, el Lunes

dados del emir de los musulmanes salian por todos los desfiladeros, y que desde lo alto de todas las torres espiaban sus fronteras, achuchó contra ellos á un perro de Galicia (1) llamado Rodrigo, de sobrenombre el Campeador. Era este un hombre traicante de prisioneros; el azote del pais; habia dado muchas batallas á los reyezuelos árabes de la Península en las que les habia causado toda clase de males. Los Beni-Hud le habian hecho salir de su

primer día de Redjeb del año 503.» El primero de Redjeb de 583 cae realmente en Lunes y corresponde al 24 Enero 1110. La muerte de Mostain está fijada en el mismo año en una carta de Santa Maria de Yrache que cita Moret (*Anales de Navarra* t. II, p. 83). En otra carta citada por Blancas (*Aragon rer. comment.*, p. 637), se lee: «Facta carta Era 1148, anno quo mortuus est Almustahen super Valterra.»—Valtierra se encuentra al Norte de esta ciudad.—et occiderunt cum milites de Aragone et de Pampilona, noto die VIII. Kal. April. Regnante Domino nostro Jesu Chisto et Sub eiu gratia Anfusus. —Alfonso I, rey de Aragon y de Navarra, el marido de Urraca de Castilla y Leon.—«gratia Dei Imperator de Leone et Rex totius Hispaniæ, maritus meus.» Blancas, Briz Martinez (*Historia de San Juan de la Peña*, p. 724) y Moret (*lococlaud* y p. 86) han deducido aquí que Mostain murió el 24 de Marzo (que cae en Jueves) 1110; pero la fecha que sigue á las palabras solemnes *noto die* es aquí como siempre, aquella en que la carta fué escrita y no de la del acontecimiento de que acaba de hablarse entre paréntesis. La carta, pues, no indica el día, sino solamente el año en que mataron á Mostain.

(1) Por la palabra *Galicia*. Iba-Bassâm y los autores de su tiempo entienden á Castilla y á Leon.

obscuridad (1); se habian valido de él para ejercitar sus violencias y sus viles y despreciables proyectos; le habian abandonado diferentes provincias de la Peninsula, de suerte que habia llegado hasta recorrer los campos como vencedor y fijar su bandera en las más hermosas ciudades. Así que su poder habia llegado á ser muy grande y no habia país de España que no hubiese saqueado. Por lo tanto, cuando este Ahmed, de la familia de los Beni-Hud temió la caída de su dinastía y vió que se embrollaban sus negocios quiso poner al Campeador entre él y la vanguardia del ejército del emir de los musulmanes. Por consiguiente le proporcionó la ocasion de entrar en el territorio valenciano, dándole tropas y dinero. El Campeador puso, pues, sitio á Valencia, donde habia estallado la discordia, y cuyos habitantes se hallaban divididos en muchas facciones. Hé aquí la causa. Cuando el faquí Abu-Ahmed ibn-Djahháf, que desempeñaba entónces en Valencia el empleo de cadí, vió de un lado el numeroso ejército de los Almoravides y de otro á este tirano, á quien Dios maldiga, promovió una sedicion, á imitacion del rate-

(1) Aquí solo debe verse una de esas frases de retórico que dicen más de lo que el autor hubiera querido decir.

ro que encuentra excelente ocasion para ejercer su oficio, cuando hay alboroto en el mercado; quiso obtener el mando engañando á ambos partidos; pero habia olvidado la fábula del zorro y los dos revezos. (1) Primeró tomó á su servicio un corto número de los soldados del emir de los musulmanes, luego cayó con ellos sobre el palacio del malvado Ibn-Dhî-'nun cuando estaba desprevenido y sin soldados, de suerte que no tenia más defensores que sus lágrimas, y nada podia apiadarse de él más que el hierro de la lanza (que lo hirió). Entónces, se dice, que lo mató por mano de los Beni-'l-Hadîdi,

(1) Un zorro vió un día á dos revezos que se daban de cornadas muy fuertemente, su sangre corria á raudales. Es necesario aprovecharse de todo pensó el astuto compadre, y se puso á lamer la sangre que habian perdido ambos campeones; pero éstos que, segun parecia, tenian ideas muy rigidas sobre la propiedad, no les agradó mucho la idea de tan artero proceder, y, olvidando su querella, lo atacaron juntos y lo mataron allí mismo.

Me hallaba en el mismo caso que Ibn-Djahháf, como él habia olvidado esta fábula, que, sin embargo habia leído en Bidpai (p. 94). Mi buen amigo el Sr. Defrémercy ha tenido la bondad de recordármela añadiendo que tambien está contada en el Pantchatantra (lib. 1, cap. titulado *Aventuras de Déva-Sarma*, citado por Aug. Loiseleur des Longchamps, *Ensayo sobre las fábulas indias y su introduccion en Europa*, (p. 33-34), en el *Anwarí Sohaili*, (edit. 1829, p. 72) y en el *Homayun Nameh*. (Cuentos y fábulas indias de Bidpai y Lokman, traducidas por Galland, p. 310-311).

que deseaba vengar á algunos parientes suyos muertos ó privados de sus dignidades por Ibn-Dhî-'n-nun. (La historia de estos Beni-'l-Hadîdî será contada más tarde, Dios mediante, y sus detalles se expondrán en este libro en su lugar oportuno). (1) Abu-Abderrahman ibn-Tâhir compuso con ocasiou del asesinato de Ibn-Dhî-'n-nun Cadir por Ibn-Djahbâf, los siguientes versos:

«Anda con tiento, oh tu, que tienes (2) un ojo azul y otro negro pues has convertido un crimen horrible, has matado al rey Yahyâ y te has vestido con su túnica (3). Llegará inevitablemente el dia en que tengas tu merecido!»

Cuando Abu-Ahmed ejecutó su proyecto y afirmó su poder como deseaba, estallaron disturbios y las espadas se volvieron unas contra otras. Y en esto nada habia de sorprendente pues Abu-Ahmed se encontró obligado á reglamentar los negocios públicos cuya suerte jamás habia sondeado, á desempeñar funciones al ministrativas á cuyo fácil despacho no estaba habituado y cuyas

(1) Segun el man. B. el pasage á que Ibn-Bassâm nos remite se encuentra en el cuarto tomo de su obra.

(2) Cuando se lee alhnafa como dice el man. B. conviene traducir. «Oh tú, hombre de las piernas torcidas.»

(3) Es decir, te has apropiado los vestidos reales, has usurpado el trono.

numerosas dificultades desconocía; no sabia que gobernar es cosa muy distinta que decir á hombres que disputan lo que manda la ley, no sabia que mandar tropas es cosa diferente que declarar un contrato de mayor valor que otro ó elegir entre diversos testimonios. Solo se ocupó de los tesoros de Ibn-Dhîn-nun de los que se habia apoderado, y estos tesoros le hacian olvidar que era deber suyo reunir soldados y administrar las provincias. Fué abandonado por el pequeño cuerpo de Almoravides que habia tomado á su servicio, y en el que veian los valencianos su mejor apoyo contra los peligros con que le amenazaba la presencia de su cruel enemigo.

Rodrigo ambicionó con más ardor que nunca apoderarse de Valencia, se asió á esta ciudad con el afan con que el acreedor procura asir al deudor y la amó como aman los amantes á los lugares testigos de sus placeres. Le cortó los viveres, mató á sus defensores, le causó toda especie de males y se presentó á ella en cada colina. De cuantos soberbios parajes adonde nadie se imaginaba llegar y que superaban en belieza á las lunas y á los soles) se apoderó este tirano y profano el secreto! Cuantas encantadoras muchachas (cuando se lavaban la cara con

leche la sangre saltaba de sus mejillas y el sol y la luna envidiaban su belleza y el coral rivalizaba con las perlas en su boca) contrajeron matrimonio con las puntas de sus lanzas y fueron aplastadas bajo los piés de sus insolentes mercenarios!

El hambre obligó á los valencianos á comer animales inmundos. Abu-Ahmed no sabia que hacer; los males de que él mismo era causa, le habian hecho perder la cabeza. Imploró socorro al emir de los musulmanes, aunque este estaba á una gran distancia, algunas veces pudo hacerle oír sus quejas y escitarle á venir en su socorro, otras se lo impidieron. El emir de los musulmanes se interesó por su suerte, pero como estaba léjos de Valencia y el destino habia dispuesto este asunto de otra manera no pudo socorrerle á tiempo. Cuando Dios ha dispuesto una cosa, abre las puertas y allana los obstáculos!

«El tirano Rodrigo logró la realizacion de sus infames deseos. Entró en Valencia el año 488 (1), usando de engaños, segun su costumbre. El cadí se habia humillado ante él, lo habia reconocido por soberano y habia

(1) Esta fecha es falsa, como observa muy bien Ibn-al-Abbâr. El autor hubiera debido decir 487.

obtenido de él un tratado; pero éste no fué observado mucho tiempo. Ibn-Djahnâf permaneció poco al lado de Rodrigo, á quien molestaba su presencia y que queria derribarle. Encontró medio de hacerlo, segun se dice, con motivo de un tesoro de grau valor que habia pertenecido á Ibn-Dhî-'n-nun. Rodrigo desde que entró en Valencia, habia preguntado al cadí á este propósito y le habia hecho jurar en presencia de un gran número de hombres de ambas religiones que no poseia este tesoro. El cadí habia prestado los juramentos más solemnes sin saber las calamidades y dolores que el porvenir le tenia reservado. Rodrigo habia concluido con él un convenio eu presencia de los dos partidos, convenio que habia sido firmado por los hombres más importantes de las dos religiones, y en el que se habia declarado que si en adelante Rodrigo encontraba este tesoro en casa del cadí tendria derecho á retirarle su proteccion y á derramar su sangre. Poco despues Rodrigo descubrió que el cadí poseia el tesoro, al ménos así lo pretendió; pero quizá no fué más que un falso pretexto. Sea lo que fuere, le quitó sus bienes y lo hizo poner en tortura, así como á su hijo, hasta que el desdichado cadí, traspasado de dolor, perdió toda esperanza; despues lo hizo

quemar vivo. Un testigo ocular me ha referido que el cadí fué enterrado hasta los sobacos en una fosa que habia sido abierta al efecto, y, que cuando ya estaba el fuego encendido á su alrededor, aproximó á su cuerpo los tizones ardiendo, á fin de precipitar su muerte y abreviar su suplicio. Quiera Dios escribir este hecho en la página en que ha registrado las buenas acciones del cadí, quiera mirarlo como suficiente para borrar los pecados que haya cometido, y en la vida futura se digne evitarnos estos horribles castigos y nos ayude á hacer cosas que merezcan su aprobacion.

«El tirano (maldígalo Dios) quiso entonces quemar tambien á la mujer y á las hijas del cadí, pero uno de los suyos le suplicó que les perdonase la vida, y, despues de no pocas dificultades, consiguió hacerle desistir de su proyecto. Libertó, pues, á esas mujeres del suplicio que Rodrigo queria hacerles sufrir.

«Esta terrible calamidad fué un rayo para todos los habitantes de la peninsula y llenó á todas las clases de la sociedad de dolor y de oprobio; el poder de este tirano iba siempre en aumento, de suerte que llegó á ser una pesada carga para las comarcas bajas y para las comarcas elevadas, y llenó de temor á los nobles y á los pecheros. Alguno

me ha contado haberle oído decir en un momento en que sus deseos eran vivísimos y su avaricia llegaba á su extremo: «En tiempo de un Rodrigo fué conquistada esta península; pero otro Rodrigo la libertará;» frase que llenó de terror á todos los corazones é hizo pensar á todos los hombres que lo que temían y les asustaba llegaría bien pronto! Sin embargo, este hombre, azote de su tiempo, era por su amor á la gloria, prudente firmeza de carácter y valor heróico, uno de los milagros del Señor. Poco tiempo despues murió en Valencia de muerte natural. La victoria seguía siempre la bandera de Rodrigo (Dios lo maldiga); triunfó de los bárbaros; batió en diferentes encuentros á sus gefes, tales como García, llamado por irrisión Boca de tortuga, el conde de Barcelona (1) y el

(1) En el texto dice: *El principe (el gefe) de los Francos*. Los historiadores árabes más modernos dan indistintamente el nombre de Francos á todos los pueblos cristianos de la Península; pero Ibn-Bassám llama constantemente á los castellanos y leones, *gallegos*; á los navarros, *vascos* y á los catalanes, *francos*. La Crónica General los llama también *Franceses*. Los trovadores llaman regularmente á los catalanes por su propio nombre, pero alguna vez le dan también el de *Francos*; véase por ejemplo el llamamiento á la Cruzada contra el Almohah-Jacob-Almanzor, por Gavaudan el viejo, (*apud*. Raynouard, *Choix des poésies, originales des troubadours*, t. IV, p. 87). Sábese que Cataluña era un féudo francés.

hijo de Ramiro (1). Entónces puso en fuga á sus ejércitos y mató, con un reducido número de guerreros, á sus numerosos soldados. Dicese que estudiábanse libros en su presencia y leyéndose los hechos y proezas de los antiguos héroes de la Arábia, cuando se llegó á la Historia de Mohallab quedó extasiado y se manifestó lleno de admiracion hácia ese héroe.

«En esta época, Abu-Ishâc ibn-Jafâdja compuso sobre Valencia los siguientes versos (2): «Las espadas se han cebado en tu corral oh! palacio; la miseria y el fuego han destruido tu belleza; cuando al presente te se contempla, se medita largo tiempo y se llora.... Ciudad infortunada! Los desastres jugaban á la pelota con tus habitantes; todas las angustias han recorrido tus desiertas calles, la mano del infortunio ha escrito so-

(1) Todos los reyes de Aragon llevan entre los árabes el nombre de hijos de Ramiro.

(2) El célebre poeta Ibn-Jafâdja habia nacido en Alcira en 1058 y murió en 1139. Ibn-Bassâm (man. de Gotha fól. 144 r. 483 v.) Ibn-Jácân (*Calâyid*, lib. 4^o. c. 1) é Ibn-Jallicân (t. 1, p. 49-20 ed. de Slane) le han consagrado artículos. Su *Diwân* se encuentra en la biblioteca del Escorial n^o. 376, en la del Museo asiático en San Petersburgo, en la de Copenhague, en la de Cid Hammuda en Constantina y en fin en la Bibl. imperial (Asselin 418, 4518 del suppl. ar.) El Sr. Defrémery ha tenido la bondad de hojear este último ejemplar, pero no ha encontrado en él los cuatro versos citados por Ibn-Bassâm.

bre las puertas de tus patios, tu no eres yá tu, tus casas no son yá casas! Cuando el emir de los musulmanes (Dios le sea propicio) hubo oido esta horrorosa nueva y se hubo enterado de esta terrible desgracia, hizo grandes esfuerzos. Valencia era para él como una paja que se mete en un ojo; no pensaba más que en ella, ella sola ocupaba sus manos y su lengua. Habiendo enviado para reconquistarla tropas y dinero, tendió sus lazos. La suerte de las armas fué desigual; ya la victoria se declaraba por el enemigo ya por el ejército del emir de los musulmanes. Por fin este borró la mancha que habia caido sobre la ciudad y labó el ultrage que habia recibido. El último de los generales que envió allí á la cabeza de un numeroso ejército, fué el emir Abu-Mohammed Masdali, (1) la punta de la espada del emir de los musulmanes y el cordon de que se servia para ensartar sus perlas. Dios le hizo conquistar la ciudad y permitió que fuese libertada por él, en el mes de Ramadhán

(1) Este nombre era de origen berberisco, los lexicógrafos árabes no traen su pronunciacion, pero hemos creído deber seguir la que se encuentra en un manuscrito de Ibn-Jaldan que posee la biblioteca de Paris (Masdali), y en una antigua crónica española, los *Anales Toledanos segundos* p. 403, Ahmazdali; el artículo está de sobra.

(1) del 493. Quiera Dios concederle un puesto en el sétimo cielo y dignarse recompensarle por su celo y sus combates en favor de la santa causa, concediéndole las mayores recompensas, que están dedicadas á aquellos que practican la virtud.

En esta época Abu-Abderraman ibn-Táhir escribió al visir Abu-Abdalmelic ibn-Abdalaziz una carta en que le dijo:

«Os escribo en medio del mes bendito (2); hémos conseguido la victoria, puesto que los musulmanes han entrado en Valencia (quiera Dios volverle la fortaleza) despues que ha sido cubierta de oprobio. El enemigo ha incendiado la mayor parte y la ha dejado en un estado tal, que se quedan estupefactos cuantos se informan de ella y se sumergen en una silenciosa y sombría meditacion. Aun lleva los vestidos negros con que ha sido cubierta; su mirada está velada y su corazon, que se agita entre carbones ardiendo,

(1) Esta noticia es inexacta. En 495 Ramadhán començaba el 19 de Junio y acababa el 18 de Julio de 1002, pero segun Ibn-al-Abbár Valencia fué reconquistada en el mes de Redjel 493, é Ibn-al-Jatib trae la fecha precisa á saber: el 15 de Redjel, es decir, el 5 de Mayo de 1102. Los Anales Toledanos 1, dicen tambien. «El rey D. Alfonso dexó deserta á Valencia en el mes de Mayo, Era 1140. «El hecho es que Ibn-Bassám ha sacado una falsa conclusion de la carta de Ibn-Táhir.

(2) Ramadhán.

¿un lanza suspiros Pero le queda su cuerpo delicioso, le queda su terreno elevado que se parece al musgo oloroso y al oro rojizo; sus jardines que abundan en árboles, su río lleno de límpidas aguas, y gracias á la buena estrella del emir de los musulmanes y á los cuidados que le prodigará, se disiparán las tinieblas que la cubren, recobrará su tocado y sus joyas, por la tarde se adornará de nuevo con sus magníficos vestidos y aparecerá en todo su esplendor, semejante al Sol cuando ha entrado en el primer signo del Zodiaco (1). ¡Alabado sea Dios, el Rey del Reino eterno, porque nos ha purgado de politeístas! Ahora que ha sido devuelta al Islam, podemos de nuevo gloriarnos de ella y consolar-nos de los dolores que el destino y la voluntad de Dios le habian causado.

»Facia la misma época escribió al visir y faqui Ibn-Djähhâf esta carta de pésame por la muerte de su primo hermano, que habia sido quemado y de la cual hemos hablado más arriba.

«Un hombre que, como vos (quiera Dios evitarnos las desgracias!) está lleno de religion y es inquebrantable en la fé; que tiene

(1) Sabido es que el Sol entra en el signo de Áries en el equinocio de primavera.

una conciencia pura, que vanamente busca quien la iguale; que posée una incontestable superioridad de espíritu y que conoce las vicisitudes de la fortuna; un hombre de esta especie sobrelleva pacientemente las calamidades, las desdeña y las desprecia, porque sabe que tales son las vicisitudes del destino y de la fortuna, que hay un tiempo en que es preciso morir, y que la suerte ha dispuesto de antemano todo lo que sucede. Pues bien; la desgracia (plegue á Dios que jamás os persiga ni os arrebate de nosotros) ha querido que el faquí, el cadí Abu-Ahmed, (á quien Dios haya perdonado!) fuese privado de su alta dignidad y condenado á muerte. Las estrellas de la gloria, lo juro, han desaparecido cuando murió este hombre; los cielos de la nobleza derramaron lágrimas cuando murió y abandonó este mundo. Se parecía por su noble conducta y el socorro que prestaba á los desgraciados, á la lluvia durante un verano estéril, á la leche en el tiempo que escaséa; léjos de ser cruel gustaba de perdonar las ofensas; afable con sus vecinos y muy estimado de sus amigos, con su cortesía seducía los corazones y cautivaba á los hombres libres con su bondad. Ahora que ha muerto y el fuego ha consumido sus restos, el mundo viste de luto por él. Como

governaba celosamente la ciudad y exterminaba á sus enemigos, ésta derrama ahora lágrimas tan abundantes como las gotas de lluvia en la primavera y donde quiera deplora su pérdida. Oh! ¡Cuán presto le ha arrebatado la muerte, y precisamente cuando era vuestra alegría, cuando os habia dado la gloria por collar y habia elevado sobre todos vuestro poder! Pero, tened confianza, por grande que sea nuestra desdicha hemos sido criados por Dios y volveremos á él, sepamos sobrellevar nuestra pérdida con una resignacion de que Dios nos recompensará largamente en la vida futura, aunque tengamos verdadero motivo para afligirnos porque el difunto era de un origen ilustre y para nosotros una montaña inaccesible á nuestros enemigos y un asilo situado sobre la altura. La misma desgracia nos ha herido á los dos; pero procuremos consolarnos; si lo conseguimos será para nosotros el más precioso tesoro en la otra vida y tendremos derecho á la mayor remuneracion.

«Dice Abu-'l-Hasan: Abu-Abderramam ha compuesto tantas obras excelentes y sus pensamientos y sus acciones son tan bellas, que sus hechos no cabe referirlos aquí, ni tampoco desenvolver toda la nobleza de su carácter. Pero yo he copiado la mayor parte

de sus composiciones en un libro aparte, al que he puesto el título de *Hilo de perlas*, sobre los cartas de Ibn-Tâhir. En este momento vive en Valencia, ha conservado el uso completo de sus facultades; aunque tiene cerca de ochenta años, conserva buen oído, aún vierte sobre el papel ideas que roban todo su brillo á los collares de perlas y en comparacion de las que, las noches iluminadas por la hermosa luna, son oscuras: pero lo que hemos escrito debe bastar, porque ¿qué hombre podia agotar todo lo que hay que decir sobre el asunto?»

Ibn-Bassâm, como se vé, no da una biografía propiamente dicha del Cid; contentóse con indicar los principales hechos que señalaron el curso de su vida, aunque las noticias que suministra son de gran importancia: segun él, Rodrigo habia estado al principio al servicio de los Beni-Hud, reyes árabes de Zaragoza. Los *Gesta* dicen lo mismo pero á Masdeu (p. 177-178) le parece esta circunstancia completamente increíble; los autores contemporáneos del Cid, pretende, jamás se ocuparon de tal cosa ni los de los dos siglos siguientes; es pues una fábula inventada por los romanceros y juglares, pues es imposible creer que un príncipe mahometano concediese su confianza y su amistad á

un enemigo de su religion, y que los súbditos de este príncipe tolerasen entre ellos semejante hombre. Esto sería llevar las cosas hasta un extremo increíble, dice Masdeu. Sin duda que hay en esto algo ridículo; pero no es el relato del historiador latino robustecido por el testimonio de un autor árabe contemporáneo del Cid.

Ibn-Bassân atestigua también que Rodrigo combatió en diferentes ocasiones al conde de Barcelona, al rey de Aragón y á García apellidado Boca de tortuga, apodo que los autores cristianos han evitado á su compatriota García Ordoñez, el conde de Najera, enemigo mortal del Cid. Masden niega que tuviese lugar ni una sola de las guerras referidas en los *Gésta*.

El relato del sitio de Valencia tal como lo trae Ibn-Bassân, ofrece muchos puntos de contacto con el de la *Crónica general* que ha sido considerada como absurda.

Por último; no hay nada que no se encuentre; hasta la terrible palabra pronunciada por Rodrigo, aunque está no en un escrito que pretende pasar por histórico, sino en un romance. Verdad es que la idea de Rodrigo ha revestido aquí una forma ménos altanera; pero es preciso tener en cuenta que en Ibn-Bassân, el Cid habla á un árabe;

miéntras que en el romance se dirige á su señor. «No soy tan mal vasallo, dijo á Alfonso; pues si hubiera otros muchos como yo, se conseguiría recuperar en breve lo que el rey godo perdió.

Como el pasage de Ibn-Bassán parece demostrar que los documentos cristianos y especialmente los *Gesta* y la *Crónica general*, merecen más confluencia de la que los historiadores modernos le han concedido, creemos deber someter estos documentos á un nuevo examen comenzando por la *Crónica general*.

II.

Francisco.

Remember she's the dutchess
Marcella.

But used with more contempt, than if I were
A peasan's daughter; bated, and hooted at,
Like to á common strumpet.

Massinger, *The Duke of Milan*, II, 4.

Let me see the jewel, son!

'T is a rich one, curious set,

Fit a prince's burgonet.

Fletcher, *Women pleased*, IV, 4.

En la segunda mitad del siglo XIII, Alfonso X, apellidado el Sábío, compuso la *Gran crónica de España*, conocida con el nombre de *Crónica General*, consultando para ello las crónicas latinas de Lúcas de Tuy y de Rodrigo de Toledo, y valiéndose tambien de los poemas españoles que trataban de asuntos históricos, como hizo Tito Livio, no tomándose en algunas ocasiones, ni áun el trabajo de hacer desaparecer la medida ó las asonancias. Además disponia de algunos libros árabes, entre los cuales si habia algu-

nos dignos de crédito, otros, como los que trataban de la conquista de España por los musulmanes, eran más bien romances históricos.

Indudable es que hay poca crítica en este gran trabajo, y no podía ser de otro modo, pues en aquella época aún no existía en la España cristiana la crítica histórica. Sin embargo, el libro tiene grandes méritos. Encuéntrase en él las investigaciones de una multitud de poemas épicos, que de otro modo no hubiéramos conocido y ha creado la prosa castellana (no esa pálida prosa del día, que, falta de carácter é individualidad, es, en la mayor parte de los casos, francés traducido palabra por palabra) sino la verdadera prosa castellana, la del buen tiempo antiguo, la que retrataba tan fielmente el carácter español, esa prosa vigorosa, abundante en largos períodos, viva, grave, noble y sencilla á la vez, y esto en un tiempo en que los otros pueblos de Europa, sin exceptuar los italianos, estaban aún muy léjos de haber producido una obra en prosa que se recomendase por su estilo.

La historia del Cid llena más de la mitad de la cuarta ó última parte de la *Crónica General*, sobre la cual han ocurrido dudas sobre si fué ó no compuesta por Alfonso, co-

mo las tres precedentes. Florian de Ocampo, que dió á luz, en 1541, una pésima edición de la obra, nos enseña en dos notas colocadas al fin de la tercera y cuarta parte, que en su tiempo muchas personas instruidas pensaban que ésta no habia sido añadida hasta despues de la muerte de Alfonso X, por órden de su hijo Sancho; que se compone de fragmentos dispersos, escritos por autores antiguos á los cuales ha faltado una mano hábil que los corrija, como Alfonso habia corregido las otras tres partes. Estas notas de Florian de Ocampo descansan en el falso supuesto de que Alfonso no escribió la *Crónica*, mereciendo tomarse en consideracion si se tratase realmente aquí de una tradicion algo antigua; mas, despues de un maduro exámen solo veo lo siguiente: algunas personas del siglo XVI observaron cierto hecho y de él han sacado una conclusion. En efecto, Florian de Ocampo y sus amigos encontraron que el estilo de la cuarta parte diferia del de las otras tres y observaron en ella *vocablos más groseros*. Esta diferencia no es, sin embargo, tan palpable como se asegura, pues dejando á un lado el relato del sitio de Valencia, todo el resto de la cuarta parte está escrito en el mismo estilo que las otras tres. Pero Florian de Ocampo parece

haberse fijado especialmente en lo estenso del relato y lo ha encontrado demasiado mal escrito para poder admitir que el sábio rey lo hubiese dejado correr; de ahí sin duda su conjetura, pues no otro nombre nos atrevemos á dar á su observacion. El mal estilo del acriminado relato puede explicarse, á nuestro parecer, de diferente manera; pero es preciso observar además que el príncipe D. Juan Manuel, que escribió un compendio de la crónica de su tío, no dice en modo alguno que el fin no fuera de aquél; presenta la obra toda como de Alfonso y nadie, á lo que parece, habia dudado de ello antes de que Florian de Ocampo escribiese sus dos notas. No hay, pues, ninguna razon verdadera para no atribuir esta cuarta parte al autor de las tres precedentes.

Alfonso se valió para escribir la vida del Campeador de Lúcas de Tuy, de Rodrigo de Toledo, de los *Gesta* y de la *cancion del Cid*, mas cuando de su relato se excluyen los fragmentos sacados de estos cuatro libros y algunas cortas narraciones fundadas evidentemente sobre la tradicion ó sobre poemas, queda un gran pedazo que no se encuentra en las citadas obras. En este largo fragmento se distinguen dos partes que tienen un carácter completamente distinto; y la última

llena de milagros y hechos que están en abierta oposicion con el testimonio de los historiadores, no es, en nuestro sentir, más que una leyenda compuesta en el cláustro de San Pedro de Cardaña, de la que volveremos á ocuparnos oportunamente. La primera parte es una historia detallada de Valencia, desde la toma de Toledo por Alfonso VI hasta la conquista de Valencia por el Cid.

No sabemos á punto fijo los agravios que hay contra esta crónica, pues en ninguna parte hemos hallado una crítica robustecida con razones y pruebas, sin duda se creyó que este relato no merecía semejante honra. Masdeu, que ha consagrado muchas páginas al exámen de los Gesta, se desentiende no solo del relato en cuestion sino de toda la *Crónica General*, con estas pocas palabras: «Coloco ésta historia entre el catálogo de los romances, porque, á juicio de los sábios, tal es el lugar que conviene á la mayor parte de estos relatos y sobre todo á aquellos que se ocupan de la vida y las hazañas del Campeador.» Tal es poco más ó ménos la opinion de todos los historiadores modernos. Uno solo entre ellos, el Sr. Huber ha abandonado últimamente la opinion general de que aún participaba en 1829 al publicar su *Historia del Cid*. La opinion emitida por el Sr. Hu-

Ser de que dimos cuenta en la introducción, hace sin duda mucho honor á su tacto y crítica, pero desconociendo el árabe y no encontrándose familiarizado con las narraciones de los historiadores musulmanes no ha podido probar su tésis; tampoco sabemos que hasta ahora haya encontrado prosélitos, así que limitándonos á recomendar á nuestros lectores el argumento del Sr. Huber nos vemos obligado á seguir nuestras propias inspiraciones.

Si este trozo no es historia, ¿qué es? Ningun milagro contiene, nada que caracterice la leyenda; por el contrario, el punto de visto del cronista, léjos de ser católico es esencialmente musulman, pues un autor católico jamás hubiera compuesto un relato de tal naturaleza y se hubiera guardado mucho de emplear frases como la siguiente (fól. 331, col. II): (1) «Entónces vió (tratase de Ibn-Djähháf) la imprudencia que habia cometido arrojando á los Almoravides fuera de la villa y fiandose en hombres de diferente religion.» Este trozo no es, pues, una leyenda: ¿será por casualidad un poema refundido en prosa? Pero no es nada poético, á ménos que la poesia hubiese tenido la extravagancia de ir

(1) Citamos la edicion de Zamora, del año 1544.

á sepultarse en tarifas de viveres y en otras cosas tan llanamente prosáicas. Además sería nesario tener una idea muy singular de la poesía española y de la fiereza castellana para pensar que un poeta hubiese representado al héroe de su nacion como á un traidor infame que conculca los tratados más solemnes, como á un monstruo impio que hace quemar en un solo dia diez y ocho afamados valencianos y hace despedazar á otros tantos por los perros. ¿Es este el Cid siempre leal, siempre noble de la *Cancion* y de los romances? ese Cid de quien hubiera podido decirse:

Deus! con se joignent en lui bel

Cuers de lion et cuers d'aignell! (1)

No, mil veces no. Este es el Cid de Ibn-Bas-sâm y de otros historiadores árabes.

Hay, en efecto, pruebas evidentes de que este relato fué traducido del árabe. El estilo contrasta singularmente con el estilo ordinario de la *Crónica*: crudo y embarazoso, ambiguo é incompleto tiene todas las trazas de una traduccion no solo fiel, sino servil; de una traduccion que quiere conservar hasta las construcciones mismas del original; algunas veces es tan oscuro, sobre

(1) *Partonopeus de Blois*, vs. 8599, 8600.

todo cuando el escritor se embrolla en los pronombres posesivos (el empleo de estos pronombres hace oscura toda traducción servil de una obra árabe) que nos atrevemos á decir que una multitud de sus frases son inteligibles para quien no sabiendo el árabe, le es imposible traducir estas enrevesadas frases. El estilo es estremadamente sencillo, aunque de cuando en cuando se encuentran locuciones muy frecuentes entre los historiadores árabes más sobrios de adornos, locuciones que por su frecuente uso han llegado á perder su fuerza en árabe, pero que producen un singular efecto cuando se traducen en lengua europea literalmente, como lo ha hecho el traductor español de este trozo. Un castellano jamás hubiese escrito en medio de una narración muy prosáica: «la candela de Valencia matóse y se oscureció la luz (1).» En árabe la frase citada es muy frecuente. Encuéntrase además (fól. 333, col. 3): «y todo el pueblo estaba ya en las ondas de la muerte.» Jamás un español hubiese empleado esta metáfora árabe. En otro lugar (fól. 328, col. 2): »dando grandes voces así como el trueno é sus amenazas de los

(1) «Amatóse la candela de Valencia é escureció la luz.»
Fól. 314 col. 3.

relámpagos,» lo cual no puede traducirse en otra lengua, escepto la árabe, por más que vertido al castellano palabra por palabra sea efectivamente: «á sus amenazas de los relámpagos,» «et eorum mince ex fulminibus.» La espresion es muy conocida en árabe pero es necesario traducirla ménos servilmente si queremos que nos entiendan. La traduccion española es efectivamente muy servil. En vez de hacer decir á Ibn-Djauháf que quería entrar en la vida privada ó que habia entrado en ella, se le hace decir «que el quería ser como uno dellos» (1) «que se consideraba en el lugar de una de ellos;» (2) espresiones tan poco españolas como francesas, aunque sí enteramente árabes. En un discurso del Cid se lee: «ca yo amo á vos é quiero tornar sobre vos», espresion arábiga. Más arriba se encuentra: «e mando que no metan cautivo ninguno en la villa,» lo que traduce un autor francés del modo siguiente: «he ordenado que no hagan entrar cautivos en la villa:» siendo este en efecto, á lo que parece, el sentido de las palabras españolas, aún cabe preguntar el porqué prohibiría el Cid que entrasen cautivos en Valencia.

(1) «É que quería ser como uno dellos. Fól. 328, col. 4.»

(2) Fól. 330, col. 4.

Las palabras árabes que en otro texto se emplean responden perfectamente á las españolas y significan: «Ordeno que no se detenga á nadie en la ciudad;» y traduciéndolo de esta manera resulta un sentido enteramente racional y claro. Además se lee: «el rey de Zaragoza no le tornó la cabeza (1);» lo que debe significar que este rey no hizo caso del mensajero de Ibn-Djahlhâf y no quiso escuchar sus proposiciones. En árabe efectivamente en este sentido se usan estas palabras, mas esta frase no se emplea en español ni en ninguna lengua románica. En otro lugar (f. 324, col. 3.^a) se encuentra una expresión no ménos singular. Cadir ha sido asesinado por orden de Ibn-Djahlhâf, «é vino gran compañía é tomó el cuerpo é pusol en las treses del lecho.» En vez de *treses*, que nada significa (2), debe leerse *trozos*. Traduzcamos; «y vino una gran compañía y tomó el cuerpo y lo colocó sobre los pedazos del lecho.» Lo que aquí no conviene de modo alguno, pues no se ha dicho anteriormente que el lecho estuviese roto, ni aun se ha tratado

(1) Nol tornó cabeza el rey de Saragosa, (f. 332, col. 2.^a).

(2) La edición, así como los antiguos manuscritos, lleva siempre una ç cedilla cuando esta letra tiene el valor de z, bien se encuentre antes de la a, la o, la u, bien preceda á e ó i.

de él. Tampoco el antiguo editor Florian de Ocampo ha comprendido esta frase, puesto que hizo imprimir *treses* en lugar de *trozos*; ni el redactor de la *Crónica del Cid* la entendió, pues dijo «y le puso sobre cuerdas y sobre un lecho. (1)» La palabra árabe, que aquí se emplea significa, en efecto, troncos, pedazos de leña, y significa un lecho. (2). Podemos, pues, traducir, *sobre los troncos del lecho*; traducción que de ninguna manera expresa la idea del autor, significando también la palabra árabe una *camilla*, y la otra palabra, que en el mismo párrafo se emplea, las piezas de madera de que ésta se compone. Aun hoy no es usada la caja en Marruecos, aunque sí en Egipto; cuando se ha lavado el cuerpo se le coloca sobre una camilla, se le cubre con una pieza de tela y se le lleva al cementerio. (3) La misma costumbre existía en España, y los autores árabes de este país se valen á menudo de la palabra en cuestión «pedazos de madera,» tomada aisladamente, para desig-

(1) E púsolo sobre unas sogas é en un lecho, (cap. 165.)

(2) Esta significacion falta en los diccionarios, pero hace tiempo que hemos dado ejemplos de ello. Véase *Script. Arab. loci de Abbad.*, t. I, p. 268 y compárese la excelente traducción de los *Viages de Ibn-Batutah en la Persia, y en el Asia central*, que han sido publicados por M. Defrémery, (p. 48).

(3) Jackson, Account of Marocco, p. 157.

nar la camilla sobre la que se lleva un muerto al cementerio. Asi que Ibn-Jácán (1) dice de un hombre que acababa de morir: «fué colocado sobre una camilla,» literalmente «en unas piezas de madera.» En un poema (2) que compuso Motamid, ex-rey de Sevilla, cuando sintió aproximarse su muerte, se encuentran estos versos: «Antes de haber visto esta camilla ignoraba que las montañas (así es como los árabes llaman á los héroes) eran trasportados sobre pedazos de madera.» Esta frase es tambien muy frecuente, y en vez de traducir «se colocó el cuerpo sobre los pedazos del lecho,» el traductor español hubiera debido decir «se colocó el cuerpo sobre la camilla.» En efecto, inmediatamente se dice que «se le cubrió de una vieja *acitara*, (gualdrapa ó mantilla) se le llevó fuera de la ciudad y se le enterró.»

Aun debo hacer notar otra simpleza del autor español que bastará para convencer á los más incrédulos que este relato ha sido realmente traducido del árabe. Despues de la insurreccion de Ibn-Djahlhâf, todos los partidarios de este rey emprendieron la huida. «Fuxeron para un castello que dezien Ju-

(1) «Calâyd,» man. A., t. I, p. 96.

(2) Apud. Abd-al-wâbih, p. 112.

bala con un *pañó* de Benalfarax, aquel preso que fuera su alguazil del rey é del Cid.» Huyeron hácia un castillo llamado Jubála con una *pieza de tela* de Benalfarax (Ibn-al-Farâdj) el que estaba ahora prisionero y habia sido antes el visir del rey y del Cid.» Preciso es confesar que esta pieza de tela produce aquí un singular efecto, sobre todo si se atiende á que en adelante no se vuelve á hacer mérito de ella. Siguiendo la traducción encontramos otra frase que, sin duda, puede significar: “con una pieza de tela, de Ibn-al-Farâdj,” pues la palabra árabe que aquí se emplea significa muy á menudo una pieza de tela (1); pero este sentido no es aquí el adecuado, pues puede significar tambien un batallon, un escuadron, una cuadrilla de soldados. (2) Conviene, pues, traducir “con una cuadrilla, (con soldados) de Ibn-al-Farâdj,” y entónces todo queda perfectamente.

En rigor bastarian estos argumentos sacados del carácter y del estado del relato; pero los hechos vienen aún á comprobar lo que venimos sustentando y á disipar hasta

(1) Véanse los ejemplos que hemos citado en el Diccionario detallado de los nombres de los vestidos entre los árabes, (p. 368).

(2) Véase *Script Arab. loci*, t. II, p. 232.

el ménor asomo de duda. Este relato podemos inspeccionarlo á menudo con ayuda de los autores árabes y á veces con el auxilio de las crónicas y de las cartas cristianas; así lo hemos hecho y hé aquí el resultado de nuestro exámen. Hemos encontrado que este relato concuerda siempre perfectamente con los autores árabes más antiguos y más dignos de crédito; que en él no se hallan las faltas que ofrecen las obras de los autores arábigos más modernos; que contiene hechos y nombres propios poco conocidos y que solo por accidente se ven en los autores musulmanes, pero que son de una escrupulosa esactitud, así como los detalles tipográficos; que aún las palabras y las frases empleadas por el autor se encuentran en los escritos arábigos que tratan de esta época, sobre todo en el *Kitab-al-ictifâ* escelente crónica que fué compuesta en la segunda mitad de siglo XII, por un faqui africano Ibn-al-Cardebous (1). Para robustecer con algunas pruebas lo que acabamos de manifestar notaremos desde luego que la crónica habla de una puerta de Valencia que llama Belsahanes, lo que significa, dice, «Puerta de la culebra.» Es necesario leer *Bebal-*

(1) Abu-Mewârâ Abdalmelic ibn-at-Tauzari. Conozco el nombre del autor del *Kitab-al-ictifâ* por Ibn-Chebât que lo cita muy á menudo.

hanes (comparese Alcalá, en la palabra culebra.

Habia efectivamente en Valencia una puerta llamada así; Ibn-Jâcân habla de ella en su capítulo sobre Ibn Tâhir. En otro lugar la crónica hace mencion de un personage de Valencia que llama *Mahomad abenhayén alaronxa*. Es preciso leer Abu-Mahomad y alarouxa ó alarauxa (los autores españoles de la edad media dan frecuentemente á los nombres relativos la terminacion *a* en vez de *i*). Este personage vivía realmente en Valencia hácia la época de que habla la crónica; el biógrafo Dhabbî le ha consagrado un artículo del cuál Casiri, (t. II, p. 138,) ha publicado un extracto y el Sr. Defrémery ha tenido la bondad de copiárnoslo del manuscrito de la Sociedad asiática, Léese en él, que Abdalláh ibn-Haiyân (ó Hayén segun la pronunciacion de los árabes de España,) al-Arauchi (1) era un sábio teólogo nacido en el 409, de la Hégira y que fué á establecerse en Valencia, donde murió en 487, 1094 de nuestra era. Habla tambien la Crónica de un gobernador de Játiva que llama Abenmacor, personage que tambien se encuentra incidentalmente nombrado por los autores árabes. Así Ibn-Bassâm dijo: (man. de Ox-

(1) En el manuscrito así se lee con las vocales.

ford fól. 109, v.) que cuando Motamid hubo hecho poner en prision á su visir Ibn-Amâr en el año de 1084, muchas personas pidieron su indulto y entre otras el gobernador de Játiva Ibn-Mahcur. Si no nos es infiel la memoria Ibn-Bassâm ha copiado la carta que Ibn-Mahcur escribió á Motamid en esta ocasion y tenemos á la vista el extracto de otra que Motamid hizo escribir en respuesta á la de Ibn-Mahcur. Este extracto se encuentra en la enciclopedia de Nowairi man. de Leyden nº. 273, p. 549. El gobernador de Játiva se halla allí nombrado por error Ibn-Yahfur más por lo demás la pronunciacion de la crónica es enteramente exacta, pues los árabes de España apénas dejaban percibir la *h* dando además al wan el sonido de *o*. En otro lugar (fól. 324, col. 4,) cuenta la crónica que Ibn-Djahhâf aborrecia á su primo hermano (1) el *alcalde mayor* de la ciudad que encerraba la autoridad de su primo en límites muy reducidos (*nin mandaba nin vedava*, dice el texto lo cual es tambien una frase árabe); que solo le daba muy corto sueldo, y en fin lo vejaba de todas las maneras posibles. Ibn-Jácân é

(1) En vez de hermano como dice la edicion de la crónica debe leerse *primo cormano* con la crón. del Cid c. 166.

Ibn-Bassâm refieren lo mismo y su testimonio se confirma con la carta dirigida por Ibn-Talûr á este primo de Ibn-Djhháf, traducida más arriba. Además (fól. 330, col. 4 y fól. 331, col. 2) la crónica da á un oficial de Ibn-Djhháf el nombre de *Atetoin* ó *Atetorui*. Una y otra version se encuentran alteradas, pero la última se acerca más á la verdad. Es preciso leer *Atecorni* pues en los manuscritos la *c* y la *t* asi como la *n* y la *u* se permutan fácilmente. Este nombre relativo se escribe en árabe de tal manera que todo el mundo pronunciaría *at-Técorni* si no se supiese por el *Lobb-al-lobáb* de Soyuti y por los Diccionarios geográficos que es necesario pronunciar *at Técoroni* (1). Así pues, los *Técoroni* eran realmente una familia valenciana, y sabemos por Ibn-Bassâm (man. de Gotha, fól. 10 r.) que uno de ellos Abu Amir ibn *Técoroni* había sido visir bajo el reinado del rey de Valencia, Abdalaziz Almanzor.

Cuenta la crónica que cuando Cádiz emprendió la fuga, ocultó en su faja un collar de gran precio y luego añade: «é diz que fué de Seleyda mujer que fué de Abenarre-

(1) Este nombra relativo proviene de una ciudad del Mediodía llamada Tecoronna. Esta es la palabra latina *corona* á la que se ha unido el prefijo berberisco.

xit el que fué señor de Belcab: é que pasó despues á los reyes que dizien Benuiuoyas que fueron señores del Andaluzia.» Todos los nombres propios han sido alterados aquí por los copistas ó por el editor, pero el autor habia querido decir que este collar habia pertenecido al principio á Zobaida esposa del califa de Bagdad Hârun ar Rachîd y despues á los Omeyas de España. Un pasage de Ibn-Addârî (t. II. p. 93) confirma esta noticia. En él se lee: «cuando Mohamed Amín hijo de Hârun ar Rachîd fué muerto en el año 813y sus riquezas saqueadas, sus joyas y sus muebles preciosos fueron traídos á España y se envió á Abderrahman II, sultan de este país, el collar conocido con el nombre de *Collar de las lentejas* (créese que se llamó así por estar compuesto de piedrecitas verdes y redondas, de pequeñas esmeraldas) que habia pertenecido á Zobaida.

En otro lugar (fól. 323, col. 1 y 2) se lee que despues de la muerte de Cádiz, Abu-Isâ-Ibn-Labbun, señor de Murviedro, cedió sus castillos á Ibn-Razîn, con la condicion que este habia de proveer á su subsistencia, y él fué á establecerse al Albarracin con sus mujeres, hijos y amigos. Esta noticia se confirma no solo por Ibn-al-Abbâr, Ibn-Jacân é Ibn-Bassâm, sino tambien por algu-

nas composiciones poéticas hechas por los mismos Ibn-Razin é Ibn-Labbun.

Las semejanzas entre el relato de la crónica y el Kitáb-al-ictifâ, son tan numerosas y sorprendentes que nos hemos de limitar á citar un solo ejemplo de ellas. Haremos observar que las noticias que dan estas dos obras sobre los bandos del Cid y de Alvar Fañez son absolutamente las mismas. “Estos bandos, añade la crónica, (f. 331, col. 4.^a) daban un moro por un pedazo de pan ó un jarro de vino.” La misma frase se encuentra en la crónica árabe.

Mas el relato traducido por Alfonso el Sábios mucho más completo, más circunstanciado y más exacto que todos los de los demás autores árabes. Y lo es de tal manera, que no pudo ser hecho más que por un árabe que residiese en Valencia mientras el Cid sitiaba á esta ciudad. El autor parece haber escrito la historia de su tiempo hasta el momento en que Ibn-Djähhâf fué arrojado en prision y creo que no pudo continuarla porque fué uno de aquellos á quienes el Cid hizo quemar á fines de Mayo ó principios de Junio del año 1095, juntamente con Ibn-Djähhâf.

En efecto, el relato es exacto hasta la época en que éste fué puesto en prision; pero

su muerte se cuenta de un modo singular. El Cid lo hizo juzgar por el faquí que habia nombrado el cadí y por los patricios de Valencia, los cuales decidieron que, puesto que habia matado á su rey, merecía, segun la ley musulmana, ser muerto á pedradas. A este relato pueden hacerse dos objeciones: primera, que está en contradiccion con el testimonio de Ibn-Bassân, autor contemporáneo, y con el de Ibn-al-Abbâr, historiador muy exacto y además valenciano: segunda, que no hay ley musulmana, al ménos que sepamos, que diga tal cosa. Despues de colocar este inventado relato, Alfonso se vale exclusivamente de libros cristianos, donde no se encuentran huellas de la crónica árabe. ¿Cómo explicar esta circunstancia? ¿Supondremos acaso que Alfonso alterase la narracion del suplicio de Ibn-Djahláf porque presentaba al Cid bajo un aspecto muy desfavorable? No lo cremos; Alfonso no pudo tener este motivo, toda vez que no ha disimulado otros hechos en que el Cid se manifestaba más cruel todavía que en estas circunstancias. Preciso es, pues, admitir que la crónica árabe no contaba el suplicio de Ibn-Djahláf; que Alfonso lo tomó de una obra cristiana, y especialmente de la leyenda de Cardeña, y por último, que el cronista

musulman se vió obligado por un accidente cualquiera á interrumpir bruscamente su trabajo.

Ahora está fuera de duda que el Cid hizo quemar vivos en 1095 no solo á Ibn-Djahháf y sus parientes sino á otros muchos: entre éstos desdichados se encontraba un hombre de letras, que habia desempeñado el empleo de secretario cerca de un visir, y se llamaba Abu-Djafar-Battî (es decir originario de Batta, uno de los pueblos situados en los alrededores de Valencia). (1) ¿No podría suponerse que este escritor es el autor del relato traducido en la *Crónica*? Admitido esto, naturalmente se explicaria por qué este relato se interrumpe tan bruscamente, y por qué no se hace mencion en él del suplicio de Ibn-Djahháf. Aun debemos hacer observar que á través de la ruda y pesada traduccion española puede vislumbrarse con facilidad una edicion árabe elegantísima circunstancia que aboga en pró de nuestra suposicion, pues Abu-Djafar-Battî era un literato muy distinguido.

Por lo demás, esta crónica, cualquiera que sea su autor, es sin disputa el mejor ejemplar que poseemos de la historiografía

(1) Véase Maccari, t. II, p. 429 y 755.

árabe del siglo XI, y Alfonso el Sábio tiene derecho á nuestro reconocimiento por habernos conservado siquiera sea en una traduccion bárbara ésta, joya inapreciable.

Todavía nos resta esplicar cómo y por qué esta traduccion de la crónica árabe se encuentra en la *Crónica General* y refutar la opinion de los que piensan que el relato que nos ocupa tiene por autor á un cierto Abenalfange ó Abenalfarax; opinion generalmente aceptada cuando Escolano escribió su excelente *Historia de Valencia*, es decir, á principios del siglo XVII y adoptada últimamente por M. Huber. Mas antes de abordar esta cuestion, diremos lo que es la *Crónica del Cid*.

En pocas palabras resumiremos el resultado de nuestro exámen acerca de esta crónica, publicada por primera vez en Búrgos en 1512 por Juan de Velorado, abad de San Pedro de Cardena, segun el manuscrito de aquel convento. Diremos, pues, que no es otra cosa que la parte correspondiente de la *Crónica General* retocada y refundida arbitrariamente por algun ignorante del siglo XV ó cuanto más de fines del XIV; probablemente por un monge de San Pedro de Cardena, y de nuevo retocada y refundida tambien, arbitrariamente, á principios del

siglo XVI por el editor Juan de Velorado.

Para probar la última tesis, citaremos el testimonio de Berganza, el cual no ha sido notado ni aún por el último editor, M. Huber, ni á nuestro parecer, por ninguno de aquellos que en estos últimos tiempos han hablado de la *Crónica del Cid*. Es preciso observar que Berganza que publicó su libro en 1719 y que es el único escritor que ha comparado la edición de Velorado con el manuscrito de Cardeña, dice lo siguiente (t. I, p. 390): “Debo advertir que la *Crónica del Cid* impresa, no concuerda en lo concerniente á ciertos detalles y á ciertos capítulos, con la crónica manuscrita; así me atenderé á la que se encuentra en nuestros archivos. He visto además por algunos cotejos suministrados por el señor Defrémery que la edición de Velorado difiere muy notablemente del manuscrito de la *Crónica del Cid*, que posee la Biblioteca imperial (n. 9988). Este manuscrito se aparta ménos de la *Crónica General* que la edición de Velorado; pero, sin embargo, cuando no se tiene á la vista el manuscrito de Cardeña, es imposible manifestar qué cambios es preciso atribuir al antiguo monge y cuales á Velorado, aunque todos, sin escepcion, son muy importunos y á menudo ridículos. En el relato árabe, los dos

redactores no han comprendido una multitud de frases, poco españolas, en verdad, saltando por ellas ó cambiándolas con poquísimos acierto. Además aunque los detalles de este relato, tal como se encuentran en la *Crónica General* concuerdan perfectamente con los arábigos, no sucede otro tanto con la *Crónica del Cid*, por más que ésta, en el fondo, sea el mismo relato. Observaremos además que el autor de este mosaico desafortunado ni aún se ha tomado el cuidado de desechar lo que nunca hubiera debido encontrarse en él y al escribir una crónica del Cid ha admitido, sin duda, muchas cosas que se hallan en la *Crónica General*, y que nada tienen que ver con el héroe castellano. Al fin de su trabajo, dice que ha mezclado todas estas noticias, porque la Crónica no podía escribirse de otro modo. No sabemos si el redactor pudo hacerlo, aunque lo dudamos mucho; pero una de dos, ó debió apartar de su libro lo que no le pertenecía ó no debió escribirlo. Más aún; este torpe monge dice sencillamente: «como hemos dicho más arriba,» cuando trata de hechos anteriores á la época del Cid, hechos de que no se ocupa poco ni mucho; también añade: «como diremos luego,» al tratar de cosas que no acaecerán hasta el siglo XIII y

de los que no hace mencion. De esta crónica es de donde nos ha venido la noticia de que Abenalfange escribió el relato árabe, pues dice (c. 180): «Y entónces Abenalfange, un moro, que escribió esta historia en árabe en Valencia, anotó cuanto valian los víveres para ver cuauto tiempo podia subsistir aún la ciudad y dijo que el *cafi*z, etc.» En árabe no existe el nombre propio de Ibn-al-Fandj, y por el libro de Berganza (t. I, p. 390) sabemos que el manuscrito dice Abenfax y suponiendo que este fuera Abenfax, Abenfarax, Ibn-Faradj, el pasage merecia ciertamente tenerse en consideracion si se encontraba en la *Crónica General*; pero solo lo hallamos en un libro donde, algunas líneas más arriba, el relato árabe ha sido interpolado de esta manera: «Mas Nuestro Señor Jesucristo no quiso que fuese así, etc.»

Lo cierto es que el monge del siglo XV que compuso la *Crónica del Cid* atribuyó el relato árabe al personage fabuloso que pasaba por autor de la antigua leyenda de Cardeña, y queriendo dar á su trabajo una apariencia de verdad, este legendario lo habia atribuido á su vez á un contemporáneo del Cid; especie de fraude muy comun en la Edad Media. Los autores de los romances del siglo carlovingio pretenden casi siempre que estos li-

bros han sido encontrados en San Dionisio (Saint-Dénis); así dicen que el romance provenzal conocido bajo el nombre de *Philomena*, fué escrito por un maestro de historia, contemporáneo y amigo de Carlo Magno, llamado Philomena. Aun los poemas históricos se publicaban bajo un pseudónimo, pues la Cruzada contra los Albigenses, relato bastante exacto, compuesto por un trovador contemporáneo, se dice escrito por un personaje que habia estudiado mucho tiempo la geomancia, llamado maestro Guillermo, de Tudela, en Navarra. Cervantes pone en ridículo esta costumbre, cuando pretende que su obra *El Quijote* es una traduccion de otra árabe, escrita por Cide Hamete Benengeli; siendo muy posible que haya querido burlarse especialmente de la *Crónica del Cid*, en la que el verdadero relato árabe abunda en frases cristianas interpoladas y en donde la leyenda católica de Cardeña (así como en la *General*) se atribuye á un árabe valenciano. Esta suposicion parece tanto más probable cuanto que se vé á Cide Hamete comenzar un capítulo con estas palabras: “Juro como cristiano católico.” (1)

(1) *Don Quijote*, segunda parte, c. 27.

El Testaferro, el Turpin de la leyenda, es, pues, el valenciano Abenalfarax, el sobrino de Alfaraxi, que se encuentra á menudo nombrado en la leyenda y del que hablaban probablemente las tradiciones monásticas seguidas por el legendario. Este Alfaraxi, al abrazar el cristianismo, habia tomado el nombre de Gil Diaz, y despues de la muerte del Cid, se habia hecho monge en el monasterio de Cardeña. A creer á la leyenda, el Cid lo habia nombrado cadí de Valencia, pues allí es donde se detiene el verdadero relato árabe; la *General* (f. 327, col. 2.^a) dice: “Los valencianos pidieron al Cid que nombrase su *alguazil* (visir) y que le diesen por cadí á uno suyo llamado Alhugi, siendo éste el personaje que habia compuesto los versos (es decir, la elegía sobre Valencia), segun re-
tiera la historia. Despues que el Cid se hubo establecido en la ciudad de Valencia, el moro de que tratamos se convirtió y el Cid lo hizo bautizar, como la historia contará más adelante. En lugar de Alhugi, la *Crónica del Cid* (cap. 208) dice *Aya-Traxi*; pero es lo cierto que es preciso leer *Alfaraxi*, pues más adelante se refiere (f. 359, col. 1.^a y 2.^a) que el faquí nombrado cadí de los moros por el Cid y llamado Alfaraxi, “el que habia hecho é inventado los versos

sobre Valencia, “ vino á encontrar al Cid y era de tan buen entendimiento y tan recto juicio, y tan latino que parecia cristiano, y á causa de esto el Cid lo apreciaba mucho.” Si se lee aquí que el Alfaraxi de la leyenda habia compuesto la elegía sobre Valencia, que se encuentra en la narracion árabe, conviene no ver en ésto más que una asercion sin fundamento del autor de la *General*; esta noticia no podia verse en la leyenda, como inmediatamente veremos. Allí donde el relato árabe se detiene, la *General* sigue desde luego la *cancion del Cid* (Gener f. 338, col. 1.^a med.—f. 359 col. 2.^a: *cancion del Cid*, vers. 1215 hasta el fin) añadiéndole de tiempo en tiempo algunas noticias enteramente fabulosas tomadas de la leyenda de Cardeña. Luego dice (f. 359, col. 3.^a): “Segun lo que refiere la historia del Cid, que á partir de este punto compuso Aben-alfarax, el sobrino de Gil Diaz en Valencia, etc.” (Un poco más abajo, col. 4.^a, Abenalfarax se encuentra citado nuevamente, y f. 362, col. 2.^a: “Segun que cuenta Abenalfarax el que fizo esta estoria en arávigo.”) “ No conviene creer que la *Cronica* comience solo desde aquí á servirse de la leyenda de Cardeña, sino que á partir desde este punto se sirve exclusivamente de ella.

Parece probable todavía en vista de esto que el relato árabe fuera traducido en la antigua leyenda? Creemos que no. Estos dos relatos tienen un carácter completamente distinto; uno es musulman y presenta al Cid bajo un aspecto muy desfavorable; el otro es ultra-católico y el Cid se convierte en un santo que hace milagros. Es imposible que el legendario, que veía en su héroe un modelo de piedad y devoción, haya copiado un relato que lo presenta como un monstruo de crueldad, y por creer imposible este hecho, hemos dicho que la frase donde se afirma que Alfaraxi ó Gil Diaz había compuesto la elegía sobre Valencia, ha sido añadida por Alfonso el Sábio. Cuando se supone que se encontraba en el legendario, se dice al mismo tiempo que éste conoció y siguió en gran parte el relato árabe, y no pudiendo ser así, es indispensable creer que esta frase es una de esas muchas adiciones arbitrarias que se advierten en la *General*, cuando se compara su relato con las fuentes de que fué tomada.

Suponiendo que Alfonso X tradujera el relato árabe, nos explicaríamos entonces cómo éste, tan poco lisongero para el Cid se encuentra en la *General*. Alfonso que sabía el árabe y gustaba de rodearse de los sábios de

esta nacion, detestaba la nobleza que tuvo muchas veces que combatir y que acabó por destronarle, y esto esplica el que se apresurára á aceptar el relato árabe valenciano, hostil al Cid. El Cid, en efecto, exaltado siempre en los romances como rebelde y enemigo de la magestad real; el Cid, tan querido de Castilla porque triunfa del rey que lo desterrára; el Cid era un enemigo de Alfonso, quien debió creerse feliz al poder desacreditar al representante ideal del noble castellano. Creemos, pues, que el mismo Alfonso tradujo el relato árabe tan literalmente como le fué posible, á fin que no pudiese acusársele de que calumniaba al ídolo de la nobleza. Hé aquí esplicado por qué el estilo de la traduccion es tan malo y difiere tan notablemente del estilo ordinario del ré- gio autor.

Hasta aquí solo nos hemos ocupado de los relatos árabes, y hemos creido deber comenzar por ellos, no solo por su gran antigüedad sino porque el Cid no llegó á ser nunca entre los musulmanes un personage semi-fabuloso, pues la sociedad árabe habia llegado á ese grado de civilizacion y de cultura que excluye las tradiciones populares y poéticas; siendo, por lo tanto, para los árabes el Campeador un caballero cristia-

no como otro cualquiera; á quien odia-
ban con todo su corazon y nada más. Pa-
semos ahora á examinar las narraciones
cristianas.

III.

Ne tout mesonge, ne tout voir;
Ne tout faulte, ne tout savoir.

Robert Wace *Roman de Rou.*

Né chi piu vaglia, ancor si trova il vero;
Che resta or questo or quel superiore.

Ariosto, *Orlando furioso*, XXV, 1.

Sabido es que fué Masdeu quien combatió los *Gesta* sobre todos los puntos y procuró probar que este libro no merece la menor confluencia; y es sabido tambien que los que le siguieron han considerado convincentes sus argumentos.

Por nuestra parte debemos confesar que no participamos de esta opinion y que salvas contadas escepciones, no adoptamos los razonamientos de Masdeu, no pudiendo, por tanto, aceptar sus conclusiones.

En cuestiones que no son pura y simplemente filosóficas no basta razonar con lógica, es tambien preciso erudicion: por tanto, creemos obligacion nuestra manifestar que, en nuestro sentir, Masdeu no poseia los co-

nocimientos necesarios para cumplir la tarea que se habia impuesto, y en su libro se encuentran numerosas y sorprendentes pruebas de lo contrario: así el autor de los *Gésta*, dice, por ejemplo, que Jimena, hija de Diego, conde de Oviedo, esposa de Rodrigo, era la *neptis* de Alfonso VI; y en efecto, era hija de Jimena, hija de Alfonso V, y en su consecuencia prima hermana de Alfonso VI (1), y Masdeu (p. 168-169) se esfuerza todo lo posible por negar esta circunstancia; mas no pudiendo encontrar argumento alguno admisible se lanza como un desesperado sobre la palabra *neptis*, á la cual no reconoce otro sentido que el de *nieta*, y pretende que el autor ha confundido á Alfonso V con Alfonso VI, puesto que dice que Jimena era nieta de este último, lo que hubiera sido completamente absurdo. Masdeu parece, haber ignorado que en el latin de la Edad Media *nepos* y *neptis* se toman á menudo en el sentido de *primo hermano* y *prima hermana*, ignorancia muy poco excusable en un autor que se llama cri-

(1) Véase á Florez, *Reinas Católicas*, t. I, y los autores que cita. Hé aquí la tabla genealógica:

ALFONSO V.

Sancha, casada con Fernando I.	Jimena, esposa de Diego de Oviedo.
Alfonso VI.	Jimena, esposa del Cid.

tico, pues si no conocia este hecho, ¿por qué no se tomó el trabajo de buscar esta palabra en el glosario de Ducange ó en el suplemento de Carpentier?

Tambien se le han escapado lamentables equivocaciones hablando del sobrenombre de Rodrigo *el Campeador*. Dice que este sobrenombre no se encuentra más que en los autores del siglo XIII y que no es un título honorífico, pues *campeada* significa una escursión á un país enemigo, tal como la hace un capitán de caballería ligera, y no un general de ejército; un *campeador* es simplemente un soldado aventurero y atrevido que no posee conocimientos superiores en el arte de la guerra, ejerciendo en ella un empleo humilde («el más baxo oficio.») Siguiendo á Masdeu habria que decir que el título de *Campeador* no es muy antiguo; y, sin embargo, sin mencionar todos los documentos latinos y españoles donde se encuentra, ¿no es cierto que se hallan en todos los autores árabes que hablan de Rodrigo, á contar desde Ibn-Bassân que escribió en 1109? Así es en efecto; los árabes escriben *alcanbayator* y teniendo en cuenta que la *n* antes de *b* se pronuncia *m*, que los árabes no tienen *p* y que en España el *wau* con *donna* se pronuncia *o*, tendremos el *Cambeyator*. Esta

transcripcion del latin *Campeator*, no es completamente exacta? Habrá todavía quien se atreva á sostener que este titulo se encuentra solo en los autores del siglo XIII? Pero este no es un titulo honorífico, dice Masdeu, sino más bien un apodo injurioso. Si el autor que nos ocupa hubiese leído los antiguos poetas de su nacion, sabria que Gonzalo de Berceo que floreció hácia el año 1220 dice en su *Vida de Santo Domingo de Silos*, copla 127:

El rey D. García de Nágera Sennor,
Fijo del rey D. Sancho el que dicen Mayor,
Un firme caballero, noble *campeador*,
Mas para sant Millán podrie ser meior.

¿Es aquí por ventura *Campeador* un apodo injurioso? ¿Desempeñaba el rey García en el ejército el más bajo empleo?

Pero creemos llegado el caso de esplicar este titulo de *Campeador*. El de *Mio Cid* que llevaba Rodrigo (*Mio Cid* semper vocatus, dice el antiguo biógrafo de Alfonso VII), se explica fácilmente: es mi *Seid*, mi Señor; y esta calificación la daban los soldados árabes y valencianos al caballero castellano cuando llegaban á ser súbditos de él. Pero el de *Campeador* es ménos fácil de interpretar y nos parece que no solo Masdeu no lo ha comprendido sino que en general ninguno se ha apoderado de su verdadero sentido. El Sr. Huber

(1) mas prudente en esto que otros escritores ha declarado que no pueden darse sino conjeturas sobre la significacion de este hombre.

Inútil es decir que *Campeador* nada tiene que ver con la palabra latina *campus*; pues se deriva de la teutónica *champf* que responde á las palabras *duellum* y *pugna*; el verbo *kamffjan* corresponde á *præliari*, y el sustantivo *kamfo* ó *kamfjo*, á las palabras *gladiador*, *athleta*, *tiro*, *pugil*, *pugillator*, *agonista*, *venator*, *miles*, encontrándose estos términos en los mas antiguos monumentos de la lengua alemana (2.)

El anglo-sajon tiene la palabra *coempa* que era el equivalente del aleman *kamfo*, y el verbo *campjan*. En el aleman de la edad media, la palabra *kampf* se empleaba en el sentido de *duelo* y era la opuesta á *lantstrit* (3): esta raiz y sus derivados se han conservado en todas las lenguas germánicas, excepto en inglés (4). El islandes tiene el verbo *keppa* y el sustantivo *kempa* (*champion*); el

(1) Geschichte des Cid, p. 96

(2) Véase Graff, Althochdeutsches Sprachschatz IV p. 406, 407.

(3). Véase Ziemann Mittelhochdeutsches Wörterbuch en la palabra *campf*.

(4) Los ingleses han recibido su *champion* de los Normandos.

sueco, el danes y el holandes tienen *kamp*, en aleman *kampf*; el verbo es *kampa* en sueco, *kiæmpe* en danes, *kempen* en holandes y *kämpfen* en aleman; el campeon se llama *kâmpe* ó *kâmpare* en sueco, *kiæmpe* en danes, *kempe*, *kamper* ó *kemper* en el holandes antiguo y *kämpfe* en aleman. En el latin de la edad media se encuentran los sustantivos *campio*, *campio*, *campius*; los verbos *campare*, *campire* y probablemente *campeare* (de donde se deriva *campeator*). La raiz teutónica ha pasado tambien á las lenguas romanas: en frances *champion*, en provenzal *champion*, *campion*, *champion*; en italiano *cumpione*, en catalan *campion* en portugues *campeao*, *campiao* y en español *campeon*.

Se ha creido generalmente que *campeador* era sinónimo de *campeon*;—pero esta opinion es errónea. El *campeon* era un hombre que iba de lugar en lugar para prestar sus servicios en los combates judiciales: Combatia á pié, nunca á caballo; sus únicas armas eran un baston y un escudo; eran tenidos por infames y las leyes los colocaban en la misma línea que á los ladrones (1).

(1). Véase el escelente artículo *campio* en Ducange y compárese en *Zieman*, *Mittelhochdeutschs VVörterbuch*, en la palabra *kempfe*.

Si pues *campeador* fuera el equivalente de *campeon*, Masdeu hubiera tenido razon; sin saberlo, al decir que Campeador era un apodo injurioso; pero el verdadero sentido de la palabra *campeador* indica un uso que los españoles habian tomado de los árabes y en virtud del cual algunos atrevidos salian de las filas para desafiar á los enemigos, cuando los dos ejércitos estaban uno en presencia del otro, con objeto de obligar á algunos de los contrarios á aceptar un singular combate. Ordinariamente el que hacia el llamamiento al combate, improvisaba algunos versos en el metro *redjez*, á los que su adversario respondia en el mismo metro y empleando la misma rima. Salir de las filas para llamar un enemigo al combate se decia con la única palabra *baraza* y (1) al que lo hacia, dábase el nombre de *mobáriz* que Pedro de Alcalá ha traducido con mucho acierto por

(1). Este sentido es en extremo frecuente y si no supiésemos que las significaciones mas usadas faltan amenudo en nuestros diccionarios árabes, tendríamos el derecho de admirarnos al no encontrarlas allí. Para no llenar una media página de citas nos limitaremos á las siguientes: *Fábulas de Bidpai* p. 6; *Ibu-alt-Athir*, t. XI, p. 257, edc. Tornberg; Nowairi, *Hist. de España*, man. 2 h, p. r. 443; Hosri, *Zah, al-ádáb*, man. 27, fol. 21 r.

desafiador (1) y al que tenía la costumbre de hacer tales desafíos que por decirlo así constituía un oficio se llamaba *barráz*.

Esta costumbre antiquísima, existía aún en el siglo XI y un autor árabe llamado Tortóchi, que había vivido en Zaragoza y era contemporáneo del célebre Campeador nos ofrece sobre esto un relato que nos parece lo bastante curioso para dar aquí su traducción (2).

«Había en Zaragoza un caballero llama-

(1). El mismo lexicógrafo traduce también con mucho acierto *desafío por uno por mobaraza*.

(2) Ibn-abi-Zandaca Tortóchi (de Tortosa) nació en 1059: Vivió en Zaragoza donde tomó lecciones de Abu l'-Walid Bâdji y estudió bellas letras en Sevilla bajo la dirección del gran Ibn Hazm: en 426 (1083, 4) abandonó á España, hizo la peregrinación á la Meca, y se estableció por algún tiempo en Siria, después gozó el favor de Ibn-al-Batâiyihí que después de la muerte de Afdhal Châhânehâh, en Diciembre de 1121, fué elegido visir por los emires egiptios. A este noble personaje dedicó su *Siradj al-moluc*, obra que debió componer entre 1122 y 1126, cuando Ibn al Batâiyihí fué arrestado y muerto por el califa fatimita Amir.

Véase Ibn Jallícân, Fasc. VI, p. 141-143, y Maccari en su V libro.

El *Siradj al-moluc* es una especie de manual para el uso de los príncipes que contiene una multitud de pequeñas historias, con frecuencia muy curiosas.

Hemos traducido el pasaje aquí citado según tres manuscritos, núm. 70, 354 a y 354 b. Se encuentra en el capítulo 61 que trata del arte de la guerra.

do Ibu-Fathun que pertenecía á mi familia, pues era tío de mi madre. Ningun árabe ni bárbaro (cristiano) le igualaba en bravura; Mostain, padre de Moctadir (1) le estimaba mucho y le pagaba quinientos ducados de sueldo. Todos los cristianos conocían su valor y temían mucho encontrarlo en el campo de batalla. Cuéntase que cuando un cristiano ponía un caballo á beber y el animal no quería hacerlo le decía: — Bebe pues, ¿has visto á Ibn-Fathun en el agua? — Sus camaradas envidiosos de su gran sueldo y de las grandes consideraciones que el sultan le manifestaba, encontraron medio de ponerlo en mal concepto con Mostain, que le cerró sus puertas durante algunos dias; en este tiempo hizo Mostain una escursión al país de los cristianos y cuando estaban los dos ejércitos uno frente de otro salió un infiel de las filas (*baraza*) y se puso á gritar: — Hay un *Mobâriz*? — Un caballero musulman fué á su encuentro (*baraza ilaihi*); pelearon algun tiempo, habiendo dado muerte el cristiano á su adversario, los politeístas gritaron llenos de alegría, mientras los musulmanes, por el contrario, se dejaron dominar por el desa-

(1) Trátase aquí de Mostain I, el fundador de la dinastía de los Beni-Hud, que empezó á reinar en 1039 y murió en 438 de la Hegira (1046,—7).

liento. Colocóse de nuevo el cristiano entre las dos filas y gritó:—Dos contra uno!—Un musulman salió á atacarle, pero tambien fué muerto.—Tres contra uno!—gritó entónces el cristiano; pero nadie vino á medir sus armas con él y exclamaron:—Solo Abu',-Walid ibn-Fathun es quien puede servir aquí.—Mostaín lo llamó, tratóle con mucha bondad y le dijo:—¿No veis lo que hace este infiel?—Sí, lo veo.—Pues bien, ¿qué hay que hacer?—¿Qué deseais?—Que nos libreis de este hombre.—Eso será hecho en un instante, si Dios quiere.—Inmediatamente despues revistióse Ibn-Fathun de una camisa de tela y montó á caballo, pero sin proveerse de arma alguna, tomó un látigo con un largo cordelillo, rematado en un nudo grueso y salió al encuentro (*baraza*) del cristiano que lo miró lleno de asombro. Precipítanse uno sobre otro los dos adversarios, y el cristiano saca del arzon á Ibn-Fathun de un lanzaso; mas éste se agarra al cuello del caballo, se desembaraza de los estribos, se echa á tierra, vuelve á colocarse otra vez sobre la silla, se precipita sobre su adversario y le asesta un latigazo en el cuello. Tuércese el cordelillo alrededor del cuello del cristiano é Ibn-Fathun lo arranca con la mano de su silla y lo arrastra hácia Mostaín. Entónces éste reco-

noció que no habia obrado bien con Ibn-Fathun, le dió las gracias calurosamente y le devolvió todo lo que le habia quitado.»

Hé aquí el *barráz* árabe; lo que Ibn-Fathun era en el ejército de Mostain, lo era Rodrigo en el de Sancho de Castilla; pues *campeador* corresponde exactamente á *barráz* y esto no es una conjetura sino un hecho muy bien averiguado. El autor del antiguo poema latino sobre Rodrigo, dice expresamente que éste debia su sobrenombre á un combate singular:

Hoc fuit primum *singulare bellum*
Cum adolescens devicit Navarrum;
Hinc Campidoctor dictus est maiorum
Ore virorum.

Además en una carta escrita al Cid por Berenguer; conde de Barcelona y copiada ó traducida en los *Gesta* (p. XXXVII) se lee segun la edicion de Risco:

«Tandem vero faciemus de te *alboroz*. Illud idem, quo scripsisti, fecisti tu ipse de nobis.» Risco (p. 188) tradujo: «Finalmente haremos de vos lo que se llama *alboroz* y lo mismo que habeis escrito y hecho de nosotros,» sin hacer ninguna observacion. M. Huber (*Gesch des Cid* p. 66): «Finalmente, tú experimentarás nuestra venganza; lo que

nos reprochas es lo que mereces de nosotros» y en una nota (p. 170) dice que no habiendo podido encontrar la palabra *alboroz* en Ducange, no puede indicar cuál sea su verdadera significacion, aunque la cree análoga á *alboroto*, *tumulto*, *sedicion* y *alborozo*. Dos dificultades se suscitan contra esta explicacion: es la primera que no hay la más leve huella del vocablo *alboroz* en el español antiguo y aun, dando de barato por un momento que hubiese existido como sinónimo de alboroto, ¿qué es lo que significaría entonces la frase «haremos de vos un tumulto ó una sedicion? En la traduccion abreviada que dá la *Crónica General* (p. 322, col. 3.) se lee: «E farémos de tí alboras lo que fecistes de nos.» Aquí ya la puntuacion es mucho mejor que en Risco y una de las *o* es una *a*.; cambiemos tambien la segunda y leemos: «Tandem vero faciemus de te, albaraz! illud idem quod scripsisti, fecisti tú ipse de nobis;» finalmente, haremos contigo albarráz lo mismo que como tú escribes, has hecho con nosotros.» Más arriba Berenguer habia dado á Rodrigo el título de Campeador, pero aquí lo traduce porque vé en él un caballero árabe más bien que un cristiano, así que añade, «Dios vengará sus iglesias que tú has violado y destruido!»

Berenguer de Barcelona nos lleva de nuevo á insistir sobre Masdeu y sus críticas.

El autor de los *Gesta* dá constantemente al conde de Barcelona el nombre de Berenger; Masdeu (p 180-183 et passim) pretende que este Berenger jamás fué conde de Barcelona; que esta ciudad no le obedeció un sólo dia, ni bajo la vida de su hermano Raimundo II, ni bajo la de su sobrino Raimundo III; que fué desheredado por su padre; que durante la vida de su hermano, desde 1076 á 1082, fué sólo un pretendiente rebelde; por último, que no fué tutor de su sobrino, probándolo, á su juicio, los diplomas y privilegios de esta época, donde se encuentra siempre el nombre de uno de los dos Raimundos y ni una sola vez el de Berenguer. Por esta circunstancia la *Cancion del Cid*, la *Crónica general* y la del Cid, son ménos absurdas, á su entender, que la historia latina, porque aquellos libros nombran al verdadero conde de esta época, á saber: Raimundo I. ¿Ignoraba Masdeu que Raimundo II, muerto en 1076, habia dividido por su testamento sus Estados entre sus dos hijos Raimundo II y Berenguer, y que éste testamento existen en los archivos de Barcelona (1),

(1) Véase Diago, Hist. de los condes de Barcelona, fol. 129, r.

donde tambien se encuentra la carta en que Raimundo II promete á su hermano Berenguer observar el testamento de su padre? (1) ¿Que existe además en los mismos archivos otra carta de Raimundo II de igual naturaleza (2) fechada el 18 de Junio de 1078? ¿Ignoraba que hay un contrato, fechada en 27 de Mayo de 1079, entre Raimundo II y Berenguer, en el que se precisa el tiempo, durante el cual, habia de habitar cada uno el palacio de Barcelona, á saber: uno desde ocho dias ántes de la Pascua de Pentecostés hasta ocho dias ántes de la fiesta de Navidad, y el otro desde esta fecha hasta ocho dias ántes de Pentecostés (3), y que por un acta de 20 de Junio del mismo año, Raimundo y Berenguer «condes de Barcelona por la gracia de Dios,» dan de mútuo acuerdo á la abadía de S. Pons la mitad del castillo de Peyriac en el Minervoís? (4) Que en otra acta del 26 de Junio del mismo año se nombran tambien «Nos duo fratres Comi-

(1) Véase *ibid*, fol. 132, r.

(2) *Ibid* f. 132, r. et v.

(3) Diago (f. 132 v.) trae en el original una parte de este documento.

(4) *Hist. gener. de Languedoc*, t. II, p. 250, y *Preuves*, p. 303.

tes Barchinonenses?» (1) Que en la información hecha en tiempo de Alfonso, rey de Aragon, hácia el año 1170, respecto á la adquisicion hecha por los condes de Barcelona, sus predecesores, del condado de Carcasona, se hace mencion tambien de la division de los Estados de Raimundo I, entre sus dos hijos Raimundo II y Berenguer? (2). ¿Que, cuando Raimundo II murió asesinado el 5 de Diciembre de 1082, dejando un hijo, Raimundo III, que en aquella época apenas contaba un mes, Berenguer conservó, no sólo todo el condado, sino que tambien quedó encargado de la tutela del hijo de su hermano, segun resulta de una carta? (3) Que existe un documento del 13 de Noviembre de 1089, por el cual Arnaud Miron de S. Martin se reconoce vasallo del conde Berenguer en su cualidad de tutor de Raimundo III (4) y que en una carta de 1090, éste, que contaba entónces ocho años de edad y su tio Berenguer, se nombran á la vez cón-

(1) Diago, fol. 133 r.

(2) Este documento ha sido publicado por Marca, *Marca Hispan*, p. 1131, y por D. Vaissette. *Hist. gener. de Languedoc*, t. II. Preuves, p. 1 2.

(3) Diago, fol. 134, v.

(4) Diago, fol. 134, v.-135 r.

des de Barcelona? (1) Y por último, no sabía que Ermengaudio de Gerp, conde de Urgel, dá, en su testamento, fechado en 29 de Abril de 1090, el título de conde de Barcelona (2) á Berenguer? Una de dos, ó Masdeu no conocia estas cartas, á las cuales podemos agregar otras (3) muchas, y entónces es muy extraño que un hombre tan poco familiarizado con los documentos tenga la osadía de escribir una historia crítica de España en 20 volúmenes, ó bien ha fingido ignorarlos por ser desfavorables á la historia latina, cuya autenticidad combate, en cuyo caso dá prueba de mala fé. La historia latina tiene verdadera razon al decir que el adversario de Rodrigo era Berenger y no Raimundo. y aunque no precisa la época en que Rodrigo combatió á Berenguer por primera vez, dice al ménos

(1) Diago, fol. 142 v.

(2) Véase el original latino en Diago, fol. 137, v.

(3) El mismo Masdeu confiesa que Urbano II en un breve de 1089, dá á Berenguer el título de conde de Barcelona. M. Bofarull (*Condes de Barcelona*. II p. 108, 141) cita una multitud de cartas que confirman lo que hemos dicho en el texto; con gran pesar no nos era lícito aprovecharnos aquí de este excelente libro porque es posterior á Masdeu y porque para no ser injusto debia limitarme á citar solo las obras que Masdeu hubiese podido consultar. Vease tambien la carta publicada por Villanueva, *Viaje literario* t. VI, p. 318-320 y compárese p. 208 y 211 del mismo tomo.

que esto ocurrió algun tiempo despues de la muerte de Moctadir de Zaragoza ó, séase, despues del año 1081. Que esta primera guerra tuviese lugar antes ó despues del 5 de Diciembre de 1082, época del asesinato de Raimundo II, poco importa, pues Berenger era conde de Barcelona juntamente con su hermano. Más tarde Rodrigo no podia haber combatido más que á Berenguer, pues el pupilo de éste, Raimundo III, era niño todavía; y que Rodrigo combatió en diferentes épocas al conde de Barcelona, resulta del irrecusable testimonio de Ibn-Bassâm.

Siendo tan grande la incompetencia de Masdeu respecto á la historia de España cristiana, fácilmente se concibe que permaneciese completamente extraño á la historia de la España árabe, lo cual desdichadamente no le ha impedido negar todo aquello que le desagradaba. El autor de la historia latina dice, por ejemplo: «Que á la muerte de Moctadir se dividieron sus estados entre sus dos hijos, Mutamin y Alfacib, obteniendo el primero á Zaragoza y el segundo á Dénia (p. XX) Tortosa y Lérida (p. XXXIV).» Masdeu (p. 179) negó este hecho diciendo que Ali-ibn-Modjéhíd reinaba entonces en Dénia y que Alfajib no existia. Nada ménos cierto. Moctadir se habia apo-

derado de Dénia en el mes de Chabân del año 468 (1), es decir, en el mes de Marzo del año 1076, y habiendo destronado á Ali-ibn-Modjéhid lo habia llevado consigo á Zaragoza. Dénia le pertenecía, pues. Es muy cierto tambien que repartió sus estados entre sus dos hijos y que uno de ellos, el que llevaba el título de al-Hâdjib, recibió á Lérida; así resulta del testimonio del autor del *Kitâb-al-ictifâ*, quien atestigua que el señor de Lérida se llamaba al-Hâdjib Mondhir, hijo de Ahmed (Moctadir) ibn-Hud, sin decir si Dénia y Tortosa pertenecian tambien á este príncipe, aunque este hecho aparece del relato árabe traducido en la *Crónica General*.

Hé aquí lo referente á las observaciones de más importancia que Masdeu ha presentado á dos ó tres páginas de los *Gesta*. Fácilmente podriamos multiplicar las pruebas de la ignorancia del escritor español; pero preferimos hacer notar que léjos de ser imparcial, se manifiesta casi siempre lleno de prevenciones. Así, despues de haber buscado un vano argumento para combatir la autenticidad

(1) Ibn-al-Abbâr (*Script. Arab. loci. de Abbad*, t. II, p. 106); Ibn-Jaldum (apud Weijers, *Loci ibn-Jacanis*, p. 115, y man. t. IV, fól. 27 r.) Nowairi (apud Weijers, p. 114) dice Ramadhân, 478; pero M. Weijers ha hecho ya observar que es un error grave.

dad del contrato de matrimonio de Rodrigo y Jimena, dice (p. 167): que no habiendo estado en Búrgos no ha podido ver el original; pero que tiene por cierto que si lo hubiese examinado, hubiera encontrado en él pruebas de no ser tan antiguo como se pretende. A la verdad que hay sábios que encuentran siempre lo que conviene mejor con su sistema, pero no son estos los que tienen derecho á nuestra consideracion y estima. Es digno tambien de observar la singularidad de algunos principios de la crítica de Masdeu. Pretende que el hecho no ha podido tener lugar porque presenta al rey de Castilla (p. 176) ó á los Castellanos (p. 155) bajo un aspecto desfavorable, y ya en su prefacio condena la historia latina porque le parece injuriosa para la nacion española y sus príncipes. Sin otra cosa más que porque no hace honor á la memoria del Cid, condena un relato (p. 221-227-262 etc.) como si los *Gesta* no debiesen contener otra cosa que elogios del Cid! En fin, negándolo todo á tontas y á locas, es llevado á desmentir todos los hechos que no encuentra en las incompletas crónicas del siglo XI: ni las cartas ni las crónicas algo ménos antiguas tienen para él la menor autoridad. Por otra parte pretende que en la Edad Media todo se hiciera como

hoy, ó mejor dicho, de la manera como él hubiese querido que las cosas pasasen; algunas de sus observaciones sobre la paráfrasis y algunos de los comentarios de Risco, son fundados, pues ha embrollado á menudo toda la cronología, por no haber comprendido el texto, segun lo habia observado tambien Mr. Huber; pero en otras se cubre de ridículo, ridículo que pretende arrojar sobre su adversario: así, por ejemplo, Risco (p. 219) habia dicho que la ciudad de Albarracin tomaba su nombre de un príncipe moro, así llamado; aserto que parece á Masdeu extravagante (p. 275), por cuyo motivo invita á Risco á dar noticias más circunstanciadas sobre este punto, pues, segun el, importa á todo el mundo, y en particular á los nacidos en Albarracin y á sus habitantes saber todo lo más posible sobre ese moro «tan notable,» comprometiendo, además, al autor de *La Castilla y el más famoso castellano* á escribir otra obra con este título: *Historia de Albarracin y del albarracinés más famoso*. Quizás habrá gentes á quienes esta broma parezca de buen gusto, pero lo esencial es que Risco tiene completa razon; sobre esto no hemos de insistir, toda vez que sabe hoy todo el mundo que se daba á la ciudad de que se trata el nombre de Santa María de ibn-Razín, para

distinguir la de Santa María de ibn-Hârum, en Algarbe; que ibn-Razîr reinaba allí y que su nombre fué corrompido por los españoles en Albarracin. Masdeu hubiera podido aprender esto de Casiri, (t. II, p. 144).

Trabajo nos cuesta concebir el apasionamiento que manifiestan los historiadores modernos por Masdeu, pues á creerlos, sería el modelo del historiador crítico, y no comprendemos como M. Rosseeuw St. Hilaire (t. I, p. 3, *Historia de España*) puede admirar su «vasta erudicion,» y como M. Aschbach (*Gesch der Ommaijaden*, p. 6) ha podido decir que su obra debia ser preferida á todas las historias españolas. Masdeu, convenimos en ello, no estaba en absoluto desprovisto de cierto buen sentido y como en sus momentos de ocio habia leído, no obstante ser jesuita, ciertos escritos de Voltaire, expresa su manera de ver con cierta verbosidad caústica, á menudo bastante agradable; pero lleno de preocupaciones no poseia erudicion bastante, ni amplitud de miras, ni aún quizás la necesaria buena fé para elevarse al rango de un historiador crítico. Vista la reputacion de que goza, no hemos querido pasar completamente en silencio sus observaciones; pero fácilmente se comprenderá, por lo que acabamos de decir, que si M. Schœ-

fer (*Geschichte Spaniens*, t. II, p. 397) ha pretendido últimamente «que nada se habrá hecho en tanto no se refute á Masdeu punto por punto, así como él ha atacado á los *Gesta* punto por punto;» no es en modo alguno nuestra intencion satisfacer aquí esa exigencia, pues no está en nuestro ánimo el someter la paciencia de nuestros lectores á prueba tan ruda.

La historia latina tomada en su conjunto, como la podemos inspeccionar con ayuda de otros documentos, nos parece digna de confianza, sin que por esto creamos que son enteramente exactos todos los hechos que en ella se relatan; á nuestro juicio no merece ni la ilimitada confianza que le ha confiado la derecha, representada por Risco y M. Huber, ni el desprecio que hácia ella ha manifestado la izquierda, representada por Masdeu y sus discípulos. La verdad se encuentra, á mi juicio, entre estos dos extremos; en el caso presente conviene no ser de la derecha ni de la izquierda, sino del centro, ó mejor, del centro derecho.

El Cid de los *Gesta* no es completamente el Cid de la historia, ni aun el Cid de la poesía; concíbese que el uno no reemplazó al otro de una manera brusca y absoluta, pues una transicion semejante es siempre más ó

ménos lenta, siempre gradual. Hay al principio una época en que el prosista cree saber lo bastante acerca de un personaje que ha llegado á ser el héroe de la poesía popular, para poder escribir su historia, su historia verdadera y lo hace con todo candor, con la firme intencion de decir la verdad y atenerse á los hechos y rechazar las fábulas de los cantares populares «sub certissimâ veritate stylo rudi,» (p. LIV). Mas como se escribía muy poco en tiempo del héroe, el historiador, en la mayoría de los casos, recurre á la tradicion, á menudo verídica todavía, pero alguna vez alterada; no siendo ciertamente lo peor el que á su relato se mezclen los cantos populares, pues contra ellos está prevenido, sino más bien las tradiciones ya ménos exactas, descoloridas, confusas, incompletas y aún falsas que allí se deslizan imperceptiblemente, no dándose cuenta el historiador de ello, creyendo siempre que está escribiendo historia, sin saber que no la escribe. Hé aquí lo que ha acontecido al autor de los *Gesta*, cuya narracion es ciertamente historia la mayor parte de las veces; es la biografía del Cid más apróximada á la verdad, pero no es la verdad sola, ni la verdad completa, ni siempre la verdad, El autor no escribió mucho tiempo despues de la

muerte del Cid, como lo prueba el manuscrito de su obra, que es del siglo XII ó principios del XIII, y no el autógráfo, como lo atestiguan las faltas del copista y las lagunas que en él se encuentran (1); pero por otra parte no era contemporáneo del Cid, pues hé aquí como comienza su historia: «Quoniam rerum temporalium gesta immensâ annorum volubilitate prætereuntia, nisi sub notificationis speculo denotentur, oblivioni proculdubio traduntur, idcirco et Roderici Didaci, nobilissimi ac bellatoris viri, prosapiam et bella, ab eodem viriliter peracta, sub scripti luce contineri atque haberi decrevimus» Teme, pues, que los hechos y hazañas de Rodrigo no sean olvidados con el trascurso del tiempo, cuyo temor no seria muy natural en un contemporáneo del famoso héroe. Así el autor no manifiesta en ninguna parte la pretension de haber vivido en tiempo de Rodrigo, y más aún, no pretende estar bien informado de todo lo que le concierne; hablando de su genealogía emplea la fórmula dubita-

(1) Véase p. XXVI, XXXVIII y XLI, (donde debe leerse *Sacarca* en vez de *Salarca*; era un sitio cerca de Zaragoza que se encuentra mencionado en el *Compendio de las vidas de los gramáticos*, por Dhahabí, man. de Leyden, núm. 654, art. sobre Ali-ibn-Ismáil Chacarkí) XLIII.

tiva: “*hæc esse videtur*,” llegando por último su modestia hasta decir que escribió la historia del héroe todo lo bien que pudo, dada la exiguidad de sus conocimientos “*quod nostræ scientiæ parvitas valuit*.” Cremos, por tanto, que escribió cerca de cincuenta años despues de la muerte de Rodrigo, hácia el 1150, es decir, en una época en que el recuerdo de los hechos y hazañas del Cid estaban ya un tanto debilitado. Tambien carece á menudo de noticias, pues dice, por ejemplo, que Rodrigo pasó nueve años en Zaragoza, lo cual no es enteramente exacto, y nada habla de lo que hizo durante los tres últimos años de su permanencia en esta ciudad, cuando Mostaín ocupaba el trono. “*Bella autem et opiniones bellorum, quæ fecit Rodericus cum militibussuis et sociis, non sunt omnia scripta in hoc libro*.” Hé aquí su frase, la cual quiere decir que nada sabia á punto fijo sobre esta época, ocurriéndole á menudo no hablar ni una palabra sobre acontecimientos de gran importancia, únicos que podrán dar la clave de otros muy oscuros referidos en su propio libro.

En los *Gesta*, el elemento poético se muestra muy raras veces y no lo hallamos

absolutamente en Lucas de Tuy y Rodrigo de Toledo. Comparan las cortas y prosáicas noticias que suministran estos dos autores con los circunstanciados relatos de la cancion de *Gesta*, aparece claro como la luz del dia que estos cronistas desdeñaron las tradiciones de los legendarios y del pueblo y se limitaron, segun su costumbre, á copiar las noticias del monge silense. Ellos nos consuelan, hasta cierto punto, de la pérdida de la parte principal de la historia de este último, de la cual solo poseemos la introducción, que solo alcanza á la muerte de Fernando, no obstante haberse propuesto el autor escribir la historia de Alfonso VI. El monge de Silos merece completa confianza cuando habla de acontecimientos pasados en su tiempo, y no vacilamos en concederla tambien á los que, á nuestro juicio, se han concretado á copiarlo. En cuanto á los pequeños cronicones latinos solo hechos muy averiguados registran ordinariamente y ninguna razon hay para creer que en esta sola circunstancia haya usurpado la tradicion el puesto de la historia. Los que escribian estas noticias sobre las primeras hojas de un libro, que encontraban en blanco, eran casi siempre clérigos, contemporáneos de los acontecimientos que narraban;

otras personas continuaban estas notas ó bien copiaban las de sus predecesores y añadían las suyas. No hay, por tanto, necesidad de creer que las noticias halladas en un pequeño cricon que se detiene en tal año del siglo XIII no se escribieron hasta aquel tiempo; pues tales notas son casi siempre mas antiguas y aun á menudo de autores contemporáneos.

El *Liber Rerum*, especie de breve crónica española, desde Adam hasta S. Fernando, (1) contiene tambien algunas noticias sobre el Cid. Sin detenernos en ella porque es un resumen muy descarnado de los *Gesta*, de la cancion del Cid, de la leyenda de Cardeña y de un pequeño número de tradiciones, llamaremos la atencion sobre un autor contemporáneo del Cid, olvidado ó desdeñado por la mayoría de los historiadores modernos; nos referimos á Pedro, obispo de Leon, personaje que firma muchas cartas de Alfonso VI en los años 1087-88-95-97 y 1106 (2) y el cual se encontraba este último año, segun él mismo refiere, (3) en el campamen-

(1) Véase á Florez (Reynas, t. I, p. 188 que ha publicado una gran parte de esta obra. (*ibid* p. 481-494). Antes de él Sandoval y otros se habian valido ya de ella.

(2) Sandoval, «Cinco Reyes», f. 75, col. 1, f. 79 col. 2, f. 89, col. 2, f. 96, col. 2; Sota, p. 533 col. 2.

(3) Sandoval, f. 95.

to de Alfonso, á la sazón en guerra contra los moros, ha escrito una historia muy corta de este rey de la que Sandoval, cuya obra titulada *Cinco Reyes* vió la luz en 1615, se ha servido tambien (1) aunque hoy parece perdida. Encerraba algunas noticias sobre el Cid reproducidas por Sandoval.

(1) F. 21, col 3. «Esto dize D. Pedro obispo de Leon en tiempo de D. Alonso el Sexto, autor mas cierto y grave que largo en su historia» Fol. 37 col. 3. al principio del reinado de Alfonso VI: «Escribió esta historia D. Pedro, Obispo de Leon, hecha por el mismo Rey D. Alonso: pero no dixo todo lo que yo diré.» Fol. 89, col. 2 en el margen: «Este Perlado escribió parte de la historia del Rey D. Alfonso; lo que uve della puse aquí.» Debe deducirse de este último pasaje que Sandoval no poseía esta crónica completa? Fol. 101, col. 1: «Todas estas jornadas y breve relacion de ellas dexó escritas D. Pedro, Obispo de Leon.»

IV.

Después de haber determinado cuales son las fuentes históricas á que debe acudir el escritor que pretenda dar una nueva biografía del Cid, fáltanos precisar las fechas de los poemas donde se celebran los hechos y hazañas de este héroe.

El mas antiguo de estos poemas es quizás el de que publicó M. Edéstand du Méril un corto fragmento en sus *Poesías populares latinas de la edad Media* (p. 308-314) (1) poema compuesto, segun parece después de la muerte del Cid, pues el poeta dirige en él la palabra á los que gozaron de la proteccion de este capitán, cuando dice:

(1) El editor (p. 313) pienso que este poema ha sido compuesto en Lérida y ha caído en este error por la palabra *hoste* que en el verso que cita no significó *enemigo* sino *ejército*, *hueste* en español, (*host* en antiguo francés; (Alfagib reinaba en Lérida.)

Eia! lætando, populi catervæ,
Campidoctoris hoc carmen audite!
Magis qui eius freti estis ope,
Cuncti venite!

Por lo demás este documento solo pertenece á la poesía por su forma, pues el fondo es histórico.

No acontece otro tanto con la canción del Cid de Sanchez, publicada recientemente por un escritor alemán, Mr. Clarus, quien en su Historia de la literatura española de la edad media ha hecho de ella un análisis fidelísimo. Este poema no nos parece contener mas que dos ó tres hechos históricos, lo demás es pura poesía. Su asunto principal, como ya lo ha indicado el Sr Wolf, (1) es el matrimonio de las dos hijas del Cid y se divide en tres partes ó ramas, la primera acaba en el verso 1093 con las palabras:

Aquis'conpieza la gesta de *Mio Cid* el de Bibar
r la segunda en el verso 2286:

as coplas deste cantar aquis'van acabando,
el Criador vos valla con todos los sos Sanctos.

(1) Wiener Jahrbücher, t. 56 p. 240.

Es, como dice el mismo poeta, muy claramente, una *cancion de Gesta*, género de poema muy conocido en España y del que tambien habla la *Crónica General* (véase por ejemplo f. 225, col. 3).

El solo manuscrito que existe de esta obra es del año 1207 y creemos que la *cancion* se compuso hácia la misma época.

Sanchez y Caymany le atribuyen mayor antigüedad diciendo que, á juzgar por el lenguaje, debe haber sido compuesta hácia mitad del siglo XII, mas basta con recorrer las cartas españolas de esta época (1) para convencerse que el lenguaje de la *cancion* no es en modo alguno de mediados del siglo XII que se parecia mucho más al latin. Por otro lado M. Wolf (véase Wien, Jahrb. t. 56, p. 250-51 apoyado en el verso tan conocido (3755),

Hoy los reyes de España sos parientes son, ha pensado que la *Cancion* es una especie de epitalamio compuesto con motivo del matrimonio de Blanca, con Sancho III de Castilla, en 1151. Esta suposicion nos parece

(1) Véanse los Fueros de Oviedo dados por Alfonso VII en 1145 y publicados por Llorente *Prov. vascong.*, t. IV, p. 96-107 y los fragmentos publicados por M. Yanguas. *Diccion. de antig del Reino de Navarra*, t. I, p. 51-55-208, t. II, p. 73-74.

arbitraria, pues en la obra no se nombra si-
quiera una vez á Blanca y á Sancho. Despues
de haber referido que Oiarra, infante de
Navarra é Iñigo Jimenez infante de Aragon,
ambos personajes completamente fabulosos,
se casaron con las dos hijas del Cid, el poeta
exclama:

«Ved qual honra cresce al que en buen hora
nacio,
quando sennoras son sus fijas de Navarra é
de Aragon
hoy los reyes despanna sus parientes son!»

Confiesa el mismo Mr. Wolf que aquí
se trata no de todos los reyes de España,
sino de algunos de ellos. Así el poeta mis-
mo indica qué reyes ha querido desig-
nar, los de Aragon y Navarra; y, si se hu-
biese referido al matrimonio de Blanca con
Sancho III, si hubiese compuesto su poe-
ma con ocasion de este matrimonio hu-
biera dicho algo, no poseyendo, como no
poseian sus contemporáneos, un libro de la
naturaleza del titulado las *Reynas* de Florez,
para descubrir allí su pensamiento.

Por lo demás hay en la Cancion pocos
pasages que permitan determinar con toda
la precision apetecible la época en que fué
escrita. Haremos notar principalmente uno

solo, tanto más cuanto que así podremos oponer al Sr. Wolf una observacion que él mismo ha hecho. Este eminente conocedor de la poesía románica piensa que el precioso romance del Conde Claros «*Media noche era por hilo*) fué compuesto en el siglo XIII especialmente porque en él se dice:

Con trescientos cascabeles alrededor del petral,
moda muy en práctica en el siglo XIII,
(1) Esta opinion, en cuyo apoyo cita M. Wolf el artículo *Cascavellus* de Ducange (conviene consultar tambien el artículo *Tintinnabulum*) nos parece enteramente justa. En efecto, en el Mediodía de Francia, donde se decia *cascabel* (2) ó *sonalh*, en el siglo XIII se guarnecieron los petrales de cascabeles. Arnaud de Marsan (*Ensenhamen*, apud Raynouard, *Choix*, t. V. p. 44):

E denan al peitral
Bel sonalhs tragitatz
Gen assis é fermatz;
Car sonalhs an uzatje
Que donan alegratje
Ardimen al senhor,
Et als autres paor.

(1) Wiener Jahrbücher, t. 117, p. 132 en la nota.

(2) Véase Raymond, *Lexique roman*, t. II, p. 349.

Aicart del Fossat (*apud*. Raynouard, t. VI, p. 231) en un serventesio (1) * sobre la guerra entre Conradino y Cárlos de Anjou:

Trombas, tabors, sonaills, genz é peitral,
E cavalliers encoratz de contendre
Veirem en cham. (2)

En un trovador del siglo XII, el célebre Beltran de Born, la palabra *sonalh* se encuentra en el sentido de *campana*, y no en el de *cascabel*. (3) Además tratáse tambien de petrales, guarnecidos de cascabeles, en la *Cancion del Cid* (verso 1516)

E buenos caballos á petrales é á cascabeles

y aunque sea posible que se haya hecho uso de ellos en España á mediados del siglo XII, creemos, sin embargo, que sería muy difícil probarlo.

Pero si no vemos razon alguna para considerar á la *Cancion* anterior á los principios del siglo XIII, tambien es cierto que no es posterior á esta época. Lo que acabamos de observar no es supérfluo, porque en la fecha del manuscrito hay una raspadura despues

(1) Poesía satírica antigua en lengua provenzal.

(2) Estos dos pasages no se citan en el *Lexique roman*.

(3) Véase el *Lexique roman*, t. V, p. 263.

de las dos *C*, y el espacio es tal que podría llenarse con una tercera *C*. También Sanchez es de opinion que se ha raspado una *C*, á fin de que el manuscrito pareciese más antiguo, creyendo que la escritura es del siglo XIV. Más, aún suponiendo por un instante que el manuscrito fuese de 1307, la obra sería, sin embargo más antigua y anterior á la leyenda de Cardeña, copiada de la *Crónica General*, pues en esta leyenda como en los demás escritos del siglo XIV la casaca se llama *gambax* (1), mientras que esta prenda lleva aún el nombre de *belmez* ó *velmez* en la *Cancion del Cid* (vs. 3084, 3648). El lenguaje parece también algo más antiguo que el de las poesías de Gonzalo de Berceo, escritor del año 1220. Pero nos parece también que basta examinar el fac-simile de los cuatro primeros versos del manuscrito, publicado en la traducción española de Bouterweck, (p. 112) para convencerse que estos caracteres largos y estrechos pertenecen al año 1207 y no al 1307. Creemos, por tanto, necesaria adoptar otra conjetura de Sanchez y suponer que el copista ha escrito por descuido una *C* más ó la copulativa *e*, que tachó cuando vió no hacer falta. La *Crónica* rimada publi-

(1) Véase *Crónica General*, f. 361, col. 3.

blicada en 1846 por M. Francisco Michel en los Anales de Viena (*Anzeige Blatt* del tomo 116), según el manuscrito de la Biblioteca Imperial, donde se encuentra á la continuación de la *Grónica del Cid*; la *Cronica* rimada, decimos, aunque trata especialmente del Campeador, no es sin embargo un poema, que tenga á Rodrigo por héroe, es una crónica en verso, donde se trata de muchos guerreros queridos de los castellanos. Esta obra, de la que solo poseemos el principio (el manuscrito se detiene bruscamente en medio de un verso en el relato de la expedición de Fernando y de Rodrigo á Francia) nos parece mucho más antigua de lo que indica su lenguaje y su ortografía, que son del siglo XV. De ello es buena prueba la gran incorrección del texto, lleno de faltas y lagunas, y éstas últimas en líneas que nadie podría desconocer, porque son glosas; (véanse, por ejemplo, los versos 776-778.) Ningun poema español de la Edad Media ha llegado á nosotros en un estado tan deplorable. El único manuscrito del Alejandro es, sin duda, muy defectuoso; pero en comparación con el de la *Cronica rimada* podría pasar por muy correcto.

Otras muchas razones, que expondremos, nos mueven á creer que esta Crónica se

compuso á fines del siglo XII ó á principios del XIII, segun las tradiciones y las canciones populares.

Creemos que el autor ha conservado algunas de estas últimas sin introducir en ella ningun cambio y en el fragmento que queda hemos creído reconocer un canto guerrero y dos romances.

Notemos desde luego que el poeta dice en diferentes ocasiones (valiéndose del presente y no del pretérito) que hay cinco reyes (cristianos) en España. Esto no acontece en la época de que habla, (la de Fernando I), y cuando se recuerda que los poetas de la Edad Media, hablando del pasado, pintan siempre su propio tiempo, es preciso admitir que nuestro autor escribió en una época en que habia realmente cinco reyes en España. Debe, pues, haber vivido en el tiempo en que Leon y Castilla eran reinos separados, es decir entre 1157 y 1230, (los otros tres eran entonces Aragon, Navarra y Portugal.)

Otros dos pasages de la Crónica nos conduce al mismo resultado. En ella se lee desde luego lo siguiente: (verso 546 y siguientes:)

A los caminos entró Rodrigo, pessól é mal
(grado;
de qual disen Benabente, segunt dise en el ro-
mance;

é passo por Astorga, é llegó á Monteyraglo;
cumplió su romerya por Sant Salvador de
(Oviedo.

Y más léjos, (verso 635 y siguiente):
Metiéronse á los caminos passol (*léase*: pessól
á) mal grado
que disen Benavente, segun dise en el ro-
mance,
Passólo á Astorga, é metiólo á Monteyraglo.

Salta á la vista que hay dos versos en el primer pasage y uno en el segundo en que falta la asonancia (*a-o*). Además, Rodrigo ha escogido una direccion muy extraña: vá primero á Astorga; despues á un lugar que, como ahora veremos, está situado al Sud Este de esta villa, y desde allí á Oviedo, al Norte de Astorga, en las Ásturias. En fin, es claro que el renglon “que se llama Benabente en romance” (sabido es que Benavente es una ciudad del reino de Leon y el paso de los peregrinos que se dirigen á Santiago de Compostela,) (1), no está en su lugar y que la palabra Monteyraglo está alterada, porque no se encuentra sitio alguno con este nombre. Una carta de Alfonso VI del 26 de Enero de 1103

(1) Véase *Láborde*, Itinerario de España, t. II, segunda parte, p. 252.

(1) es por extremo apropósito para resolver todas estas dificultades. A ruegos del ermitaño Garcelian, Alfonso y su muger eximieron de todo impuesto á la iglesia y á la posada de San Salvador, situadas sobre la montaña Irago, donde se albergaban los peregrinos que iban á Santiago. Debe, pues, leerse Monte Yrago, en vez de Monteyraglo; deben tacharse las palabras *de Oviedo*, puesto que no se trata en modo alguno de la catedral de Oviedo, construida por Fruela I y su esposa y consagrada al Salvador, como ha creído el copista, sino de la iglesia de San Salvador, situada sobre la montaña Yrago. Cuando se ha tachado esta glosa, completamente falsa, *de Oviedo*, la asonancia reaparece. Por último, es preciso borrar el renglon «que llaman Benavente en romance.» Si, pues, en los dos sitios en que se encuentra, está fuera de lugar y no forma asonancia, es evidente que fué en su origen una nota marginal destinada á esplicar el nombre propio *Monte Yrago*. De esta manera todas las dificultades desaparecen; pero estas glosas y estos descuidos manifiestan que la Crónica es mucho más antigua que el manuscrito que de ella poseemos, y, áun se

(1) Citada por Sandoval; Cinco reyes: f. 94, col. 1.

nos figura que su composicion se remonta á una época en que Monte Yrago era más conocido y más célebre que Benavente. Esta ciudad es, en efecto, bastante moderna, pues no fué fundada ó poblada hasta Fernando II de Leon (1157-88) (1) y no recibió su *Fuero* sino del hijo y sucesor de Fernando, Alfonso IX, (1188-1203) algun tiempo antes del año 1206 (2). No es nuestro ánimo afirmar que la *Crónica* se escribiese antes de la fundacion de Benavente, porque esta ciudad se encuentra nombrada en ella en un verso que sin duda no es una glosa (vs. 693); pero nos parece que fué escrita en un tiempo en que Benavente no era aún una ciudad importante y en que se nombraba á Monte Yrago como una poblacion preferente á aquella.

Creemos que el poema nada encierra contrario á nuestra opinion, pues aunque es cierto que el poeta conocia las armas parlantes de Castilla y Leon (vs. 264), éstas se hallaban ya en uso en tiempo de Alfonso VII (3)

(1) Lúcas de Tuy, (p. 106); Rodrigo de Toledo VII, c. 19.

(2) En este año Alfonso IX de Leon dió á Llanes el *Fuero* que ántes habia dado á Benavente. Este *Fuero* ha sido publicado por Llorente, t. IV, p. 183-195).

(3) Véase en la crónica latina que lleva el nombre de este rey el poema sobre la conquista de Almería.

y, aún quizás ántes (1), sin contar con que pronto tendremos ocasion de señalar otra circunstancia que confirmará nuestra opinion acerca del tiempo en que fué escrita la *Crónica rimada*, pero antes debemos hablar de las canciones que, á nuestro juicio, ha insertado el autor en su trabajo.

Toda la Crónica á escepcion del principio y de un corto número de trozos de corta estension, que están en prosa, (M. Michel los ha impreso como versos con muy poca oportunidad), están en versos libres cuya asonancia, casi constante es a-o. Pero encuéntranse tres fragmentos en que el asonante es masculino. La primera vez (vs. 301 (2) y sigs), está en o en cuatro versos y en a en la continuacion hasta el verso 357. La segunda vez tiene el asonante en a (vs. 372 y siguientes). La tercera (vs. 758 y siguientes) en o. Este último nos parece un canto guerrero muy antiguo y hé aquí por qué:

Despues de referir la fabulosa expedicion á Francia de Fernando I, la *Crónica General* (f. 287, col. 1) añade: «Y á causa de este honor que despues ganó el rey, fué nombrado

(1) Véase Argote de Molina, *Nobleza áel Andaluzia*, fóllo 32 v.

(2) El verso 300 está interpolado.

D. Fernando el Grande (*el par de emperador*), «é por esto dixeron los cantares que pasára los puertos de Aspa á pesar de los franceses.» En el trozo en cuestion se lee realmente, (vs. 758):

«El buen D. Fernando par fué de emperador;
y tambien se halla

A pessar de Francesses, los puertos de Aspa pasó.

Es muy digno de observarse que el poeta no dá este trozo como compuesto por él, diciendo por el contrario: «por esta rrazon dixieron: esto es, se dice: el buen rey D. Fernando fué par de emperador, mandó en la vieja Castilla y mandó en Leon,» etc. Cita, pues, este trozo como un canto popular, y nos parece fuera de duda que Alfonso en su crónica ha tenido á la vista *el cantar* conservado en la *Crónica rimada*. Hay además otra prueba de lo que aventuramos y es el empleo del vocablo *jensor*, (vs. 762).

Mando á Portugal, essa tierra jensor.

No hay, que sepamos, más que un ejemplo del empleo de este comparativo provenzal y se encuentra en la *María Egipcíaca* (p. 92, ed. Pidal), obra donde existen tantas pa-

labras antiguas que podría ser más antigua que la *cancion del Cid*. En la María, *jensor* (*gensor*) tiene el sentido de positivo lo mismo que en el canto guerrero. En las demás partes se encuentra constantemente gentil en las frases de este género (*cancion del Cid*, verso 680):

De Castiella la gentil exidos somos acá.

Romance «Del Soldan de Babilonia:»

Para ir á dar combate á Narbona la gentil.

Por lo demás este canto celebra las expediciones de Fernando y sus barones. (1)

(1) Es preciso subrayar los versos 788 y 789 (asonancia femenina en a, o), y 792, (e, e), que están interpolados por el autor de la *Cronica*, pero creemos que debe conservarse el verso 797,

E Frandes, é Rochella é toda tierra de Ultramar

pues en una composicion tan antigua y popular, esta a se pronunciaría ordinariamente poco más ó ménos como o. En la p esía francesa a, o, u y ou, formaban asonancias, (vease el *Gormont*, verso 251-292), así como a y e, (*ibidem*, verso 112) i y e (*ibidem*, verso 303) y au y ei (*ibidem*, verso 10 y 11).

En la composicion española la asonancia

E Armenia é Pérsia la mayor

E Frandes, é Rochella, é toda tierra de Ultramar

es la misma que en el *Gormont* (verso 253)

*Jeo te conois assez, Hugon
qui l'autrir fus asparillans.*

Muy sencillo en su forma, como lo es la canción de los soldados de Aurelio, referida por Vopiscus y lleno de frases corteses y susceptibles de repetirse en coro, nos parece haber sido cantado en las filas de los ejércitos y compuesto despues del año 1157, pues en él se lee lo mismo que en la *crónica*, á saber, que existen *cinco* reyes en España, (verso 786).

Otro trozo contiene el relato de la muerte del conde D. Gomez d e Gormaz, de la llegada de sus tres hijos á Bivar y de la marcha de Jimena á Zamora, donde ruega al rey Fernando que la case con Rodrigo. Más adelante traduciremos este precioso relato. Cuando se conocen los antiguos romances se adquiere la convicción de que este trozo es uno de ellos, en cuyo caso es quizás el más antiguo, y sin contradicción el ménos alterado de todos. Contiene además una glosa muy curiosa, que debe ser del autor de la *Crónica*, pues es imposible suponerla del copista; glosa que confirmará la opinion admitida por nosotros acerca del tiempo en que vivió el autor de la *Crónica*.

Trátase del color de los vestidos de duelo: en una época determinada el duelo era blanco en Italia y Francia, pues el Dante (*Purgatorio* VIII vs. 73 y siguientes) hace decir

á Nino Visconti, famoso juez de Gallura, con motivo de su muger Beatriz, marquesa de Este, casada en segundas nupcias con Galeazzo Visconti:

*Non crèdo che la sua madre (Beatrice) piú m'ami
Poscia che trasmutó le bianche bende,
Le quai convièn che misera ancór brami.*

Mas si en tiempo del Dante usaban los hombres y particularmente las mugeres el color blanco en los duelos, medio siglo más tarde se estiló el color negro. Mateo Villani (l. X., c. 60) cuenta que cuando Bernabos Visconti supo la derrota de S. Rufello en 1361 se vistió de negro en señal de afliccion. En la primera mitad del siglo XII el luto era blanco en Francia; siendo antes negro del mismo modo que en España. Sobre esta materia poseemos un pasage curiosísimo de Pedro el Venerable, abad de Cluny desde 1122 hasta el 1156 en que murió. En una carta dirigida á S. Bernardo, Pedro de Cluny habla de las disputas entre los monges negros y los monges blancos, y refiere: (1) Que Sidoine, arzobispo de Auvergne reprochó á sus contemporáneos el asistir de blanco á los entierros

(1) Veanse las cartas de Pedro el Venerable en la *Biblioteca Cluniacensis* publicada por Marrier y André Du-Chesne p. 839-840.

y de negro á las bodas; aunque entónces la costumbre general, dice el abad, mandaba lo contrario. Cuando me encontraba hace poco en España, añade, he visto, no sin sorpresa, que esta antigua costumbre se conserva aún entre los españoles. En señal de duelo «*ne-gris tantum vilibusque indumentis se contingunt.*»

En el antiguo romance se lee, hablando de las hijas del conde D. Gomez de Gormaz, despues de la muerte de su padre (vs. 314)

Paños visten brunitados é velos á toda parte,

despues de este verso hay una línea concebida así:

(entónces la avian por duelo; agora por goso la traen.)

Este pronombre *la* debe, sin duda, entenderse aquí como un néutro y referirse á los *paños brunitados*; si se refiere á los *velos* no hay razon alguna para que el glosador no hubiese escrito *los*; por lo demás los velos por sí solos no eran ni signo de afliccion ni de alegría: creemos, pues, que el glosador ha escrito *la* y no *los* para indicar que esta nota se refiere nó á los velos de que se ha hecho mencion poco antes, sino á los *paños brunitados*, y siendo así, traducimos: entón-

ces se llevaba como duelo, ahora en signo de alegría. De donde resulta que en la época en que el romance fué compuesto, el luto era negro, siendo blanco como en Francia é Italia, cuando se escribió la nota. Pero, cuándo se escribió?

Segun Pedro el Venerable el luto en España era negro en la primera mitad del siglo XII. En el siglo XIV era del mismo color, como resulta de un pasage del arcipreste de Hita, (copla 736) donde se trata de una viuda. El luto era negro tambien cuando se escribió la leyenda de Cardeña, que debe ser más antigua que la *Crónica General* de Alfonso, porque nos parece pertenecer aun al siglo XIII; vése en esta leyenda (1) que despues de la muerte del Cid, su hija doña Sol se vistió de estambrilla, así como sus damas de honor. El infante Sancho de Aragon, su esposo, y los cien caballeros que la acompañaban se vistieron de mantos negros, (*capas prietas*;) se pusieron sombreros hendidos por medio (*capiellas fendidas*) y colgaron los escudos de los arzones de sus sillas, con lo de arriba abajo. Y puesto que Alfonso no hace ninguna observacion sobre este pasage de la leyenda es indudable, por tanto, que en su

(1) Véase *Crónica General*, f. 363, col. 1 y 2.

tiempo tambien era el luto negro; color que se conserva desde entónces. En la segunda mitad del siglo XII era negro en Francia. Despues de la muerte de Raimundo V de Tolosa, ocurrida en 1194, el trovador Pedro Vidal «se vistió de negro, cortó la cola y las orejas á todos sus caballos (1) y se hizo raras la cabeza, lo mismo que á todos sus servidores (2), pero se dejaron crecer las harbas y las uñas.» (3) El luto era negro en España en la primera mitad del siglo XII y á partir del XIII; pero, segun la glosa de que se trata, debió haber sido blanco durante cierto tiempo, lo cual no puede haber ocurrido sino despues de Pedro el Venerable y antes de la composicion de la leyenda de Cardeña, esto es, al fin del siglo XII ó á principio del XIII. Esta glosa nos lleva pues á la misma época á donde nos han conducido los otros pasages; de lo cual puede inferirse cuando fué escrita la *Crónica rimada*; parece que hácia el año 1160 los españoles adoptaron de

(1) Tambien en España se cortaba la cola á los caballos en señal de duelo; (véase á Pedro el Venerable (loco laud) y *Crónica de D. Fernando IV* (Valladolid, 1554) f. 36 v.)

(2) La misma costumbre se practicaba en España: (véase á Pedro el Venerable).

(3) Biografía provenzal de Pedro Vidal, *apud* Raynouard *Choir*, t. V. p. 337.

sus vecinos los provenzales ó los árabes (1) la costumbre de llevar el luto blanco y algo mas tarde los provenzales empezaron á llevarlo negro, siendo cierto, que en el siglo XIII fué negro en Francia y en España como lo ha sido siempre despues de aquel tiempo; solamente se continuaba, en estos dos paises, llevando el luto blanco á la muerte de los príncipes, hasta el año 1498. El segundo romance refiere la conversacion habida entre Don Rodrigo y su padre, despues que este hubo recibido las cartas de Fernando, y su marcha para Zamora.

El resto de la Crónica se compone evidentemente de tradiciones populares en parte contradictorias. Así; Rodrigo está casado con Jimena, cuando hizo prisionero al conde de Saboya que le ofreció su hija en matrimonio. Rodrigo rechazó esta oferta no porque estuviese casado, sino porque no se creia digno de enlazarse con una señora de tan alto nacimiento. Todas las narraciones de la Crónica son por lo demás estremadamente sencillas: el poeta despues de haber modificado algunos detalles en general, piensa como pensaba el pueblo, sin sustituir sus propias ideas

(1) Véase mi *Diccionario de los nombres de los vestidos* página 435. Maccari t. II p. 496, 497.

á las ideas recibidas: razon por la que se distingue esencialmente la Crónica de la Cancion.

No parece que Alfonso el Sábio se haya valido de la *Crónica rimada*, aunque haya tradiciones comunes á los dos libros: acaso el rey cronista no la ha recorrido porque desconfiaba del carácter poco histórico de la obra, pero puesto que ha admitido muchas tradiciones que son fabulosas en igual grado, podemos más bien inclinarnos á creer que el espíritu anti-realista que reina en la Crónica es lo que le ha impedido beber en esa fuente.

Es muy incierta la época en que se compusieron los diferentes romances, puesto que no existen manuscritos y además los que los publicaron en el siglo XIV, segun la tradicion oral, los han cambiado y modernizado. El estudio de la versificacion puede servir hasta cierto punto para arrojar nueva luz sobre esta cuestion. Al principio la poesia española no tenia un ritmo regular; procurábase mucho conseguir cierta armonía y se observaba una cesura hácia el medio del verso, pero no se contaban las silabas. Para convencerse de ello basta fijar los ojos en la Cancion del Cid, la Crónica rimada, la leyenda de Santa Maria Egipcíaca y el libro de los

tres reyes de Oriente. En la Cancion, el número de sílabas del verso varía de ocho á veinte y cuatro, siendo aun mas irregulares todavía los de la Crónica.

El verso de los romances se ha formado asimismo, muy poco á poco. En los dos que se encuentran en la Crónica rimada, donde está tambien el canto de guerra, hay versos completamente regulares, versos de quince sílabas, el metro ordinario de este género de composiciones; pero la mayor parte no lo son de ningún modo, y tomándose todo el trabajo posible nose podría conseguir (á menos de permitirse cambios estremadamente aventurados y no justificados por nada,) reducir estos versos irregulares á regulares; pero por lo demás, hay algunas probabilidades para suponer que la Crónica modificase á su placer versos regulares? que sustituyese á un ritmo bárbaro un ritmo armonioso? que alterase de propósito un verso tal como este:

Vos venis en gruesa mula | yo en un ligero caballo

que se encuentra en el romance «Castellanos y Leoneses» para poner en su lugar este: (Crón. rimada, vs. 16):

Vos estades sobre buena mula gruessa | e yo sobre buen cavallo;

que haya sustituido al verso «Cabalga Diego Lainez.)

Porque la besó mi padre | me tengo por afren-
tado

este: (Crón. rim. vs. 410)

Porque vos la bessó mi padre, | soy yo mal
amansellado?

En verdad esto sería demasiado extraño y es mucho más natural creer que los versos que se encuentran en la *Crónica* son los más antiguos, (la forma larga de la segunda persona de plural (*estades*) y la antigua palabra *amansellado* (Crón. vs. 553) lo manifiestan por lo demás;) y que no han sido cambiados en versos regulares hasta que se ha fijado el ritmo de los romances. Unase á esto que aun en los modernizados hay todavía versos irregulares; el primer hemistiquio tiene á menudo siete sílabas, en vez de ocho, y el segundo tiene también una ó dos sílabas de más. Por otra parte, la irregularidad de los versos en un romance no es una señal cierta de su antigüedad; pues el marqués de Santillana atestigua formalmente, que en el siglo XV la poesía popular no contaba ya las sílabas, (1) y

(1) Infimos son aquellos que *sin ningunt orden, regla, ni*

poseemos romances del siglo siguiente en que los antiguos versos irregulares han sido imitados. (1) Este indicio por sí solo (al que podrían unirse algunos otros, tales como el cambio del asonante y el empleo de una asonancia masculina en vez de una femenina) no basta para demostrar la antigüedad de un romance; hacen falta otros indicios sacados de su contenido. El estudio de las costumbres, de los trajes y de las modas es de la mayor utilidad para fijar el tiempo en que se compuso; pues de ordinario los poetas de la edad media no pintaban mas que su propio tiempo, único que conocían.

Entre los romances del Cid hay pocos antiguos: el que comienza por las palabras «Cabalga Diego Lainez» es una imitación de un pasaje de la *Crónica rimada* (p. 11): no solo las ideas son las mismas, con la diferencia de que el relato de la *Crónica* es sencillo y enérgico y que el del romance es un poco difuso, sino las asonancias (a-o) son idénticas, habiendo también hasta verdaderos hemistiquios (*Cron.* v. 400).

cuento, hacen estos romances é cantares, de que la gente baja é de servil condicion se alegra «Carta al condestable de Portugal (*Sanchez, coleccion t. I p. LIV*).

(1) Véase Volf, *Prager Sammlung* p. 102-108,

Todos dicen: es el que mató al conde Lozano (1).

Romance:

Aquí viene entre esta gente quien mató al conde Lozano.

Crón. v. s. 403.

al rey besarle la mano.

Romance:

para el rey besar la mano.

Crón. v. s. 405.

Rodrigo fincó los ynojos por le bessar la mano.

Crón. v. s. 406, 407:

el rey fué mal espantado.

A grandes boses dijo: Tíratme allá ese peccado.

Romance;

Espantóse de ello el rey, y dijo como turbado:

Quítateme allá Rodrigo, quítateme allá diablo.

Pero los más de estos romances acusan su origen moderno; algunos son del siglo XVI ó XVII: ellos pintan las costumbres de

(1) Resulta de la composición del romance que tal es la lección verdadera. En la edición de M. Michel se lee:

Todos dicen á él que el que (sic) mató al conde Lozano.

estos tiempos y sus autores han bebido en la *Crónica general* ó en la *Crónica del Cid*, siendo tan amanerados é insípidos que acaso ningun otro siglo presente un número tan considerable de romances verdaderamente malos.

Procuraremos ahora dar una biografía del Cid sacada de las mejores fuentes, muchas de las cuales, convenimos en ello, son árabes; mas si el héroe castellano no se parece en los escritos de sus enemigos á ese ideal de desinterés y lealtad con que los poetas se han complacido en pintarle, ideal que formaría seguramente un extraño y singular contraste con las costumbres del siglo XI, no conviene imaginar, sin embargo, que su carácter haya sido desfigurado por la aversion y el odio. Los árabes honraban la virtud aun en sus adversarios; hacen completa justicia á Alfonso VI; alaban su clemencia y dulzura (1) por más que fuese su más formidable enemigo, y, si han sido severos para Rodrigo es porque merecía realmente el reproche de perfidia y crueldad. Tampoco los antiguos documentos españoles lo juzgan muy favorablemente. Los árabes lo acusan de haber violado las capi-

(1) Véase Maccari t. II. p. 748.

tulaciones en Valencia, pero por el autor de los *Gesta* es por quien sabemos lo que hizo en Murviedro, y amenudo sus compatriotas condenan su conducta mucho más enérgicamente que los árabes mismos. Así; el autor de los *Gesta* dice hablando de su invasion en una provincia de su patria, la de Calahorra y de Nájera: *Ingentem nimirum atque mæstabilem et valde lacrimabilem prædam, et dirum et impium atque vastum inremediabili flammâ incendium per omnes terras illasævisisme et immisericorditer fecit. Dirâ itaque et impiâ deprædatione omnem terram, præfatam devastavit et destruxit, eiusque divitiis et pecuniis atque omnibus eius spoliis cum omnino denudavit et penes se cuncta habuit.* «El autor del kitâb al-ictifâ se contenta con decir en esta ocasion: «quemó y destruyó.»

SEGUNDA PARTE.

EL CID DE LA REALIDAD.

*Estas son las nuevas de Mio Cid el Campeador.
Cancion del Cid, vs. 3740.*

*Senhor, ar escontatz, si vos platz, et aujatz
canso de ver' ystoria:— — —*

*que non es ges mesonja, ans es fina vortatz.
testimonis en trac avesques et abatz,
clergues, moines, epestres e los santz honoratz.
Fierabras, vs. 30-34,*

Nada más desemejante bajo ciertos aspectos que los dos pueblos que en el siglo undécimo se disputaban los despojos del califato de Córdoba. Los moros vivos, ingeniosos y civilizados, aunque enervados y escepticos, solo vivían para el placer; los españoles del Norte, medio bárbaros aún, pero indómitos y animados del más ardiente fanatismo sólo amaban la guerra, la guerra

sangrienta. Estas dos naciones tan diferentes en apariencia, tenían, sin embargo, en el fondo muchos puntos de contacto; ambas estaban corrompidas y eran pérfidas y crueles; y, si los moros eran por regla general indiferentes en materia de fé, si consultaban á los astrólogos con preferencia á los doctores de la religion y no tenían á ménos servir á las órdenes de un príncipe cristiano, tambien habia muchos caballeros de Castilla á quienes no causaba escrúpulo vivir de augurios, como se decía entónces: (1) tomar musulmanes á sueldo (2) y dirigir las armas contra su religion y su patria bajo la bandera de un reyezuelo árabe ó quemar y saquear los cláustros y las iglesias.

A la larga y á no mediar acontecimientos imprevistos, los moros ménos bravos y aguerridos que sus adversarios estaban llamados á sucumbir. Fernando I les había ya hecho experimentar terribles descalabros: hábales arrebatado á Viseu, Lamega y Coim-

(1) Véase *Hist. Compost.* (Esp. sagr. t. XX.) p. 401, 416. *Crón gen.* fol. 263, col. 2. Un relato traducido del provenzal que se encuentra en los *Cento Novelle antiche* (Nov. 32.) principia por esta palabra «Messire En Barral de Baux (1192) gran castellano de Provenza, vivía mucho de anguria, á la usanza española.»

(2) *Mon. Sil.* c. 83 in fine.

Íra, impuesto tributo á cuatro de sus reyes, á los de Zaragoza Toledo, Badajoz y Sevilla y se hubiera apoderado de Valencia á no sorprenderle la muerte. Sin embargo, al dividir su reino entre sus cinco hijos, él mismo destruyó su propia obra. Los moros respiraron entónces pues preveían, y no se equivocaban, que la guerra civil estallaríá en el Norte.

Fernando había dado á Sancho, su hijo mayor, la Castilla, Nájera y Pamplona; á Alfonso, Leon y las Asturias; á García la Galicia y la pequeña parte de Portugal conquistada á los moros; Urraca había recibido á Zamora y Elvira á Toro. Sancho fué el primero que rompió la paz, atacando y venciendo á su hermano Alfonso en la batalla de Llantada, el año de 1068; su victoria, no debió, sin embargo, ser decisiva pues Alfonso conservó sus estados y volvió á restablecerse la paz entre ambos hermanos. Tres años mas tarde volvieron á tomar las armas y señalado dia para el combate, estipularon que el vencido cedería su reino. Trabóse la batalla en la frontera de los dos países, cerca de un pueblo llamado Golpejare, cabiendo la peor parte á los Castellanos, quienes se vieron obligados á abandonar el campo al enemigo; pero Alfonso

prohibió á sus soldados perseguirlos pues se reputaba yá, segun las condiciones del combate, dueño del reino de Castilla. Rodrigo Diaz de Bivar frustró sus esperanzas.

Este Rodrigo, oriundo de una antigua familia castellana, (decíase que era descendiente de Lain Calvo, uno de los dos jueces á quienes los Castellanos habian encomendado, bajo el reinado de Fruela II, (294,5) la composicion amigable de sus diferencias) y cuyo nombre aparece por primera vez en un diploma de Fernando I, del año 1064, (1) se habia distinguido yá en una guerra que Sancho de Castilla se vió obligado á sostener contra Sancho de Navarra. Habia vencido entónces á un caballero navarro en singular combate y esto le habia valido el título de Campeador; (2) á la sazón era abanderado de Sancho ó lo que es lo mismo general en jefe de su ejército (3), porqué eran tales palabras en toda Europa sinónimas en aquella época (4).

(1) Sandoval, *cinco Reyes* fol. 13, col. 3.

(2) *Carmen latinum* p. 309.

(3) El autor de los *Gesta* dice al principio «constituit eum principem super omnem militiam suam' y más adelante «tenuit regale signum Regis Sanctii. confirmado por Pedro de Leon, *apud* Sandoval, fol. 24. col 3; fol. 22, col. 3.

(4) Véase Guillermo de Tisro, t. IX. c. 8; Orderico Vital *Capud Duchesne (Rex Norm. scrip)* p. 463, 472 D, 473, 483 B; Jonckbloet, *Guillermo de Orange*, p. 23, 24.

Rodrigo no bien apercibió que el enemigo habia cesado en la persecucion levantó el ánimo abatido de su rey y le dijo, «ufanos con la victoria conseguida los leoneses reposan en nuestras tiendas sin recelar de nada; caigamos sobre ellos al amanecer y los batiremos.» Pareció bien á Sancho este consejo y rehaciendo su ejército, al despuntar la aurora se arrojó sobre los leoneses, dormidos todavía, degollando á la mayor parte y debiendo algunos su salvacion á la huida. De este número fué Alfonso que buscó un asilo en Santa Maria, catedral de la ciudad de Carrion; pero arrancado violentamente de aquel santo lugar, fué conducido á Búrgos como cautivo (1).

Sancho quedó, por tanto, merced al consejo de Rodrigo, dueño del reino de Leon: innegable fué de todo punto el éxito obtenido; mas no basta que el fin sea bueno, sino que se necesita tambien que los medios para conseguirlo sean justos, y, el consejo que Rodrigo dió á su príncipe, no era en el fondo más que una traicion, una violacion de las condiciones estipuladas entre ambos reyes.

Cediendo á los ruegos de Urraca y de

(1) Lucas de Tuy, p. 97, 98; Rodrigo de Toledo, VI c. 16.

Pedro Ansurez, conde leonés, Saicho permitió á su hermano salir de la prision con la condicion expresa de que tomase el hábito de monge. Alfonso lo hizo asi; pero muy pronto se escapó del cláustro y fué á buscar un refugio cerca de Mamun, rey de Toledo.

Más tarde, Sancho volvió sus armas contra su hermano García, á quien arrebató sus Estados, y contra sus dos hermanas. Elvira le abandonó á Toro; pero Urraca se defendió valerosamente en Zamora. Prolongábase ya el sitio de esta ciudad, cuando un audaz caballero zamorano, de nombre Bellido Dolfos, salió de la ciudad, y sorprendiendo á Sancho, que paseaba por el campo, le hirió repentinamente con una lanza, y se volvió con tanta priesa como habia ido, (7 Octubre de 1072). Rodrigo, que durante el sitio habia hecho prodigios de valor, (1) vió al asesino de su rey y sin demora se lanzó en su persecucion, estando á punto de matarle cerca de la puerta de Zamora; más Bellido tuvo áun el tiempo preciso para escaparse. El asesinato del rey llevó la consternacion á el ejército. Los leoneses que habian sufrido la dominacion del rey de Castilla de mala voluntad, se apresuraron á

(1) *Gesta.*

volverse á sus casas; los castellanos, por el contrario, permanecieron firmes en sus puestos, y colocado el cuerpo de su rey en un sarcófago, lo trasportaron, haciendo estremecer al aire con sus llantos, al cláustro de Oña, donde le dieron sepultura con todos los honores reales. (1)

Cumplida esta triste ceremonia se reunieron en Búrgos los principales castellanos para elegir un nuevo rey; repugnábales dar la corona á Alfonso, ex-rey de Leon, pues comprendian que en tal caso perdian su preponderancia y tendrian que recibir la ley de los leoneses, en vez de imponérsela; pero como no tenian otro príncipe á quien colocar en el trono, fuerza les fué vencer su repugnancia. (2) Declaráronse dispuestos á reconocer á Alfonso, si este juraba no haber tenido participacion en el asesinato de D. Sancho, y se encargó á Rodrigo Diaz que recibiese al rey este juramento. (3) Desde esta ocasion Alfonso tomó ojeriza á Rodrigo; (4) mas como éste era

(1) Lúcas, p. 98 99; Rodrigo, VI, 48, 49.

(2) Lúcas de Tuy, (p. 100): «cum nullus esset sibi de genere regali, quem dominum possent habere, venientes ad Regem Adephonsum, etc.»

(3) Pedro de Leon (Sandoval, f. 39, col. 4) dice que Alfonso prestó el juramento en manos de doce caballeros castellanos. Sandoval no dice si el obispo habla ó no de Rodrigo.

(4) Lúcas, p. 100; Rodrigo, VI, p. 20, 21.

demasiado poderoso, y por lo tanto, temible obedeciendo á la prudencia, disimuló sus sentimientos, y queriendo ligarlo á su familia y reanudar al mismo tiempo la buena armonía entre castellanos y leoneses, le hizo desposarse con su prima Jimena, hija de Diego, conde de Oviedo y uno de los principales entre sus antiguos súbditos. (19 Julio, 1074). (1)

Algun tiempo despues, Alfonso encomendó á Rodrigo que fuese á la córte de Motamid, rey de Sevilla. á cobrar el impuesto que este príncipe tenia que pagar. Hallábase Motamid, cuando llegó Rodrigo, en guerra con Abdaláh de Granada, y amenazado de una invasion, pues Abdaláh habia tomado á su servicio á muchos caballeros cristianos, entre los cuales figuraba el conde García Ordoñez, un príncipe de (2) sangre que habia llevado el estandarte real bajo Fernando I. (3) Rodrigo mandó decir al réy de Granada que no atacase á Motamid, porque era aliado de Alfonso; pero los granadinos, despreciando sus ruegos y sus amenazas, llevando á san-

(1) *Gesta: Charta Arrharum.*

(2) Descendía del infante Ordoño, hijo de Ramiro el Ciego, y la infanta Cristina. Véase sobre esta familia *Salazar, Casa de Silva*, t. 1, pag. 63 y siguientes.

(3) Moret, *Anales de Navarra*, t. 1, pag. 758.

gre y fuego cuanto encontraban á su paso, llegaron hasta Cabra, donde Rodrigo, acompañado de sus caballeros y del ejército sevillano, acudió á presentarle la batalla. Quedaron los granadinos completamente derrotados, y muchos caballeros cristianos, entre los que se hallaba el mismo García Ordoñez, cayeron en poder de Rodrigo, que les quitó cuanto tenían, y á los tres meses les devolvió la libertad. Luego, habiendo recibido de Motamid el tributo y muchos regalos para Alfonso, volvióse á Castilla; mas entónces sus enemigos, y, principalmente García Ordoñez, le acusaron, con razon ó sin ella, de haberse apropiado una gran parte de los regalos destinados al Emperador. (1) Este, que no podia olvidar la traicion de Rodrigo, que le habia costado dos reinos, ni el juramento humillante que se habia visto precisado á prestar en sus manos, dió oído á tales imputaciones y en el año 1081, en que aquél atacó á los moros sin pedirle su consentimiento, lo desterró de sus Estados.

A partir de esta época Rodrigo comenzó á llevar la vida de *condottiere*, y á combatir con su gente, unas veces bajo la bandera de un príncipe moro, otras por su propia cuenta.

(3) Alfonso, como estas cartas lo atestiguan, tomó este título despues de ser establecido en el trono

II.

Después de pasar algunas semanas en la corte del conde de Barcelona, que parece no quiso aceptar sus servicios, Rodrigo se volvió á Zaragoza, donde reinaba entonces un miembro de la familia de los Beni-Hud, llamado Moctadir, cuya vida habia sido una serie no interrumpida de razzias y batallas, y cuyo más obstinado y peligroso enemigo era su hermano mayor Mudhaffar, señor de Lérida, el cual le superaba en instruccion y bravura. Moctadir, queriendo reducirle, llamó al principio en su auxilio á catalanes y navarros, pero abandonado luego por sus aliados, que habian abrazado el partido de su contrario, recurrió á la traicion. Conforme con su hermano en celebrar una entrevista, á donde acudirian ambos sólo y sin armas, habia prevenido antes de acudir al lugar de la cita, á un caballero navarro, que

servia en su ejército, para que asesinase á su hermano en el momento en que conversase con él. Mudhaffar debió solo su salvacion á una buena cota de malla que llevaba siempre bajos sus vestidos, y Moctadir, por su parte, castigó al navarro por su poca destreza, haciéndole decapitar. Despues de una guerra de treinta años, consiguió, por último, apoderarse de su hermano, y en la época en que Rodrigo llegó á Zaragoza, Mudhaffar estaba prisionero en Rueda. Aunque seguro por esta parte, Moctadir tenia aún muchos enemigos á quienes combatir, y como preferia, á ejemplo de sus predecesores, los soldados cristianos á los moriscos, dispensó buena acogida á Rodrigo y á los caballeros que le acompañaban. Al poco tiempo, en Octubre de 1081, murió despues de haber dividido sus estados entre sus dos hijos. Mutamin, el mayor, obtuvo á Zaragoza, y su hermano, el Hadjib-Mondhir recibió á Dénia, Tortosa y Lérida. Tales particiones, (Moctadir debió haberlo previsto) fueron siempre manantial perenne de disturbios y guerras. Tambien los dos hermanos tuvieron pronto serias discordias, y Mondhir se coaligó con Sancho Ramirez, rey de Aragon, y con Berenguer, conde de Barcelona. Rodrigo combatió por Mutamin, que lo consideraba

como su más firme sosten: hacía frecuentes razzias en el país de los enemigos de su dueño, siendo tanto el pavor que les infundía, que llegó á entrar en Monzon, á vista del ejército de Sancho, aunque éste había jurado que no se atrevería á tanto. En otra guerra entre los dos príncipes moriscos, Mondhir y sus aliados, á saber: Berenguer, el conde de Cerdaña, el hermano del conde de Urgel, el señor de Vich, el del Ampurdam, el de Rosellon y el de Carcasona, fueron á poner sitio delante del antiguo castillo de Almenara (entre Lérida y Tamariz), hecho reconstruir y fortificar por Rodrigo y Mutamin, y como comenzase á faltar el agua á los sitiados, Rodrigo, que se hallaba en la fortaleza de Escarpa, de la que acababa de apoderarse, envió emisarios á Mutamin para avisarle del trance casi desesperado en que se encontraba la guarnicion. El príncipe musulman se dirigió á Tamariz, donde celebró una entrevista con Rodrigo, pretendiendo que este atacase al enemigo y le obligara á levantar el sitio; pero el castellano le aconsejó que pagase un tributo á los aliados y no arriesgase una batalla en la que el valor tendría que ceder al número. Mutamin consintió en ello, pero los aliados rechazaron la oferta y entónces Rodrigo, indignado con

aquella presuncion, se decidió á atacarlos no obstante la inferioridad de sus fuerzas. El éxito coronó su audacia, batió al enemigo, se apoderó de un pingüe botin, é hizo prisionero al conde de Barcelona con quien Mutamin concluyó la paz, devolviéndole la libertad cinco dias despues de la batalla.

La vuelta del Cid á Zaragoza fué un verdadero triunfo; el pueblo le acogió con grandes demostraciones de alegría y de respeto y Mutamin le colmó de regalos y honores, llevando su condescendencia con él á tal punto que Rodrigo parecía gozar de la autoridad suprema(1). Este, á pesar de su brillante posicion, no podia olvidar ni un momento á su pátria y en el año 1084 creyó haber encontrado el medio de volver á ella.

El año anterior el gobernador de Rueda se habia insurreccionado contra Mutamin, reconociendo por soberano á su prisionero Mudhaffar, hermano de Moctadir. Este pidió socorros á Alfonso quien le envió, hácia fines de Setiembre (2) un cuerpo de ejército

(1) *Gesta*, p. XX-XXII- compárese el poema latino (p. 313, 315).

(2) El testamento del Conde Gonzalo Salvadores, firmado en el cláustro de Oña, lleva la fecha de 5 de Setiembre de 1083, el del Conde Nuño Alvarez, que asistió tambien á estas expediciones es del 14 de Agosto del mismo año. Véase Moret; *Anuales* t. II, p. 15.

mandado por su primo hermano Ramiro, hijo de García de Navarra y por el gobernador de Castilla la Vieja, Gonzalo Salvadores, á quien daban por su bravura el sobrenombre de cuatro-manos, pero muerto Mudhaffar poco tiempo despues, el gobernador de Rueda, que no quería convertirse en súbdito de un monarca cristiano, se reconcilió secretamente con Motamin, concertando con él atraer á Alfonso á una emboscada, A punto estuvo de conseguir su propósito: habiendo acudido en persona á presencia del Emperador le prometió entregarle á Rueda, suplicándole fuese á ella. Alfonso consintió, pero recelando todavía del moro, quiso que Gonzalo Salvadores y otros generales entrasen antes que él en la ciudad. Aun no habian aquellos franqueado las puertas, cuando los moros los destrozaron, lanzando sobre ellos una nube de piedras (9 de Junio de 1084) (1).

La traicion, se habia realizado, pero á me-

(1) Tres pequeños cronicones fijan la traicion del gobernador de Rueda en el año 1084. El epitafio español de Gonzalo *apud Sandoval, Cinco Reyes*, fol. 68, 69) trae la fecha 9 de Junio de 1074 y fué compuesto mucho tiempo despues de la época de que se trata porque el sepulcro ha sido renovado; mas lo que nos parece cierto es que habia un epitafio sobre el primer sepulcro, que la fecha 9 de Junio es exacta y que el autor del epitafio español no ha reparado en la segunda X (era MCXXII) del antiguo epitafio latino.

días solamente; pues Alfonso escapó de la matanza. Irritado y furioso se había vuelto á su campo, á donde vino Rodrigo á encontrarle, con el objeto de probarle que no habían tenido parte alguna en el complot del gobernador de Rueda y con el de intentar al mismo tiempo grangearse de nuevo su voluntad. Alfonso lo recibió honrosamente y le invitó á seguirle á Castilla. Rodrigo accedió á ello, mas observando en el camino que el Emperador le conservaba aun ojeriza, se apresuró á abandonarle y fué de nuevo á ofrecer sus servicios á Mutamin quien, contento con su vuelta, le mandó ir á hacer una correría por Aragon. Rodrigo cumplió su cometido con rapidez extrema, cinco dias le bastaron para saquear un pais de gran extension, y, con tal presteza llevaba á cabo estas correrías que cuando los habitantes de los paises devastados se apercibian de ello y se disponian á tocar á rebato, ya las gentes del Cid iban de retirada. No contento con este resultado, penetró tambien en el territorio de Mondhir, atacó á Morella y habiendo saqueado todo el pais de los contornos, reconstruyó y fortificó á Alcalá de Chisvert. Sancho de Aragon marchó entónces en socorro de Mondhir, y habiendo establecido su campamento en las orillas del Ebro, intimó á Rodrigo para que

sin demora evacuase el territorio de su aliado. Rodrigo se burló de él y le ofreció una escolta para el caso de que quisiese continuar su viaje.

Sancho y Mondhir, irritados con esta respuesta, vinieron á atacarle, quedando por mucho tiempo indecisa la victoria; pero al fin los aliados se vieron obligados á emprender la fuga. Rodrigo los persiguió: diez y seis de sus nobles y dos mil soldados cayeron en su poder, y cuando volvió á Zaragoza, cargado de un botin inmenso, Mutamin con sus hijos salió á su encuentro, acompañado de una multitud de hombres y mugeres, que hacian estremecer el aire con sus gritos de alegría. (1)

Poco tiempo despues murió Mutamin, en el año de 1085. Su hijo Mostain le sucedió, y Rodrigo pasó á su servicio; pero nada sabemos de las expediciones hechas desde 1085 hasta 1088, en que celebró un convenio con Mostain, cuyo objeto era conquistar á Valencia. Desde entónces comienza la parte más interesante de su vida; mas para que pueda comprenderse mejor el papel que desempeñó en esta época, necesario será que hagamos un rápido bosquejo de la historia de Valencia.

(1) *Gesta.*

III.

Después de la desmembración del califato, un nieto del célebre Almanzor, llamado Abdalaziz, que llevaba el mismo sobrenombre que su abuelo, había reinado durante cuarenta años sobre el reino de Valencia. (1) Su hijo Abdalmelic Mudhaffar le sucedió en Enero de 1061; pero cuatro años más tarde, su primer ministro Abu-beer Ibn-Abdalaziz fué engañado y destronado por su suegro Mamun de Toledo, que le hizo encerrar en la fortaleza de Cuenca.

De este modo el reino de Valencia fué incorporado al de Toledo; pero se separó nuevamente de él, después de la muerte de Mamun, ocurrida en el año 1075. Este príncipe tuvo por sucesor á su nieto Cadir, quien siendo demasiado débil para contener sus

(1) Ibn-el-Abbâr, *Mis Notices* (p. 172-173).

vasallos en la obediencia, fué causa de que Abu-beer Ibn-Abdalaziz, que habia sido nombrado por Mamun para el gobierno de Valencia, en recompensa del apoyo que le habia prestado, se apresurára á declararse independiente y á ponerse bajo la proteccion de Alfonso VI, á quien prometió pagar un tributo anual: mas el patronato del emperador era precario; pues éste no tenía escrúpulos en vender sus clientes y sus estados, si en ello lograba algun interés, de lo que tuvo ocasion de convencerse Ibn-Abdalaziz cuando, en el año 1076, Alfonso vendió Valencia á Moctâdir de Zaragoza en la suma de cien mil monedas de oro, poniéndose en marcha con su ejército para entregarla. Ibn-Abdalaziz, incapaz de defenderse, salió sólo y sin armas al encuentro del monarca, y supo ser tan elocuente, segun cuentan los historiadores arábigos, que decidió á Alfonso á abandonar su proyecto y á romper el tratado celebrado con Moctadir (1); pero todo induce á creer que esta elocuencia consistia en buenas monedas sonantes, á ménos que el príncipe no hubiese logrado convencer al emperador de esta verdad; que vender á

(1) Ibn-Bassâm, man. de Gotha, fól. 10 v.

Valencia equivalía á matar la gallina de los huevos de oro.

Nueve años más tarde, Alfonso vendió de nuevo Valencia á Cadir, á quien, bajo el pretexto de ayudarle contra sus enemigos, habia arrancado poco á poco su oro y sus fortalezas, hasta que este desdichado príncipe, exáusto de recursos, y temiendo un acto terrible de desesperacion, por parte de los suyos, á quienes abrumaba con impuestos, le ofreció por último á Toledo, á condicion de que Alfonso lo volveria á poner en posesion de Valencia. (1) Alfonso aceptó esta proposicion y, el 25 de Mayo de 1085, hizo su entrada en la antigua capital del reino de los visigodos, mientras que Cadir escandalizaba á los musulmanes y se exponia á las rechiflas de los cristianos, espiando en un astrolábio la hora propicia de su partida. (2) Cuando la creyó llegada se puso en camino; pero en vano llamó á las puertas de muchos castillos, pues no logró hallar un asilo hasta Cuenca, donde residian los Beni-Faradj, que le eran ciegameute adictos, Queriendo antes de todo sondear las disposiciones de Ibn-Ab-

(1) Ibn-Bassám; *kitab-al-ictifa*. (*Script. Arab. loci de Abbad*, t. II, p. 48; Ibn-Jaldum, *Crónica General*, fólío 314, col. 2.

(2) Maccari, t. II, p. 748.

dalaziz, envió á Valencia un miembro de la familia de los Beni-Faradj: este mensajero entabló una negociacion, que no llegó á producir resultado alguno: alarmado con razon del tratado que Cadir habia celebrado con Alfonso, Iba-Abdalaziz buscó y encontró un aliado poderoso en Mutamin de Zaragoza, á quien ofreció su hija para su hijo Mostain. Mutamin, esperando que de este modo su hijo llegaría á ser algun dia dueño de Valencia, se apresuró á aceptar la proposicion, y para dar al matrimonio un esplendor extraordinario, convidó á las bodas á todos los personajes de más elevada categoria de la España árabe, á quienes dió durante muchos dias las más espléndidas y brillantes fiestas (1). Poco despues Ibn-Abdalaziz murió, tras un reinado de diez años (2), dejando dos hijos que, enemigos en vida de su padre á su muerte se disputaron el gobierno, pues ambos contaban con partidarios.

(1) *Crónica General; kitab-al-ictifa*; Ibn-Bassám, Ibn-Jacín en su capítulo sobre Ibn-Tahír.

(2) Ibn-Jaldum, f. 27 r.: «Ibn-Abdalaziz murió en 478 (1085) despues de un reinado de diez años y su hijo el cadí Othman reinó en su lugar; *kitab-al-ictifa*, p. 19. La *Crónica General* (f. 314, cól. 3) atribuye once años de reinado á este príncipe, la diferencia, como se vé, es tan mínima que apenas merece señalarse.

(1) Un tercer partido queria dar Valencia al rey de Zaragoza: un cuarto á Cadir.

Informado éste por Ibn-al Faradj, que habia vuelto á su lado, de lo que pasaba en Valencia, creyó el momento favorable para ejecutar su proyecto; reunió sus tropas y suplicando á Alfonso que le cumpliese su promesa, recibió de él un cuerpo de ejército mandado por Alvar Fañez, pariente de Rodrigo (2) y uno de los guerreros más valientes de aquella época.

La aproximacion de los castellanos apaciguó súbitamente las disensiones en Valencia, cuya asamblea de notables, temblando de ver saqueada la ciudad por aquellos terribles soldados, se apresuró á deponer á Osman, hijo mayor de Ibn-Abdalaziz, que se habia apoderado del poder, y á enviar algunos de sus miembros, á quienes se unió el gobernador del castillo Abu-Isa Ibn-Labbun, á Serra de Náquera, donde Cadir habia establecido su campamento, para decirle que la ciudad se estimaria dichosa de tenerle por soberano. El rey de Toledo, acompañado de los castellanos hizo su entrada en Valencia, donde fué saludado por las aclamaciones

(1) *Crónica General*; Ibn-Bassâm: *kiitab-al-ictifa*.

(2) Véase la *Charta Arrharum*.

de la multitud; pero este entusiasmo estaba muy léjos de ser espontáneo, y era impuesto por el espectáculo aterrador de todos aquellos caballeros cubiertos de hierro, cuyas largas espadas brillaban á los rayos del sol.

Los valencianos tenian que proveer á la manuntencion de aquellas tropas, que les costarian seiscientas monedas de oro diarias. Inútil fué decir á Cadir que no habia necesidad de aquel ejército y que le servirian fielmente. Cadir no tuvo la sencillez de creer en sus promesas; sabiendo que lo detestaban y que los antiguos partidos no habian renunciado á sus esperanzas, retuvo á los castellanos, y para poder pagarles gravó la ciudad y su territorio con un impuesto extraordinario, con el pretexto de que habia necesidad de dinero para comprar cebada. Los valencianos murmuraron mucho de este impuesto, que afectaba sin distincion á pobres y ricos, y que dieron en llamar sencillamente «la cebada:» «Dá la cebada,» decian cuando se encontraban en la calle; en la carnicería habia un perro á quien habian enseñado á ladrar cuando se le decia «dá la cebada.» «Gracias á Dios, dijo entónces un poeta, tenemos muchos en la ciudad que se parecen á ese perro. Cuando se les dice «dá la cebada,» ladran como aquél!»

Una desdichada guerra aumentó el des- crédito en que habia caido Cadir. Entre los gobernadores de las fortalezas, uno solo, Ibn-Mahcur, gobernador de Játiva, se habia negado, apesar de la órden formal que habia recibido, á venir en persona á prestar juramento al nuevo rey, contentándose con enviarle un mensajero, con cartas y regalos. Cadir, irritado por su desobediencia, consultó á Ibn-Labbun, que habia nombrado primer ministro, sobre el partido que convenia tomar. Ibn-Labbun le aconsejo que no se indispusiese con Ibn-Mahcur y que despidiese á Alvar Fañez y su ejército; pero Cadir, que desconfiaba de su ministro porque habia sido amigo de su predecesor, prefirió seguir los consejos de los hijos de Ibn-Abdalaziz, y reuniendo un gran ejército, marchó contra Játiva, apoderándose sin trabajo de la parte más baja de la ciudad; pero durante cuatro meses sitió en vano el castillo. Entónces descargó toda su cólera contra los hijos de Ibn-Abdalaziz y como la cebada no producía bastante, condenó á uno de ellos á que alimentára el ejército castellano durante todo un mes.

Ibn-Mahcur, sin embargo, habia hecho decir á Mondhir, príncipe de Lérida, Denia y Tortosa, que si quería socorrerle, le cedería

á Játiva y todos sus demás castillos. Mondhir aceptó la oferta y enviando á Ibn-Mahcur su general al-Aisar (1) con refuerzos, reunió las tropas, tomó á sueldo al catalan Giraud de Alaman, baron de Cervellon, y marchó hacia Játiva. A su aproximacion el rey de Valencia emprendió la huida precipitadamente y Mondhir entró en posesion de aquella ciudad. Ibn-Mahcur fué á habitar en Denia y Mondhir lo trató siempre con muchos miramientos.

Cuando Cadir, cubierto de oprobio, volvió á entrar en Valencia, sus habitantes y los gobernadores de los castillos quisieron sacudir la aútoridad de este miserable déspota y entregarse á Mondhir, cuyas tiendas estaban ya muy cerca de la capital: mas este proyecto fracasó, pues poco despues Mondhir se volvió á Tortosa, bien que se viese obligado á ir á defender sus propios estados, bien que careciese de dinero para pagar al baron de Cervellon, su principal apoyo. Cadir, libre de su enemigo, pudo comenzar de nuévo sus exacciones. Ya habia arrebatado sumas enormes á los hijos de Ibn-Abdalaziz, á un opulento judio, su mayordomo, y á

(1) En el testo el esquierto: es facil reconocer aquí el nombre Alisar.

muchos nobles y como nadie se creia seguro de su vida, ni de su hacienda, los valencianos emigraron en masa. Las tierras habian perdido su valor; nadie queria comprarlas; y á pesar de los actos del mas terrible depotismo, Cadir, acosado por Alvar Fañez para que le pagase los atrasos de sus sueldos, se encontró un dia exáusto de recursos: propuso entónces á los castellanos que se estableciesen en su reino, ofreciéndoles tierras estensísimas. Los cristianos consintieron en ello pero, al par que hacian cultivar sus vastos dominios por siervos, continuaban enriqueciéndose por medio de razzias en el país de alrededor. Su tropa habia engrosado con la hez de la poblacion arábiga; una multitud de esclavos, de perdidos y desertores de presidio, cuya mayor parte habian abjurado el islamismo, estaban alistados bajo sus banderas y bien pronto estos bandos adquirieron una triste celebridad con sus inauditas crueldades.

Ellos degollaban á los hombres, violaban á las mujeres y vendian á menudo á un prisionero musulman por un pan, un jarro de vino ó una libra de pescado: cuando un prisionero no podía ó no queria pagar su rescate, le cortaban la lengua, le sacaban los ojos y le hacian despedazar por los perros.

(1) La llegada del rey de Marruecos, Yusuf Ibn-Techufin, el Almoravid, libertó por último á los valencianos de sus sanguinarios huéspedes. Forzado á presentar batalla á la nube de barbaros africanos, Alfonso llamó á Alvar Fañez (2) y cuando aquél fué derrotado en la célebre batalla de Zallâca, dada el 23 de Octubre de 1086, no pudo mezclarse más en los asuntos de Valencia (3); pero entonces los gobernadores de las fortalezas se apresuraron á rebelarse contra Cadir (4), y por su parte, los príncipes vecinos procuraron destronarle en provecho propio. Mondhir fué el primero en atacarle: habiendo recibido promesas de auxilio de parte de los principados valencianos, reunió tropas en el año 1088 (5), tomó catalanes á sueldo y envió de avanzada á uno de sus tios, que debería pasar por Dénia y á quien habia indicado el dia en que vendria á unirse á él, bajo los muros

(1) *Crónica General*, fól. 315, col. 2,—316, col. 3; *Kitab-al-ictifa*.

(2) *Crónica General*, fól. 319, col. 4: Ibn-abí-Zer, *Cartas*, p. 94, 1, 3. Este autor no dice que Alvar Fañez sitiase á Valencia, como se lee en la traducción de M. Torberg.

(3) *Crónica General*, fól. 321, col. 2, Ibn-Bassâm.

(4) *Crónica General*.

(5) Esta fecha la trae el *Kitab-al-ictifa* y la *Crónica General*, fól. 330, col. 4 año cristiano 1088; y la era (1127) es falsa debe leerse 1126).

de Valencia. El tío de Mondhir llegó á la vista de Valencia antes del día convenido y fué atacado por Cadir; pero lo rechazó y le obligó á meterse de nuevo en la ciudad. Muy poco despues se le unió Mondhir, que en el momento de recibir la noticia de esta victoria se encontraba á una jornada de distancia. Cadir no supo que hacerse; quiso entregarse; pero Ibn-Tahir (1), ex-rey de Murcia, que residia entónces en Valencia, lo disuadió de ello; hizo, pues, pedir socorro á Alfonso y á Mostain de Zaragoza. (2)

Este tenia mucha gana, no de socorrer á Cadir, sino de despojarlo, y un capitan valenciano, Ibn-Cannun, le prometió en este momento arreglar las cosas de manera que se le entregase Valencia, asegurándole además que su hermano, gobernador de Segorbe, le cedería esta fortaleza. Prometiendo, pues, á Cadir que vendria á salvarle, Mostain celebró un convenio secreto con el Cid, por el cual debian ayudarse recíprocamente para conquistar á Valencia (3), á con-

(1) *Abenaher*, lé-se aquí en la *Crónica General* (fól. 320, col. 3), es decir, *Abennaher*, es claro que debe leerse *Abentaher*.

(2) *Crónica General*, fól. 320 (anotada por error 321) col. 2 y 3; *Kitab-al-ictifa*.

(3) *Crónica General: kitab-al-ictifa*.

dicion de que Rodrigo recojeria todo el botin, y que la ciudad sería para Mostain (1). Este último tenia cuatrocientos caballeros á sus órdenes, el Cid tres mil (2). Mondhir, no queriendo esperar su llegada, hizo decir á Cadir que no solo iba á levantar el sitio, sino que deseaba ser su amigo y aliado, á condicion que no entregaria la ciudad á Mostain. El rey de Valencia comprendió muy bien que Mondhir esperaba para apoderarse de su principado una ocasion más propicia; pero aceptó la alianza (3).

Cuando Mondhir volvió á Tortosa (4), y Mostain y el Cid llegaron delante de Valencia, Jadir salió á su encuentro y les dió las gracias por haberlo libertado del sitio. Sin embargo, las esperanzas del rey de Zaragoza no se realizaron, y en vano esperó que se le entregase Segorbe, como Ibn-Cannun le habia prometido. Además fué engañado por su aliado, el Cid, que se habia dejado corromper por los magníficos regalos

(1) *Kitab-al-ictifa*.

(2) *Kitab-al ictifa*. La *Crónica General* dá á entender tambien que el ejército del Cid era mucho más numeroso que el de Mostain. «El rey de Zaragoza, dice, deseaba tan ardientemente ir á Valencia, que no consideraba si su ejército era grande ó pequeño, ni si el del Cid era mayor que el suyo.

(3) *Crónica General*; compárese *kitab-al-ictifa*.

(4) *Crónica General*.

que Cadir le habia hecho, sin que lo supiese Mostain. Cuando este último le recordó sus promesas le respondió que, si queria apoderarse de Valencia, sería preciso declarar tambien la guerra á Alfonso, pues Cadir no era más que un vasallo de este monarca. Sabia demasiado bien que el rey de Zaragoza no seria tan inconsiderado que atrajese sobre sí los ejércitos del poderoso emperador (1).

Frustradas sus intenciones, Mostain se volvió á Zaragoza, dejando en Valencia á uno de sus capitanes con una division de caballeros, bajo el pretexto de que deberian ayudar á Cadir; pero en realidad con el fin de tener él siempre auxiliares en Valencia para el caso de que la ocasion de apoderarse de esta ciudad se presentase de nuevo. Luego, queriendo castigar á Ibn-Labbun, que habia prometido entregarle á Murviedro y no habia cumplido su promesa, ordenó á Rodrigo que fuese á asediar la fortaleza de Jericá, perteneciente al señor de Murviedro y que se encuentra en el camino real de Zaragoza á Valencia, á diez léguas de esta última ciudad y á dos de Segorbe. Jericá estaba desprovista de armas y de víveres por la negligencia del gobernador; pero Ibn-Labbun mandó

(1) *Crónica General*, fól. 321, col. 1.

decir á Mondhir que si queria venire en auxilio de Jericá se reconoceria su vasallo por esta fortaleza. Encantado con esta oferta, Mondhir vino en auxilio de la plaza y obligó á Rodrigo á levantar el sitio.

Temiéndose entónces que Mondhir consiguiese igualmente sus proyectos sobre Valencia, el Cid aconsejó secretamente á Cadir que no entregase á nadie la ciudad; al mismo tiempo hizo decir á Mostain que le ayudaria á ganar á Valencia, prometiendo lo mismo á Mondhir y por último mandó decir á Alfonso VI que se consideraba su vasallo; que la guerra que él sostenia aprovechaba á Castilla, porque debilitaba á los moros y servia para mantener en pié de guerra un ejército cristiano á espensas de los musulmanes; añadiendo que esperaba estar muy pronto en disposicion de poner á Alfonso en posesion de todo el país. Alfonso se dejó engañar por estas protestas falaces y permitió á Rodrigo que retuviese su ejército (1).

Rodrigo, viéndose con las manos libres, se aprovechó de esta circunstancia para hacer incursiones en los alrededores y cuando

(1) *Crón. gen.* fol 321. col. 2. La *Crón. del Cid*, véase cap. 154, ha tenido cuidado de omitir este relato poco lisonjero para Rodrigo.

Se preguntaban porqué obraba de este modo, respondía que para tener que comer (1). Enseguida se fué á Castilla (1089) (2) para tratar sus condiciones con Alfonso: (3) el rey le recibió muy bien, le dió algunos castillos y un diploma donde declaró que todas las tierras y todas las fortalezas que Rodrigo quitase en adelante á los moros, le pertenecerian en propiedad, así como á sus descendientes (4). Luego Rodrigo volvió hacia el país valenciano, acompañado de su ejército, compuesto de siete mil hombres. Su presencia era allí muy necesaria, porque mientras se encontraba aun en Castilla, Mostain, que comprendió que, á tener necesidad de contar con el auxilio del Cid, jamás llegaría á apoderarse de Valencia, celebró una alianza con Berenguer de Barcelona. (5). Este

(1) Dezie él que porqué hobiese que comer. *Crón. gener.*

(2) Esta fecha la traen los *Gesta* p. XXVI.

(3) *Crónica general.*

(4) *Gesta* p. XXV y XXVI.

(5) Aunque los *Gesta* (p. XXVI) hablan del sitio de Valencia por Berenguer, no hacen mención de la alianza entre él y Mostain. La *Crón. gener.* (fol. 321 col. 3 y 4) se ha servido indudablemente aquí de los *Gesta*, pero contiene tambien detalles que no se encuentran en este libro y que ha tomado de su crónica árabe. En efecto; siguiendo á poco á poco á esta ó á los *Gesta* designa el mismo sitio, el Puig, ora bajo el nombre de Juballa, ora bajo el nombre de Cebolla.

último había ya sitiado á la capital de Cádiz, mientras el rey de Zaragoza mandó construir dos campos atrincherados, uno en Liria, ciudad que el rey de Valencia le había dado en feudo cuando vino á socorrerlo y otro en Cebolla; contaba además con edificar un tercero en un castillo cerca de la Albufera para que nadie pudiese entrar ni salir en Valencia; pero cuando el Cid se aproximó á esta ciudad, Berenguer no se atrevió á esperarlo y se dispuso á levantar el sitio. Antes de partir, sus soldados se entregaron á insultos y amenazas contra el Cid, que aunque se informó de ellos, no quiso combatirlos, porque Berenguer era pariente de su soberano Alfonso (1). Berenguer tomó el camino de Requena y volvió á Barcelona (2). Cuando el Cid llegó á Valencia prometió á Cádiz hacer que se sometiesen á su obediencia los castillos rebeldes, protegerle contra

(1) *Gesta* Ignoramos de que modo Berenguer, que no estaba casado, era pariente de Alfonso. M. Bofarull (t. II p 447), piensa que lo era por parte de una de las mugeres de Alfonso, casi todas de origen francés, lo mismo que las condesas de Barcelona.

(2) Léase en los *Gesta* p. XXVII que Berenguer fué al principio á Requena, despues á Zaragoza y por último á Barcelona. En la *Crón. géner.* (fol. 324. col. 4) se lee por el contrario que Berenguer prometió al Cid no pasar por Zaragoza. (Compárese *Crón. del Cid*, c. 154).

todos sus enemigos moros ó cristianos, fijarse en Valencia, traer á esta ciudad todo el botin que hiciese y venderlo allí. Cadir en cambio se comprometió con él á pagarle un canon mensual de diez mil dinares (1). Ibn-Labbun de Murviedro compró también su proteccion (2).

Enseguida el Cid hizo una escursion al territorio de Alpuente, donde reinaba entonces Djanâh-ad-daula Abdallâh, y obligó á los gobernadores de las fortalezas á pagar á Cadir el tributo acostumbrado (3). Pero poco despues recibió un mensaje de Alfonso, que poseia en esta época el castillo de Aledo, no lejos de Lorca, y como las tropas que estaban allí de guarnicion hacian muchas veces razzias en el territorio musulman, el rey de Marruecos, Yusuf el almoravid vino á ponerle sitio en el año 1090, acompañado de muchos príncipes andaluces. Alfonso escribió entónces al Cid ordenándole que vi-

(1) El relato árabe traducido en la *general* dice en dos ocasiones que este tributo era de mil dinares por mes; pero creemos que es un error del copista ó del editor y debe leerse diez mil, pues el *kitab-al-ictifa* dice cien mil dinares por año y la *Crón del Cid*, dos mil por semana. (104.000 por año).

(2) *Crón. gener.* Compárese con los *Gesta*.

(3) Véase á Ibn-Jaldum (*Script. Ar.* loci de Abbad, t. II. p. 212).

niese con él al socorro de los sitiados. El Cid respondió que estaba pronto á hacerlo y suplicó al rey que le informase de la época en que se pondria en marcha: luego partió de Requena y se dirigió á Játiva, donde un mensajero del rey vino á decirle que este estaba en Toledo con un ejército de cerca de diez y ocho mil hombres (1). Alfonso le mandó decir tambien que le esperase en Villena porque contaba pasar por aquel sitio, pero como el Cid no encontró víveres allí, se fué á Ontiñente, (2) teniendo cuidado de dejar tropas en Villena y en Chinchilla para que le hiciesen saber la llegada del rey. Alfonso, sin embargo, siguió un camino distinto del que habia indicado y cuando el Cid hubo sabido que el rey se habia adelantado, lo que le proporcionó un gran disgusto, abandonó á Hellin, donde se encontraba y dejando detrás el grueso de su ejército, llegó con un pequeño número de tropas á Molina (3).

(3) *Gesta*. El autor de este libro se contenta con decir: cum maximo exercitu et cum infuota multitudine militum et peditum; pero Ibn-al-Abbár dá el número que anotamos en el testo.

(2) *Ortimano* en los *Gesta*; compárese la nota de Risco p. 168.

(3) *Gesta*, p. XXVIII.

Alfonso no tuvo necesidad de desenvainar la espada. A su aproximacion Yusuf y los reyes andaluces se retiraron hacia Lorca, (1) pero los enemigos de Rodrigo lo acusaron tambien de traicion para con el rey, suponiendo que habia retardado de propósito su venida, á fin de que los sarracenos destrozasen el ejército castellano. Alfonso dió fé á estas denuncias: retiró al Cid todas las tierras y castillos que le habia donado el año anterior confiscó sus bienes patrimoniales, é hizo poner en prision á su muger y sus hijos. Enterado de estas medidas Rodrigo, envió á uno de sus caballeros para que le justificase con el rey, y ofreció probar su inocencia ó hacerla probar por uno de los suyos en un combate judicial. El rey rechazó la proposicion: pero devolvió á Rodrigo su muger y sus hijos. Este hizo entónces remitir á Alfonso una cuádruple justificacion, cada una en términos diferentes (2). El rey sin embargo no dió su brazo á torcer (3).

(4) *Gesta*, Ibn-al-Abbár.

(1) Estas piezas se encuentran en los *Gest* p. XXX y XXXIII.

(2) *Gesta*.

IV

Malquistado nuevamente con Alfonso, y rotos los compromisos que le ligaban al rey de Zaragoza, Rodrigo era ahora gefe de un ejército que solo á él obedecía y que subsistia solo del botin recogido á sus enemigos, para lo cual su gefe les proporcionaba sobradas ocasiones; habiendo partido de Elche, despues de la fiesta de Navidad de 1090, llegó á la fortaleza de Polo, (á ocho léguas N. E. de Alicante,) donde habia un subterráneo lleno de dinero y piedras preciosas, y deseoso de apoderarse de estas riquezas puso sitio al castilloy en pocos dias obligó á la guarnicion á rendirse. Luego, habiendo saqueado todos los pueblos de la redonda, de modo que de Orihuela á Játiva no quedó muro en pié, marchó contra Tortosa, tomó á Miravet (al N. de aquella ciudad) y se estableció en ella. Mondhir, apremiado por las circunstancias,

prometió mucho dinero á Berenguer, conde de Barcelona, si queria venir en su ayuda y desembarazarle del Cid (1). El conde no se hizo rogar demasiado, porque ardia en deseos de vengarse del Cid, que se habia apoderado de las rentas que él sacaba antes del país valenciano. Reunió, por tanto, un gran ejército, y, estableciendo su campamento en Calamocha, en el distrito de Albarracin, fué con algunos de los suyos cerca de Mostain de Zaragoza, que se encontraba entónces en Daroca y á quien deseaba pedir auxilio. Mostain le dió dinero, le acompañó junto á Alfonso para rogar á éste que le prestase ayuda en la guerra que iban á emprender contra el Cid; pero hicieron inútilmente este viaje; el conde de Barcelona volvió á Calamocha sin obtener un solo soldado; Mostain tampoco le suministró ninguno, y aunque no se habia atrevido á negar al conde el dinero que le pedia, tenia empeño en permanecer en paz con todos los principes y guerreros de su vecindad, pues en el momento mismo en que Berenguer se aprestaba á ir á atacar al Cid, informó secretamente á éste de los preparativos de su enemigo. Rodrigo, acampado en-

(1) Hemos seguido aquí la *Crónica General*, cuyo relato merece indudablemente la preferencia sobre los *Gesta*.

tónces en un valle rodeado de altas montañas y cuya entrada era muy estrecha, le respondió que le daba gracias por su aviso pero que no temia á su adversario y que le aguardaria; por último, la carta en que decia esto estaba llena de injurias contra Berenguer, y para remate el Cid rogaba á Mostain que tuviese la bondad de enseñársela al conde. Mostain obedeciò, y entónces Berenguer, herido en lo más vivo, hizo escribir al Cid que tomaría venganza de sus ultrajes; «Tú has pretendido, le decia, que yo y los míos, somos débiles mujeres; si Dios nos ayuda, ya te enseñaremos hasta qué punto te has engañado!.... Sabemos que las montañas, los cuervos, las cornejas, los gavilanes, las águilas, casi todos los pájaros, en una palabra, son tus dioses y que tienes más confianza en sus augurios que en el socorro del Todopoderoso. (1) Nosotros por el contrario, creemos que no hay más que un solo Dios y que nos vengará de tí, haciéndote caer en nuestras manos. Mañana á los primeros rayos del sol nos verás á tu lado; si abandonas entónces tus montañas para venir á medir tus fuerzas con las nuestras en

(1) En la Cancion, Rodrigo vive tambien *de augurios*, como se decia entónces.

la llanura, te tendremos por Rodrigo el Batallador y el Campeador; pero si no vienes, te tendremos por traidor.... No te abandonaremos hasta que te tengamos en nuestro poder vivo ó muerto. Te trataremos de la manera como pretendes habernos tratado, *albarraz!* Dios vengará sus iglesias violadas y destruidas por tí.»

Habiendo oído la lectura de esta carta, Rodrigo le hizo responder al momento. «Sí, decía á Berenguer; te he llenado de injurias, pero hé aquí mis razones: cuando estabas con Mostain en Calatayud has dicho que por miedo á tí, no me habia atrevido á poner el pié en su territorio. Algunos de los tuyos, como Raimundo de Baran, han afirmado lo mismo al rey Alfonso, en presencia de caballeros castellanos; tú mismo, por último, tú has dicho al rey Alfonso en presencia de Mostain que me hubieras echado del territorio del Hagib-Mondhir, si me hubiese atrevido á esperarte, y además que no querias combatir con un vasallo del rey; hé ahí por qué te he dicho injurias: pues bien, ahora no tienes ya pretexto para no atacarme, por el contrario, tú te has hecho prometer una gruesa suma por el Hagib, y te has comprometido con él á arrojarme del país. Cumple tu palabra y ven á combatirme,

si te atreves, Estoy en una llanura, la más vasta que se encuentra en esta comarca, y cuanto te vea te daré tu *sueldo*, como de ordinario.»

Exasperados y furiosos, Berenguer y sus catalanes juraron vengarse. Aprovechándose de la oscuridad de la noche, ocuparon sin ser apercibidos, las montañas que rodeaban el campo de Rodrigo, y al despuntar el día se precipitaron de improviso sobre él. El ataque fué tan súbito que los soldados del Cid apenas tuvieron tiempo para armarse. Su jefe, que temblaba de indignacion y de rabia, los colocó en batalla sin perder un instante; luego llevándolos al combate, cayó sobre los primeros batallones enemigos y los destrozó; pero en lo más récio de la batalla se hirió gravemente cayendo de su caballo. Sus soldados no combatieron con ménos valor y habiendo conseguido la victoria, saquearon el campamento de los contrarios é hicieron prisionero al conde de Barcelona con cerca de cinco mil de los suyos, entre los cuales se encontraba Giraud de Alaman.

Berenguer se hizo conducir á la tienda del Cid y le pidió gracia; Rodrigo lo trató al principio con dureza, no permitiéndole que se sentase junto á él en su tienda, y ordenó á sus soldados que lo custodiasen fuera

del recinto del campamento; pero le suministró víveres en abundancia, así como á los demás prisioneros. Algun tiempo despues aceptó el rescate que le ofrecieron Berenguer y Giraud de Alaman, consistente en ochenta mil marcos de oro de Valencia. Los demás cautivos recobraron tambien la libertad prometiendo rescatarse; cuando estuvieron de vuelta en su pátria reunieron todo el dinero que pudieron, y no teniendo más, ofrecieron en rehenes á sus hijos y sus padres. Enternecido de esta desgracia, Rodrigo tuvo la generosidad de perdonarles su deuda (1).

Séanos permitido ahora por un momento abandonar los libros históricos y tomar de la cancion de *Gesta* un pasaje que se recomienda por su forma dramática y enérgica sencillez (2). Despues de haqer contado que el conde de Barcelona, á quien dá el nombre de Raimundo, habia sido hecho prisionero, el autor continua en estos términos:

A Mio Çid don Rodrigo grant cozinal adobauan:

El conde don Remont non gelo preçia nada.

Aduzen-le los comerres, delant gelos parauan:

El non lo quiere comer, a todos los sosanaua.

(1) *Gesta*.

(2) Véase 1025 y siguientes.

Non combré vn bocado por quanto ha en toda Espanna:
Antes perderé el cuerpo e dexaré el alma,
Pues que tales mal-calçados me vençieron de batalla.
Myo Çid Ruy Diaz o'dredes lo que dixo:
Comed, conde, deste pan e beued deste vino.
Si lo que digo fizieredes, saldredes de catiuo:
Si-non en todos uuestros dias non veredes christianismo.
Dixo el conde don Remont: comede don Rodrigo, é pens-
[sedes de folgar,
Que yo dexar-me morir que non quiero comer.
Ffasta terçer dia nol pueden acordar.
Ellos partiendo estas gananças grandes,
Nol pueden fazer comer vn muesso de pan.
Dixo Myo Çid: comed, conde, algo, ca si non comedes
[non veredes christianos;
E si uos comieredes don yo sea pagado,
A uos e dos fijos dalgo quitar-uos he los cuerpos, e dar-
[uos e de mano.
Quando esto oyó el conde yas yua alegrando:
Si lo fizieredes, Çid, lo que auedes fablado,
Tanto quanto yo biua, seré dend marauillado.
Pues comed, conde, e quando fueredes iantado,
A uos e a otros dos dar-uos he de mano;
Mas quanto auedes perdido e yo gané en canpo,
Sabet, non uos dare a uos vn dinero malo.
Mas quanto auedes perdido non uos lo daré:
Ca huebos me lo he e pora estos myos vasallos,
Ca conmigo andan lazrados, e non uos lo daré.
Prendiendo de uos e de otros yr-nos hemos pagando.
Abremos esta vida mientras ploguiere al Padre Sancto,
Commo qui yra a de rey e de tierra es echado:
Alegre es el conde e pidió agua a las manos,
E tienen-gelo delant e dieron-gelo priuado.
Con los caualleros que el Çid le auie dados

Comiendo va el conde, Dios, que de buen grado!
Sobrel sedie el que en buen ora násco
Si bien non comedes, conde, don yo sea pagado.
Aqui feremos la morada, no nos partiremos amos.
Aqui dixo el conde: de voluntad e de grado.
Con estos dos caualleros apriessa va iantando:
Pagado es Myo Çid que lo esta aguardando,
Por-que el conde don Remont tan bien boluie las manos.
Si uos ploguiere, Mio Çid, de ir somos guisados,
Mandad-nos dar las bestias, e caualgaremos priuado;
Del dia que fue conde non ianté tan de buen grado,
El sabor que dend e non será olvidado.
Dan-le tres palafrés muy bien ensellados,
E buenas vestiduras de peliçones e de mantos;
El conde don Remont entre los dos es entrado.
Ffata cabo del albergada escurriólos el castelano.
Hya uos ydes, conde, aguisa de muy franco,
En grados uos lo tengo lo que me auedes dexado:
Si uos viniere emiente que quisieredes vengalo,
Si me vinieredes buscar fallar-me podredes:
E si non mandedes buscar o me dexaredes,
De lo uuestro o de lo myo leuaredes algo.
Ffolgedes ya, Myo Çid, sodes en uuestro saluo:
Pagados uos he por todo aqieste anno:
De venir uos buscar sol non será pensado.
Aguijaua el conde, e penssaua de andar:
Tornando ua la cabeça, e catandos atras.
Myedo yua auiendo que Myo Çid se repintrá:
Lo que non ferie el caboso por quanto en el mundo i ha:

La generosidad de que Rodrigo habia dado prueba, conmovió profundamente al conde de Barcelona, que hizo decir algun tiempo

despues al Cid que deseaba ser su amigo y aliado. Rodrigo, que aún le guardaba rencor, rehusó al principio esta oferta, pero habiéndole hecho observar sus capitanes, que el conde á quien habian despojado ya de todo cuanto valia la pena, no era nada como enemigo y podia, por el contrario, ser un aliado útil, cedió al fin á sus consejos y consintió en celebrar un tratado con su antiguo adversario. Berenguer fué, pues, al campamento de Rodrigo, y, firmado el convenio, colocó una parte de su territorio bajo la proteccion de su confederado (1), lo que equivale á decir que se hizo tributario suyo.

El principado de Tortosa siguió su ejemplo; á la nueva de la derrota de su aliado, Mondhir habia muerto de pena, dejando á un hijo de poca edad, cuya tutela habia confiado á los Beni-Betyr (2). Estos comprendieron que tenian necesidad de la proteccion del Cid y la compraron, mediante un tributo anual de cincuenta mil dineros. El Cid, mer-

(1) *Gesta*, p. XLI y XLII.

(2) É toviéronlo en guarda unos hijos que dezien de Betyr, fól. 323, col. 2. Como los historiadores árabes no hablan de estos personajes, ignoramos como deben escribirse sus nombres, pues hay muchos propios que se parecen á Betyr.

ced al terror que inspiraban sus armas, gozaba en esta época de una renta muy considerable, pues además de las sumas que le pagaban Berenguer y los Beni-Betyr, recibia cada año ciento veinte mil dinares (1) del príncipe de Valencia, diez mil del señor de Albarracin (2), otro tanto del señor de Alpuente (3), seis mil del señor de Murviedro, otro tanto del de Segorbe, cuatro mil del de Jericá y tres mil del de Almenara. Liria, que pertenecia al rey de Zaragoza y debia pagar dos mil dinares, no satisfacía aún este tributo (4). Sitiaba el Cid esta ciudad en 1092, cuando recibió cartas de sus amigos y de la reina de Castilla (5), en que le decian que sería fácil volver al favor de Alfonso, si queria tomar parte en una expedicion que este último habia preparado contra los Almora-

(1) Véase más arriba p. 156, nota primera.

(2) La *Crónica General* le llama *Abesay*, debe leerse *Abenhozayl*.

(3) Llamado por error *Abenrazin* en la edicion de la *Crónica General*. Debe cambiarse la *r* en *c* y leerse *Abencazin*; así es como la *Crónica* llama además al señor de Alpuente (fólio 324, col. 4) y sabemos por Ibn-Jaldum (*Script. Arab. loci de Abbad*, t. II, p. 212) que los señores de Alpuente se llamaban los Beni-Câsim. Hoy lleva su nombre una aldea cerca de Castellon de la Plana, llamada todavía de Beni-câsim.

(4) *Crónica General*, fólio 323, col 1 y 2.

(5) Florez (*Reinas católicas*, t. I, p. 169), prueba que la reina Constanza vivia aún en 1092.

vides. Aunque Liria estaba ya á punto de rendirse, Rodrigo creyó, sin embargo, deber seguir el consejo que le daban, y puesto en marcha, se reunió con el emperador en Martos, al O. de Jaen. Alfonso que habia salido á su encuentro, lo trató con mucha cortesía, pero al entrar la noche, cuando hubo establecido su campamento en las montañas, se ofendió al ver que Rodrigo colocaba el suyo más adelante, en la llanura. Rodrigo al hacerlo se habia guiado solo por motivos de delicadeza; queria proteger al emperador contra un ataque y ser el primero en recibir el choque del enemigo; pero el emperador, léjos de verlo así, creyó hallar en este acto una nueva prueba de la arrogancia del Cid. «Ved, dijo á sus cortesanos, la afrenta que nos ha hecho Rodrigo: en el momento de reunirse á nosotros, decia que estaba fatigado por una larga marcha, y ahora nos disputa el paso y levanta sus tiendas delante de las nuestras!» Los cortesanos, como de ordinario, le dieron plenamente la razon (1).

El éxito de la campaña no fué el más apropiado para mejorar el mal humor de Alfonso: trabado el combate entre Jaca y Granada, sus tropas consiguieron grandes victo-

(1) *Geeta*, p. XLII, XLIII,

rias al principio, pero mas tarde sufrieron una completa derrota y el mismo emperador escapó con trabajo de las espadas enemigas.

En la disposicion de ánimo en que se hallaba, Alfonso imputó naturalmente á Rodrigo la grave derrota que habia experimentado y en su cólera no se limitó á maltratarle de palabra, sino que quiso tambien hacerlo prender. El Cid se escapó sin embargo, aprovechándose de la oscuridad de la noche, y volvió á toda prisa hacia el país de Valencia; pero no reunió todos sus soldados, pues muchos de ellos lo abandonaron para servir al emperador (1).

Alfonso no pudiendo apoderarse de la persona de Rodrigo, resolvió castigarle de otra manera: quiso arrebatarle á Valencia: esta ciudad estaba completamente en poder del Cid, le pagaba tributo y, como se habia esparcido el rumor que el rey Cadir, gravemente enfermo á la sazón, habia dejado de existir, consideraba á Rodrigo como á su soberano (2). Atacar y tomar á Valencia era despojar al Cid la más hermosa de sus posesiones; herirle en la cuerda mas sensible de su amor propio; así lo compren-

(1) *Gesta* p. XLIV.

(2) *Crónica general* fól 323. col. 3; *Kitab-al-ictifa*.

dió muy bien Alfonso y celebrando un tratado con los Pisanos y los Genoveses, que le enviaron cuatrocientos barcos, se aprovechó de la ausencia del Cid, ocupado entonces en sostener al rey de Zaragoza contra el de Aragon, para venir á sitiar á Valencia por mar y tierra, haciendo decir á los castellanos de la provincia que tenían que darle cinco veces el tributo que pagaban á Rodrigo. Este, tan irritado como lleno de asombro, hizo al principio protestas respetuosas; pero viendo que el emperador no hacia caso de ellas, recurrió á otro medio. Partiendo de Zaragoza con su ejército, cayó como el rayo sobre el condado de Nájera y Calahorra y llevando á sangre y fuego todo cuanto encontró al paso, tomó por asalto á Alverite, Logroño y Alfaro. Mientras se encontraba aun en esta última fortaleza, mensajeros del Conde García Ordoñez gobernador de esta provincia (1) vinieron á intimarle, en nombre de su dueño, que permaneciese allí solamente siete dias, al cabo de los cuales

(1) García Ordoñez es llamado conde de Nájera en una multitud de cartas que comprenden desde el año 1086 hasta 1106 y que han sido publicadas por Sandoval (*Cinco Reyes* folio 45 col. 4, 79, 3; 81; 1; 89; 3: 94; 2 y 3; 95; 1 y 2) Sota (folio 539 col. 2; 540, 1 y 2), Moret (*anales* t. II p. 30, 84) y Llorente (t. III p. 446, 448, 452, 462, 463, 472; t. IV. p. 5.)

vendría el conde á presentarle batalla: como García, segundo personage del estado por el brillo de su origen (1) por su enlace con la familia real (2) por sus riquezas y eminentes servicios (3) habia sido siempre el implacable enemigo del Cid, este ardía siempre en deseos de castigarlo; por tanto le hizo responder que le esperaría; pero lo esperó en vano. Llegado á Alverite, García que habia mudado de consejo, volvió súbitamente hacia atrás. El Cid permaneció en Alfarro hasta la conclusion del plazo fijado por su enemigo, y, cumplido este, y viendo que no venía, se volvió á Zaragoza, sin esperar la llegada de Alfonso que habia levantado el sitio de Valencia para ir á defender su territorio (4).

La tentativa del emperador tuvo pues mal éxito; en vez de regocijarse con la ape-

(1) Véase mas arriba p. 13 nota 2.

(2) Habia casado con Urraca, hija de García, rey de Navarra y prima hermana de Alfonso (Véase Moret t. II, p. 30 Sandoval, 53, 4; testamento de Estefanía de Sandoval, *catálogo de los obispos de Pamplona* fol. 60).

(3) El emperador le llama á él y á su muger Urraca *gloriæ nostri regni gerentes*, «datores *gloriæ regni nostri*». (Llorente t. III. p. 463, 472).

(4) *Gesta; Kûtab-al-ictifa, Chronicon de Cardeña (España sagrada* t. XXIII p. 372, 373) bajo la falsa fecha era 1111, (año 1073) léase 1130.

tecida toma de Valencia, tuvo que deplorar la devastacion de una de sus propias provincias; devastacion que fué completa, pues el Cid, cuando se ponía á saquear y quemar, no hacía las cosas á medias; Logroño, por ejemplo, fué destruido de cimiento y pasaron tres años sin que el emperador pudiese pensar en reconstruir esta ciudad (1).

(1) Véase la *carta puebla* del año 1095 *apud* Llorente t. III, 470.

V.

Poco tiempo despues que el emperador levantó el sitio de Valencia, ocurrieron en esta ciudad acontecimientos gravísimos. Muy descontentos del yugo que el Cid les habia impuesto, los habitantes convinieron en que era preciso aprovecharse de la ausencia del tirano para reconquistar su independendia y anunciaron públicamente su intención de arrojar á Ibn-Faradj, lugarteniente del Cid. Ibn-Djahláf, que desempeñaba en la ciudad el empleo de cadí, como lo habian desempeñado sus antecesores (1) durante muchos años, estimulaba el descontento. Este hombre aspiraba al poder supremo, pero conociendo que no era bastante fuerte para conseguir su fin sin el socorro ageno, se dirigió secretamente al general almoravid Ibn-Ayi-

(1) *Crónica general* fol. 324. col. 2, Ibn-Abdari t. II p. 251 habla de un Abderraman Ibn-Djahláf, que fué cadí de Valencia, bajo el reinado de Hacím II.

cha, que acababa de apoderarse de Denia y de Murcia, (1) prometiendo entregarle á Valencia, si queria prestarle poderoso auxilio contra los empleados del Cid y los soldados de Cadir. Ibn-Ayicha, dando oidos á sus confiancias, le aconsejó hacer ocupar desde luego á Alcira, cuyo gobernador habia sabido ganarse. El general aprobó el proyecto é hizo que uno de sus capitanes tomase posesion de Alcira.

Este acto causó una profunda consternacion entre los cristianos establecidos en Valencia, y creyendo yá que la ciudad caería pronto en poder de los almoravides, emprendieron la huida; el obispo que Alfonso habia hecho colocar alli y á quien se debia pagar mil doscientas monedas de oro anuales, los empleados del Cid y el embajador de Sancho de Aragon se apresuraron á emprender la huida. Ibn-al-Faradj no sabia que hacer; no abandonaba un momento al rey, que aunque curado de su enfermedad, no se atrevía á mostrarse en público. Pero el caso era dificil y Cadir, el más débil de los hombres, no sabia nunca tomar una resolucion; sin embargo como era preciso hacer algo, el rey é Ibn-Faradj resolvieron enviar desde

(1) *Cartas* p. 101; *Crón. gener.* fol- 323 col. 3 y 4.

luego sus bienes y riquezas á Segorbe y Olocau y abandonar enseguida la ciudad; pero antes de ejecutar este último plan, quisieron esperar aun á que el Cid, á quien tenían al cabo de todo, viniese en su auxilio. Tres semanas hacia que lo esperaban, cuando un dia escucharon de repente redobles de tambores por el lado de la puerta llamada de Tudela; Ibn-al-Faradj preguntó lo que era, respondiéronle que quinientos caballeros almoravides estaban á las puertas: entónces corrió al palacio del rey y guarneció las murallas de soldados.

El rumor habia sido exagerado, no habia quinientos caballeros delante de la puerta de Tudela, solo habia cuarenta (1); mandábalos el capitan Abul-Nair (2) que habia salido de Alcira al principio de la noche.

Sin embargo, como la mayoria de los habitantes estaban mal dispuesta, el peligro no era en modo alguno despreciable. El go-

(1) Ibn-Bassan atestigua tambien que esta tropa era poco numerosa.

(2) Así es como lo llama el autor del *Kitab-al-ictifa*; en la *Crón. gener.* se lee *Aldebaaya*, mas de esta diferencia no se deduce que se contradigan los dos textos; el *Kitab-al-ictifa* no dá mas que el pronombre del capitan y la *Crón. gener.* parece dar su nombre propio, que está algo alterado. Por lo demás hemos seguido el relato de la *Crónica*; el del *Kitab-al-ictifa* difiere un poco.

bierno desconfiaba especialmente de Ibn-Djahlháf, cuyas maniobras no habian quedado completamente secretas; quisieron prenderle, pero los soldados que se enviaron con este objeto, encontrando cerradas las puertas de su casa, le gritaron que saliese. El cadí temblaba de miedo y ya se juzgaba perdido, cuando sus conciudadanos vinieron á libertarle; entónces se puso á su frente, y mientras una parte de los insurrectos arrojaba á los soldados apostados sobre las murallas é introducía á los Almoravides por medio de cuerdas, que les arrojaban por encima de los muros, él en persona corrió hácia el palacio, donde hizo detener á Ibn-Faradj; pero en vano buscaron á Cadir: este desdichado príncipe tuvo tiempo para disfrazarse de muger, y llevando consigo sus más preciosos tesoros, habia salido del palacio con sus concubinas, para ir á ocultarse en una casa de pobre apariencia, situada en un barrio poco frecuentado. El palacio fué saqueado y la revolucion se llevó á término sin gran efusion de sangre, pues no hubo más que dos soldados muertos.

Ibn-Djahlháf adquirió pronto la certeza que Cadir no habia abandonado la ciudad; lo buscó y habiéndolo encontrado, quiso apoderarse en secreto de las joyas que el

rey habia ocultado bajo sus vestidos y que eran de un inmenso valor; pero comprendiendo que, para ejecutar este designio, era lo primero matar al rey, encargó á uno de sus servidores más adictos que lo custodiase y lo asesinase al llegar la noche; sus órdenes fueron fielmente cumplidas: Ibn-Cadir recibió el golpe fatal de Ibn-al-Hadîdî, á cuyos asdientes habia expoliado ó dado muerte en otra ocasion (1). Los asesinos llevaron la cabeza de Cadir á su dueño, que la hizo arrojar en un estanque cerca de su casa, pero no le entregaron más que una parte de las piedras preciosas que ambicionaba, puesto que se creyeron con derecho para guardar el resto para sí. El cuerpo de Cadir permaneció en la casa donde se cometió el asesinato hasta el despuntar la aurora; entónces algunos hombres vinieron á tomarle y habiéndole puesto en una camilla, lo cubrieron con una gualdrapa vieja y lo llevaron fuera de la ciudad; luego abrieron una fosa en un sitio, que

(1) Tomamos estas noticias de Ibn-Bassám. Segun el *Kitab-al-ictifa* (*Script. Arab. loci*, t. II, p. 17) el faquí Abu-Becr Ibn-al-Hariri (*al-ariri*) fué muerto en un tumulto que estalló en Toledo durante la noche, en la época en que Cadir reinaba aún en esta ciudad; quizás deba leerse Ibn-Ahadidi, en cuyo caso este personaje hubiera pertenecido á la misma familia del asesino de Cadir.

ocupaban ordinariamente los camellos y sepultaron el cadáver sin amortajarlo, como si Cadir hubiese sido un hombre de la nada.

(1) (Primera mitad de Noviembre de 1092).

Desde entónces Valencia era una república gobernada por el Djamâa, es decir, por la asamblea de los notables. Córdoba y Sevilla no habian tenido otra forma de gobierno despues de la caída de los Omeyas y se establecia casi siempre en las ciudades de la España árabe cuando el trono éstaba vacante; pero rara vez era de duracion: ordinariamente se encontraba pronto un miembro del poder ejecutivo, que, merced á su habilidad y á su audacia, conseguia echar á sus colegas y apoderarse del poder supremo; esto es lo que el cadí Ibn-Abbâd habia hecho en Sevilla y en Valencia Ibn-Djahnâf, presidente de la república, aspiraba á desempeñar el mismo papel (2), pero desprovisto de talento, no lo consiguió. Era un personaje vulgar, pueril, teatral y vano; no pudiendo ser rey, quiso á lo ménos parecerlo; su hotel siempre estaba lleno de secretarios, poetas y guardias, y cuando recorría la ciu-

(1) *Crónica General.*

(2) Ibn-Jacân, en su capítulo sobre Ibn-Tahir, lo atestigua en términos muy formales.

dad á caballo, rodeado de un soberbio cortejo, su ridículo orgullo se encontraba agradablemente lisonjeado por los gritos de alegría que daban las mujeres, puestas en fila para verlo pasar. Estas aclamaciones y estos homenajes eran para él lo más esencial, y le concedía más importancia que á los asuntos del Estado; sin embargo, y apesar suyo se vió muy pronto obligado á pensar en cosas más serias.

Los servidores del rey asesinado habian emprendido la huida; algunos se dirigieron á Cebolla (el Puig) acompañado de los soldados de Ibn-al-Faradj, otros fueron á buscar al Cid en Zaragoza y le contaron lo ocurrido: Rodrigo partió al momento y marchó enseguida hácia Cebolla; todos los emigrados se le reunieron entónces, le juraron fidelidad y se pusieron enteramente á su disposicion; pero el gobernador de Cebolla, vasallo de Ibn-Cásim, señor de Alpuente, figurándose que tambien para él habia sonado la hora de la redencion, se negó á dejar el paso franco al ejercito del caballero castellano. Este se vió, por lo tanto, obligado á sitiario y mientras lo hacia, envió á Ibn-Djahháf una carta, diciéndole en ella entre otras cosas:

«Habeis hecho una accion villana arro-

jandola cabeza de vuestro rey á un estanque y enterrando su cuerpo en una estercolera. Por lo demás exijo que me deis el trigo que he dejado en mis granjas de Valencia.» Ibn-Djahláf le respondió que el trigo en cuestion habia sido robado. «La ciudad, añadió, está ahora en poder de los almoravides; en cuanto á mí estoy dispuesto á ser vuestro amigo y aliado, con tal que querais obedecer á Yusuf-Ibn-Techufin. Ibn-Djahláf, al escribir esta, carta tan importuna como impertinente, habia dado al Cid la medida de su capacidad y de su talento. El castellano declaró que el cadí era un imbecil, incapaz de mantenerse en su elevada posicion, y en su segundo mensaje le juró que vengaria la muerte del rey de Valencia. Despues de esto mandó decir á todos los gobernadores de los castillos cercanos que proveyesen á su ejército de víveres, sin perder un momento, y amenazó con quitarles todo lo que poseyesen á los que se negáran á dar cumplimiento á sus órdenes. Todos se apresuraron á cumplir su mandato, pero el gobernador de Murviedro, Abu-Ibn-Labbun, hombre de gran penetracion, comprendió que hiciera lo que hiciese, el resultado le sería fatal; que si no obedecia, perderia su señorío en el mismo instante, y que si obedecia lo perderia más

tarde. En su consecuencia mandó decir al Cid que se conformaba con sus órdenes y al mismo tiempo ofreció todos sus castillos al señor de Albarracin, á condicion de que éste proveería á su subsistencia. Ibn-Razin aceptó esta oferta con premura, y veinte y seis dias despues del asesinato de Cadir, tomó posesion de Murviedro: hecho esto fué á encontrar al Cid y despues de prometerle que los gobernadores de sus castillos le venderian viveres y le comprarian el botin, aquél, por su parte, se comprometió á no molestar á estos gobernadores.

En el entretanto, el Cid asediaba aun á Cebolla; pero como la plaza no era lo bastante fuerte para poder sostenerse mucho tiempo, y además la guarnicion le habia prometido entregársela, en cuanto pudiese hacerlo decorosamente, pudo enviar dos veces por dia, mañana y noche, *algaras* al territorio valenciano, ordenando á sus capitanes que no se apoderasen mas que de los rebaños y no molestasen á los habitantes de la Huerta, ni á los otros labradores, á quienes debian por el contrario tratar con dulzura y recomendarles el trabajo. Por lo demás el Cid no carecía de nada; vendia en Murviedro el botin que hacia y los viveres le llegaban en abundancia.

Ibn-Djahláf, por su parte, que habia reorganizado la caballería de Valencia, y recibido refuerzos de Ibn-Ayicha, podia disponer de trescientos caballeros, que alimentaba con el trigo de Rodrigo y pagaba á espensas del tesoro y de los bienes particulares del rey asesinado; mas no hacia caso alguno del capitán almoravid Abu-Nacir, á quien nunca consultaba y el cual, movido á despecho, entró en relaciones con los beni-Tahir. El antiguo gefe de esta poderosa familia Abu-Abderraman, ex-rey de Murcia habia dado ya rienda suelta á su indignacion cuando Ibn-Djahláf hizo asesinar á Cadir (1). Mas tarde, si embargo, habia procurado disimular el odio que sentia hacia Cadir; pero este que sabia muy bien que Ibn-Tahir lo detestaba y lo consideraba además como un rival terrible, habia roto abiertamente con él (2). Abu-Nacir no tuvo pues trabajo en atraerse á los beni-Tahir con quienes se puso á conspirar tan abiertamente, que á Ibn-Djahláf no le cupo duda de que habian jurado su pérdida y estaba ya muy inquieto con esta conspiracion, cuando recibió un mensaje del Cid.

(1) Véase los versos de Ibn-Tahir que hemos traducido mas arriba.

(2) Véase mas arriba.

quien, haciendo ahora tres razias diarias por la mañana, al medio dia y á la tarde, no deseaba otra cosa que alejar á los almoravides y sabedor de que Ibn-Djahhaf se habia malquistado con ellos le mandó á decir que, si se daba traza de desembarazarse de ellos de un modo ó de otro, le prestaría su apoyo y los protegería como habia protegido á Cadir. Esta oferta agradó á Ibn-Djahhaf que consultó á Ibn-al-Faradj, lugarteniente del Cid, á quien habia puesto en prision, y cuando este le hubo asegurado que podia contar con la lealtad de Rodrigo, mandó decir al castellano que aceptaba sus proposiciones. Disminuyendo al mismo tiempo el sueldo de sus caballeros almoravides, bajo el pretesto de que necesitaba dinero, esperó obligarlos á que abandonasen á Valencia, en cuyo caso podria colocarse bajo la proteccion del Cid; pero, ligero é inconstante, cambió de parecer en cuanto recibió cartas muy apremiantes de Ibn-Ayicha, que le aconsejaba enviar al sultan Yusuf Ibn-Techofin algunos de los tesoros de Cadir, añadiéndole que si lo hacia podria estar seguro de ser socorrido por un numeroso ejército africano. El cadí, echando sus cuentas pensó que despues de todo valia mas hacer causa comun con los musulmanes que con los cristianos, por lo que propuso á la

asamblea de los notables enviar dinero al monarca almoravid, y, aprobado su designio por mayoría, encargó á cinco personas, entre las cuales se encontraba Ibn-al-Faradj, de llevar á Yusufsu mas considerabilisimas. Evidentemente el astuto Ibn-al-Faradj habia conseguido captarse la simpatía de Ibn-Djahháf, mas este ultimo notó muy pronto que habia obrado con mucho aturdimiento al concederle su confianza; pues cuando los embajadores hubieron abandonado la ciudad, lo mas secretamente posible, para no caer en las manos del Cid, este, advertido por Ibn-al-Faradj, les hizo seguir la pista por caballeros, que le dieron alcance y le quitaron todo el dinero, que debian ofrecer á Yusuf.

En Julio de 1093, cuando Cebolla se entregó, el Cid marchó contra Valencia con todo su ejército, á fin de estrechar á esta ciudad cada vez mas. Hacía quemar las aldeas de los alrededores, los molinos, las barcas que se hallaban en el Guadalaviar y particularmente todo lo que pertenecia á Ibn-Djahháf y á su familia, cuando un visir del rey de Zaragoza, acompañado de sesenta caballeros, llegó á su campamento, manifestándole que estaba encargado por Mostain, cuyo único propósito, era hacer una buena

obra, de rescatar los prisioneros musulmanes; pero esto era un falso pretesto y nada mas, y otro era el verdadero objeto de su mision; creyendo amenazados sus estados por la vecindad de los almoravides, Mostain habia visto con placer marchar al Cid contra ellos y le habia suministrado dinero y tropas (1); mas por otra parte no queria abandonar á Valencia, que deseaba para si, y habia ordenado á su visir entablar negociaciones secretas con los valencianos. El visir debia comprometerlos á alejar á los almoravides y á reconocer la soberania de Mostain, que en este caso le prestaria apoyo contra Rodrigo y contra todos aquellos que intentasen atacarles; con arreglo á estas órdenes, el visir comunicó bajo cuerda al cadi las proposiciones de su dueño; pero fueron rechazadas y el desgraciado diplomático no pareció haber venido al campamento sino para ser testigo de los triunfos del Cid.

Estos fueron rápidos: el segundo dia despues de la llegada del visir, el Cid se apoderó del barrio de Villanueva; poco despues atacó el barrio de Alcudia. Durante el com-

(1) Ibn-Bassám mas arriba. *C. F. Gesta*: nisi vero tam cito venisse (Rodericus) illæ barbaræ gentes Hispaniam totam usque ad Cesaraugustam et Leridam iam præocupassent atque omnino obtinuissent.

bate, su caballo dió un traspies y lo sacó de la silla, pero vuelto á colocar inmediatamente sobre ella, cayó sobre los moros hiriendo y matando muchos de ellos. Habia apostado una parte de su ejército á la puerta de Alcántara (la puerta del puente) (1), para copar á los moros por aquel lado é impedirle venir en socorro del barrio. Estas tropas consiguieron escalar el muro, y ya creian estar á punto de entrar en la ciudad, cuando los musulmanes asistidos de un gran número de mugeres, los detuvieron lanzando sobre ellos una lluvia de piedra. Cuando los soldados mahometanos que defendian á Alcudia, recibieron aviso de que la ciudad estaba en peligro por la parte del puente, acudieron allí, y trabaron un combate que se prolongó hasta el mediodia, hora en que el Cid se retiró á su campamento, mas por la tarde renovó el ataque con nueva furia y tan impetuosamente que los moros pidieron á grandes gritos el amán (2). El Cid se lo concedió y entónces los habitantes de mejor posicion

(1) El autor del *Kítáb-al-ictifa* habla, no recordanmos donde, de la torre del puente. En Valencia no habia mas que cuatro puertas grandes. (*bab*). Las pequeñas, tales como la de Alcántara llevaban el nombre de *bordj*

(2) Comenzaron á llamar paz, paz; puesto que se ha dicho del Cid, *seguroles*, traduccion literal de *amanhán*.

vinieron á celebrar la paz con él. Durante la noche hizo su entrada en el barrio y apostó allí sus soldados, prohibiéndoles bajo pena de muerte, el causar daño á sus habitantes. Al día siguiente prometió solemnemente á los moros reunidos respetar sus propiedades y no tomar de ellos mas que el diezmo luego encargó á su almorjefe, (1), el moro Ibn-Abdus, cobrar las contribuciones á que tenia derecho. Los habitantes de Alcudia le trajeron entonces muchos viveres, de modo que su ejército quedó bien provisionado (2).

Dueño de Villanueva y de al-Cudia, el Cid estrechó mas á Valencia: los valencianos no sabian que hacer y ya se arrepentian de no haber aceptado las ofertas de Mostain. No quedándole en aquellas circunstancias otro recurso que hacer con el Cid la paz á cualquier precio, resolvieron ejecutarlo asi y le preguntaron sus condiciones. El Cid les respondió que ellos mismos las fijarian y que con tal que se alejasen los almoravides las cosas serian fáciles de arreglar. Comu-

(1) Esta palabra significa subinspector, intendente; en árabe *almuschrifé*, cf. *Quatremere Hist. des Sultans mamlouks* t. I part. I p. 10 y Weiges en las *Orientalia* t. I p. 417.

(2) *Crón. gener.* Los *Gesta* hablan tambien de la toma de alCudia.

nicada esta respuesta á los almoravides, estos, fatigados de su larga permanencia en una ciudad, donde, mucha personas les miraban ya con malos ojos, declararon no solo que estaban prestos á marcharse, sino que considerarían el dia de su marcha como el mas hermoso de su vida. Convínose, pues, en las condiciones siguientes: Los almoravides saldrian de la ciudad con sus haciendas y vidas, sanos y salvos; Ibn-Djahhaf devolvería al Cid el valor del trigo, de que se habia apoderado, le daría además el tributo mensual de diez mil dinares (1) y pagaría lo atrasado y por último se permitiría al Cid tener su ejército en Cebolla (2).

Ajustada la paz en estas condiciones, el Cid se volvió á Cebolla, de la que habia hecho en poco tiempo una ciudad considerable, y no dejó en al-Cudia mas que á su almojarife moro; pues facil es comprender que el tratado se refería á Valencia, y no á los arrabales que el Cid habia conquistado y que eran propiedad suya.

1 Véase mas arriba p. 156

(2) *Crónica General* fól. 326 confirmado por el breve relato de los *Gesta*.

VI.

Ibn-Djahlháf más que nadie habia contribuido á la conclusion de la paz, y despues de los pasos decisivos que habia dado no le era pòsible ya reunirse á los almoravides; vióse, por tanto, muy contrariado cuando supo que éstos tenian la intencion de ir á Valencia y que solo esperaban para ponerse en marcha la llegada del rey. El Cid le mandó decir entónces que le aconsejaba por su propio interés que no lo recibiera en la ciudad, pero Ibn-Djahlháf no tenia necesidad de consejos; comprendia perfectamente que si los almoravides llegaban, estaba perdido; tomó, pues, sus medidas y celebró una alianza con los capitanes almoravides que mandaban en Játiva y Cullera, los cuales, con la esperanza de hacerse independientes, no vacilaron en hacer traicion á su rey. Enseguida los aliados atacaron á Ibn-Maimum, capitan almo-

ravid que mandaba en Alcira, y que, intimado á seguir el ejemplo que le habian dado sus compañeros de armas, rehusó hacerlo. El gobernador, á quien el Cid habia confiado Cebolla, los secundó activamente; sitió á Ibn-Maimum en Alcira é hizo segar y trasladar á Cebolla las mieses que aún no habian sido recogidas en los graneros. En el entretanto, un nuevo pretendiente, Ibn-Razin, aspiraba á conquistar á Valencia. Este principe habia comprado el apoyo de Sancho de Aragon, prometiéndole mucho dinero y como no lo tenia, le habia dado en fianza la fortaleza de Torralba (1). Habiendo descubierto el Cid este complot, no habló de él á nadie; esperó á que sus soldados hubiesen trasportado á Cebolla todos los granos de Alcira, y hecho esto, les ordenó que se pusieran en marcha sin decirles á donde iban. Los albarracinenses nada sabian de las intenciones del Cid, cuando éste, durante la noche, hizo una súbita irrupcion en su país. El éxito coronó su empresa, cogió un gran número de prisioneros, mató doce caballeros con su propia lanza y alcanzó un gran

(1) La *Crónica general* dice *Toalba*, pero el señor Malo de Molina piensa que debe leerse *Torralba* y que se trata de la Torralba de los Sisones, cerca de Daroca.

botin, consistente en vacas, ovejas y caballos, recibiendo él mismo una herida grave en la garganta; pero por lo demás, no perdió más que dos de sus caballeros. Ibn-Razin desde entónces no pensó más en apoderarse de Valencia ni del castillo de Torralba, que Sancho no se cuidó de restituírle (1).

Pero un enemigo más peligroso aún se aproximaba. En Octubre de 1093, súpose que en Valencia se hallaba enfermo el rey Yusuf, que habia confiado á su yerno el mando de su ejército (1), el cual habia ya llegado á Lorca. Los enemigos de Ibn-Djahlhâf decian que se alegraban de esta noticia y que muy pronto se vengarian del cadí. Este tuvo miedo é hizo decir al Cid, que continuaba molestado á los albarraçinenses, que se apresuráse á volver. Rodrigo volvió á Cebolla, donde tuvo una conferencia con Ibn-Djahlhâf, con el gobernador de Játiva y con el de Cu-

(1) El autor de los *Gesta*, p. 49 habla tambien de esta incursión pero sin indicar su verdadero motivo. (Albarraçin qui ei venditus fuerat in suo tributo).

(1) La *General* no trae el nombre de este yerno de Yusuf, pero Ibn-al-Jatib (man. G. fól. 98, V.—100, R.) ha consagrado un artículo á Abu-Becr Ibn-Ibrahîm, *el cuñado de Ali-Ibn-Yusuf Ibn-Techufin, el marido de su hermana*. Es probablemente de él de quien aquí se trata. Este personaje notenia nombre propio; en cambio tenia dos sobrenombres, Abu-Becr y Abu-Yahyá.

llera. Los cuatro pretendieron renovar su confederacion é hicieron escribir una carta al general almoravid, informándole que el Cid habia celebrado una alianza con Sancho de Aragon, de suerte que si el general se atrevia á venir á Valencia, tendria que combatir á ocho mil caballeros cristianos, cubiertos de hierro de piés á cabeza y los mejores guerreros del mundo

El Cid hizo entonces á Ibn-Djahláf una demanda singular; por una parte queria mostrar á los almoravides que los valencianos preferian su amistad á la de ellos, y por otra queria experimentar á estos últimos y convencerse de hasta que punto estaban dispuestos á someterse no solo á su voluntad, sino á sus menores caprichos. Pidió pues á Ibn-Djahláf que le cediese por algunos dias el soberbio jardin de Ibn-Abdalaziz, que se encontraba cerca de Valencia y pasaba entonces por uno de los primeros jardines del mundo (1). Ibn-Djahláf consintió en ello y con el objeto de recibir dignamente á su huesped, quiso decorar la entrada del jardin, cubrir el suelo de preciosos tapices, estender telas alrededor del palacio y preparar una

(1) Véase á Ibn Hacím en mis *script. arab. loci t.* I p. nota

suntuosa comida. En el dia fijado esperó al Cid hasta la tarde, pero no vino, y ya habia anochecido, cuando mandó á decir que una indisposicion (en la que por lo demás nadie creia) le habia impedido cumplir su palabra. Semejante conducta pareció á los ojos de los valencianos, ya indignados porque su cadí hubiese querido ceder al castellano el jardin de sus antiguos reyes, demasiado caballerosa. Los beni-Tahir y las clases bajas estaban furiosos; en el primer momento hubieran querido insurreccionarse contra el cobarde Djahháf, que sufría pacientemente los mas graves insultos; mas bien pronto se impuso el temor que tenian al Cid. Los nobles que temblaban por sus tierras y sus villas, consiguieron aquietar al pueblo y nadie se movió.

El Cid, viendo que los valencianos estaban á su favor, se presentó de pronto en el jardin de Ibn-Abdalaziz y se apoderó del barrio próximo. Como tenia muchos moros entre sus tropas, los habitantes de este barrio no se quejaron mucho de la presencia de sus huéspedes; pero los valencianos vieron, no sin razon, una nueva ofensa en este acto arbitrario y supieron con alegría que el gran ejército almoravid, tan impacientemente aguardado, iba por fin á llegar, pues se habia

puesto en marcha hácia Múrcia (1). Ibn-Djahháf, por el contrario, quedó consternado con esta noticia; queriendo justificar su conducta á los ojos de sus conciudadanos, les dijo al principio que el Cid no habia pedido el jardin de Ibn-Abdalaziz mas que para descansar allí algunos dias y que saldría en cuanto se lo exigieran. Luego, viendo que sus explicaciones no agradaban, les anunció que bien pronto tendrian que consultar entre sí para elegir otro presidente, puesto que él estaba dispuesto á retirarse de la vida pública y á no mezclarse en nada. Inútil es decir que Ibn-Djahháf no tenia en modo alguno intencion de retirarse y que solo procuraba apaciguar al pueblo de un modo ó de otro; pero no lo consiguió. Los valencianos que penetraban muy bien su pensamiento, fueron á buscar á Ibn-Tahîr y lo proclamaron presidente de la república, poniéndose en abierta rebelion contra el Cid y cerrando las puertas de la ciudad.

(1) El texto añade aquí: «E que non tardaran tanto fueras por la enfermedad que oviera aquel que era cabdillo de ellos; é que ya era sano; de donde resultaría que el yerno de Yusuf tambien habia estado malo; pero creemos que esto sea una falta del traductor español ó una pequeña adición á su hechura. No habia más que Yusuf que estuviese malo, como lo ha dicho antes el autor y lo repite despues. (Fólio 328, col. 4).

Sin embargo, el ejército almoravid avanzaba siempre, y cuando hubo llegado á Játiva, el Cid abandonó el jardín de Ibn-Abdaziz para reunirse á sus tropas. Por algun tiempo anduvo incierto sobre si esperaria á sus enemigos ó saldria á su encuentro, pero decidido por último á permanecer donde estaba, mandó destruir los puentes del Guadalaviar é inundar todas las llanuras, de modo que los almoravides no podian atacarle sino por un desfiladero muy estrecho.

Grande era la alegría que reinaba en Valencia: los almoravides habian pasado ya por Alcira y una noche muy oscura y que llovía á cántaros, los valencianos pudieron distinguir desde lo alto de las torres los fuegos del ejército auxiliar, que acampaba entonces en Alcacer (1). Esperaban, por tanto, una batalla para el dia siguiente y habiendo dirigido al Eterno fervorosas súplicas, resolvieron ir á intentar un golpe de mano al campamento del Cid, en cuanto se trabase el combate.

Los acontecimientos defraudaron sus esperanzas; al dia siguiente por la mañana,

(1) *Bacer* en la *Crónica General*; pero como no se encuentra sitio que tenga este nombre junto á Valencia, el señor Ito de Molina piensa que se trata de Alcácer entre Valencia y Alcira.

cuando volvieron á las torres para observar los movimientos del ejército, entraron en una incertidumbre cruel de la que no salieron hasta las nueve, hora en que un mensajero vino á decirles que los almoravides no vendrían, pues habian vuelto camino atrás. «Entónces, dice el autor árabe á quien seguimos, los habitantes de Valencia se tuvieron por muertos: estaban como beodos y no comprendian lo que les decian; sus figuras se pusieron negras, como si estuviesen cubiertas de pez; perdieron enteramente la memoria, como si hubiesen caido en las ondas del mar.

La alegría reapareció de nuevo en el campamento de los cristianos; aproximándose á la ciudad insultaban á los de adentro, instándole á que se entregasen, puesto que ya no tenian socorro que esperar. Enseguida, atemperándose á las órdenes de su gefe, que habia vuelto al jardin de Ibn-Abdalaziz, se pusieron á incendiar y á saquear los barrios, hecho lo cual, cercaron la plaza por todas partes.

Los valencianos, sin embargo, no desesperaban aún de ser socorridos: Ibn-Ayicha habia escrito á los Beni-Tahír que los almoravides no se habian retirado por cobardía, sino por carecer de víveres y porque las

grandes lluvias habian puesto los caminos impracticables; añadiendo que una nueva expedicion se preparaba, y conjurando á sus amigos valencianos á no rendirse. Esta carta, que concordaba con otras recibidas de sus compatriotas, domiciliados en Dénia, bastó durante algun tiempo para sostener el valor de los sitiados y alimentar sus esperanzas; pero éstas eran falsas, y por último se supo que el ejército almoravid se habia vuelto á África. Los gobernadores de los castillos cercanos vinieron entónces á implorar la alianza y la proteccion del Cid, que no tuvo cuidado en rechazarlos y en ordenarles que le enviasen ballesteros y peones. El guerrero castellano no carecia de nada; hacia cultivar los campos de alrededor, y de todas partes acudian al mercado que habia establecido en al-Cudia. En Valencia, por el contrario, la escasez comenzaba á dejarse sentir y como habian perdido toda esperanza de auxilio, una desanimacion sombría se habia apoderado de los ánimos, como lo acredita esta elegía, que por aquella época compuso un poeta de la ciudad:

«Valencia!... Valencia!... [dice] uenieron sobre tí
»muchos quebrantos et estás en hora de morir; pues si
»uentura fuere que tú escapes, esto será grand marauie-
»lla á quien quier que te uiere.

»Et si Dios fizo merçed á algun logar, tenga por bien
»de lo façer á ti; ca fueste nonbrada alegria et solaz en
»que todos los moros folgauan, et auien sabor et
»plazer.

•Et si Dios quisier que de todo en todo te ayas de
»perder desta vez, será por los tus grandes peccados
»et por los tus grandes atreuimientos que ouiste con tu
»soberuia.

»Las primeras quatro piedras cabdales sobre que
»tú fueste formada, quiérense ayuntar por fazer grand
»duelo por ti et non pueden

•Et tu noble nuro que sobre estas quatro piedras
»fué leuantado, ya se estremeçe todo et quiere caer, ca
»perdido ha la fuerça que auie.

»Las tus muy altas torres et muy fermosas que de
»lueñe paresçien et conortauan los coraçones del pue-
»blo, poco á poco se uan cayendo.

•Las tus blancas almenas que de lueñe muy bien re-
»lunbrauan, perdido han la su beldat, con que bien pa-
»resçien al rayo del sol.

»Et tu muy noble rio cabdal Guadaluiar con todas
»las otras aguas de que te tú muy bien seruies, sallido
»es de madre et ua onde nou deue.

»Las tus açequias muy claras et á las gentes mucho
»aprovechosas, retornaron toruias, et con la mengua de
»las limpiar uan llenas de muy grand çieno.

»Las tus muy nobles et uiçiosas üertas que enderre-
»dor de tí son, el lobo rauioso lles cauó las rayzes et
»non pueden dar fructo.

•Los tus muy nobles prados, en que muy fermosas
»flores et muchas auie, eon que tomaua el tu pueblo
»muy grant alegria, todos son ya secos.

»El muy noble puerto de mar, de que tú tomauas
»muy grand' onrra, ya es menguado de las noblezas que

»por él te solien uenir á menudo.

»El tu grand término, de que tú te llamauas semora,
»los fuegos lo áu quemado et á ti llegan los grandes fu-
»mos.

»A la tu gran enfermedad nol' puedo fallar melesina
»et los fisigos son ya desesperados de te nunca poder
»sanar.

»Valençial... Valençial... Todas estas cosas que te
»hé dichas de tí, con grand quebranto que yo tengo en
»el mi coraçon, las dixé et las razoné. «

Estos versos eran la fiel expresion de la opinion pública: todos los ánimos estaban abatidos; cansados de guerrear, preveian que la ruina de la ciudad sería la consecuencia inevitable de la guerra. Ibn-Tahîr, presidente de la república, habia perdido casi toda su popularidad; Ibn-Djahlâf, por el contrario, que se regocijaba interiormente de los desastres que abrumaban á los valencianos, porque veia en ellos el medio de volver á entrar en el poder y volcar á un rival que delestaba, iba volviendo á ganar poco á poco la confianza y la estimacion del pueblo: no pasaba dia que no dijese á todo el que queria escucharle que los Beni-Tahîr eran hombres sin talento, sin capacidad, sin experiencia y los verdaderos autores de todas las calamidades del pueblo. Esta manera de ver iba alcanzando de dia en dia mayor número de adeptos entre todas las clases de la sociedad, y al fin llegó á ser

tan general, que las mismas gentes, que llenas de legítima indignacion habian despreciado y depuesto á Ibn-Djahlhâf, acudieron á él para implorar su perdon y suplicarle que salvase la ciudad. Ibn-Djahlhâf les respondió desde luego que nada tenia que hacer con ellos; que habia entrado en la vida privada; que si ellos sufrían, él sufría igualmente; que los temores de ellos eran los suyos y que no podia dar consejos á hombres divididos por espíritu de partido. Luego, tomando poco á poco un tono cada vez más dulce, añadió que si querían olvidar sus discordias y deponer sus ódios, si querían separarse de los Beni-Tahîr y hacer de modo que éstos no los extraviasen con sus malos consejos, entónces él se los daría buenos, porque á ellos les constaba como habian vivido cuando él dirigia los negocios públicos y que con la ayuda de Dios, esperaba arreglar las cosas de modo que no tuviesen guerra con el Cid, ni con nadie. Entónces exclamaron todos con voz unánime, que su único deseo era obedecerle, porque, decían: mientras vos nos habeis guiado todo ha marchado bien.

Ibn-Djahlhâf fué, pues, proclamado de nuevo presidente de la república en Febrero ó Marzo de 1094, pero los partidarios de los Beni-Tahîr eran numerosos é influyentes y

se esperaba de ellos una resistencia tenaz. Ibn-Djahlháf tomó las medidas necesarias para reducirlos á la impotencia, é hizo firmar á los habitantes un acta, por la cual se comprometian á pagar al Cid el tributo acostumbrado, á condicion de que éste los dejaria en paz; al mismo tiempo rogó al Cid que se llegase á las murallas y dijese á los valencianos que no escucharía proposicion alguna hasta que los Beni-Tahír hubiesen abandonado la ciudad.

El Cid lo hizo así; pero los valencianos no se atrevieron á arrojar á ciudadanos de tanta consideracion. Entónces Ibn-Djahlháf, despues de conferenciar con sus partidarios más adictos y con Rodrigo, resolvió dar un golpe de mano, y encargó á Tecoronni, uno de sus oficiales, que fuese á prender á los Beni-Tahir, á cuyo efecto puso á sus órdenes un gran número de caballeros y peones. A la aproximacion de estas tropas, los Beni-Tahir abandonaron su hotel, que no tenia condiciones de seguridad, para refugiarse en el de un faquí, rodeado de altas murallas, donde podian proveer á su defensa hasta tanto que se diese el aviso en la ciudad y viniesen sus partidarios á defenderlos. Tecoronni, no queriendo perder el tiempo en escalar la muralla, mandó quemar las puer-

tas; sin embargo la gente del pueblo bajo comenzaba á agruparse: de meros espectadores se convirtieron bien pronto en actores y subiendo al techo del hotel, arrojaron una multitud de piedras sobre los Beni-Tahîr que estaban en el pátio, obligándolos de este modo á retirarse bajo los pórticos. Luego derribaron las puertas y mientras el pueblo saqueaba el hotel, los soldados detuvieron á los Beni-Tahîr, á quienes Ibn-Djaghâf mandó poner en prision, hasta que, llegada la noche, los entregó al Cid. Al dia siguiente por la mañana la indignacion fué grande en Valencia; pero Ibn-Djaghâf que habia logrado su propósito, no hizo caso de ella.

VII.

Puestas las cosas en vias de arreglo, Ibn-Djahlhâf salió de la ciudad para celebrar una entrevista con el Cid. El obispo de Albarra-cin y muchos caballeros, creyendo que les traeria regalos, que no llevaba, salieron á su encuentro y le escoltaron con mucha cor-tesia hasta Villanueva, donde se hallaba Ro-drigo; éste le colmó tambien de atenciones y agasajos y aparentando tenerle el estribo, le abrazó, diciéndole que se quitase el *tailesan*, (1) distintivo de los cadis, y se vistiese el traje real que le correspondia como verdade-ro soberano de Valencia. Luego, esperando Rodrigo que su huesped le ofreciese algunas

(1) En el texto español hay *capirote*, palabra que designa una especie de gorro que cae sobre las espaldas y á veces llega hasta la cintura y aun mas abajo (véase el diccionario de la Academia española) y responde á las palabras árabes *tala* y *ta-leisan*, acerca de las cuales puede verse mi diccionario de *los vestidos entre los árabes* p. 254, 262, 278, 280.

joyas de Cadir, trató con él de varios asuntos mas viendo que sus deseos no se lograban, dejando su afabilidad, cambió de tono, prometiendo á Ibn-Djahlhâf su amistad y proteccion pero bajo condiciones. De condicion en condicion lo fué llevando á que le cediese todas las contribuciones de la ciudad y del campo, que el Cid haria cobrar por su propio almojarife, reduciendo de este modo á Ibn-Djahlhâf á la nada; á menos que un simple cobrador de impuestos como lo habia sido Cadir. Aunque á su pesar, consintió el cadí en estas pretensiones humillantes; pero el Cid entónces le hizo otra nueva y quiso que le entregase su hijo en rehenes. Ibn-Djahlhâf palideció al oír estas palabras; pero procurando dominar su emocion, respondió que le entregaría su hijo. «Pues bien. le dijo entónces el Cid, volved mañana para firmar un tratado en que se expresen estas condiciones». Dicho esto, despidió á su huesped: el desdichado cadí volvió á Valencia con el corazon traspasado de dolor. «Ahora veia, dice el autor árabe á quien seguimos, la imprudencia que habia cometido al arrojar á los almoravides de la ciudad y al fiarse en hombres de religion diferente.»

A dia siguiente, el Cid que no veia venir al cadí, le mandó á decir que le esperaba,

pero no conocía á Ibn-Djäháf, quien apesar de sus muchos defectos, tenia sin embargo entrañas de padre. Por satisfacer su orgullo, por gozar, aunque fuese solo de la sombra del poder, hubiérase sometido á las mayores humillaciones; pero su vanidad no llegaba hasta el punto de sacrificar á su hijo, y entregarlo á Rodrigo, á su juicio, era sacrificarlo: por tanto, contestó á este último que prefería perder la cabeza á cederle á su hijo: entónces el Cid le escribió una carta, diciéndole, que puesto que faltaba á su promesa, nunca mas sería su amigo y jamás por nada le daría crédito. Esta desavenencia se hizo más grande cada dia: el Cid mandó á Tecoronni que abandonase la ciudad y se fuese á la fortaleza de Alcalá; Tecoronni, no se atrevió á desobedecer esta orden y partió; al mismo tiempo el Cid llenó de honores á los Benitahir, sus prisioneros, los hizo abastecer de cuanto necesitaban y les prometió su apoyo.

Como era imposible un arreglo, pues ni Rodrigo ni Ibn-Djäháf querian ceder, comenzó de nuevo la guerra, que fué para los valencianos una terrible desgracia. Los soldados del Cid se aproximaban cada dia mas á la ciudad; y al fin se acercaron tanto, que llegaron á apedrearse con las manos, y las flechas tiradas de un lado del recinto de la

muralla, caian al lado opuesto. En la población, el precio de las casas y de los muebles descendía de día en día, pues todo el mundo quería vender y nadie comprar. El de los viveres por el contrario aumentaba con una rapidez asombrosa, el *cahiz* de trigo, que en el mes de Octubre costaba solo doce dinares, y eso que estaba ya á muy alto precio, subió sucesivamente á diez y ocho, cuarenta y hasta ochenta dinares. En cuanto á la carne, no la habia: se habian estado alimentando durante algun tiempo con la de bestias de carga; pero agotados estos recursos, comian ahora animales inmundos y aun estos eran necesario pagarlos muy caros; una rata costaba una moneda de oro (1): el alimento se habia hecho tan raro que se buscaba el orujo de uva en los albañales y en las cloacas. De ordinario, una multitud de hombres, mugeres y niños espiaban el momento de abrirse una puerta y entónces se precipitaban en el campamento de los cristianos. Estos los dividian en tres categorias: la primera comprendía los que estaban completamente estenuados, los cuales eran muertos en el acto: la segunda se componia de los que aun no lo estaban del todo y estos eran vendidos á

(1) *Kitab-al-ictifa*.

los moros de al-Cudia por un pan ó un jarro de vino; por último, había gente que pertenecía á la clase acomodada, y que en su consecuencia disfrutaban de muy buena salud, y á esta la compraban los mercaderes de esclavos, que habían acudido en gran número del otro lado del mar.

Solo Ibn-Djahlhâf parecía no preocuparse de la general miseria: como los Beni-Tahir estaban fuera de la ciudad, y los otros tres patricios, cuyo poder hubiera podido contrabalancear el suyo, acababan de morir, disfrutaba de una autoridad, que nadie se atrevía á disputarle. Completamente desbordado, imitaba á todos los reyezuelos andaluces, tan indolentes y voluptuosos como espirituales y amantes de la literatura, á quienes Yusuf, el almoravid, había despojado de sus tronos. Rodeados de poetas, discutía con ellos acerca del mérito de los versos que le recitaban: se entregaba á toda clase de placeres y se burlaba de las que venían á quejarse de sus sufrimientos. Se apropiaba los bienes de los que habían muerto de hambre, y tampoco respetaba las posesiones de los desdichados, que arrastraban una vida enfermiza. La prisión y el látigo esperaban á los que se atrevían á oponer alguna resistencia.

Así, los revolucionarios eran víctimas de

todas las plagas. Ibn-Djahhaf los oprimía, el hambre los diezmaba, los cristianos les daban muerte; podrian aplicárseles, dice un autor árabe los versos de un antiguo poeta:

Si voy á la derecha el rio me ahogará,
si voy á la izquierda el leon me devorará,
si voy hacia adelante moriré en el mar,
si voy hacia atrás el fuego me quemará.

El vanidoso tirano comprendió al fin que era necesario hacer algo y resolvió implorar el socorro del rey de Zaragoza, á quien con este objeto le escribió una carta muy humilde, pintándole en ella los horribles sufrimientos de los valencianos; pero tratábase de saber que título se le daría, si el de rey ó de señor; porque si se le daba este último, se le reconocia por soberano. Ibn-Djahhaf convocó asamblea para consultarla sobre este delicado asunto. Tres dias pasaron deliberando y despues de pesar maduramente todo, se resolvió adoptar el título de señor á fin de que Mostain se decidiese mas pronto. Ibn-Djahhaf quedó muy contrariado con este decreto, al cual se conformó sin embargo, y envió su carta por medio de un hombre que salió de la ciudad secretamente y de noche. Este hombre habia recibido del cadí la seguridad de que en cuanto Mostain viese las cartas, le daría vestidos, un mulo y un caballo; pero las

cosas pasaron de otro modo. Mostain que no queria indisponerse con el Cid, dejó trascurrir tres semanas sin hacer caso del mensajero que no se atrevia á regresar á Valencia, temeroso de que le condenasen á muerte, si volvía sin respuesta: al fin se colocó á la puerta del palacio, donde dió gritos tan lastimosos, que el rey no pudo ya finjir que ignoraba su estancia, y como los que estaban á alrededor le aconsejase que se desembarazase de aquel importuno pretendiente, Mostain mandó escribir á Ibn-Djahhaf una carta que entre otras cosas, decia; antes de hacer lo que me pedís, tengo que ponerme de acuerdo con Alfonso á quien he escrito y que debe proveerme de un cuerpo de caballería. Por lo demás, os invito á que tengais paciencia, á que os defendais bien y me deis de cuando en cuando noticias vuestras.

El mensajero volvió á Valencia con esta carta, que aunque daba pocas esperanzas, parecia aun indicar que Mostain tenia sus miras sobre la ciudad y que si se atrevia ó podia, haria algo por ella.

Ibn-Djahhaf persistió, pues, en su propósito de no entregarse al Cid; hizo un registro en las casas donde creia que habia aún provisiones, se apoderó de cuanto encontró y solo dejó á los propietarios

viveres para medio mes. Cuando se quejaban de esta arbitrariedad respondía: que durante algun tiempo era necesario todavía sobrellevar con moderacion y sin murmurar las medidas impuestas por las circunstancias; que estaba seguro que el rey de Zaragoza vendria en auxilio de Valencia; que este rey se habia puesto ya en camino y que su tardanza era debida á que estaba reuniendo viveres para los valencianos. Luego, no pensando más que en acumular provisiones para sus guardias, continuó sus espoliaciones: algunas veces pagaba lo que tomaba; pero de ordinario no lo hacía, aunque lo hubiese prometido. Los que conservaban viveres, los enterraban; los ricos compraban á un precio enorme yerbas, cueros, nervios, electuarios; los pobres comian carne humana.

Ibn-Djahlháf enviaba todas las noches mensajeros al rey de Zaragoza, quien mantenía sus esperanzas con vanas promesas; tambien habia pedido socorro á Alfonso, el cual le habia respondido que le enviaría á García Ordoñez, con una numerosa caballería, y que él, en persona, iria muy pronto en su seguimiento. Habia encerrado en su carta un billetito, escrito de su mano, que debia ser enseñado á la asamblea de notables y

permanecer secreto para el pueblo, jurándole en él que vendría en auxilio de los valencianos, y diciéndole que los compadecía vivamente por sus privaciones y angustias. Ibn-Djahlhâf escribió tambien á los amigos íntimos del emperador, los cuales le prometieron todos venir en su socorro, en lo que, decian, no debia tener la más leve duda. Uno de ellos le escribió que el emperador queria construir una torre en al-Cudia, queriendo darle á entender, que Alfonso deseaba ganar tiempo á fin de ver el giro que tomaban las cosas. Ibn-Djahlhâf, sin embargo, no comprendió lo que esta expresion significaba, y aunque pidió la explicacion de ella á su corresponsal, éste, que no queria declarar más su pensamiento, no le respondió.

Por su parte, el rey de Zaragoza envió dos mensajeros al Cid, bajo el pretexto de que iban á llevarle regalos, para suplicarle que usase más clemencia con los valencianos; pero el verdadero objeto de su mision era tener una entrevista con Ibn-Djahlhâf. El Cid no les consintió entrar en Valencia; sin embargo, encontraron medio de hacer llegar á Ibn-Djahlhâf una carta de Mostain, concebida en los siguientes términos: «Sabed que envio á pedir al Cid que no os oprima tanto,

y para que deje de hacerlo le he ofrecido un magnífico regalo: espero que accederá á mi pretension y tratará con vos; pero si no quiere hacerlo, estad cierto que entónces os enviaré sin tardanza un gran ejército, que lo arrojará del país: ya os regocijareis; pero que queden estas palabras en secreto.»

El Cid, sin embargo, pensó en buscar á Ibn-Djahnâf, en la misma ciudad, un rival peligroso. Entró, pues, en tratos con un poderoso moro, llamado Ibn-Mochich, y le prometió que si queria rebelarse contra Ibn-Djahnâf lo haría señor de Valencia, haciéndolo reinar hasta Dénia. Ibn-Mochich consultó á sus amigos que lo incitaron á aceptar esta proposicion; mas Ibn-Djahnâf se enteró del complot é hizo arrojar tambien á Ibn-Mochich y á sus partidarios en una prision y confió su guarda á dos oficiales de su confianza; no obstante Ibn-Mochich y los suyos consiguieron corromperles, diciéndoles que no tenian otra intencion que entregar Valencia á Mostain, que era, añadieron, el único medio de salvacion. Los prisioneros y los que debian custodiarlos, resolvieron entónces ir por la noche al castillo, tocar los tambores, proclamar al rey de Zaragoza señor de Valencia y detener á Ibn-Djahnâf, en cuanto los habitantes de la ciudad se

reuniesen. Dicho y hecho: corrieron al castillo, tocaron los tambores, é hicieron subir á la torre de la mezquita á un pregonero que anunció que todos los habitantes debian reunirse; pero el pueblo, en vez de acudir quedó sobrecogido de espanto y de temor; nadie sabia de lo que se trataba, ninguno pensó más que en salvar sus casas y las torres. En el primer momento, Ibn-Djahlhâf experimentó un gran miedo; luego reuniendo sus soldados, recobró animo, marchó sobre el castillo y cayó sobre los rebeldes. Ibn-Mochich se vió abandonado muy pronto de los suyos, que procuraron salvarse con una pronta huida; siendo él el quinto de los detenidos. Ibn-Djahlhâf lo hizo meter en prision y mandó cortar la cabeza á sus cómplices. Enseguida, queriendo probar á Mostain que lo consideraba como soberano, le envió algunos caballeros para que le noticiasen lo ocurrido y le entregasen á Ibn-Mochich: tambien les ordenó que lé trajesen noticias exactas acerca de las disposiciones del rey, que explorasen á sus cortesanos, y que no volviesen á Valencia, sino acompañados de Mostain.

Entretanto el hambre hacia en Valencia rápidos progresos: habia ya muchas semanas que el trigo no se vendia por *cahiz* ni por

fanega, sino por onzas ó á lo más por libras, y ésta costaba tres dinares. El pueblo estaba tan estenuado, que todos los dias se veian caer por las calles hombres muertos de hambre; alrededor del muro del castillo habia muchos fosos y el que ménos contenia diez cadáveres: el número de los que se entregaban á los cristianos iba sin cesar en aumento. poco les importaba ya ser muertos ó caer en servidumbre; preferible era á sus ojos ser esclavo ó morir de un sablazo á morir de hambre. Sin embargo, los progresos de ésta eran demasiado lentos á los ojos del Cid, que tenia ya prisa de acabar y temia ver llegar á los almoravides. Intentó, pues, tomar la ciudad á viva fuerza, y los patricios llegados de Valencia le afirmaron que al primer asalto se apoderaria de la plaza, puesto que habia muy pocos soldados para defenderla. En su consecuencia Rodrigo reunió sus tropas y dió el asalto por el lado de la puerta llamada la Culebra: todos los sitiados acudieron á ella. Apostados sobre las murallas, lanzaron una verdadera lluvia de flechas y piedras sobre los cristianos y aunque la lluvia era espesa y abundante no hubo flecha ni piedra que cayese en vacío. El Cid y los caballeros que le rodeaban se vieron obligados á refugiarme en una casa de

baños, que se encontraba cerca de las murallas. Entónces los soldados de Ibn-Djahlháf abrieron la puerta y haciendo retroceder á los sitiadores, cercaron la casa de baños. El Cid se salió por una puertecita trasera; pero su empresa habia fracasado por completo: se arrepintió amargamente de haberla intentado y de haberse dejado engañar por los patricios de Valencia; así, firmemente decidido á no volver á entrar en este mal camino, volvió á su primera idea de conquistar por hambre la ciudad. Al mismo tiempo tomó sus medidas para llegar lo más pronto posible á su fin. Como para este efecto era necesario multiplicar en la ciudad las bocas inútiles hizo anunciar por un pregonero, que se acercó á las murallas á fin que los sitiados pudiesen oirlo, que todos los habitantes que habian caido en su poder tenian que volver á entrar en la ciudad, pues caso de no hacerlo, serian quemados; y que en adelante, todo el que saliese de Valencia sería quemado tambien.

Esta proclama sembró el espanto entre los moros de dentro y de fuera y no fué una vana amenaza; cada vez que el Cid cogia á un valenciano, lo quemaba vivo, haciendo colocar la hoguera donde los sitiados pudiesen verla. En un solo dia hizo quemar diez

y ocho de estos desgraciados, otros los hizo echar á los perros. Sin embargo, habia siempre valencianos que preferian exponerse á ser quemados ó devorados á morir de hambre, y algunos de ellos consiguieron salvar la vida, porque los soldados del Cid los ocultaban y vendian, sin que lo supiera su jefe; pero eran en su mayor parte muchachos y muchachas, en cuanto á los demás no los querian. Para recoger dinero, los soldados empleaban otro medio; cuando sabian que las jóvenes cautivas tenian parientes ricos, las hacian subir á las torres de las mezquitas situadas fuera de la ciudad, haciendo ademan de ir á precipitarlas de arriba abajo ó de lapidarlas y entónces sus padres las rescataban á condicion que se les permitiria permanecer en al-Cudia.

VIII.

Las medidas tomadas por el Cid consiguieron su objeto: el hambre llegó á ser tan horrible que los sitiados no tuvieron ya fuerzas para ir á buscar un refugio al campamento de los cristianos; y aun los soldados y parientes de Ibn Djahháf comenzaron á murmurar. Entónces Abu-Abbád y algunos otros patricios salieron á buscar á al-Watan (1), faquí muy respetado, «Veis nuestra miseria, le dijeron, y sabeis tambien que en vano hemos procurado ser sócorridos, bien fuese por el rey de Zaragoza, bien por los almoravides: os rogamos que vayais á hablar á Ibn-Djahháf y hagais de modo que nuestro sufrimiento tenga término.» El faquí se lo prometió y les aconsejó que manifestasen una grande indignacion hácia el

(1) Aluadhhan.

cadí; así lo hicieron y aquél comprendió muy pronto que no podría resistir por más tiempo á la voluntad del pueblo: desde entonces se manifestó muy humilde y declaró que no se mezclaria más en los negocios públicos, abandonando al faquí la direccion de las negociaciones.

Por su parte el Cid encargó á su almojarife Ibn-Abdus que arreglase las condiciones del tratado. Convinieron en las siguientes: los valencianos enviarían mensajeros al rey de Zaragoza, le suplicarian que viniese en socorro de Valencia en término de quince días, y, si ninguno de los dos llegaba en el tiempo fijado Valencia se rendiría al Cid con estas condiciones: Ibn-Djahlhâf conservaría en la ciudad la misma autoridad que en el pasado (1); quedarían seguras su persona y sus bienes, así como su mujer y sus hijos; Ibn-Abdus sería inspector de los impuestos y Maza ejercería en Valencia el mando militar (este Muza había gobernado los asuntos de Cadix mientras vivió, después de la muerte de este rey, había seguido siempre el partido del Cid, que lo había nombrado gobernador de ciertas fortalezas;) la guarnición se componía de cristianos sa-

(1) Es decir, que conservaría el mismo empleo de cadí.

cados de los muzárabes que vivian entre los musulmanes; el Cid moraria en Cebolla; y este no introduciria alteracion alguna en las leyes de Valencia, ni en los aranceles de las contribuciones, ni en las monedas. Regulada así la capitulacion, se firmó enseguida. Al dia siguiente cinco patricios partian para Zaragoza y otros tantos para Murcia, el Cid habia estipulado que cada embajador llevaria, cincuenta dinares solamente: los que iban á Murcia, debia embarcarse en un navio cristianos que los conduciria á Denia, desde donde continuarian su camino por tierra. Los embajadores se embarcaron, pero el Cid habia dado al capitan órdenes de no darse á la vela hasta que él fuese. Cuando llegó hizo registrar á los embajadores para ver si llevaban mas de cincuenta dinares cada uno: les encontró encima mucho oro, plata y piedras preciosas, parte de estas riquezas les pertenecian en propiedad; el resto era de mercaderes de Valencia que tenian intencion de abandonar esta ciudad y querian poner en seguridad sus tesoros. El Cid confiscó todo esto y no dejó á los embajadores mas que cincuenta dinares á cada uno, segun lo convenido.

Habia tregua: los valencianos que aun tenian víveres los vendian, sacando por ellos el mayor precio posible, seguros de que el

sitio acabaria pronto: pasaron sin embargo los quince dias y los embajadores no volvieron; Ibn-Djahlhâf procuró persuadir á los habitantes que esperasen tres dias nada mas; pero estos respondieron que ni querian, ni podian hacerlo. Por su parte el Cid les hizo declarar con grandes juramentos que si dejaban pasar un instante, despues del plazo que les habia concedido, no se consideraria obligado á observar las condiciones de la capitulacion. A pesar de todo pasó un dia sin que abriesen las puertas y cuando los que habian arreglado la capitulacion se presentaron delante del Cid, este les dijo que no estaba ya obligado á nada, puesto que el plazo habia concluido. Entonces respondieron que se entregaban completamente en sus manos para que hiciese de ellos lo que fuese su voluntad. Al dia siguiente Ibn-Djahlhâf fué á donde estaba el Cid; estos dos gefes, asi como los principales cristianos y moros, firmaron el tratado con los artículos que ya hemos referido. Luego Ibn-Djahlhâf volvió á entrar en la ciudad y á la hora del medio dia abrió las puertas. El pueblo enflaquecido por el hambre se reunió; diriase que aquellos desdichados salian de la sepultura, pálidos y consumidos como aparecerán en el dia del juicio final, cuando los hombres salgan de sus se-

púlcros para presentarse delante de la magestad de Dios.

La rendicion de Valencia se verificó el juéves 15 de Junio del año 1094.

A medida que entraban en la ciudad, los cristianos subian á las murallas y á las torres, á pesar de las reclamaciones de Ibn-Djahhaf que les gritaba que violentaban el tratado; los valencianos prestaban á esto poca atencion; lo importante para ellos era suministrarse víveres y se arrojaron ávidamente sobre el pan y las habas que les traian los revendedores de al-Cudia; los que no podian atravesar por medio del gentío, iban á al-Cudia para comprar géneros; los mas pobres cogian las yerbas del campo y se las comian, pero muchas personas murieron á consecuencia de hartarse en vez de haber comido con moderacion.

El Cid subió á la torre mas alta de las murallas y examinó toda la ciudad: los moros acudieron á besarle la mano; los recibió con muchos miramientos y mandó que tapasen las ventanas de las torres que daban á la poblacion, á fin de que ninguna mirada indiscreta pudiesen penetrar en las casas de los moros, cosa que estos le agradecieron mucho. Tambien ordenó á los cristianos, que honrasen á los moros, que los saludasen al

pasar junto á ellos y les cediesen la acera. Los moros, dice un autor valenciano contemporáneo, quedaron muy agradecidos al Cid por el honor que los cristianos les dispensaban, y dijeron que nunca habian visto un hombre tan excelente, ni tan honrado, ni que tuviese una tropa tan bien disciplinada.

Ibn-Djahnáf que recordaba la incomodidad del Cid, cuando fué á verle sin ofrecerle un regalo, tomó una gran parte del dinero que habia quitado á los que se enriquecieron vendiendo caro el pan durante el sitio, y lo ofreció al Cid; mas éste que sabia la procedencia del dinero, rehusó su regalo. Enseguida hizo anunciar por un heraldo que invitaba á los patricios de Valencia á reunirse en el jardin de Villanueva, donde se encontraba entónces y cuando llegaron, subió sobre un estrado, cubierto de tapices y alfombras y ordenó á los patricios que se sentasen frente á él y les dirigió este discurso (1):

«Ni yo, ni ninguno de mi linaje ha poseído jamás reino alguno; desde que vi esta ciu-

(1) Los tres discursos del Cid han sido ya traducidos por M. de Circourt (*Hist. des Mores Mudejares et des Morisques*, t. I.) Hemos adoptado la traduccion de este escritor, en general fidelísima, haciendo de cuando en cuando algunas ligeras modificaciones.

dad, la encontré tan hermosa, que me enamoré de ella, la deseé y pedi á Dios que me la diera; ved cuan inmenso es su poder! el dia que sitié á Cebolla, solo tenia cuatro panes y ahora me ha hecho la gracia de darme á Valencia y me ha establecido en ella como señor! El me la conservará si me conduzco con justicia y dirijo bien los negocios; si obro con orgullo y malicia, sé bien que me la quitará. Así, vuelva cada uno á su herencia y poséala como antes; el que encuentre su viña ó su jardin libre que se apresure á entrar en él; el que encuentre su campo cultivado, pague el trabajo al que lo cultivó y vuelva á disfrutarlo como lo ordena la ley de los musulmanes. Quiero tambien que los cobradores de impuestos de la ciudad no exijan más que el diezmo, segun es vuestro uso; os recibiré en audiencia dos dias en la semana, los lunes y los juéves; pero si teneis algun asunto urgente, venid cuando querais y os escucharé; pues yo no me encierro con mugeres para beber y cantar, como vuestros senores á quienes jamás lográbais encontrar visibles. Quiero dirigir todos vuestros asuntos por mí mismo, ser vuestro compañero y protegeros como amigo y como déudo: yo seré vuestro cadí y vuestro visir, y cuando algu-

no se queje de otro, os haré justicia.» Después de haber hablado así, añadió: «Me han referido que Ibn-Djahnáf ha perjudicado á muchos de vosotros, desposeyéndolos de sus bienes para regalármelos: los ha desposeído porque habian vendido el pan muy caro. Yo no he querido aceptar semejante donativo, pues si ambicionase vuestros bienes sabria tomarlos sin pedirlos á él ni á nadie; pero Dios me libre de recurrir á la violencia para tomar lo que no me pertenece. Los que han traficado con sus bienes, guarden para sí el provecho, si Dios lo permite; y que aquellos á quienes Ibn-Djahnáf ha quitado algo, que se lo demanden y yo le obligaré á devolvérselo.» Enseguida les dijo: «Habeis visto lo que he tomado á los mensajeros que iban á Murcia, eso me pertenece de derecho, porque lo he cogido en guerra y porque habian violado los tratados; pero aun así quiero devolverles hasta el último dirhem y nada perderán. Quiero que me jureis cumplir lo que os ordene, sin separaros un punto de mi mandato. Obedecedme y no faltad nunca á los tratos que celebremos, que todo lo que yo mande se observe, porque os amo y quiero haceros bien; me compadezco de vosotros y siento que hayais tenido que sufrir tan grandes miserias, el

hambre y la mortandad. Si lo que habeis hecho al fin, lo hubiéseis hecho al principio, no hubiéseis llegado á tal extremo, ni hubiéseis pagado el trigo á mil dinares. En fin, permaneced ahora tranquilos y seguros, porque he prohibido á mi gente que entre en la ciudad á traficar. He puesto en al-Cudia su mercado, por consideracion á vosotros. He ordenado que nadie se detenga en la ciudad; si alguno contraviniese á esta orden, matádle y entregádmelo, seguros de que no se os impondrá ningun castigo; además, les dijo, no quiero entrar en vuestra ciudad, ni morar en ella, pero sí establecer en el puente de Alcántara una casa de recreo, á donde vendré á descansar y allí estaré dispuesto, si es preciso, para todo lo que haga falta.»

Cuando los moros oyeron este discurso quedaron muy satisfechos, pues creian en las promesas del Cid. Sin embargo, cuando quisieron volver á tomar sus tierras, los cristianos, que estaban en posesion de ellas les respondieron: «¿como las hemos de devolver si el Cid nos las ha dado en pago de nuestra soldada de este año?» Otros dijeron que las habian arrendado y que tenian pagadas las rentas del año. Los moros muy disgustados esperaron hasta el jueves en que el Cid vino

á juzgar el proceso, como les habia anunciado.

Llegado el jueves, todos se presentaron en el jardin; el Cid se presentó y sentándose en su estrado comenzó á decir cosas que en nada se parecian á lo dicho la primera vez. «Si quedo sin mis hombres, les dijo, me quedaré como un hombre que ha perdido el brazo derecho ó como guerrero sin lanza ni espada. La primera cosa que debo advertiros en este debate es que tomeis las medidas convenientes para que yo y mis hombres estemos bien guardados, pues si bien Dios ha querido darme la ciudad de Valencia, claro está que no ha de haber aquí otro amo que yo; pero si quereis sosteneros en mí favor preciso es que me entregueis á Ibn-Djahláf: de todos vosotros es conocida la traicion que cometió con el rey de Valencia, su señor, y que le ha hecho sufrir grandes miserias, asi como á vosotros, mientras que yo os sitiaba.»

Asombrados los moros de que el Cid no se mantuviese en lo que habia dicho el dia anterior, respondieron que consultarian entre si, antes de decidirse. Treinta patricios fueron á hablar con el almojarife Ibn-Abdus: «te pedimos la gracia, le dijeron, que nos des el consejo mas leal y el mejor que conozcas, porque creemos que estás obligado á hacer-

lo, pues eres de nuestra religion. El negocio sobre que queremos consultarte es el siguiente: el Cid nos ha prometido otra vez muchas cosas y ahora no nos habla ya de ellas y antepone otras razones nuevas. Tú que conoces bien su carácter por haberte empleado en hacernos saber su voluntad, dinos si debemos obedecerle; aun cuando no quisiéramos, tampoco estamos en situacion de oponernos á lo que nos pide.—Nobles señores, les respondió Ibn-Abdus, el consejo es fácil de dar. Vosotros sabeis bien que Ibn-Djahlhâf ha cometido gran traicion contra su señor; arreglaos ahora para entregarlo al Cid y nada temais; no penseis en otra cosa, pues sé bien que si lo haceis, nada le pedireis en adelante que no os conceda.»

Los moros volvieron donde estaba Rodrigo, diciéndole que consentían en entregarle á Ibn-Djahlhâf: enseguida tomaron una numerosa tropa de hombres armados y fueron á casa del cadí, echaron abajo las puertas, se apoderaron de él y de toda su familia y lo llevaron ante el Cid, el cual, lo hizo meter en prision con todos aquellos que tomaron parte en el asesinato de Cadir. Enseguida dijo á los notables: «Puesto que habeis cumplido mis mandatos pedid lo que querais y lo ejecutaré al momento; pero con una con-

dicion, que moraré en el castillo de la ciudad y que mis cristianos custodiarán todas las fortalezas.» Esto era una nueva infraccion del tratado: los moros se vieron sin embargo obligados á obedecer (1). El Cid hizo conducir á Ibn-Djahlháf á Cebolla y darle tortura hasta que estuvo á punto de morir; dos dias despues le trajo á Valencia, y ya preso en el jardin, le ordenó que escribiese de su puño y letra la lista de cuanto poseia. Ibn-Djahlháf anotó las sortijas, los collares, los muebles preciosos y las deudas que tenia. El Cid entonces, echando los ojos sobre aquella lista, le hizo jurar á presencia de los cristianos y de los moros mas importantes, que no poseia ninguna otra cosa y que reconocia en él el derecho de condenarle á muerte si alguna se encontrase; y aun no contento con este juramento, y sospechoso de que el asesino de Cadir era mucho mas rico de lo que queria confesar, mandó hacer escavaciones en las casas de los amigos del cadí y amenazó con quitar los bienes y la vida á los que procurasen ocultar las riquezas que Ibn-Djahlháf les habia confiado. Por temor al

(1) En el relato siguiente, el manuscrito de la *General* de que disponia Florian de Ocampo aparece incompleto; debe compararse con la *Crónica del Cid* (c. 210;) véanse tambien los textos árabes.

Cid y captarse su voluntad todos se apresuraron á entregar los tesoros que el cadí habia confiado á su custodia y que habia prometido partir con ellos, si escapaba vivo. Aquel ordenó tambien hacer escavaciones en la casa de Ibn-Djauháf y por indicacion de un esclavo, encontraron allí grandes riquezas en oro y piedras preciosas.

En el entretanto, el Cid habia reunido á los notables en el castillo y los habia arengado de esta manera: »Prohombres de la *Djamáa* de Valencia, sabeis como he servido y ayudado á vuestro rey; cuanta miseria he sufrido antes de ganar esta ciudad; ahora que Dios se ha dignado hacerme dueño de ella, la quiero para mi y para los que me han ayudado á ganarla, salvo la soberanía de mi señor el rey D. Alfonso. Estais todos bajo mi dominio y podria hacer de vosotros cuanto quisiera y me pareciese mejor: podria quitaros todo lo que poseeis en el mundo, vuestras personas, vuestros hijos, vuestras mugeres; pero no lo haré. Es mi voluntad y asi lo ordeno que los hombres mas distinguidos de vosotros, los que siempre se han mantenido leales, permanezcan en Valencia en sus casas con sus familias; mas no consiento que tenga cada uno mas que un mulo y un servidor, ni que lleveis armas ni las

guardéis en vuestras casas, y esto en caso de necesidad y con autorizacion mia. Todos los demás, quiero que salgan de la ciudad y vivan en al-Cudia, donde yo estaba ántes. Vosotros tendreis vuestras mezquitas en Valencia y fuera en al-Cudia; conservareis vuestros faquíes, vivireis bajo vuestra ley, tendreis vuestro cadí y vuestro visir, que yá he nombrado, poseereis vuestras herencias, y me reconocereis el derecho de señor sobre todas las rentas y el de administrar la justicia y el de batir mi moneda. Los que quieran permanecer bajo mi gobierno, que permanezcan; los que nó, que se vayan á la buena ventura sin llevarse nada, con sus personas solas, que yo haré poner en seguridad.»

Cuando los notables oyeron este discurso, se entristecieron mucho; mas ya no era tiempo de otra cosa que de obedecer en el mismo instante: los musulmanes empezaron á abandonar la ciudad con sus mugeres y sus hijos, escépto aquellos que el Cid guardaba, y mientras los moros salian, los cristianos de al-Cudia entraban para reemplazarles; el número de los que salieron fué tan considerable que estuvieron dos dias desfilando.

El Cid, dueño ya absoluto de Valencia, no

pensó mas que en castigar cruelmente á quien le habia disputado tan largo tiempo la posesion de la ciudad: resolvió quemarle vivo y mandó abrir una fosa á cuyo alrededor hizo amontonar muchos troncos de leña. Ibn-Djahlháf fué arrojado á esta fosa; encendida la pira, pronunció las palabras «*en nombre de Dios clemente y misericordioso*» y arrimando á su cuerpo los tizones ardiendo, á fin de abreviar su suplicio, exhaló su último suspiro en medio de sufrimientos horribles. Con la sangre aún irritada, el Cid quiso quemar tambien á la muger, á los hijos, á los parientes y á los esclavos de Ibn-Djahlháf; pero los musulmanes y aún sus propios soldados cristianos, prorrumpiendo en gritos de indignacion, le suplicaron perdonase á lo menos á las mugeres, los hijos y los esclavos. Al principio rehusó obstinadamente esta pretension, mas al fin se vió obligado á acceder á ella; los otros fueron quemados sin embargo. Abu-Jafar Battî, literato distinguido, á quien debemos quizás el relato árabe traducido en la *Crónica General*, sufrió la misma suerte, aunque ignoramos por qué motivo.

Ibn-Djahlháf, que durante su vida no habia gozado de gran consideracion, fué elevado, por su atroz suplicio, á la categoría de mártir; aún sus más encarnizados enemigos,

tales como Ibn-Tahír, olvidaron sus antiguos agravios y solo se acordaron de él para colmarle de elogios. (1)

El suplicio de Ibn-Djahháf ocurrió en Mayo ó á principios de Junio de 1095.

(1) Véase la carta de Ibn-Tahír mas arriba p. 31 y 33.

IX.

Yusuf el Almoravid, queriendo reconquistar á Valencia, hizo sitiar esta ciudad por Mōhammed Ibn-Ayícha: el sitio duró solo diez dias, al cabo de los cuales el Cid hizo una salida, derrotó á sus enemigos y se apoderó de su campamento.

Rodrigo, viéndose ya con las manos libres, pensó en extender sus dominios: sitió y tomó á Olocau y Serra, dos plazas importantes por su posicion, pues situadas en el riñon de las ásperas montañas de Náquera, entre Liria y Murviedro, eran las llaves de esta última ciudad, cuya conquista ambicionaba: tambien encontró en Olocau las grandes riquezas que Cadir habia enviado allí poco antes de su muerte. Hallábase el Cid en aquella época en el apogeo de su gloria y de su poder, y en sus momentos de orgullo los más vastos proyectos cruzaban por su men-

te. Su pensamiento dominante entónces era la conquista de toda esta parte de España, poseida aún por los moros. Un árabe le oyó decir: «*Un Rodrigo ha perdido esta península, otro Rodrigo la recobrará.*» (1) Por lo demás la confianza que tenia en sus fuerzas no era exagerada: todo el mundo le temía y áun los mismos reyes solicitaban su amistad. Pedro de Aragon, que habia sucedido á su padre Sancho, en 1094, le propuso una alianza ofensiva y defensiva; oferta que aceptó con tanto más gusto cuanto que los almora-vides amenazaban de nuevo las fronteras meridionales de sus estados. Habiendo ido Pedro á Valencia con su ejército, salió de esta ciudad en union del Cid para ir á establecer su cuartel general en Peñacatel, (entre Játiva y Cullera) que deseaban hacer centro de sus operaciones y donde tenian intencion de establecer un gran depósito de viveres. Cerca de Játiva encontraron al ejército almoravid, compuesto de treinta mil hombres, cuyo general Mohammed Ibn-Ayicha creyó oportuno, apesar de sus fuerzas, evitar una batalla: los cristianos pudieron, por tanto, continuar su marcha, y cuando abastecieron á Peñacatel de provisiones, se dirigie-

(1) Ibn-'Assâ'm, más arriba, p. 27.

ron hácia el S., siguiendo la costa. En Beiren, cerca de Gandia, encontraron á los almoravides acampados en la cima de una montaña, de más de una légua de extension y que dominaba el mar. Los cristianos se vieron atacados por ambos lados, pues una escuadra musulmana secundaba á el ejército de tierra. El peligro era grande, así que vacilaron un momento; pero entónces el Cid recorrió á caballo las filas de sus soldados y aliados «Valor, amados míos, les dijo, batíos bien; que vean que clase de hombres sois; no os intimide el número de vuestros enemigos porque os predigo que Nuestro Señor Jesucristo los hará caer en vuestras manos.» La voz del gefe reanimó el espíritu vacilante de los soldados, quienes, cayendo sobre los enemigos, los desalojaron de sus posiciones con impetuosidad tanta que los pusieron en completa derrota. Cargados de un inmenso botin y orgullosos con su victoria, volvieron entónces á Valencia; mas el Cid les dejó reposar por poco tiempo, porque deseoso de prestar un servicio al rey de Aragon, marchó con él contra la fortaleza de Montornes (1), que se habia rebelado, y lo ayudó á someterla.

(1) En la provincia de Lérida y en el distrito de Cervera. Aun subsisten las ruinas del antiguo castillo.

Vuelto el Cid á Valencia, sus habitantes comprendieron que pronto les llegaría su turno, y, como su señor Ibn-Razin era demasiado débil para prestarles eficaz auxilio, compraron el apoyo de los almoravides, los cuales enviaron al general Abu-l'-Fath (1), que partió de Játiva con algunas tropas, mas apenas entrado en Murviedro, apercibió á lo léjos al Cid y á su ejército, y ora creyese que podría apaciguarle, yéndose á otro lugar, ora que aquella ciudad no era sostenible, la abandonó y se fué á Almenára; Rodrigo entónces marchó contra esta plaza, la tomó despues de un sitio de tres meses y mandó á todos los que encontró allí que fueran á establecerse á otra parte, y despues de echar los cimientos de una iglesia, que pensaba consagrar á la Virgen, flngió volver á Valencia, aunque su plan era otro. «Dios mio, gritó delante de sus capitanes, tú que nada ignoras, tú para quien no hay pensamiento oculto, tú sabes que no quiero entrar en Valencia sin tomar á Murviedro con tu socorro y celebrar allí una misa en honor tuyo!» Y en vez de continuar su marcha hácia aquella ciudad fué inmediatamente á poner

(1) En vez de Abulfatal, como dice el texto de los *Gestas*, debe leerse Abulfatáh.

sitio á Murviedro. Los habitantes de esta poblacion estaban verdaderamente desesperados. «¿Qué haremos? se preguntaban; si nos rendimos, ese Rodrigo, ese tirano, nos arrojará de nuestras moradas, como á nuestros hermanos de Valencia y Almenára, y, si nos defendemos, moriremos de hambre con nuestras mugeres y nuestros hijos.» Entónces suplicaron al Cid que les concediese una tregua por algunos dias, prometiéndolo rendirse, si no eran socorridos en este intérvalo y amenazando con dejarse matar hasta el último si rechazaba su demanda. Sabiendo Rodrigo que una tregua no les serviría de nada, les concedió una de treinta dias. Los sitiados pidieron entónces auxilio á Ibn-Razin, á Alfonso, á Mostain, á los almoravides y al conde de Barcelona. Ibn-Razin les contestó que debian defenderse cuanto pudieran; que él nada podia hacer por ellos. Alfonso declaró que preferia ver á Murviedro en poder de Rodrigo á que fuese propiedad de un príncipe sarraceno. En cuanto á Mostain, hubiera querido ir á socorrer á sus correligionarios; pero, intimidado por las amenazas del Cid, al par que comprometia á los sitiados á extremar la resistencia, confesaba candorosamente que no se atrevia á pelear contra un héroe invencible, como era Rodrigo. Los almoravides contestaron

que todos ellos querian ponerse en camino y marchar al socorro de Murviedro, á condicion de llevar á su frente al general Yusuf, pues habian tenido ocasion de observar que sus otros generales nada valian; mas como aquél, temeroso de perder los laureles conquistados en Zalláca, no quiso aceptar el mando de un ejército (1), los almoravides no vinieron. El conde de Barcelona, á quien los sitiados habian ofrecido una gruesa suma, declaró á su vez que no se atrevia á atacar á Rodrigo, pero al ménos hizo algo, procurando una tregua á los habitantes de Murviedro, atacando al castillo de Oropesa, que pertenecia al Cid, el cual se mofó de él y lo dejó hacer, y á fé que con razon; pues no bien oyó decir el conde á uno de sus caballeros que Rodrigo se habia puesto en camino para ir á atacarle, levantó el sitio sin querer cerciorarse siquiera de si era verdadera ó falsa la noticia.

Al cabo de treinta dias, el Cid intimó á los sitiados que se rindiesen: éstos se excusaron bajo el pretexto de que aún no habian vuelto sus mensajeros. El Cid estaba seguro que faltaban á la verdad, pero confiado en que Murviedro no se le escaparia, mandó decir á los sitiados: «Pues bien, os concedo

(1) *Kitab-al-ictifa*, fói. 162, v.-163, r.

un término de doce dias más, y esto lo hago para que el mundo sepa que no tengo miedo á ninguno de vuestros reyes; tiempo tienen para venir; que vengan, si se atreven. Mas juro, que si despues de estos doce dias no os rendís, os mandaré dar tortura á todos, os decapitaré ú os quemaré a fuego lento.» Transcurridos los doce dias, los sitiados pidieron á Rodrigo que aguardase á Pentecostés para hacer su entrada en la ciudad. «Consiento, les dijo, y más os prometo, no haré mi entrada hasta San Juan, aprovechao de este intévalo para abandonar la ciudad con vuestras mugeres, vuestros hijos y todo cuanto poseais é iros á establecer donde mejor os plazca.»

Los moros quedaron muy contentos de este mensaje, encontrando al Cid mucho más humano, mucho más afable y generoso de lo que se lo habian pintado: Rodrigo mismo se encargó de desengañarlos.

El 24 de Junio de 1098 tomó posesion de Murviedro; su primer cuidado fué hacer cantar un Te-Deum en accion de gracias por su nueva conquista; luego mandó construir una iglesia, consagrada á San Juan. Cumplidos estos piadosos deberes, convocó tres dias más tarde á los moros, aún bastante numerosos, que no habian abandonado la

ciudad, y cuando estuvieron reunidos, les dijo: «Quiero que me deis todo lo que habeis hecho trasladar fuera por vuestros conciudadanos, y tanto dinero como habeis mandado á los almoravides para obligarles á combatirme: si no me obedecéis, os juro meteros en la cárcel y cargaros de cadenas.»

Hé aquí de qué manera entendia el Cid la generosidad! Temeroso de que los habitantes de Murviedro se defendiesen como desesperados, si los obligaba á rendirse incondicionalmente, los autorizó á abandonar la ciudad y á llevarse sus bienes; mas, ahora que era dueño, ahora que nada tenia que temer, quiso obligar á los que no pudieron separarse de los lugares en que habian nacido á pagarles una enorme suma! Estas desdichadas gentes no tuvieron con qué satisfacer la codicia del castellano, y entónces éste, despues de despojarles de cuanto poseian, les hizo cargar de cadenas y conducir como esclavos á Valencia. (1)

El Cid volvió tambien á esta ciudad; pero su carrera tocaba á su fin: acaso él mismo lo conocía; asi al menos nos inclinamos á creerlo, cuando lo vemos ocupado en edificar

(1) *Gesta* Páginas 52 y 59. Este relato es muy notable porque es de un admirador del Cid.

iglesias, él, que habia quemado tantas cuando vivia de augurios y servia bajo la bandera de un príncipe musulman. En Valencia dió una nueva prueba de su ardiente deseo de reconciliarse con el cielo. Convertida en iglesia la gran mezquita de esta ciudad, le regaló un soberbio caliz de oro y dos tapices de brocado, los mas magníficos que jamás se han visto (1). Aunque enfermo, pensaba todavía en nuevas conquistas, y envió un cuerpo de ejército contra Játiva que queria quitar á los almoravides; estas tropas chocaron contra el ejército de Ibn-Ayicha, que acababa de conseguir cerca de Cuenca una brillante victoria sobre Alvar Fañez, general de Alfonso. Trabado el combate, las tropas del Cid fueron tan desdichadas como los soldados del emperador, y su derrota fué tan completa que pocos soldados consiguieron volver á Valencia.

Asi fué vencido este ejército que pasaba por invencible! El Cid recibió con esto un golpe mortal y en el mes de Julio de 1099 murió de cólera y dolor (2).

Su viuda Jimena procuró aún defender á Valencia contra los ataques incesantes de

(1) *Gesta*.

(2) *Kitab-al-ictifa*. El *chron. S. Maxentii vulgo dictum Malleacense* (apud Labbe, *Nova Bibl. M. S. S. t. II p. 216*). La *Chrón. Burgense* y los *Anales Compost.* fijan todos la muerte de Rodrigo en el año 1099. Los *Gesta* traen el mes.

los almoravides, y durante dos años lo consiguió; pero hacia el mes de Octubre de 1101, el general Mazdali puso cerco á la ciudad con un gran ejército, y Jimena, despues de sostener el sitio durante siete meses, envió al obispo Gerónimo, nacido en Francia, á la corte del emperador para suplicarle que viniese en su auxilio. Alfonso, conmovido por la suerte de Jimena, se apresuró á socorrerla, y á su aproximacion los sitiadores se batieron en retirada; mas considerándola muy distante para disputarla por largo tiempo á los sarracenos, Alfonso invitó á Jimena y á los compañeros del Cid á abandonar la ciudad. Todos los cristianos salieron entónces de la hermosa poblacion conquistada por Rodrigo Diaz, y no queriendo dejar á los sarracenos mas que escombros, la quemaron en el momento de su partida. Mazdali y sus almoravides tomaron posesion de estas ruinas el 5 de Mayo de 1102.

Jimena hizo enterrar el cuerpo de su esposo, que habia llevado consigo, en el claustro de San Pedro de Cardaña, no lejos de Búrgos y mandó decir muchas misas por el reposo de su alma (1), sobreviviendo solo cinco años, pues murió en 1104 (2).

(1) *Gesta*.

(2) Véase Berganza t. I p. 553, 554.

TERCERA PARTE.

EL CID DE LA POESÍA.

I.

Poco despues de la muerte del Cid, la poesía castellana tomó vuelo, y decimos la castellana y no la española porque los poemas populares de que vamos á ocuparnos han sido compuestos casi todos en Castilla. Las otras provincias tenian dialectos diferentes.

En esta poesía la influencia árabe no se deja sentir. Los castellanos, como otros pueblos europeos, han tomado de los árabes un no escaso número de cuentos, novelas y apólogos, pero no los han imitado en la poesía; y, asi como no hay nada mas opuesto que

el carácter de estas dos naciones, tampoco hay nada mas desemejante que sus versos. En la poesía de los moros se reconoce el espíritu de una raza viva, ingeniosa impresionable y culta, aunque debilitada por un clima apacible y por las sensualidades de la civilización: íntima y soñadora, gusta perderse en la contemplación de la naturaleza; los bosques, los lagos, las flores, las estrellas, las puestas de sol todo tiene voces para el moro que se complace en esa dulce melancolía que profundiza las heridas del corazón ó las crea, cuando no existen: hija de los palacios y calcada en los antiguos modelos, esa poesía era ininteligible para los extranjeros, aunque hubiesen permanecido mucho tiempo entre los árabes (1), y aún hasta cierto punto para el común de las gentes. Para comprenderla bien, y apreciarla en todos sus matices y delicadezas es necesario haber estudiado mucho tiempo y seriamente los grandes maestros de la antigüedad y sus doctos comentadores. Ella es casi exclusivamente lírica, pues los árabes cuando quieren referir, se valen de la prosa; creerían envilecer la poesía si la empleasen en la narración. Aun la llamada popular, cuando no trata de asuntos bur-

(1) Compárese Maccari t. II p. 732, l. 1 y 2.

lescos, como de ordinario acontece, presenta en el fondo el mismo carácter, y si se distingue de la clásica, es más bien por el pensamiento que por la forma.

Una poesía tan erudita y convencional no podia halagar al castellano, aun cuando la hubiese comprendido. Hombre de acción, acostumbrado á las rudas pruebas de la vida campestre, y viviendo en medio de una naturaleza triste y austera, creó una poesía narrativa en armonía con sus propensiones naturales. Los romances cuentan un solo hecho de una manera sencilla, breve y vigorosa: el hecho mismo ha impresionado al poeta y por eso lo cuenta; no describe estela impresión que le ha producido, ni añade sus propias observaciones al relato; léjos de buscar una dición exornada y poética, ni aun parece sospechar que es poeta: el arte de las transiciones le es desconocida, por eso los romances presentan á menudo algo enigmático, porque, dotado el poeta de una imaginación viva, pasa en silencio las circunstancias accesorias, y cuando dá mas de lo que estrictamente hay derecho á pedirle, entonces pinta con un solo rasgo, que habla directamente al corazón y á la fantasía.

En el fondo de estos romances habia casi siempre una idea política: el castellano tam-

bien tenia sus sueños, sueños de grandeza nacional, y ¡cuán audaces eran esos sueños! ¡Cuán arrogantemente creia en ellos el castellano! Lo que habia soñado llegó á ser para él la realidad misma. Fernando I hizo grandes cosas: arrebató á los moros una gran parte de Portugal y estuvo á punto de apoderarse de Valencia ¿pero qué era todo esto en comparacion de los altos hechos, que los poetas, que los cantores, le atribuyeron, como le atribuyó á su ejemplo la Crónica Alfonsina? El emperador de Alemania, cuentan, habia exigido que Fernando le reconociese por su soberano y le pagase un tributo anual: el Papa y el rey de Francia habian apoyado esta pretension: ¿qué hizo Fernando entonces? El antiguo canto de guerra, que se encuentra en la *Crónica Rimada* nos lo dice en pocas palabras:

«A pessar de Francesés, los puertos de Aspa
(passó;
á pessar de reys é de emperadores, á pesar de
(Romanos dentro en Paris entró,
con gentes honrradas, que de España sacó»

Fernando consiguió la victoria sobre los Franceses, los Italianos, los Alemanes, los Flamencos, los Armenios, los Persas y los de Ultramar reunidos!

La poesía castellana, estaba, pues, unida á la realidad en cuanto no aspiraba á lo ideal ni á lo infinito; pero no por eso dejaba de imprimir á la realidad misma un carácter poético y realzaba sus colores de modo de que desapareciesen los primitivos: el prisma que se servía, hacía los objetos incognocibles y donde decía, por ejemplo, Fernando, hubiera podido decir con igual razon, Rolando ú Olivero: estos dos nombres pertenecian á una época lejana y casi mítica, Fernando pertenecia á la historia del siglo XI, y el canto guerrero que celebra á sus expediciones es del siglo siguiente; así un tiempo muy corto, relativamente hablando, bastó para transformar á un rey histórico en un rey fabuloso: he aquí un fenómeno muy digno de atraer la atención y particularmente la de España. En ninguna otra parte ha sido metamorfoseado un rey del siglo XVI, como lo fué Fernando, y sin embargo no era este para el pueblo el gran héroe de este siglo; ese gran héroe era el Cid.

Este lo fué ya cincuenta años despues de su muerte. Sobre esta materia poseemos un testimonio irrecusable, el de un biógrafo de Alfonso VII, que escribió poco despues de la muerte de este monarca, es decir, poco despues del año 1157. En el catálogo

que trae este autor de los caballeros que asistieron al sitio de Almería, habla de Alvar-Rodríguez, nieto de Alvar-Fañez y de este último, á quien coloca en la misma línea que á Rolando y Olivero, y por último, queriendo ensalzarlo aún más, añade estas palabras: «el mismo Rodrigo, llamado siempre *Mio Cid*, de quien se dice que jamás fué vencido y que dominó á los moros así como nuestros condes;—este Rodrigo alababa á Alvar y se consideraba inferior á él. Sin embargo, debo confesar y (nunca se juzgará de otro modo) que entre los héroes, *Mio Cid* fué el primero y Alvar el segundo» (1).

Mas por qué el Cid há llegado á ser el héroe de las poesías populares? Diríase que él era poco á propósito para serlo; él, el desterrado que pasó los años mas hermosos de su vida al servicio de los reyes árabes de Zaragoza; él, que asoló de la manera más cruel una provincia de su patria; él, el aventurero cuyos soldados pertenecian en gran par-

-
- (1) Ipse Rodericus, Mio Cid semper vocatus,
De quo cantatur, quod ab hostibus haud superatur,
Qui domuit Mauros, Comites domuit quoque nostros,
Nunc extollebat, se laudé minore ferebat;
Sed fateor virum, quod tollet nulla dierum,
Meo Cidi primus fait, Alvarus atque secundus.
Morte Roderici Valentia plangit amici,
Nec valuit Christi famulus ea (eam?) plus retinere.

te á la hez de la sociedad musulmana, y que combatia como soldado de oficio, ora por Cristo, ora por Mahoma, preocupado solo del sueldo que habia de ganar y del botin que tenia que recoger; él, ese Raul de Cambray que robó y destruyó tantas iglesias; él, ese hombre sin fé ni ley, que procuró á Sancho de Castilla la posesion del reino de Leon por una traicion infame; él, que engañaba á Alfonso, á los reyes árabes, á todo el mundo, que faltaba á las capitulaciones y á los juramentos mas solemnes; él, que quemaba sus prisioneros á fuego lento y los hacía despedazar por sus dogos ¿tendrán razon los que piensan que el pueblo, en la eleccion de sus héroes cuida poco de la realidad y que las grandes reputaciones encubren casi siempre un contrasentido ó un capricho?

Lo cierto es que, lo que la moralidad moderna condenaria en la conducta del Cid, ha sido juzgado de otro modo por sus contemporáneos. El sacrilegio en tiempo de guerra era entónces muy comun, y los que incurrian en él, tales como Raul de Cambray y Alfonso el Batallador (1), no perdian por eso su fama. La humanidad con los enemigos de

(1) Véase «Historia Compostelana,» (*Esp. Sagr.*, t. XX, p. 117).

otra religion era, por el contrario, cualidad rara: para los cristianos, los musulmanes apenas eran hombres. «Si alguno, dice Sancho de Aragon en los fueros de Jaca, dados en 1090 (1), si alguno ha recibido en prenda de su vecino (un esclavo) sarraceno, envíelo á mi palacio, y déle su dueño pan y agua, *porque es un hombre y no debe ayunar*, (es decir, morir de hambre y de sed) *como una bestia*.» Esta es sin duda una ordenanza muy humana; pero, cuál sería la idea que se formaban de un musulman, allí donde tales leyes, tales admoniciones eran necesarias? El patriotismo era una virtud completamente desconocida; la lengua no tenia una palabra para expresar esta idea. Un caballero de la Edad Media no combatia por su patria, ni por su religion; combatia, como el Cid, *para tener de que comer*, fuera á las órdenes de un príncipe castellano, fuera á las de un musulman, y lo que hizo el Cid los más ilustres guerreros, sin esceptuar los príncipes de la sangre, lo ejecutaron ántes y despues que él. Su contemporáneo y enemigo García Ordoñez, segundo personaje del Estado, pasó al servicio de los almoravides despues de la batalla de Salatrices,

(1) *Apud* Llorente, *Prov. vascong.* t. III, p. 455.

en 1106 (1), y dos siglos y medio más tarde otro príncipe de la sangre, D. Juan Manuel, célebre autor del *Conde Lucanor*, combatió al rey con tropas musulmanas. El engaño y la perfidia estaban á la órden del día y bajo esta relacion, los españoles habian aprovechado bien su comercio con los árabes. *Al-harbo jodatón, hacer la guerra es engañar*, habia dicho el profeta de la Meca, y los héroes árabes no se preciaban en modo alguno de veraces; así, el célebre Mohallab, cuyos hechos y proezas tanto admiraban á Rodrigo cuando los oía leer (2) era apellidado *el mentiroso* y los autores árabes léjos de censurar su mala fé, se expresan en estos términos: «Mohallab, como teólogo distinguido, conocia las palabras del profeta que dicen: Toda mentira será reputada como tal á escepcion de tres, la que se dice para reconciliar á dos personas que están reñidas, la del esposo para con la esposa cuando le promete algo, y la del capitán en tiempo de guerra.» (3) En la España cristiana se pensaba lo mismo y hasta el Cid idealizado, el de la Cancion, es un hombre que recurre á menudo al engaño. Engaña en la

(1) Pedro de Leon, *aqud Sandoval*, f. 69, col. 1.

(2) Vease más arriba, p. 27.

(3) Ibn-Palikân, Fasc. 9, p. 47 y 48.

córte á los infantes de Carrion, cuando les vuelve á pedir sus dos espadas, engaña á dos judíos en Búrgos, Raquel y Vidas, pues habiéndole tomado prestados seiscientos marcos, les dió en cambio dos cofres llenos de arena, haciéndoles creer que en ellos habia dejado sus tesoros y recomendándoles que no los abriesen en un año. Un poeta moderno hace decir á la hija del Cid con esta ocasion:

«El oro de vuestra palabra estaba dentro,»

pero esta no era la idea del viejo juglar, que refiere solamente la aventura para mostrar que el Cid era un hombre sagaz y astuto, pues en ninguna parte dice que su héroe devolviera nunca á los judíos el dinero que les habia cogido.

No debe pedirse al Cid de la realidad esos sentimientos de humanidad, de desinterés, de lealtad y patriotismo que nacieron despues de él. El Cid tenia las ideas y las virtudes de su tiempo: una mezcla de astucia y de audacia, de prudencia y de intrepidez, cualidades que Ibn-Bassâm ha dibujado perfectamente y por las cuales llama á Rodrigo, *uno de los milagros del Señor*. Era además el gefe más poderoso del siglo XI y el único que conquistó por sí solo un principado, in-

flamando por esto la fantasía popular; pero lo que más contribuyó á hacerle el ídolo de los castellanos, rebelados casi siempre contra sus señores (1), los reyes de Leon, extranjeros para ellos, fué que combatió contra su soberano, así como Bernardo del Carpio y Fernan Gonzalez, otros dos héroes de sus poesías. Lo demás nada importaba.

Eran aún muy rudas las costumbres para que pudiesen apreciarse las cualidades morales de un orden más elevado. El Cid que vamos á estudiar ahora, el de la *Crónica rimada, Cancionero y Romancero del siglo IX*, tiene para nosotros tan poco atractivo, como el de la realidad. Considerando como una virtud lo que nosotros consideramos como un defecto, los más antiguos poetas castellanos se han complacido en exagerar la fiereza de Rodrigo, haciendo de él un gefe altanero y violento que trata á su rey con abrumador desprecio, y en su ódio hácia la magestad real, han presentado ese rey, á quien daban el nombre de Fernando, como un personaje ridículo que palidecía ante una

(1) *Castella vires (i. e. viri) per sæcula fuere rebelles;*
Inclita Castella, ciens sævissima bella,
Vix cuiquam Regum voluit submittere collum;
Indomite vixit, cœli lux quandiu luxit;

espada y cuya incapacidad era completa. Hé aqui, por ejemplo, lo que se lee en la *Crónica rimada*:

«Quando llegó á Bivar, don Diego estaba folgando,
Dixo: «Omillome a vos, señor, ca vos trayo buen man-
[dado.

Enbia por vos e por vuestro fijo el buen rey don Fer-
[nando.

Vedes aquí sus cartas firmadas que vos trayo:
que, sy Dios quisiere, será ayna Rodrigo encimado. «
Don Diego cató las cartas é ovo la (*sic*) color mudado.
Sospechó que por la muerte del conde queria el rey
[matarlo.

«Oytme, «dixo,» mi fijo, mientes catedes aca.
Temome de aquestas cartas, que anden con falsedat;
é desto los rreys (*sic*) muy malas costumbres han.
Al rey que vos servides, servillo muy sin arte.
Assy vos aguardat dél como de enemigo mortal.
Ffijo, passatvos para Faro do vuestro tyo Ruy Laines
[está;

e yo iré a la córte do el buen rey está.
E sya (*sic*) por aventura el rey me matare,
vos e vuestros tios poderme hedes vengar. «
Ally dixo Rodrigo: »E esso non seria la verdat.
Por lo que vos passaredes, por esso quiero yo passar.
Magüer sodes mi padre, quierovos yo aconsejar.
Trecientos cavalleros todos convusco los levat;
á la entrada de Çamora, señor, a mi los dat. «
Essa ora dixo don Diego: »Pues pensemos de andar. «
Metense a los camiuos; para Çamora van.
A la entrada de Çamora, al lado duero cay,
armanse los tresientos, e Rodrigo otro tale.
Desde que los vió Rodrigo armados, començo de fablar:

»Oytme, «dixo,» amigos, parientes e vasallos de mi pa-
[dre;

aguardat vuestro señor sin engaño e sin arte.

Si vieredes que el alguasil lo quisiere prender, mucho
[apriessa lo matat.

Tan negro dia aya el rey commo los otros que ay es-
[tan.

Non vos pueden desir traydotes por vos al rey matar;

que non somos sus vasallos, nin Dios non lo mande;

que mas traydor serya el rey, si a mi padre matasse.

Todos disen a el que el que (*sic*) mató al conde lo-
[sano.

Quando Rodrigo bolvió los ojos, todos yvan derra-
[mando.

Avient muy grant pavor dél e muy grande espanto. (1)

Todos se apearon juntos

Para al Rey besar la mano

Rodrigo solo quedó

Encima de su caballo.

Entónces habló su padre,

Bien oiréis lo que ha hablado.

—Apeáos, hijo mio,

Besaréis al rey la mano,

Porqu'el es vuestro señor,

Vos, hijo, sois su vasallo.—

Desque Rodrigo esto oyó

Sintióse muy agraviado:

Las palabras que respode

Son de hombre muy enojado.

(1) *Crónica rimada*. Verso 365 al 398 inclusives, y 400 al 403 tambien inclusives. Apéndice IV al *Romancero general* de D. Agustin Durán. Tomo II, p. 665. Edicion del año 1851. — N. del T.

—Si otro me lo dijera
Ya me lo hubiera pagado;
Mos por mandarlo vos, padre,
Yo lo haré de buen grado.—(1)

Rodrigo fincó los ynojos por le berrar la mano.
El espada traya luenga; el roy fué mal espantado.
A graudes voses dixo: »Tiratme alla esse pecado.«
Dixo estonce don Rodrigo: »Querria mas un clavo,
que vos seades mi señor, nin yo vuestro vassallo.
Porque vos la bessó mi padre, soy yo mal amansella-
[do.» (2)

Más tarde, cuando Rodrigo consiguió una victoria y Fernando le pidió la quinta parte del botin: en qué pensais? le respondió: «Se la daré á mis soldados que la han merecido bien.» Entónces Fernando le suplicó que á lo ménos le cediese al rey moro, que habia hecho prisionero. «De ningun modo, replicó el castellano, cuando un caballero ha hecho cautivo á otro no debe deshonorarlo;» y el rey moro llega á ser su vasallo, y se bate valientemente bajo su bandera, y le paga tributo, como Cadir lo hacía con el Cid de la realidad.

En la continuacion de la *Crónica*, Rodri-

(1) Obra del Sr. D. Agustin Durán, antes citada, t. I, p. 482. Romance 731.—N. del T.

(2) Obra citada del Sr. Durán, loco cit. versos 405 al 440, ambos inclusives.—N. del T.

go es quien lo hace todo: Fernando que le dice: «governad mis estados á vuestro albedrío; no es más que un miserable Juan de las viñas, á quien él tira del hilo.» Obligado por el emperador de Alemania á reconocer su soberanía, Fernando no sabe qué hacer. «Ven que soy jóven y sin conocimientos, esclama, y por eso me tratan con tanta arrogancia. Enviaré á buscar mis vasallos y les preguntaré si debo pagar tributo.» Luego, cuando la batalla vá á empeñarse contra las fuerzas reunidas de Europa, se lamenta como un niño, sin que nadie preste atención á sus quejas y Rodrigo es el que gana la batalla. Más tarde los aliados toman á éste por señor y el papa le ofrece la corona de España; sin embargo, el Cid trata á este último del mismo modo que á su rey, como lo atestigua esté romance: (1).

• A concilio dentro en Roma
El Padre Santo ha llamado,
Per obedecer al Papa,
Este noble rey Fernando
Para Roma fué derecho,
Con el Cid acompañado.
Por sus jornadas contadas
En Roma se han apeado:
El Rey con gran cortesía

(1) A concilio dentro en Roma.

Al Papa besó la mano,
Y el Cid y sus caballeros
Cada cual de grado en grado.
En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo había entrado,
Do vido las siete sillas
De siete reyes cristianos,
Y vió la del rey de Francia
Junto á la del Padre Santo,
Y la del Rey su señor
Un estado mas abajo.
Fuése á la del rey de Francia,
Con el pié la ha derribado;
La silla era de marfil
Hecho la ha cuatro pedazos,
Y tomó la de su Rey
Y subióla en lo más alto.
Habló allí un honrado duque
Que dicen el Saboyano:
—Maldito seas, Rodrigo,
Del Papa descomulgado,
Porque deshonraste un Rey
El mejor y máspreciado.—
Oyendo el Cid sus razones
D'esta manera ha hablado:
—Dejemos los reyes, Duque,
Y si os sentís agraviado
Hayámoslo entre los dos;
De mí á vos sea demandado.—
Allegóse cabe el Duque,
Un gran rempujon le ha dado:
El Duque sin responder
Se quedó muy mesurado.
El Papa cuando lo supo

Al Cid ha descomulgado;
Sabiéndolo *el de Vivar*
Ante el Papa se ha postrado.
—Absolvedme, dijo, Papa,
Si no, seráos mal contado.

Este romance no es el solo en que el Cid muestra ese carácter altanero é indisciplinado que ostentó en la *Crónica rimada*. Otro que, á juzgar por su forma actual y por las descripciones de las costumbres, no es de los más antiguos, aunque su inspiracion me parece ser de una antigüedad muy remota, está concebido en estos términos:

En Santa Agueda de Búrgos
Do juran los hijosdalgo,
Le tomaban jura á Alfonso
Por la muerte de su hermano,
Tomábasela el buen Cid,
Ese buen Cid castellano,
Sobre un cerrojo de fierro,
Y una ballesta de palo,
Y con unos Evangelios
Y un Crucifijo en la mano.
Las palabras son tan fuertes,
Que al buen Rey ponen espanto:
—Villanos mátente, Alfonso,
Villanos, que no fidalgos,
De las Astúrias de Oviedo,
Que no sean castellanos;
Mátente con aguijadas
No con lanzas ni con dardos,

Con cuchillos cachicuernos,
No con puñales dorados;
Abarcas traigan calzadas,
Que no zapatos con lazo;
Capas traigan aguaderas,
No de contray ni frisado;
Con camisones de estopa,
No de holanda, ni labrados;
Cabalguen en sendas burras,
Que no en mulas ni en caballos;
Frenos traigan de cordel,
Que no cueros fogueados;
Mátente por las aradas,
Que no en villas ni en poblados;
Sáquente el corazon vivo
Por el siniestro costado,
Si no dices la verdad
De lo que eres preguntado,
Sobre si fuiste ó no
En la muerte de tu hermano. —
Las juras eran tan fuertes
Que el Rey no las ha otorgado.
Allí habló un caballero
Que del Rey es más privado:
—Haced la jura, buen Rey,
No tengais d'eso cuidado,
Que nunca fué rey traidor
Ni papa descomulgado. —
Jurado habia el buen Rey,
Que en tal nunca fué hallado.
Pero tambien dijo presto,
Malamente y enojado:
—¡Muy mal me conjuras, Cid!
¡Cid, muy mal me has conjurado!

Porque hoy le tomas la jura
A quien has de besar mano.
Vete de mis tierras, Cid,
Mal caballero probado.
Y no vengas mas á ellas
Dende este dia en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid,
Pláceme, dijo, de grado,
Por ser la primera cosa,
Que mandas en tu reinado:
Por un año me destierras,
Yo me destierro por cuatro.—
Ya se partia el buen Cid
A su destierro *de grado*
Con trescientos caballeros,
Todos eran hijosdalgo,
Todos son hombres mancebos,
Ninguno alli no habia cano,
Todos llevan lanza en puño,
Con el fierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado,
Y no le faltó al buen Cid
Adonde asentar su campo. »

Este Cid que desafía á su rey y se burla del papa, tiene tan poco respeto á los santos lugares como el Cid de la realidad: entra por fuerza en una iglesia donde habia buscado asilo un conde á quien perseguia, y saca á su enemigo de detrás del altar. En vano sería pedirle sentimientos elevados ó tiernos; quizás el Cid de la realidad no amó nunca, al

ménos es cierto que su matrimonio fué dictado por la política, no por la inclinacion; pero por otro lado nada nos autoriza á suponer que tratase á su esposa de la manera que refieren las antiguas poesías castellanas que vamos á presentar, las cuales cuentan la muerte de D. Gomez de Gormaz, padre de Jimena, y son notables por extremo, no solo bajo la relacion del estudio de las costumbres, sino tambien bajo el aspecto artístico:

Aseogada estava la tierra, que non avie guerra de nin-
[gun cabo.

El conde don Gomes de Gormas a Diego Laynes fiso
[daño

fierióle los pastores, e robóle el ganado.

A Bivar llegó Diego Laynes, al apellido fué llegado.

El enbiólos rrecebir á sus hermanos, e cavalga muy pri-
[vado.

Ffueron correr á Gormas, quando el sol era rayado.

Quemaronle el arraval, e comensaronle el andamio,

e traen los vasallos e quanto tiene en las manos;

e traen los ganados quantos andan por el campo;

e traenle por dessonrra las lavanderas que al agua estan
[lavando.

Tras ellos salió el conde con cient cavalleros fijosdalgo,
rebtando a grandes bozes a fijo de Layn Calvo:

«Dexat mis lavanderas, fijo del alcalde cibdadano,

ca a mi non me atenderedes a tantos por tantos, por
[quanto él está escalentado.»

Redro Ruy Laynes, señor que era de Faro:

»Ciento por ciento vos seremos de buena miente e al
[pulgar.]

Otorganse los omenajes que fuessen y al dia de plaso.

Tornanle de las lavanderas e de los vasallos;

mas non le dieron el ganado, ca selo querian tener por lo
[que el conde avia levado.]

E los nueve dias contados cavalgan muy privado.

Rodrigo, fijo de don Diego, e nieto de Layn Calvo,

Enieto del conde Nuño Alvares de Amaya, e visnieto del
[rey de Leon,

dose años avia por cuenta, e aun los trese non son,

nunca se viera en lit, ya quebravale el corason.

Cuéntasse en los cien lidiadores, que quiso el padre o
[que non.]

En los primeros golpes suyos e del conde Don Gomes son.

Paradas estan las bases, e comiensa a lidiar.

Rodrigo mató al conde, ca non lo pudo tardar,

Venidos son los ciento e pienssan de lidiar.

Enpos ellos salió Rodrigo, que los non da vagar.

Prisso a dos fijos del conde a todo su mal pessar,

a Hernan Gomes, e Alfonso Gomes e trajolos a Bivar.

Tres fijas habia el conde, cada una por cassar;

e la una era Elvira Gomes, e la mediana Aldonsa

Gomes, e la otra Ximena Gomes la menor.

Quando sopieron, que eran pressos los hermanos e que
[era muerto el padre,

paños bisten brunitados e velos a toda parte

(estonce la avian por duelo; agora por goso la traen).

Salen de Gormas, e vanse para Bivar.

Viólas venir Don Diego, e a recibirlas sale

»¿Donde son aquestas freyras que algo me vienien deman-
[dar.]

»Desirvos hemos, señor, que non avemos porque vos lo
[negar.]

Fijas somos del conde don Gormas, e vos le mandastes
Prissistesnos los hermanos, e tenedeslos acá. [matar.

E nos mugieres somos, que non ay quién nos anpare. «

Essas oras dixo don Diego: »No devédes a mi culpar,
peditlos á Rodrigo, sy vos los quisiere dar.

Prometolo yo a Christus, a mí non me puede pesar. «

Aquesto oyó Rodrigo, comenso de fablar:

«Mal fesistes, señor, de vos negar la verdat;
que yo seré vuestro fijo, e seré de mi madre.

Parat mientes al mundo, señor, por caridat.

No han culpa las fijas por lo que fiso el padre.

Dales a sus hermanos, que muy menester los han.

Contra estas dueñas mesura devedes catar. «

Alli dixo don Diego: »Fijo, mandatgelos dar. «

Sueltan los hermanos: a las dueñas los dan.

Quando ellos se vieron fuera en salvo, comenzaron de
[fablar:

«Quince dias possieron de plaso a Rodrigo e a su padre,
que los vengamos quemar de noche en las cassas de Bi-

[var. »

Ffabló Ximena Gomes la menor: »Mesura, »dixo,» her-
[manos, por amor de caridat.

Yrme he para Çamora, al rey don Fernando querellar,
e mas fincaredes en salvo, e el derecho vos dará. «

Alli cavalgó Ximena Gomes, tres doncellas con ella van,
e otros escuderos que la avian de guardar.

Llegaba a Samora, do la cóрте del rey está,

llorando de los ojos e pidiendo piedat.

«Rey, dueño so lasrada, e aveme piedat.

Orphanilla finqué pequeña de la condesa mi madre.

Ffijo de Diego Laynes fissime mucho mal;

prissome mis hermanos, é matóme a mi padre.

A vos que sodes rey vengome a querellar.

Señor, por merced, derecho me mandat dar. «

Mucho pessó al rey, e comensó de fablar:

«En grand coyta son mis reynos; Castilla alçarséme ha;
e si se me alçan Castellanos, fferme han mucho mal.»

Quando lo oyó Ximena Gomes, las manos le fué berrar.

•Merced, «dixo,» señor; non lo tengades a mal.

Mostrasvos he aseogar a Castilla e a los reynos otro
[tal.

Datme a Rodrigo por marido, aquel que mató a mi pa-
[dre.]

No cabe engañarse sobre el móvil de Jimena al solicitar del rey, el favor de tomar á Rodrigo por esposo; lo que la llevó á hacerlo no fué un sentimiento de admiracion romántica, sino el deseo de impedir una guerra civil; no queria á Rodrigo, pero con ese desinterés de que solo la muger sabe dar pruebas, se sacrificó, lisonjeándose de que el indómito lidiador se dulcificaría cuando conociese el motivo de su conducta; pero comprendió estos sentimientos Rodrigo? supo apreciarlos? léjos de eso, despues que Fernando lo casó con Jimena, dice:

*«Señor vos me desposaste más á mi pesar que de
grado.»*

*Mas prométolo á Cristus que vos non besse la
mano,*

*nin me vea con eya en yermo ni en poblado
fasta que venza cinco lides en buena lid en cam-
po,»*

y se vá á guerrear, á batallar y á dar tajos y cuchilladas, sin preocuparse para nada de Jimena, de quien no vuelve á hablarse más en el relato.

Hicimos mal en decir que el Cid de la poesía del siglo XII, no era más amable que el Cid de la realidad?

II.

Un caballero que sabe batirse mejor que ninguno, protector y gobernador de su rey cuando no le combate, franco y vigoroso de ánimo hasta la rudeza y la brutalidad, inaccesible á todo sentimiento de ternura y capaz de violar un lugar santo, sin escrúpulos de conciencia, tal habia sido el extraño ideal del feudalismo guerrero del siglo XII. Pero cuando los sentimientos *comenzaron* á depurarse y ennoblecerse, un héroe cuyas cualidades morales *estaban tan poco* desenvueltas, debió dejar de gustar, y entónces, por la naturaleza de las cosas un Cid más noble, más digno y más leal reemplazó al antiguo. El autor de la cancion de *Gesta* lo ha creado.

En la época en que se escribió, es decir, en el año 1200, los sentimientos caballerescos despertaban y las costumbres habian ya

ganado mucho en dulzura y nobleza. Sin embargo, las masas no eran aún capaces de concebir un héroe tal como el Cid de la *cancion de Gesta*; era necesario para esto un espíritu superior y el autor rebeló claramente estar muy encima de su tiempo. Su poema es una verdadera obra maestra; si no se encuentra en él esa manera franca y viva que encanta y atrae en los recogidos por el compilador de la *Crónica rimada*, presenta en cambio en su tono general algo grave, algo solemne y homérico. El plan está combinado con arte, y, sin embargo, es tan sencillo, tan natural que dos escritores de renombre han tomado este poema, que es casi enteramente una obra de imaginacion, por un relato histórico, y al poeta por un cronista que refiere los acontecimientos sin alterarlos en nada.

El Cid de la Cancion ha conservado algo «del antiguo Cid; es sagaz y astuto, se bate «por tener de que comer,» vive de augurios, pero por lo demás es otro hombre: es buen cristiano, en todas las coyunturas difíciles dirige ardientes súplicas al Eterno; despues de cada victoria, se deshace en accion de gracias; goza tambien de la proteccion divina; cuando transido de dolor se apresta á abandonar un pátria, el ángel Gabriel se

le aparece en sueños para consolarle y predecirle un porvenir venturoso: sirve á su patria y á un rey con entero desinterés. Alfonso ha hecho mal en desterrarle, tal es al ménos la opinion de los habitantes de Búrgos, que esclaman al verle atravesar la ciudad:

«*Dios mio que buen vasallo si oviese buen señor!*»

El Cid no acusa á Alfonso: *acha* su desgracia á los cortesanos y lejos de insultar á su rey, procura desarmar su cólera con una conducta digna y leal. Cuando sabe *que se* ha puesto en camino para *arrebatarse* sus conquistas, se las abandona diciendo que no quiere combatir contra su señor. Mientras el Cid de las poesías del siglo XII no deja de repetir á su rey que no es vasallo *suyo*, *este* aprovecha todas las ocasiones para asegurar que lo és. En cuanto consigue una victoria envia á Alfonso un magnífico regalo, y cuando el rey agradecido dá al fin su brazo á torcer y viene á visitarle á Valencia, lo recibe con la mas profunda humildad, *se* arrodilla ante él, besa el suelo que pisa y derrama lágrimas de alegría. Es un modelo de generosidad y de bondad, lo mismo con sus enemigos que con sus soldados. Cuando abandona una fortaleza conquistada, los *moros* le

despiden con lágrimas en los ojos, aseguran-
dole que sus ruegos le acompañarán por don-
de quiera que vaya, se conmueve fácilmente,
se enternece, se apiada y no considera in-
dignidad dar á conocer sus pesares. Al ver-
se obligado á abandonar el castillo de sus
padres llora y cambia palabras verdadera-
mente tiernas con Jimena en el momento de
partir á el destierro:

Antel Campeador donna Ximena fincó los ynoios amos.

Loraua de los oios, quisol besar las manos.

Merçed Campeador, en ora buena fuestes nado:

Por malos mestureros de tierra sodes echado.

Merçed ya, Çid barba tan complida.

Ffem ante uos yo e uuestra ffijas: ynffantes son e de

[dias chicas.]

Con aquestas mys duennas de quien so yo seruida:

Yo lo veo que estades uos en yda,

E nos de uos partir-nos hemos en vida.

Dand-nos conseio por amor de Sancta Maria.

Enclinó las manos en la su barba velida,

A las sus ffijas en braços las prendia:

Legolas al coraçon, ca mucho las queria.

Lora de los oios, tan fuerte-mientre sospira:

Ya, donna Ximena, la mi mugier tan complida,

Commo a la mi alma yo tanto uos queria:

Ya lo vedes que partir-nos tenemos en vida

Yo yre e uos fincarédes remanida.

Plega á Dios e a Sancta Maria, —que aun con mis manos

[case estas mis ffijas.

O quede ventura e algunos dias vida!

E uos mugier ondrada, de mi seades seruida.

El Cid de la Cancion como verdadero padre de familia, se preocupa constantemente del matrimonio de sus hijas Doña Elvira y Doña Sol: este matrimonio es su idea favorita y tambien el asunto principal del poema. Dueño de Valencia tenia ya el proyecto de elegir entre sus vasallos dos esposos dignos de ellas, cuando D. Alfonso le propuso los infantes de Carrion, Fernando y Diego.

Esto gradesco a Christus el myo sennor:
Echado fui de tierra e tollida la onor.
Con grand afan gané lo que he yo:
A Dios lo gradesco que del rey he su gracia:
E pidenme mis fijas pora los ynfantes de Carrion.

Aunque los infantes eran de elevada alcurnia y gozaban de mucha influencia en la corte, el Cid rehusó siempre aliarse con ellos por creerlos poco apropiados para labrar la felicidad de sus hijas y si consintió en la proposición del rey, fué únicamente por respeto á su soberano. El doble matrimonio se efectuó; pero los hechos vinieron á probar que la antipatía del Cid no era infundada. Los infantes de Carrion, que solo habian pedido la mano de Doña Elvira y Doña Sol por ser estas damas excelentes partidos, eran vanos, orgullosos, pérfidos y aun cobardes, como lo probaron el dia en que el leon del Cid se salió

de su jáula. He aquí esta escena que el antiguo poeta ha pintado de una manera admirable:

En Valençia seye Mio Çid con todos sus vasallos:

Con el amos sus yernos los ynfantes de Carrion.

Yazies en vn escanno durmie el Campeador.

Mala sobreuienta, sabed, que les cuntió:

Salios de la red, e nesato el leon.

En grant miedo se vieron por medio de la cort,

Enhraçan los mantos los del campeador,

E çercan el escanno e fincan sobre so senior.

Fernan Gonzalez non vió alli dos alçasse nin camara abier-
[ta ni torre.

Metios sol escanno tanto ouo el pauor:

Diego Gonzalez por la puerta salió;

Diziendo de la boca: non veré Carrion.

Tras vna viga lagar metios con grant pauor:

El manto e el brial todo suzio lo sacó.

En esto despertó el que en buen ora nació:

Vió cerçado el escanno de sus buenos varones:

Ques esto mesnadas, o qué queredes uos?

Hya, sennor ondrado: rebata nos dió el leon.

Myo Çid fincó el cobado; en pié se leuantó.

El manto trae al cuello, e adelinó pora leon.

El leon quando lo vió assi envergonçó:

Ante Myo Çid la cabeça premió e el rostro fincó.

Myo Çid don Rodrigo al cuello lo tomó,

E lieua-lo adestrando, en la red lo metió.

A marauilla lo han quantss que y son.

E tornaron-se al palacion pora la cort.

Myo Çid por sos yernos demandó e no los falló.

Mager los estan lamando, ninguno non responde:

Quando los fallaron e ellos vinieson, assi vinieron *sín color:*

Non viestes tal guego commo yua por la cort.

Mandólo vedar Myo Cid el Gampeador.

Muchos touieron por enbaidos los *ynfantes de Carrion.*

Habiendo conseguido el Cid una gran victoria sobre Bucar, los infantes que habian recibido una gran parte del botin, volvieron á Carrion, acompañados de sus esposas y de Felez Muñoz, pariente de su suegro. En Molina, el moro Abengalvon, aliado del Cid, los recibió muy cortésmente y les enseñó sus riquezas. Los infantes formaron el designio de matarlo y apoderarse de sus tesoros; pero un moro, que comprendia el español, entendió lo que hablaban y dió aviso á su dueño. Abengalvon reprochó á los infantes la traicion que habian urdido; pero por respeto al Cid, los dejó marcharse sin castigarlos como merecian. Llegado á la selva de Corpés, los infantes pusieron por obra el infame proyecto concebido antes de abandonar á Valencia. Al despuntar el dia ordenaron á todo su séquito ponerse en marchay, quedándose solos con Doña Elvira y Doña Sol, les anunciaron que, para vengarse de los insultos que habian recibido de parte de los compañeros del Cid, con motivo de la aventura del leon, las iban á abandonar en la selva: luego despojan-

abrazó y les dijo sonriendo:

*Venid de mis hijas Dios vos curie de mat
Hijo tomé el cassamiento; mas non osé de-
(zir al.*

*Plegue al Creador que en el cielo es
Que os vea mejor cassadas de aquí adelante.*

Esta súplica fué escuchada; algun tiempo despues dos caballeros de rango mucho más elevado que los infantes de Carrion, se presentaron para casarse con doña Elvira y doña Sol, era el uno infante de Aragon, el otro de Navarra: asi el padre logró que se realizase su voto más ardiente, y contento de ver á sus hijas dichosas, pudo ya morir tranquilo (1).

(1) Este último año M. Damas-Hinard ha publicado un texto muy esmerado de la Cancion del Cid, acompañado de la traduccion, una introduccion y notas. Con gran pesar mío este erudito y concienzudo trabajo ha llegado á mi poder cuando la impresion de este artículo estaba casi concluida.

III.

En la canción de *Gesta* el carácter del Cid tiene toda la dignidad y el brillo que podía darle la Edad Media: natural era que este héroe tan generoso y tan leal fuese para la nación el tipo más noble del amor, del honor, de la caballería, de la religion y del patriotismo. El pueblo que lo envidiaba á los nobles, procuró apropiárselo, ya en parte, haciéndolo descendiente de la nobleza por su padre y villano solo por su madre (1), ya por completo, suponiéndolo hijo de un mercader de trapos (2), de un molinero (3), de un labrador (4).

Los poetas posteriores no encontraron nada que añadir al carácter del Cid, y los ro-

(1) *Crónica General.*, fól. 280, col. 1 y 2.

(2) *Crónica rimada*, vs. 869 y siguientes.

(3) *Cancion del Cid*, verso 3389 y siguientes.

(4) Romance «Tres cortes armára el rey.»

manceros del siglo XVI, que no comprendían tampoco la tradición y se engañaban frecuentemente sobre el sentido de las expresiones más usuales (1), disfrazaron completamente al héroe castellano, convirtiéndolo en un galán culto y decididor, como falsearon el tipo de Jimena, suponiéndola una señora romántica y sentimental. Los monges tuvieron más acierto en la ejecución; sus leyendas se distinguen por una sencillez encantadora.

El Cid no era para todos los monges el héroe favorito, como lo fué para los nobles y aldeanos, porque en general aquellos sostenían la dignidad real contra la nobleza. Alguna vez en verdad aparecían poco respetuosos para con los reyes; el lenguaje que el antiguo poeta Gonzalo de Bercé atribuye á Domingo de Silos, cuando habla al rey García, no difiere mucho del empleado por los caballeros en los romances (2). Pero solo en circunstancias escepcionales hablan así; de ordinario estaban en favor del rey que los

(1) Hé aquí un ejemplo: en las composiciones antiguas Gomez de Gormaz es llamado «el conde lozano, el conde vigoroso, robusto,» pero los romanceros modernos han usado este adjetivo por un nombre propio, *el conde Lozano*.

(2) «Vida de Santo Domingo de Silos,» copla 127 siguientes.

prot
cláu
por
el C
mor
San
su r
su l
viol
con
ver
en
mu
No
los
Sar
de
est
do
bie
ge
sia
su
ch
Pe
ni
fol.

protegia contra la nobleza y reconstruía sus cláustros saqueados y quemados á menudo por los grandes señores (3). Sin embargo, el Cid llegó á ser el héroe favorito de los *monges* de un convento benedictino, del de San Pedro de Cardeña. Allí todo recordaba su memoria; allí se encontraba su sepulcro, su bandera, su escudo, su copa de cristal violeta, la cruz que llevaba sobre el pecho, y contenia, segun era fama, un pedazo de la verdadera cruz; uno de los cofres que dejó en prenda á los judios de Búrgos y otras muchas reliquias, más ó ménos apócrifas. No contentos con poseer el sepulcro del Cid, los monges de Cardeña, disputaron á los de San Juan de la Peña el honor de poseer el de Jimena; enseñaban hasta los huesos de esta señora, «pero *son tan grandes*, dice Sandoval, que causan miedo y parecen más bien los de un hombre que los de una muger.» Pretendieron tambien que en su iglesia reposaban el padre y la madre del Cid, sus dos hijas, su hijo Diego, su yerno Sanchó de Aragon (enterrado en San Juan de la Peña, y no casado con una hija del Cid), su nieto el rey Garcia de Navarra (enterrado

3) Véase por ejemplo á Sandoval, «San Pedro de Slonza,» fól. 37.

en la catedral de Pamplona), el obispo Gerónimo, cuyo sepulcro está en *Salamazca* y por último el conde D. Gomez de Gormaz y su esposa, parientes de Jimena, segun los romances (1). Como se vé San Pedro de Cardeña se hizo un verdadero panteon consagrado á todos los personajes, reales ó fabulosos, que habian tenido algunas relaciones con el Cid de la realidad ó el de la poesia popular; y si este número de sepulcros donde suponian que reposaban individuos enterrados en otra parte, ó que quizás no existieron nunca, no habla muy alto en favor de la buena fé de los monges, prueba al ménos que entre ellos la memoria del Cid era muy respetada, cosa que acreditaron tambien con sus leyendas.

La más antigua de éstas era la del leproso, que se encuentra en la *Crónica rimada* (2), y tambien en la *general*. (3) Hay algunas diferencias entre estos dos relatos; el autor de la *rimada* siguió sin duda la tradicion oral, y la *general* la tradicion consignada en la leyenda de Cardeña; hé aquí el fondo de estas dos narraciones.

Llegado á un vado, Rodrigo encontró á

(1) Véase Sandoval, «San Pedro de Cardeña,» al fin.

(2) Versos 577 y 579.

(3) Fóllo 281.

un leproso, embarrancado en el fango y rogando á los pasajeros que lo sacasen de allí y lo ayudasen á pasar el rio. Todos huyeron del contacto de este desgraciado; pero el *Cid* tuvo piedad de él, lo tomó de la mano, lo envolvió con su manto, lo colocó sobre un mulo y lo condujo al sitio donde iba á acostarse. Al acabar el dia lo hizo sentar á su lado y lo invitó á comer con él en la misma escudilla, mientras los otros caballeros, temerosos de que la lepra hubiese caido en sus platos, se apresuraron á abandonar la habitacion. Llegada la noche Rodrigo compartió su cama con el leproso; se acostó con él y se taparon con la misma sábana. A la media noche, Rodrigo fué despertado por un viento muy fuerte, que sintió en sus espaldas. No encontrando al leproso y habiéndole llamado en vano, se levantó y fué á buscar una luz; pero el leproso habia desaparecido. Rodrigo se volvió á acostar dejando la luz encendida; un hombre, vestido de blanco, se acercó á él y le preguntó:—¿Duermes Rodrigo?—No, respondió el caballero, no duermo: pero, quién eres tú que esparces tanta claridad y un olor tan suave?—Soy San Lázaro. Sabe que era yo el leproso á quien has honrado y hecho tanto bien por amor de Dios, y que éste quiere, para recompensarte,

que cada vez que sientas el viento de esta noche, llesves á feliz término todo lo que emprendas. Tu honor crecerá de dia en dia; moros y cristianos te temerán; serás invencible, y cuando mueras, morirás honrosamente.

Cuando se considera la aversion que los leprosos inspiraban en aquella época, en que se miraba la lepra como un castigo de Dios, es imposible dejar de admirar esta conmovedora leyenda, llena toda del espíritu del Evangelio.

No contentándose con un solo milagro, inventaron otros muchos. Un monge de Cardaña los consignó por escrito bajo el pseudónimo de Abenalfarax (1): hé aquí lo que cuenta:

Cuando el Cid tendido en su lecho, pensaba en rechazar á Bucar, hijo del rey de Marruecos, que marchaba contra Valencia con un grueso ejército, apercibió de repente una gran claridad, sintió un olor suave y vió delante de sí un hombre, con vestidos blancos como la nieve. Era San Pedro: — «Vengo á anunciarte, dijo, que solo te quedan treinta dias de vida; pero Dios quiere hacerte la merced de que tus compañeros derroten la

(1) Véase más arriba.

rey Bucar y de que áun despues de muerto, quedes vencedor en esta batalla. Dios te enviará á Santiago para ayudarte; mas antes harás penitencia de todos tus pecados; por mi amor y por el respeto que has tenido siempre hácia mi iglesia, situada á orillas del Arlanza (1), Jesucristo consiente que se cumpla lo que te pronostico.» El Cid muy alegre con lo que acababa de oir, se levantó para besar los piés del Apóstol, mas este le dijo:— «No te tomes ese trabajo porque no podrás llegar hasta mí; tén la seguridad, sin embargo, de que todo lo que te he pronosticado, se cumplirá.» Dicho esto, el apóstol se remontó al cielo.

Al dia siguiente por la mañana, el Cid reunió á todos sus caballeros en un castillo y les dijo:— «Solo me quedan treinta dias de vida, estoy seguro de ello, porque hace siete que me persiguen visiones; veo á mi padre Diego Laynez y á mi hijo Diego Ruiz, y cada vez que se me aparecen, me dicen: «Has estado mucho tiempo ahí; ven á reunirte con nosotros en la morada de los bienaventurados.» Ahora bien, sabeis que el rey Bucar viene á atacaros con fuerzas tan considerables que no podreis defender á Va-

(1) San Pedro de Cardeña.

lencia; sin embargo, con la ayuda de Dios los vencereis en batalla campal. Doña Jimena y todos vosotros os salvareis y antes de abandonaros, os diré lo que teneis que hacer.» Cuando hubo acabado de hablar se sintió malo; sin embargo fué á la iglesia de San Pedro, y á presencia de los caballeros, de las damas y del pueblo confesó todos sus pecados y errores al obispo Gerónimo, quien le dió la absolucion depues de imponerle una penitencia. Luego se despidió de todos y vuelto á entrar en el castillo, se acostó para no volver á levantarse. Cada dia se sentia más débil y cuando ya solo le quedaban siete de vida, mandó llamar á Jimena y á Gil Diaz, les suplicó que le trajesen el bálsamo y la mirra, que le regaló el sultan de Pérsia, á quien habia llegado la fama de sus expediciones. Tomó una cucharada de estas sustancias, que mezcló en una copa de oro con agua de rosas. Desde entónces no tomó otro alimento que una cucharada diaria de bálsamo y de mirra; su carne se hizo entónces más bella y más fresca, pero sus fuerzas disminuyeron por instantes.

La vispera de su muerte llamó á Jimena, al obispo Gerónimo, á Alvar Fañez, á Pedro Bermudez y á Gil Diaz, y cuando estuvieron todos reunidos alrededor de su lecho, les

habló de este modo:—«Cuando deje de vivir, lavareis muchas veces mi cuerpo y lo ungireis de la cabeza á los piés con el bálsamo y la mïrra que quedan en esos botes. Vos, doña Jimena, no griteis cuando exhale el último suspiro, é impedid á vuestras damas que lo hagan, pues conviene que los musulmanes no se aperciban de mi muerte. En cuanto llegue el rey Bucar junto á la ciudad y querais volveros á Castilla, advertídselo á vuestros soldados, exigiéndoles el secreto á fin de que no se entere ningun moro del barrio de al-Cudia, y haced cargar las caballerías con todo lo que merezca llevarse. A tí, particularmente, Gil Diaz, encomiendo este cuidado: luego colocarás mi cuerpo armado de punta en blanco sobre mi caballo Babieca, atándolo de modo que no pueda caerse y me pondrás la espada tizona en la mano: hecho esto podeis combatir al rey Bucar, seguros de vencerle, pues Dios me ha prometido que, despues de mi muerte alcanzaré una gran victoria.»

Al dia siguiente el Cid dictó su testamento y á las seis, cuando sintió su fin aproximarse, suplicó al obispo que le diese el cuerpo del señor, lo recibió con mucha unción y habiendo pronunciado una corta oracion,

entregó su alma al Eterno. Sus amigos lavaron dos veces su cadáver con agua caliente y una con agua de rosa: luego lo embalsamaron, siguiendo sus instrucciones.

Tres días después, Bucar levantó sus quince mil tiendas delante de las puertas de Valencia y colocó en la avanzadas, muy cerca de la muralla, un cuerpo de doscientas negras que llevaban la cabeza afeitada, á excepción del moño, en cumplimiento de un voto. Durante doce días los compañeros del Cid defendieron denodadamente la ciudad, y al décimo tercio, cuando hubieron preparado todo, como su jefe se lo había ordenado, emprendieron, á media noche, el camino de Castilla. La vanguardia, mandada por Pedro Bermudez, que llevaba la bandera del Cid, se componía de cuatrocientos caballeros: otros tantos quedaron cuidando de las caballerías; detrás venía Babieca, sobre cuyos lomos había colocado Gil Diaz, por medio de una máquina muy ingeniosa, el cadáver del Cid que, con el escudo al cuello, el yelmo en la cabeza y la espada en la mano, parecía vivo: la cara tenía buen color, los ojos estaban abiertos, la barba peinada con esmero.

A un lado marchaba el obispo Jerónimo, al otro Gil Diaz: cien caballeros escogidos formaban la escolta. Jimena, y sus damas,

acompañadas de seiscientos caballeros, cerraban el cortejo, que empezó á desfilarse con solemne lentitud y en profundo silencio.

En el momento de abandonar la ciudad los últimos castellanos salía el sol, y entónces Alvar Fañez, que tenia ya colocados á sus soldados en órden de batalla, cayó sobre la division más próxima á las murallas, que era la de las negras (1), y le mató un ciento antes que tuviese tiempo de armarse y montar á caballo; las demás resistieron sin embargo el ataque de los enemigos, y muy diestras en el manejo del arco, causaron gran estrago en las filas cristianas; pero muerta la que hacia de jefe emprendieron la fuga (2). Los cristianos atacaron el grueso del ejército musulman cumpliéndose entonces la prediccion de San Pedro, pues los moros se creyeron atacados por sesenta mil caballeros vestidos de blanco y mandados

(1) El conjunto del relato indica suficientemente que debe leerse *aquellas moras* en vez de *aquellos moros*.

(2) La leyenda dice sobre esta materia (general fol. 362). «La historia dice que esta negra manejaba el arco turco con una destreza maravillosa y que por esta razon la llamaban en árabe *nugueymat turya* que quiere decir: estrella de los arcos de Turquía. Parece que el legendario que presenta su trabajo como traducido del árabe, ha querido colocar una expresion tomada de esta lengua; sin embargo no la comprendo porque *Nugueymat Alzuraya* no significa estrella de los arcos de Turquía, que en todo caso seria un contrasentido, sino la pequeña estrella de las pleyadas.

por un hombre de elevada estatura, montado sobre un caballo blanco, un estandarte del mismo color en la mano izquierda y una reluciente espada en la derecha.

Espantado de este extraño espectáculo, emprendieron la fuga y mientras la retaguardia del ejército cristiano hizo alto en una gran llanura, las tropas de Alvar Fañez y Pero Bermudez persiguieron á los moros, obligándolos á embarcarse con tanta precipitacion que se ahogaron diez mil. Saqueado el campamento enemigo, los vencedores se unieron á sus compañeros y continuaron juntos su camino á Castilla en pequeñas jornadas. Llegado á San Pedro de Cardeña, en vez de dar sepultura al cadáver, lo colocaron en una silla de marfil á la derecha del altar, con la cabeza apoyada sobre una almohada de púrpura y cubierto el cuerpo con un traje de la misma tela: la mano izquierda del Cid descansaba en su espada tizona y la derecha en los flecos de su manto: sobre el cadáver se elevaba un magnífico dosel con sus armas y las de Navarra y Castilla. El abad D. García Tellez y Gil Diaz fundaron un aniversario y, cada vez que se celebraba, vestían y alimentaban un gran número de pobres. En el dia en que se festejaba el séptimo aniversario, hallándose desierta la igle-

sia por no caber la numerosa multitud que á ella concurría, y en la que abundaban los moros y judíos, el abad se vió precisado á dirigir su voz á los fieles en la plaza pública. En esta ocasion entró un judío en la iglesia para ver al Cid y encontrándose solo en ella, dijo para si: he aquí el cadáver de este Rodrigo Diaz á quien nadie tocó la barba durante su vida; voy á tirarle de ella á ver lo que sucede; veamos si me hace algo. Mas, cuando iba á ejecutar su designio, Dios envió su espíritu al Cid y entonces la mano derecha del cadáver empuñando á Tizona la sacó un palmo fuera de la vaina. El judío cayó de espaldas dando gritos espantosos; el abad interrumpió su sermon y, precipitándose en la iglesia, seguido de sus oyentes, encontró al judío tendido en las losas sin conocimiento, y fijando los ojos en el cadáver, notó que la mano derecha habia cambiado de postura. El judío á quien volvieron á la vida rociándole la cara con agua, refirió el milagro que habia presenciado, y profundamente conmovido se convirtió á la fé.

A los tres años el cadáver comenzó á entrar en putrefaccion y lo enterraron; el féretro fué mudado de sitio en diferentes ocasiones y en la última, en 1541, lo abrieron

Un olor suave se esparció pronto alrededor y hallaron al lado del cadáver, envuelto en un vestido morisco, una lanza y una espada. Sufrian una gran sequía en aquella época y de muy atrás se venian haciendo rogativas para que lloviese, y en cuanto el sepulcro fué destapado, empezó á caer una abundante lluvia en toda Castilla, no obstante hacer mucho tiempo que no caia una gota de agua en algunos distritos: este milagro salvó al país del hambre.

A medida que pasaban los días, el Cid iba ganando opinion de santo en la conciencia popular: los soldados procuraban pedaxos de su ataud, creyéndolos poderosos preservativos contra los peligros de la guerra; faltábale solo la canonizacion en forma y *esta* la reclamó Felipe II. Los acontecimientos de la época obligaron al embajador español á abandonar á Roma de improviso, y las negociaciones quedaron interrumpidas. Es, sin embargo, digno de llamar la atencion que fuera el sombrío y austero Felipe II quien pidiese que se colocara el Cid en el catálogo de los santos: al Cid mas musulman que católico y que aún en su tumba llevaba un vestido árabe; al Cid á quien el poderoso monarca hubiese hecho quemar por sus iniquidades como herético y sacrílego, si hubiera vivido bajo

su reinado; al Cid á quien la nacion idolatrababa por considerarlo el campeon de la libertad, de esa libertad que Felipe supo ahogar en España

l
e
-
y
l
e
lo
jo

ESTRACTOS
DEL
SIRADJ-AL-MOLUC.

Ya tuvimos antes ocasion de hablar del manual para uso de los principes, compuesto por Tortochi en el año 1122 (1) con el titulo de Siradj-al-moluc, y como este libro contiene muchas narraciones interesantes para la historia de España, hemos traducido las mas importantes colocándolas en orden cronológico.

(1) Véase el catal. de los man. or. de Copenhag. II página 109.

I.

UN CAMPEADOR EN EL EJERCITO DE ALMANZOR.

«He aquí lo que me ha contado mi señor el cadi Abu-l-Walid Bâdji.

«Un dia, estando Almanzor en campaña, percibió desde lo alto de una colina á su derecha y á su izquierda, delante y detrás de si, tropas musulmanas que llenaban llanuras y montañas. Dirigiéndose entonces al general llamado Ibn-al-Mochafi: le dijo, y bien, visir, que tienes que decirme de ese ejercito? Digo que es grande y numeroso, respondiò: Ibn-al-Mochafi. Y no crees como yo que podrian sacarse con facilidad de el unos mil valientes? Pero viendo que el general permanecia callado le preguntó Almanzor: por qué no contestas á lo que te pregunto? Dudas qui-

zás que halla entre esas tropas mil valientes? Si que lo dudo, dijo entonces Ibn-al-Mochafi. Sorprendido con esta respuesta, Almanzor se calló algunos instantes, pasados los cuales, dijo: Pero por lo menos habrá quinientos.—Nó—Pues bien, dijo Almanzor, que ya comenzaba á incomodarse, dejemoslo en ciento.—No, no hay tantos.—Habrá cincuenta?—Nó.—Tú eres un imbécil, gritó entonces Almanzor, montando en cólera, quítate de mi vista y que no te vuelva á ver.

Luego que las tropas llegaron al *rión del* territorio cristiano y se encontraron frente al enemigo, un cristiano armado de punta de blanco, salió caracoleando con su caballo entre los dos ejércitos y gritó: Hay por ahí un mobariz? (1) Un musulman salió á su encuentro; pero fué muerto enseguida con gran contento de los politeistas que prorumpieron en gritos de alegría. Otro y otro despues sufrieron la misma suerte: entonces dijeron á Almanzor: Solo Ibn-al-Mochafi puede libertarnos de ese hombre. Habiéndole hecho venir, Almanzor le rogó que castigase la arrogancia del cristiano. Ibn-al-Mochafi fué entonces á bus-

(1) Es decir un campeador, véase mas arriba p. 76 y siguientes.

car á un soldado de las fronteras. Tenia este una facha desastrada y montaba un caballejo lleno de mataduras. En el arzon de la silla, llevaba un odre. Cuando Ibn-al-Mochafi le suplicó que llevase á Almanzor la cabeza del cristiano, fué á depositar el odre en su tienda, hecho esto, se vistió la coraza y saliendo al encuentro del enemigo, hizo rodar su cabeza á los pocos instantes á los pies de Almanzor. » Este si que es un mozo, dijo entonces Ibn-al-Mochafi. Asi es como entendia yo el valor cuando os dije que en vuestro ejército no habia mil, ni quinientos, ni ciento, ni cincuenta, ni veinte, ni aun diez guerreros valerosos. Almanzor volvió al general á su gracia y le colmó de honores.

Como este relato es parecido al que tradujimos antes, página 66 y 68, hemos creído conveniente reducirlo algo. El general de que aquí se trata parece ser el visir Hichâm, sobrino del primer ministro Djafar-Muchafi, general en jefe de la caballería (1), que en el año 977 se atrajo el descontento de Almanzor, porque adelantándose al grueso del ejército, que volvia de una expedicion contra los leoneses, fué á mostrar en Córdo-

(1) Vease á Ibn al-Abbár en mis *Noticias*.

ba una porcion de cabezas cortadas por otros. Encolerizado Almanzor juró castigarlo, y pocodespues, en Marzo de 978, lo mandó prender y á todos sus parientes, haciéndole matar sin forma de proceso (1), en cuanto llegó á la prision de Estado en Zahra.

(1) Véase á Ibn-Adhâri, t. II, p. 225. — Maccari, t. III, página 62.

II

UN FAQUI TOLERANTE.

«En tiempo de Almanzor Ibn-abî-Amir, ocurrió en Córdoba un caso extraño: un tal Cásim Ibn-Mohammed-Sonbosi fué (3) acusado de impiedad, y Almanzor le hizo prender con otros literatos, pertenecientes á las clases más distinguidas de Córdoba, sospechosos tambien de libertinaje y ateismo. Mucho tiempo permanecieron en los calabozos; todos los viérnes, terminado el servicio, los ponian á la puerta de la mezquita principal y el pregonero gritaba:—«Que vayan á declarar todos los que sepan algo contra estos hombres.» Presentáronse algunos testigos y el cadí pudo presentar contra Cásim una

(3) En el *Lobb-al-lobab* se halla el nombre relativo Sinbisi; pero el man. *a* trae *alsunbisi* y el man 354 *b* *alsunbusi*. En el man 70 se halla *alsanbisi*.

denuncia, autorizada por gran número de firmas, en que se le *acusaba de materialismo* é incredulidad. Llevada á palacio, convocados los faquíes y preguntados acerca de su opinion, declararon que el reo merecia la última pena. Dada esta sentencia ó decreto, á que los árabes llaman *fetfa*, se mandó comparecer á Cásim, el cual se presentó acompañado de su padre y de sus dos hijos pequeños, vestidos todos de riguroso luto. El anciano, que no podia andar, hacíase conducir en litera llevada por dos hombres y todos lloraban delante de la puerta del palacio; hicieron luego venir al verdugo, llamado Ibn-al-Djondí y le dieron muchas espadas, y mientras las probaba y los niños y su abuelo tenian clavados los ojos en él, vióse llegar al faquí Abu-Omar (1) *Ibn-almæwà* el sevillano, que venia contra su gusto, habiendo rehusado largo tiempo formar parte del tribunal. Invitado á que emitiese su juicio, dijo:—Una sentencia de muerte no debe darse sino por pruebas tan convincentes que

(1) En vez de Abu-Omar, los tres manuscritos de que nos hemos servido traen Abu-Amr; pero esto es una falta. Abu-Omar Ahmed-Ibn-Abdalmelic ibn-Háchim el sevillano, conocido por el nombre de Ibn-Al-Mæwa, escribió por orden de Almanzor un libro sobre las decisiones de Málic (véase *Homaídí*, man. de Oxford, f. 56 v., 57 r. y *Maccari*, t. II, p. 417).

no dejen duda alguna acerca de la existencia del crimen por que se aplica: suponéos que en vez de Ibn-as-Sonbosí, se tratára de una gallina; con qué derecho la matariais?— Más, replicó el cadí Ibn-as-Sarí, (2) aquí, está la lista de los testigos, que he examinado detenidamente, replicó el cadí, — Enseñádmela; dijo entónces el faquí, y cuando la vió, decidme, continuó: en virtud de qué declaraciones creéis que el acusado debe ser condenado á muerte? — Por esta, por aquella y por la de más allá, replicó el cadí, y señaló cinco. — Condenais entónces al acusado al último suplicio porque hay contra él cinco declaraciones? — Sin duda. — Y si no hubiese más que dos, qué hariais? — Lo absolvería; pero como hay muchas, las unas apoyan á las otras; y además me consta que la mayor parte de los testigos son personas fide dignas. — Dirigiéndose entónces al tribunal le preguntó Ibn-al-Macwâ: — Creéis que porque haya un cierto número de *columnas* debe derramarse la sangre de los musulmanes? por mi parte no lo creo: no opino, pues, que debe morir el acusado. — Los faquíes se

(2) Este nombre es dudoso. He seguido el man. 70, pero el man. 354 a trae Ibn-al-scharquí y el man. 354 b Ibn-al-scharúfi.

fueron pasando poco á poco á su partido, y, seis meses despues, declararon inocente al que antes habian condenado. Los demás acusados quedaron tambien en libertad y la espada volvió de nuevo á la vaina.

«Cuando los faquies informaron á Almanzor de lo que habian resuelto, éste les dijo:— Al absolver á Ibn-as-Sonbosi *habeis entevado* al cadí. Deber nuestro es mantener la religion, y no podemos conservar la vida á un hombre que le gusta derramar sangre. Llevaron al cadí á la cárcel y lo soltaron á los pocos dias. —En adelante, el faquí Ibn-Dhacwân les decia con frecuencia, cuando os pregunten por qué sabeis que hay Dios, podeis responder como el otro á quien se hizo la misma pregunta: lo sé porque ha desbaratado mis planes »

«La expresion de *columnas* empleada por el faquí hablando al tribunal, significa testigos. Dos solos nada prueban contra un acusado; pero segun el faquí, tampoco las declaraciones conformes de muchas personas, tienen ningun valor.»

III.

CONVERSACION DE MOSTAIN DE ZARAGOZA CON UN HERMITAÑO DEL MEDIODIA DE FRANCIA.

En el país de los rumies que confina con España, habia un cristiano retirado del mundo, que vivia en las montañas y hacía largas peregrinaciones. Este hombre, como digo, llegó un día á donde estaba Mostain Ibn-Hud (1) quien lo trató con muchas consideraciones y cogiéndolo de la mano le enseñó los tesoros que poseia, es decir, su oro, su plata, sus perlas, sus rubíes, etc., así como también las jóvenes de su harem, sus guardias,

(1) Es dudoso si se trata aquí de Mostain I ó de Mostain II. Sin embargo, como el autor en un pasaje que traduciremos más adelante, designa á Mostain II con el nombre de al-Mustain al-saguir, creemos que en este sitio se trata de Mostain I, fundador de la dinastía de los Beni-Hud, (1039-1046).

sus soldados, sus caballerías y sus raras. Pasados algunos días dijo el rey:—*Y bien, qué te parece mi reino?*—*Hermosísimo!* le respondió el cristiano: pero me parece que le falta una cosa, tal, que *añadiéndosele* quedaría perfecto: y sin la que no es más que un engaño.—*¿Que cosa es esa?*—Hacer un techo tan grande que cubriera todo vuestro reino y tan fuerte que no dejara llegar hasta vos el ángel de la muerte.—*¡Dios mio, eso es imposible!*—Por qué os alabais entónces de poseer lo que mañana se os puede escurrir de entre las manos?—El que cifra su gloria en cosa perecedera se asemeja al que cree poseer á el fantasma que ha visto en sueños.

IV.

RAMIRO I DE ARAGON.

«En cierta ocasion Moctadir-Ibn-Hud, salió de Zaragoza, ciudad fronteriza de España (árabe) para ir á combatir al tirano Rademiro, (1) príncipe de los cristianos. Cada uno de ellos reunió todas las tropas de que pudo disponer, y cuando los dos ejércitos estuvieron á la vista, acamparon y se pusieron en órden de batalla. Una gran parte del dia duró el combate, tocando la peor parte á los musulmanes que fueron derrotados con gran pesar de Moctadir, quien llamó entonces

(1) Tortochi escribe constantemente *Rademilo* en vez de *Rademiro*, y esta firma se encuentra tambien en otros autores p. ej. en una carta de Ibn-Tâhir, copiada por Ibn-Jâcân. Los árabes sustituyen á menudo la l á la r, y en el dialecto galaico estas dos letras se permutan constantemente; así se lee siempre en la *Crónica General*, donde algunas particularidades de este idioma se han conservado, *clalo* por *claro*.

á un musulman, llamado Sadáda, el más perito de todos los guerreros de la frontera.—Qué os ha parecido esta batalla? le preguntó.—Muy desgraciada, le respondió; pero todavía tiene un remedio, y dicho esto se fué. Como iba vestido como los cristianos, y por vivir en las cercanías y estar en continua relacion con ellos, hablaba su lengua perfectamente, pudo penetrar en el ejército de los infieles y acercarse á Rademiro, que armado de punta en blanco, tenia calada la visera de modo que solo se le veian los ojos. Sadáda aguardó la ocasion y le dió un lanzazo en un ojo. Ramiro cayó en el suelo boca abajo y Sadáda empezó á dar grandes voces diciendo en romance: —«Cristianos, el rey ha muerto.» Estendiéndose el rumor de la muerte de Ramiro entre los soldados, se pusieron en fuga y se dispersaron. Así permitió el Todopoderoso que los musulmanes obtuvieran la victoria en aquella ocasion.

Creemos que en este pasaje se trata de la batalla de Grados, dada en 1063, de la que hablan tres crónicas españolas. En el fragmento histórico sacado del cartulario de Alaon (*Esp. Sagr.* t. XLVI, p. 327) se lee: «Qui (Ranimirus) cum nobiliter regeret terram, occisus est a Mauris in bello apud Grados.» En una necrologia (*ibid.*, p. 344):

«Dum strenue reget regnum suum, interfectus est a Mauris in obsidione Gradus.» Y en los *Anales Toledanos* I: «Murió el rey don Ramiro en Grados. Era MCI.» (1063 de J. C. Creemos, sin embargo, que estos cronistas engañados por un falso rumor, afirmaron que Ramiro murió en esta batalla, pues, á nuestro parecer, el rey solo fué herido, (Tortochi no dice otra cosa), aunque de tanta gravedad que se vió obligado á abdicar en favor de su hijo Sancho. Nada, pues, tiene de extraño que hallándose ya en esta época viejo y valetudinario, (en un privilegio de Leiden en el año 1058 se llama *senex* y tres años más tarde, cuando hizo su testamento en San Juan de la Peña, estaba enfermo) (1) tuviera su herida consecuencias fatales, y que en adelante no se encontrara en estado de gobernar su reino. Por eso vemos que Sancho reinaba aún en vida de su padre, que murió el 8 de Mayo de 1063, como resulta de su epitáfio que está en la sacristía de San Juan de la Peña; pues aún cuando no puede leerse el año ó la era, se lee claramente: «Hic requiescit Ranimirus Rex, qui obijt VIII Idus Maij die V feria.» Ahora bien; co-

(1) Briz Martinez publicó este testamento «Historia de San Juan de la Peña, p. 438 y 439.

mo los *Anales Toledanos I* y la *antiguarónica* de Ripoll (1) fijan la muerte de Ramiro en el año 1063, y en este año el 8 de Mayo caía realmente en juéves, es seguro que Ramiro murió en la época en que hemos dicho.

Por otra parte, tres cartas del rey de Navarra, Sancho de Peñalen, fechada una en 13 de Febrero de 1063 y las otras en 8 del mismo mes y año, citan entre los reyes de la época, no á Ramiro, sino á su hijo Sancho que reinaba ya en Febrero, tres meses antes de morir su padre (2). En 1061, cuando Ramiro hizo su segundo testamento, no tenia aún la intencion de abdicar, puesto que dijo en él: «Si Dios me devuelve la salud y conservo la vida, quiero poseer mis tierras y mis reinos para servir á Dios, como las he poseido hasta aquí.» Pero herido gravemente por Sadáda se vió obligado á ceder la corona á su hijo.

El error de los cronistas se explica fácilmente; Ramiro abdicó inmediatamente despues de la batalla de Grados (que creemos debe fijarse en el mes de Enero de 1063) y murió cuatro meses más tarde.

(1) *Apud.* Villanueva «Viaje Literario,» t. V, p. 245: «1603. ob Ranimirus Rex.»

(2) Compárese Moret, «Anales de Navarra,» t. I, p. 744, 748; «Investigaciones,» p. 494 y 495.

Tambien debemos observar que el autor de los *Gesta Roderici* se equivocó al asegurar que Rodrigo Diaz (el Cid) asistió á la batalla de Grados, «donde el rey Sancho (de Castilla) combatió á Ramiro, rey de Aragon, lo venció y lo mató. Ya hizo observar el sábio y juicioso Moret que Sancho de Castilla, que comenzó á reinar en 1065, dos años despues de la muerte de Ramiro, no pudo combatirlo, y además que solo se trata de esta guerra en crónicas relativamente modernas, tales como la *General* y la historia del monge de San Juan de la Peña, no hallándose mencionada en Rodrigo de Toledo y Lúcas de Tuy que hablan muy despacio de Sancho de Castilla.

V.

BATALLA DE ALCCRAZ.

En 1094, el rey Sancho de Aragon asediaba á la ciudad de Huesca, perteneciente al rey de Zaragoza, cuando fué herido de muerte por una flecha; mas, antes de exhalar su último suspiro, tuvo aún el tiempo bastante para hacer jurar á sus dos hijos Pedro y Alfonso, que habian de continuar el sitio hasta que se rindiera la ciudad; así se lo prometieron y cuando su padre murió resolvieron no enterrarlo hasta que se entregase Huesca. El sitio duró aún dos años y medió. Sin embargo, Mostain II, habia pedido auxilio á Alfonso VI, que le envió un cuerpo de tropas mandado por García Ordoñez, conde de Nájera. Reunidas éstas á las de Zaragoza se pusieron en marcha para obligar á los aragoneses á levantar el sitio. Entónces, temeroso Pedro de que el cuerpo

de su padre cayese en manos de los infieles, lo hizo llevar al convento de San Victoriano, y habiendo orado fervorosamente, el mártir le reveló que conseguiría la victoria (1). La batalla se dió en Alcoraz, cerca de Huesca, en el camino que lleva á Zaragoza: Tortochi habla de ella en los siguientes términos:

«Cuando Mostain II fué á combatir al tirano cristiano Ibn-Rademiro, cerca de Huesca, uno y otro ejército eran casi iguales en número; cada uno contaba cerca de 20.000 hombres: un soldado que presencié la acción me ha referido lo que sigue (2): En el momento de ir á empeñarse el combate, el tirano Ibn-Rademiro dijo, dirigiéndose á uno de sus guerreros, á quien consideraba mucho por su sagacidad y pericia militar; «quisiera que me dijese cuantos valientes hay en el ejército musulman, quiero decir, de esos guerreros que nosotros conocemos tan bien como ellos nos conocen á nosotros; infórmate de los que lo saben y vuelve á decirme los nombres de los que es-

(1) *Annales complut: Anales Toledanos I*, (bajo una fecha falsa), *Gesta Comitum Barcinonensium*, C. 19: Rodrigo de Toledo, VI, c. I. (donde debe leerse «in monasterium,» como se encuentra en los *Gesta Com. Barc.*)

(2) Habiendo abandonado Tortochi la España doce ó trece años antes de la época de que se trata, es en Asia ó en Egipto donde debió encontrar los soldados cuyas palabras refiere.

tán y de los que no están. «Marchó aquel y á su vuelta le nombró siete guerreros. «Bueno, dijo entonces Ramiro; contemos ahora los nuestros.» Se contaron ocho nada más. Alegre y sonriente exclamó el tirano (1); «que hermoso dia se prepara!» Trabado el combate, los dos ejercitos pelearon con igual tenacidad, no hubo quien volviera *la espada* al enemigo, nadie abandonó su puesto, y la mayor parte, se dejó matar en una y otra fila, sin que un solo soldado se pusiese en fuga, mas, á eso de las cuatro de la tarde, los enemigos, que nos venian observando hacia algun tiempo, nos cargaron todos á la vez y habiendo penetrado en nuestras filas, las rompieron y nos separaron en dos cuerpos. De este modo nos fué imposible resistir, y tras un corto combate, que acabó desventajosamente para nosotros, nuestros generales aconsejaron al sultan que se salvase; entonces nuestro ejército quedó derrotado, dispersos los nuestros y el enemigo se apoderó de Huesca.»

Se dió esta batalla el mártes 18 de No-

(1) Tortochi pone este relato para manifestar que el éxito de las batallas depende siempre de la bravura de un escaso número de guerreros; quizás hubiera podido escoger un ejemplo mas visible, porque en adelante no vuelve á hablar mas de los ocho héroes aragoneses.

viembre de 1096 (1). Si hemos de creer á la crónica de San Juan de la Peña, García Ordoñez cayó en mano de los vencedores; su cautiverio sin embargo no pudo durar mucho, pues el 19 de Mayo de 1097, acompañó á Alfonso VI en su viaje á Zaragoza (2). Huesca por lo demás, no se entregó á Pedro sino ocho dias despues de lo batalla, el 25 de Noviembre.

(1) «Annales Comptutenses,»

(2) Véase Moret «Annales de Navarra» t. II P. 63, col. 2.

VI.

UN ESCOBAR MUSULMAN.

«Un faquí de Córdoba llamado Ibn-al-Hasâr tenia por vecino á un cristiano que le prestaba muy buenos servicios por lo que le decia muy amenudo: «que Dios te conserve la vida muchos años y tenga cuidado de tu persona; que dé frescura á tus ojos;—Lo que te alegra me alegra á mi tambien, lo juro.—Ojalá que mi última hora llegue antes que la tuya.» Nunca le decia mas que esto, pero el cristiano estaba muy contento; en cambio los musulmanes tuvieron que decir, y algunos censuraron al faquí porque hacia votos en favor de un infiel. «Lo que digo no es lo que parece, respondió aquel, Dios sabe lo que digo. Al decir al cristiano: que Dios te conserve la vida muchos años y que tenga cuidado de tu

persona le deseo que Dios le conserve la vida para que pague la capitacion; y *tener cuidado* de su persona significa en mí boca, el cuidado de castigarlo. Al decirle Dios dé frescura á tus ojos, le deseo que Dios detenga el movimiento de sus pupilas (1), cuando le digo lo que te alegra me alegra, quiero decir que la salud es para mí un bien tan precioso como para él; y por último, al decirle ojalá que mi última hora llegue antes que la tuya, le pido á Dios que me haga entrar en el paraíso antes que á él en el infierno.»

(1) El verbo *acarra* significa no solo refrescar sino tambien detener; la frase *acarra Allah ainaca* (que Dios de frescura á vuestros ojos) puede significar tambien que Dios detenga (el movimiento de) vuestros ojos.

LOS NORMANDOS EN ESPAÑA.

Los invasiones de los piratas escandinavos en la península ibérica han llamado desde hace mucho tiempo la atención de los historiadores. Mr. Werlauff, sábio dinamarqués, publicó hará unos veinte años en las «Obras de la Sociedad de anticuarios del Norte» (1) una disertacion sobre la materia que nos ocupa, disertacion que sirvió de base á la obra publicada en 1544 (2) por el escritor aleman Mr. Mooyer. Mr. Kruse, profesor de la Universidad de Dorpat, reunió en un libro, editado por él en 1851, con el título

(1) *Annaler for Nordisk Oldkyndighed*, años 1836-7, p. 18-61.

(2) *Die Einfalle der Normannen in die pyrenaische Halbinsel. Eine grosztheils aus dem Danischen übersetzt Zusammenstellung der darüber vorhandenen Nachrichten.* Münster et Minden.

lo de *Chronicon Nortmannorum* (1), los textos latinos referentes á la invasion de 844 y á la de 859, la primera de las cuales ha sido tratada tambien por el erudito secretario de la Academia de San Petersburgo, el Sr. Kunik, en una obra que vió la luz pública en 1845.

(2) Privados, desgraciadamente, estos sábios de los textos arábigos más extensos y curiosos, á escepcion de los dos pasajes de Rodrigo de Toledo en su *Historia Arabum* y de las no muy exactas noticias que han podido hallar en autores tales como Conde y Cardona, fuerza les ha sido contentarse con lo que acerca de esta materia traen Ahmed-Ibn-abi-Yacub, Abulfeda y Maccari y Nowairi, siendo el Sr. Kunik el único que cita estos dos últimos autores, con referencia á la traduccion del Sr. Gayangos, no siempre tampoco al abrigo de la critica. Nowairi, p. ej. dice que los Normandos fueron á Niebla,

(1) *Chronicon Nortmannorum, inde ab. a. 777 usque ad. a. 879, ad verbum ex Francicis, Anglosaxonicis, Hibernicis-Scandinavicis, Slavicis, Serbicis, Bulgaricis, Arabicis et Byzantinis annalibus repetitum.* Hamburgo y Gotha. (Véase p. 158-164, 255-256.) A pesar de su pomposo titulo, esta recopilacion dista mucho de ser completa y aún los textos más comunes faltan en ella.

(2) *Die Berufung der Schwedischen Rodsen durch die Finnen und Slawen*, t. II, p. 285,-320.

donde se apoderaron de una galera (1), y el autor español tomando un nombre comun por uno propio, ha traducido: «Fueron á Lesla y se apoderaron de Chineba.»

Creemos conveniente, por tanto, dar á conocer aquí aquellos pasajes más importantes que hemos recogido en los autores árabes, relativos á las invasiones de los piratas escandinavos en la península, y los referentes á las expediciones á España que hicieron los normandos afrancesados (de Normandía), expediciones que influyeron acaso en la poesia francesa de la Edad Media.

(1) *Zam djaraja al-madjus ali labalat fasabu selija.*

I.

INVASION DE 844.

Hacia ya cincuenta años que los piratas escandinavos, aventurándose en frágiles barquichuelos en los mares de Europa, y saqueando é incendiando las ciudades y ricas abadías en donde quiera que desembarcaban, habian sembrado el espanto en la Frisa, en Holanda, en las islas británicas y en Francia. Ni un solo pueblo, despues de la sangrienta batalla de Fontenai, donde pereció la flor de los guerreros francos, y del repartimiento de la estensa monarquía de Carlo Magno entre los hijos de Ludovico Pio, ni un solo pueblo se atrevia ya á resistir á los paganos, á los llamados lobos, á las feroces bandas de Hasting y de Bjærn, Costilla de Hierro.

El mismo año de la batalla de Fontenai,

Rouen fué quemado por los piratas: Tours escapó por milagro y en Nantes el obispo y su rebaño fueron degollados dentro de la catedral.

Tocóle entónces el turno á España. El año 844, una escuadra normanda que salió del Garóna, despnes de llegar hasta Tolosa, fué arrojada por una tempestad á las playas de Astúrias. Los piratas saquearon la costa cercana á Gijon, y luego desembarcaron en el antiguo faro, llamado hoy Torre de Hércules, y entónces Farum Brigantium (cerca de la Coruña) (1); mas no consiguieron llevar adelante sus extragos, porque el rey Ramiro I envió contra ellos tropas que los obligaron á retirarse y les quemaron setenta barcos.

Fracasada su tentativa contra Astúrias y Galicia, los normandos se dirigieron al Mediodía para atacar las posesiones musulmanas. Los árabes de España habian tenido ya relaciones con los normandos, pero amistosas hasta entónces; pues segun el *relato de Ibn-Dihya*, copiado por *Maccari* (2), *Abderraman I* envió, por el año 821, un embajador á un rey normando. Era este embajador el poeta Yahyá Ibn-Hacám, apellidado en su ju-

(1) Compárese *Esp. Sagr.* t. XIX, p. 13 y siguientes.

(2) Tomo I, p. 630 y 631.

ventud Gazal (gacela) por su belleza: hábil y galante diplomático supo conquistarse en Constantinopla el favor de la emperatriz, manifestándose su entusiasta admirador, y ganarse las simpatías de la esposa del rey normando (1) con sus ocurrencias y lisongeros versos. Por lo demás, el autor árabe no nos indica la causa que movió á Abderraman á enviar una embajada al rey normando. Mr. Kunik, discurriendo sobre este hecho, congetura con bastante acierto que las intenciones del sultan, á la sazón en guerra contra Francia, serian escitar contra esta nación á los piratas escandinavos; mas sea de esto lo que quiera, es lo cierto que en esta ocasión los sectarios de Mahoma, en vez de comerciar con los sectarios de Odin y de hacer versos en honor de sus reinas, se vieron obligados á combatir con ellos; tarea que les fué mucho más difícil, como lo probarán los pasages que vamos á traducir. Hé aquí uno de Nowáiri:

RELATO

DE LA INVASION DE LOS POLITEISTAS EN LA
ESPAÑA MUSULMANA.

En el año 230 (18 de Setiembre 844-6 de

(1) En el texto árabe es llamada *Tud*, palabra en que M. Kunik (página 291) ha creído reconocer el nombre germánico *Theoda*.

Setiembre 845) los madjus (los paganos) que ocupaban la parte mas lejana de España (5) invadieron el país de los musulmanes, apareciendo por primera vez en Lisboa, en Dhul-hiddja del año 229 (20 de Agosto-17 de Setiembre 844) permaneciendo en ella trece dias, durante los cuales libraron muchos combates con los sarracenos. Luego fueron á Cadiz y de allí á la provincia de Sidona (6) donde se dió tambien una gran batalla, estableciéndose el 8 de Moharrâm (5 de Setiembre) á doce parasangas de Sevilla. Los mahometanos salieron entonces á su encuentro y el 12 del mismo mes fueron derrotados, sufriendo grandes pérdidas: los madjus acamparon á dos millas de Sevilla: los habitantes de esta ciudad salieron contra ellos y los combatieron; pero el 14 (1.º de Octubre) quedaron derrotados, pereciendo un gran número y cayendo muchos en manos de los madjus que no perdonaron ni á las acémilas. Entrados por fin en

(5) Debemos perdonar á un escritor egipcio esta expresion inexacta. Novairi hubiera podido decir que los Normandos vivían en Francia porque en aquel tiempo pasaban el verano haciendo algaras en aquel país y el invierno en las islas que prolongan su costa.

(6) Sidona es siempre entre los árabes el nombre de una provincia; solo autores mal informados, como Ihu-al-Hacâm, (p. 4, ed. Jones) hacen de él un nombre de lugar.

la ciudad los vencedores permanecieron en ella un día y una noche y se volvieron á sus barcos; pero, cuando vieron llegar el ejército de Abderraman II, se apresuraron á salirle al encuentro. Los musulmanes resistieron la acometida y trabado el combate, murieron setenta politeistas, huyendo los demás y volviendo á embarcarse, sin que aquellos se atrevieran á perseguirlos.

«Abderraman envió despues otro ejército contra ellos, empeñándose una batalla muy reñida en que los sectarios de Odin se batieron en retirada. El 2 rebí 1.º (17 de Noviembre) el ejército musulman se puso en persecucion de ellos y con los refuerzos que de todas partes les llegaban, los atacó de nuevo, estrechándolos por todas partes; los normandos huyeron entonces perdiendo unos quinientos hombres, y cuatro buques que fueron quemados, despues de sacarse de ellos cuanto contenian (1). Los madjus fueron luego á Niebla, donde se apoderaron de una galea, y estableciéndose en una isla cerca de Coria (2), se repartieron el botin. Los mu-

(1) Si se compara con este relato el de Ibn-Adhári, se verá que Nowáiri habla aquí de una batalla dada en la provincia de Sidona.

(2) No nos atrevemos á asegurar que Nowáiri no se equivocase al escribir este nombre, pero es claro que se trata de una isla cercana á Huelva.

sulmanes remontaron el río (1) para atacarlos y les mataron dos hombres: los normandos entonces, poniéndose nuevamente en marcha, invadieron la provincia de Sidona, apoderándose de muchos viveres y cogiendo muchos prisioneros; pero, á los dos dias de su vuelta, los barcos de Abderraman arribaron á Sevilla, y á su aproximacion huyeron á Niebla, cuyo pais saquearon, cogiendo prisioneros: hecho esto, se dirigieron á Osonoba (2) y de allí á Béjar; retirándose á Lisboa y abandonando las costas de España, con lo que no se volvió á oír hablar mas de ellos y el país se tranquilizó.

Escuchemos ahora á Ibn-Adhari, página 89, 91 de nuestra edicion. Refiriendo este autor la invasion de los normandos cita dos libros *el Bahdjâ an-nafs*, que me es desconocido, y *el Dorar al-Calayîd*, es decir *el Dorar al-Calayîd waghorar al-fawayîd* por Abu-Amir (Mohammed Ibn-Ahmed Ibn-Amir) Sâlimî (3), que parece haber vivido en el siglo

(1) El Tinto.

(2) Las ruinas de Osonoba, ciudad episcopal antiguamente, se encuentran al N. de Faro, en un sitio llamado en la actualidad Estoy.

(3) Véase Ibn-Adhâri t. II p. 132 (donde debe leerse Abu-Aamir en vez de Abn-amir) Maccari t. I p. 82 (donde debe sustituirse al-salimî á al-saalimî) t. II p. 97, 193, 629, Ibn-al-Abbâr, anteriormente t. I y en mis *Noticias* p. 174, 175 y 176.

XI ó XII, y cuya historia, á juzgar por los extractos que se encuentran en muchos autores estaba escrita en prosa rimada, siendo de ella probablemente de donde ha tomado Ibn-Adharí los dos pasages que se encuentran en su relato.

«En el año 229 (39 de Setiembre 843-17 de Setiembre 844) recibióse en la capital una carta de Wabb-alláh Ibn-Hazm, gobernador de Lisboa, diciendo que los Madjus habian aparecido en las costas de su provincia con cincuenta y cuatro bageles y otras tantas barcas. Abderraman lo autorizó entonces y á los gobernadores de las demás provincias marítimas para que tomasen las medidas que las circunstancias exigiesen.

TOMA DE SEVILLA POR LOS MADJUS
EN EL AÑO 230.

Los Madjus llegaron con unos cien bageles; cubrióse el mar de pájaros de color de sangre, (1) llenarónse los corazones de los hombres de temores y angustias. Despues de desembarcar en Lisboa pasaron á Cádiz, de allí á la provincia de Sidona, y por último á Sevilla; sitiaron y tomaron á viva fuerza esta ciudad, sometieron á sus habitantes á los rudos dolores de la cautividad y de la muerte, y durante los siete dias de su permanencia apuró el pueblo el cáliz de la amargura.

Apenas el emir Abderraman se informó de lo ocurrido confió el mando de la caballería al hâdjib Isâ-Chohaid (1). Los musulmanes

(1) Véase la nota A. al fin del tomo.

(2) Así debe leerse en vez de *ibn-Said*. Ibn-al-Cutia (folio 350 atestigua que el hadjib ó primer ministro durante los últimos años del reinado de Abderraman II se llamaba isa Ibn-Chohaid. Los Beni Chohaid ocupaban un alto puesto entre la nobleza cortesana.

se apresuraron á alistarse bajo sus banderas y á unirse á él tan estrechamente como están unidos la pupila y el ojo. Abdalah-ibn-Collaib, ibn-Wasim (1) y otros oficiales se pusieron tambien en marcha con la caballería. El general en jefe del ejército estableció su cuartel en el Aljarafe y desde allí escribió á los gobernadores de los distritos ordenándoles que llamasen á sus administrados á las armas. Acudieron estos á Córdoba el eunuco Nasr los condujo hacia el ejército.

«Sin embargo, los Madjus recibían incessantes refuerzos y, según el autor del libro titulado *Bahdjâ an-nafs*, continuaron por espacio de trece días matando á los hombres y reduciendo á esclavitud á las mugeres y niños; en vez de trece el autor del *Dorar al-Calayid*, á quien hemos seguido antes, dice siete días. Tras de varios combates con los musulmanes, los normandos fueron á Capitel (2) donde permanecieron tres días; entraron luego en Caura (3), á doce millas (tres

(1) Este oficial, como de pues veremos, se rindió en la provincia de Sidona.

(2) Hoy *Isla menor*, una de las dos islas que forma el Guadalquivir antes de desembocar en el mar.

(3) Caura se encuentra mencionada en Plinio y los árabes pronuncian este nombre de la misma manera que los romanos (Véase el *Lob al-lobáb*): hoy se dice Coria. Ibn-Haiyân (folio 53) atestigua tambien que Caura está á 42 millas de Sevilla;

leguas) de Sevilla, degollaron á multitud de personas, despues se apoderaron de Talyâta, á dos millas (media legua) de la repetida ciudad (1) pernoctaron en ella y al dia siguiente de mañana aparecieron en un sitio llamado al-Fajarin: enseguida volvieron á embarcarse, y mas tarde libraron una batalla con los musulmanes derrotándolos y causándoles perdidas incalculables. Los Madjus, vueltos á sus barcos se dirigieron á Sidona, de allí á Cádiz. Despues de enviar el emir Abderraman sus generales contra ellos y de combatirlos con diversa fortuna derrotándolos por último, valiéndose de máquinas de guerra y de las fuerzas venidas de Córdoba, matáronles quinientos hombres y se apoderaron de cuatro de sus barcos que Ibn-Wasin mandó quemar despues de vender todo lo que contenían. Enseguida (2) fueron derrotados en Talyâta, el martes 25 de Safar de este año

pero los españoles (Véase Caro, *Antigüedades de Sevilla*, folio 116, v., Morgado *Historia de Sevilla*, fol. 40. col. I y el *Diccionario geográfico* del Sr. Madoz, art. *Coria*) solo ponen dos leguas entre Sevilla y Coria del Rio.

(1) Véase acerca de Talyâta, el tomø I p. 404 y nota D. p. 458.

(2) Esta palabra está aquí fuera de su sitio. Segun Nowâiri, la batalla en la provincia de Sidona, de que Ibn-Adhâri acaba de hablar, se dió el 17 de Noviembre, seis dias despues de la de Talyata.

(11 Noviembre de 844) pereciendo muchos de ellos, siendo ahorcados algunos en Sevilla, colgados otros de las palmeras de Talyata y quemado treinta de sus barcos. Los normandos que escaparon del degüello volvieron á embarcarse, fueron á Niebla y luego á Lisboa, sin que volviera á oirse hablar de ellos. Habian llegado á Sevilla el miércoles 14 de Moharram del año 230 (1 Octubre de 844) y trascurrido cuarenta y dos dias desde que entraron en esta ciudad hasta la partida de los que consiguieron escapar al filo de la espada agarena. Su gefe habia sido muerto, Dios, para castigarlos por sus crímenes, permitió que fueran degollados y aniquilados apesar de ser muy numerosos. El gobierno cuando los vió vencidos, comunicó esta fáusta nueva á todas las provincias, y el emir Abderraman escribió á los Cinadhjies de Tánjer informándoles de que, con el auxilio de Dios, habia logrado acabar con los Madjus y envióle la cabeza de su gefe y otras doscientas de los principales guerreros normandos.»

Añadiremos á estos pasages el curioso relato de Ibn-al-Cutia, completamente desconocido aún y el más antiguo, porque es del siglo X.

«Abderraman mandó construir la gran

mezquita de Sevilla y reedificar las murallas de esta ciudad, destruidas por los Madjus en el año 230. La aproximacion de estos bárbaros sembró el espanto entre los habitantes, que huyeron todos en busca de un asilo, ora á las montañas de los alrededores, ora á Carmona. En todo el occidente hubo una sola persona que se atreviese á combatirlos; en su consecuencia llamáronse á las armas á los habitantes de Córdoba y de las provincias limítrofes, y, cuando estuvieron reunidos, los visires los condujeron contra los invasores. Los moradores de las fronteras habian sido llamados en los momentos mismos en que los Madjus, desembarcados en el extremo occidental, se habian posesionado de la llanura de Lisboa.

► Los visires se establecieron en Carmona con sus tropas, pero era tal y tan extraordinaria la bravura de los enemigos que no se atrevieron á atacarlos hasta recibir los refuerzos de la frontera, que llegaron al cabo con Musa ibn-Casi (1). Mucho costó á Abderraman conquistar el apoyo de este gefe, á quien se vió obligado á mimar y á recordar los lazos de amistad que unian á en-

(1) Véase sobre este renombrado caudillo, descendiente de una familia visigótica, lo que dijimos en el primer tomo, p. 301 y siguientes.

trambas familias, por haber abrazado el islamismo un ascendiente de Muza á instancias del califa Walid y haber llegado de este modo á hacerse su cliente. Muza cedió al fin y marchó al Mediodía con un numeroso ejército, pero llegado á las cercanías de Carmona, colocó su campamento aparte, sin querer reunirse con las demás divisiones de la frontera, ni con el ejército de los visires.

»Estos preguntados por los gefes de las tropas fronterizas acerca de la marcha y movimientos de los enemigos y de un sitio cercano á Sevilla para poder emboscarse sin peligro de ser descubiertos, les respondieron que los Madjus enviaban diariamente destacamentos á Firrich (1), Lacant (2), Córdoba y Moron, y les indicaron la aldea de Quintos Moafir (3), al S. O. de Sevilla, como á pro-

(1) El fuerte, á que daban los árabes el nombre de Firrich, se encontraba al N. E. de Sevilla, no léjos de Constantina. Véase Edrisi t. II, p. 57 de la traduccion del Sr. Jaubert, donde se lee *Firsch*, pero el man. A de París, que hemos confrontado, trae la buena leccion *Firisch*. Véase tambien el *Maracid* en v. *Firisch*.

(2) Dáse el nombre de Lacant, dice el autor del *Maracid*, á dos fortalezas de la provincia de Mérida, una pequeña y otra grande, que están frente á frente » Quizás este lugar, de que los autores árabes hablan muy á menudo, se encontraba en las cercanías de Fuente de Cantos, al N. O. de Sevilla.

(3) Quintos se encuentra nombrado en el *Repartimiento* de Alfonso X, (*apud* Espinosa, *Historia de Sevilla*, fól. 16, col. 2)

pósito para sus planes. Los gefes siguieron la indicacion de los visires y á media noche se emboscaron en la citada aldea, poniendo á uno de los suyos, provisto de un haz de leña, de centinela en la torre de la antigua iglesia.

»Al rayar el dia el centinela avisó el paso de una banda de diez y seis mil Madjus que se dirigian á Moron. Los musulmanes los dejaron pasar y les cortaron la retirada á Sevilla, despues de lo cual los detrozaron.

»Luego los visires siguieron adelante y, entrados en Sevilla, encontraron en ella al gobernador sitiado en el castillo, que se le unió y los habitantes volvieron en masa á la ciudad.

»Sin contar la banda destrozada, otras dos se habian puesto en campaña: una con direccion á Lacant, otra en direccion al cuartel de los Beni-l'-Laith, en Córdoba. Así, cuando los Madjus, que áun estaban en Sevilla, vieron llegar al ejército musulman y se enteraron del desastre sufrido por la division que fué á Moron, volvieron á embarcarse precipitadamente, y, remontando el rio hácia el castillo de (1) encontraron á sus cama-

pues se sabe que Moâfir es el nombre de una tribu árabe. Una parte de esta tribu poseía tierras alrededor de aldea de Quintos.

(1) El castillo de *Alzhwak*, como escribe Ibn-Cutia, ó

radas, y todos juntos descendieron ríoabajo, mientras los habitantes del país los llenaban de improperios y maldiciones, tirándoles piedras. Llegados á una milla más abajo de Sevilla, los Madjus les gritaron:—Dejádnos en paz, si quereis rescatar los prisioneros!— Dejando entónces el pueblo de arrojarles proyectiles consintieron rescatar los cautivos á todo el mundo. La mayor parte de ellos pagaron su rescate; pero ios Madjus no quisieron tomar oro ni plata, aceptando sólo viveres y vestidos.

» Despues de abandonar á Sevilla se fueron á Necur donde cogieron prisionero al abuelo de Ibn-l'-Salih; el emir Abderraman Ibn-Hacám lo rescató y los Beni-Sálih, agradecidos á este beneficio, conservaron siempre buenas relaciones con los Omeyas (1). Los Madjus saquearon simultáneamente ambas costas, y durante esta expedicion, que duró catorce años, llegaron al país de los Rum y á Alejandria.

» Concluida la gran mezquita de Sevilla

de Ragan, como se encuentra en Ibn-Haiyan (fól. 61 v.), era, segun el último autor, el primero que se encontraba remontando el río á ocho millas (dos lèguas) de Sevilla. Las tropas del sultan Abdallah lo destruyeron.

(1) Volveremos á ocuparnos de este *pasage*, que se refiere á otra invasion de los normandos y contiene errores.

Abderraman soñó que habia entrado en ella y que en el *kibla* (1) estaba el Profeta muerto y envuelto en un sudario. Se despertó muy triste y preguntando á los adivinos la explicacion de aquel sueño, le respondieron que el ejercicio del culto cesaria en la mezquita. Así aconteció cuando los normandos se apoderaron de la ciudad.

»Muchos xeques de Sevilla han referido que los Madjus arrojaban flechas incendiadas sobre el techo de la mezquita, y que las partes del techo donde daban estas flechas se desplomaban. Aun hoy pueden verse las huellas de esos flechazos. Luego cuando los Madjus se apercibieron que de aquella manera no conseguirian sus propósitos, amontonaron leña y esteras de juncos en una de las naves, con intencion de prenderle fuego y esperando que el incendio llegaría al techo; pero un jóven que llegó del lado de *Mihrab* (2) salió á su encuentro, los arrojó de la mezquita y durante tres dias consecutivos, hasta el de la gran batalla, les impidió que volviesen á entrar allí. Los Madjus decian que el jóven que los habia expulsado de la

(1) Llámase así á la puerta de una mezquita que se encuentra hácia el lado de la Meca.

(2) Es la *kibla*, es el sitio donde se tiene el imam.

mezquita era de una belleza extraordinaria. (1)

»Desde entónces el emir Abderraman tomó medidas de precaucion, hizo edificar un arsenal en Sevilla, mandó construir barcos y que se alistasen marineros de las costas de Andalucía, á quienes señaló sueldos muy crecidos, proveyéndolos de máquinas de guerra y de nafto. Tambien cuando los Madjus arribaron por segunda vez en el año 244 (19 de Abril 858—7 Abril 859), bajo el reinado del emir Mohammed, salieron á combatirles á la desembocadura del rio y cuando aquellos se vieron derrotados é incendiados muchos de sus barcos, se retiraron.» (2)

Muy difícil seria reunir en uno solo los tres relatos mencionados, que se contradicen á menudo, cosa muy natural por tratarse no de narraciones contemporáneas, sino

(1) La mezquita de Sevilla fué, pues, salvada por un ángel, asi como Tours habia sido salvada algun tiempo antes por San Martin.

(2) A creer al Sr. Gayangos en una nota sobre su edicion de Razi, p. 98, se hallarian en el *Ajbar Machmua* detalles interesantes sobre la invasion del 844 y cita hasta la página, á saber, fól. 77; pero es el hecho que el autor del «*Ajbar*» nada dice sobre los Madjus; él Sr. Gayangos lo habrá confundido con Ibn-al-Cutia, cuya obra se encuentra en el mismo tomo y, habla, de los Madjus en la p. 27.

de tradiciones que no se consignaron hasta el siglo X, pues los árabes de España comenzaron muy tarde á escribir su historia (1). Las divergencias que existen entre estos relatos reconocen tambien otra causa. Segun la exacta observacion de Mr. Kunik, p. 301, los normandos que invadieron las costas de la península no formaban un solo cuerpo obediente á las órdenes de un solo gefe, siendo por el contrario bandas que obraban unas veces de acuerdo, otras separadamente, circunstancia no reparada por los autores árabes, y que explica muchas de las contradicciones de estos relatos.

Notemostambienquela época en que los normandos aparecieron por primera vez en España, una de esas bandas desembarcó en la costa occidental de África, en el lugar donde más tarde fué edificada Arzilla. El geógrafo Bcri se expresa sobre este punto en los siguientes términos: (2)

«La ciudad de Arzilla es de construccion moderna y debe su fundacion al acontecimiento que vamos á referir. Los Madjus llegaron dos veces á la rada que hoy le sirve de puerto. La primera supusieron haber de-

(1) Véase sobre este punto la traduccion que hemos añadido á nuestra edicion de Ibn-Adhari.

(2) Página 111 de la edicion de M. de Slane.

positado en este lugar inmensos tesoros y dijeron á los berberiscos reunidos para combatirles:—«No hemos venido para haceros la guerra; pero este lugar oculta riquezas que nos pertenecen; si quereis apartáros y dejarnos sacarlas, nos comprometemos á compartirlas con vosotros.»-Los berberiscos aceptaron la proposicion y se retiraron á alguna distancia: los Madjus cavaron un largo espacio de terreno y sacaron de él gran cantidad de mijo podrido. Aquellos, viendo el color amarillo de este grano é imaginándose que era oro, corrieron á quitárselo: los Madjus espantados huyeron á sus barcos. Los berberiscos despues de reconocer que todo su botin consistia en mijo, se arrepintieron de lo que acababan de hacer é invitaron á los normandos á desembarcar de nuevo para coger sus riquezas; mas éstos rehusaron. — «Habeis violado una vez vuestros compromisos, dijeron á los africanos, ningun derecho teneis á nuestra confianza.» — Enseguida partieron y, dándose á la vela para España, vinieron á desembarcar en Sevilla el año 229, bajo el reinado del iman Abderraman-Ibn-Hacâm.»

En este pasaje, cuya continuacion daremos más adelante, trátase sin duda alguna, no de toda la escuadra normanda, sino de una banda poco considerable, que des-

pues de abandonar la costa africana, fuè á unirse á los normandos, desembarcados en Sevilla. En efecto; esta banda á ser numerosa, no hubiera huido á la aproximacion de los berberiscos: por otra parte, Ibn-Adhâri atestigua formalmente que los normandos desembarcados en Sevilla recibian continuos refuerzos. Parece, por último, que la tropa de que habla Becrî descubrió un silo, hallazgo de inestimable precio, pues la gran dificultad que á los Madjus se ofrecia durante sus largas expediciones era la de procurarse víveres; lo cual explica, segun vimos ya en el relato de Ibn-al-Cutia, que en Sevilla rehusaran tomar dinero en cambio de los cautivos, y que solo consintiesen en aceptar vestidos y provisiones de boca.

II.

INVASIONES DE 858-861.

La crónica de Albelda (c61) no contiene sobre estas invasiones más que las siguientes palabras: «Bajo el reinado de Ordoño I, los normandos aparecieron por segunda vez en las costas de Galicia, pero fueron destrozados por el conde Pedro.» Sebastian de Salamanca (c. 26) es más explícito, se expresa en estos términos: «En aquel tiempo los piratas normandos aparecieron por segunda vez en nuestras costas; despues arribaron á España (1) y matando, quemando y saqueando, asolaron todas las costas de este país. Atravesando en seguida el estrecho se apoderaron de Nachor (2), ciudad de la Mauritania, donde

(1) Sabido es que los cronistas del Norte de la península daban el nombre de *Hispania* á la España árabe.

(2) Necur, ó Necor segun la pronunciacion africana, era una villa del Riff marroquí á 14 léguas O. S. O. del Cabo Tres Forcaz. Más tarde recibió el nombre de Mezzaumma.

mataron un gran número de musulmanes. Despues de esto atacaron y despoblaron las islas de Mallorca, Formentera y Menorca; por último fueron á Grecia y despues de una expedicion de tres años, se volvieron á su pátria.»

Ibn-Adhâri, (t. II, p. 99), cuenta esta invasion de esta manera:

«En el año 245 (8 de Abril 859—27 de Marzo 860) los Madjus se presentaron de nuevo en las costas de Occidente con 62 buques; pero las encontraron muy bien custodiadas, porque los barcos musulmanes hacian el crucero desde la frontera de la costa francesa (1) hasta las del lado de Galicia en el extremo occidental. Dos de sus buques se adelantaron; pero, perseguidos por los bajeles que guardaban la costa, fueron capturados en un puerto de la provincia de Beja. Allí se encontró oro, plata, prisioneros y municiones; los demás buques avanzaron costeando y llegaron á la embocadura del rio de Sevilla; entónces el emir (Mohammed) dió orden al ejército de ponerse en marcha, y llamó á las armas para que se enganchasen bajo las banderas del hádjib Isâ-Ibn-Hasan.

(1) Trátase aquí de las costas orientales de España.

«Los Madjus, abandonando la embocadura del rio de Sevilla, fueron á Algeciras de la que se apoderaron incendiando su mezquita principal; luego pasaron al Africa y, despojaron á sus poseedores. hecho lo cual, volvieron hacia la costa de España, y, desembarcando en a de Todmir, avanzaron hasta la fortaleza de Orihuela; despues fueron á Francia, donde pasaron el invierno; allí cogieron multitud de cautivos, apoderándose de mucho dinero y haciéndose dueños de una ciudad en que fijaron su residencia y que aun lleva su nombre. Retornaron enseguida hacia la costa de España, pero habian perdido ya mas de cuarenta buques, y en el combate con la escuadra del emir Mohammed, en la costa de Sidona, perdieron otros dos, cargados de riquezas. Los otros buques continuaron su marcha.»

Becrí nos dá noticias acerca de los destrozos que hicieron los normandos en Africa durante esta expedicion: en el principio de su artículo sobre Arzilla despues del pasaje traducido anteriormente, dice: «La segunda invasion de los Madjus se verificó cuando, despues de abandonar las costas de España, fueron impelidos por el viento hacia ese puerto (el puerto de Arzilla) yéndose á pique muchos de sus bajeles en la entrada occidental

de la rada, de donde tomó este sitio el nombre, que aun conserva en la actualidad, de *puerta de los Madjus*. Entónces construyeron un *ribat* (1) en el lugar que ocupa hoy la ciudad de Arzilla y allí acudieron de todas partes.» Véase, pues, que Arzilla fué en su origen una especie de ciudadela ó fortaleza, destinada á proteger la costa occidental del Africa contra las invasiones de los normandos.

El segundo pasaje de Becri (p. 92 ed. de Slane) está concebido en los siguientes términos:

«Los Madjus (Dios los maldiga) desembarcaron cerca de Necur en el año 244 (19 de Abril 858-7 de Abril 859), tomaron la ciudad, la saquearon y redujeron á sus habitantes á la servidumbre, escepto á dos que se salvaron huyendo. Entre los prisioneros se encontraron Ama-ar-rahman (2) y Janula, hi-

(1) «Los ribats eran primitivamente cavernas fortificadas que se construian en las fronteras de un imperio, adonde, á más de las tropas que allí se mantenian, acudian gentes pladosas para hacer el servicio militar y obtener de este modo los méritos espirituales á que tienen derecho los que guerrear contra los infieles. Las practicas devotas ocupaban allí sus momentos de ocio.» M. de Slane en el Jour. Asiat. tercera série t. XIII, página 168.

(2) Literalmente «la sierva» del *misericordioso*. Este nombre es, por decirlo así, el femenino de Abderraman II.

jas de Wákif Ibn-Motacim Ibn-Sálih, á quien rescató el imam Mohammed Ibn-Abderraman. Los Madjus permanecieron ocho dias en Necur. » (1)

Este testo es importante por la fecha que en él se encuentra. Becrí coloca la toma de Necur en 244 de la hegira (858 de nuestra era). Ibn- al-Cutia fija la segunda invasion de los normandos en el mismo año y creemos que su expedicion, que duró muchos, comenzó realmente en 858; en segundo lugar; el relato de Becrí sirve para corregir las noticias de Ibn-al-Cutia (véase lo que hemos dicho en la p. 331). Segun este los Madjus se apoderaron de Necur en 844, y cogieron prisionero al príncipe reinante que fué rescatado por el sultan de España Abderraman II, todo lo cual es inexacto; primero, porque Necur no fué tomado en 844 sino en 858; segundo, porque no fué el mismo príncipe quien cayó en poder de los normandos, sino dos princesas parientas suyas (el príncipe Saïd-Ibn-Idris, era su tio segun el uso de Bretaña)

(1) Ibn-Jaldum en su *Historia de los Berberiscos* (t. I página 283 del testo: t. II p. 439 de la traduccion) habla tambien de la toma de Necur por los normandos; pero por un singular anacronismo coloca este acontecimiento un siglo antes, en 444, y añade que los normandos fueron espulsados de Necur por los berberiscos Beránis.

las cuales fueron rescatadas, no por Abderaman II, sino por su hijo menor Mohammed.

Volvamos ahora á Ibn-Adhari quien, al decir que los normandos habian ya perdido cuarenta barcos antes de volver á la costa de España, tuvo á la vista sin duda la horrible tempestad sobrevenida á la escuadra normanda á su vuelta de Italia, tempestad de que habla Benito de Sainte Maur. Ibn-Adhari asegura tambien que los normandos invernaron en Francia. El obispo Prudencio atestigua por su parte que pasaron el invierno en Provenza (1). agregando que se establecieron en la isla de Camaria, es decir, sobre el delta ó triángulo, llamado hoy la Camargue, formado por los dos brazos principales del Ródano, cerca de su embocadura, algo más abajo de Arlés; siendo muy de notar que el autor árabe nos enseña que este sitio ha conservado algun tiempo el nombre de los normandos. Posible es, por tanto, que el nombre de los piratas hubiese quedado en la Camargue hasta la época en que Ibn-Adhari escribía, es decir, hasta el siglo XIII; mas, no echemos en

(1) En el año 859. «Piratæ Danorum longo maris circuitu, inter Hispanias videlicet et Africam navigantes, Rodhanum ingrediuntur, depopulatisque quibusdam civitatibus ac monasteriis in insulâ Camariâ sedes ponunt.

olvido que este escritor se limita á copiar literalmente ó á compendiar las crónicas más antiguas. Segun todas las apariencias, en este caso se ha reducido á copiar á Aríb, escritor del siglo X, que ha sido su principal fuente.

La invasion de los piratas en la provincia de Todmir (Murcia) ocurrió, á nuestro juicio, en el año 860; al menos en este año es cuando el obispo Prudencio habla de la invasion de los normandos en el Este de España (1). Los cronistas árabes han supuesto ocurrido en un solo año todo lo que sabian acerca de las invasiones de esta época; pero ya vimos que Sebastian de Salamanca atestigua que la expedicion duró tres años y aun quizás duró mas tiempo, como creemos; pues segun los respetabilísimos testimonios de Ibn-al-Cutia y de Becrí, comenzó en el año 858, y segun Prudencio, los normandos pasaron de nuevo en la Camargue el invierno de 860 á 61. Además Hincmar de Rheims parece dar á entender que los normandos que estuvieron en España y reunidos con otros atacaron la Bretaña en el año 862, habian vuel-

(1) «Hi vero Dasi, qui in Rodhano morabantur, usque ad Valentiam civitatem vastando perveniunt; unde, directis quæ circa erant omnibus, revertentes ad insulam in quâ sedes puerant, redeunt.»

to poco antes á las costas occidentales de Francia (2).

Al pasaje de Ibn-ad-hari añadiremos el de Nowairi concebido en los siguientes términos:

RELATO

DE LA INVASION DE LOS MADJUS EN LA ESPAÑA
MUSULMANA.

«En el año 245 los Madjus vinieron atacar á España en sus buques, llegaron á la provincia de Sevilla y apoderándose de la capital, tomaron la gran mezquita. Luego pasaron á Africa, despues volvieron á España y huidas las tropas de Todmir, se apoderaron de la fortaleza de Orihuela. Mas tarde, avanzaron hasta las fronteras de Francia y haciendo correrías por este pais, obtuvieron un gran botin, cogiendo muchos prisioneros; á su vuelta encontraron la escuadra del emir Mohammed, y empeñando con ella un reñidísimo combate, perdieron cuatro barcos, dos de los cuales fueron quemados, cayendo en poder

(2) «Refectis navibus, Dani per mare petentes per plures classes se dividunt, et prout cuique visum est, in diversa velificant; maior autem pars Britannos, qui Salomone duce habitant in Neustriá, petit, quibus et illi iunguntur; qui in Hispaniá fuerant.

de los musulmanes cuanto contenian; entonces los Madjus combatieron furiosamente y un gran número de mahometanos sufrieron el martirio.

«Los Madjus fueron á la ciudad de Pamplona y allí cojieron prisionero al Franco García, señor de esta ciudad, que pagó por su rescate noventa mil dinares.»

Nowairi, al decir que la mezquita de Sevilla fué quemada por los normandos durante esta expedicion, ó la ha confundido con la de 844, ó ha copiado descuidadamente al autor que tenia á la vista. Ibn-Jaldun (folio 9 r.) afirmando poco mas ó menos lo mismo, no ha incurrido sin embargo en semejante error. «Los Madjus, dice, desembarcaron en Sevilla y enseguida en Algeciras, cuya mezquita quemaron. Rodrigo de Toledo que encontró lo mismo en el autor árabe que traducía, tampoco lo entendió puesto que dice: «Eodem anno sexaginta naves a Normannia advenerunt, et Gelzirat, Alhadra, et Mezquitas. undique deductis spoliis, cœde et incendio consumpserunt.» Su yerro ha sido de lamentables consecuencias; pues muchos autores, entre otros Mr. Werlaff en vez de decir que los normandos quemaron la mezquita de Algeciras, Aljadhra, tal es el nombre árabe de Algeciras, muchos han escrito, «que

los piratas saquearon la ciudad de Algeciras, la del Alhadra en la Estremadura portuguesa y la de de Mosquitella en Beira.»

Notable es que Nowairi é Ibn-Jaldun digan que los normandos penetraron hasta Pamplona y que cogieron prisionero á García, rey de Navarra (1). Ninguna razon vemos para poner en duda la exactitud de esta noticia que no se encuentra, que sepamos, en ninguna otra parte. Sabido es que los normandos no asolaban únicamente las costas sino que se internaban á menudo; y tambien es sabido, á pesar de la oscuridad casi impenetrable que envuelve á la antigua historia de Navarra, que en esta época, García, hijo de Iñigo, reinaba en aquel país. Segun una carta citada por Traggia (2), este Garcia, hijo de Iñigo, era contemporáneo de Galindo (II) de Aragon, el cual vivia realmente en la época de que se trata, como hemos tenido ocasion de comprobar, estudiando el manuscrito de Meya. Segun otro título citado por Moret (3), el rey García hijo de Iñigo, era

(1) En el man. de Leiden de Ibn-Jaldun se lee por error Schaluna, la buena leccion benaboluna se encuentra en el manuscrito de Paris; además Ibn-Jaldun dice que García pagó setenta mil y no noventa mil dinares por su rescate.

(2) En el «Diccionario histórico-geográfico de España» por la Academia de la Historia, t. II, p. 92, a.

(3) «Investigaciones» p. 231.

contemporáneo del obispo de Pamplona Willesindo y de Fortunio abad de Leyre, ambos nombrados por Eulogio de Córdoba, autor de aquel tiempo. Por último, los historiadores árabes (4) traen detalles sobre una expedición que el sultan Mohammed mandó hacer, en el año 860 ó en el siguiente, contra el rey de Navarra, *García hijo de Iñigo*.

Antes de abandonar esta materia, debemos hacer observar que en el único tomo que nos queda de los «Anales de Ibn-Hayyan» se habla también incidentalmente de esta invasión, pues al dar el célebre analista árabe la lista de los sublevados contra el sultan Abdalláh, cita entre ellos al renegado Sarabânki (Sadund Ibn-Fath) diciendo entre otras cosas (man. de Oxford, fól. 17 v.): «Bajo el reinado de Mohammed, los Madjus que desembarcaron en la costa occidental de España lo hicieron prisionero y lo rescató un mercader judío creyendo hacer un bonito negocio. Sarabânki pagó algún tiempo á su acreedor el interés de la suma que habia adelantado por él; pero más tarde se fugó y olvidando el préstamo del judío, le hizo per-

(4) Ibn-Adhâri, t. II, p. 99 y 100; Nowairi en el año 246, en el man. de París porque el de Leiden presenta en este sitio una gran laguna; Ibn-Jaldun, fól. 9 r.; Maccari, t. I, p. 225 y 226.

der su dinero. Habiéndose arrojado luego á las montañas comprendidas entre Coimbra y Santander, y que áun llevan su nombre, se entregó al bandolerismo en las tierras de los musulmanes y en la de los cristianos: sucedieronle muchas aventuras, siendo, por último, muerto por mandato de Alfonso III, señor de Galicia.»

III.

INVASIONES DE 966--971.

El tratado celebrado en Saint-Clair sur Epte aseguró á Rollon y á sus compañeros de armas la posesion de la provincia que habian conquistado en Francia, y á la que se dió desde entónces el nombre de Normandía; pero la paz entre franceses y normandos fué de corta duracion, y en la guerra que los primeros duques tuvieron que sostener contra el rey de Francia llegaron á éstos refuerzos de Dinamarca y Noruega; refuerzos que les era fácil obtener, pero de que les era muy difícil desembarazarse cuando ya no los necesitaban. Así pudo experimentar lo en 966 Ricardo I, quien tuvo la suerte de que se le ocurriera la idea de enviar á España á sus importunos auxiliares, arrojando de este modo Normandía las sobras de su barbárie sobre la península ibérica.

En guerra contra el conde de Chartres, Thibauld el Tramposo, secundado por Lotario, rey de Francia, Ricardo I, apellidado Sin Miedo, nieto de Rollon, recurrió al rey de Dinamarca, Haraldo Blatand (Haraldo el de los dientes negros) que le habia defendido veinte años antes, y que en esta ocasion le envió un ejército de dinamarqueses paganos. Conducidos por Ricardo, estos valientes y terribles guerreros, remontaron la corriente del Sena devastando horriblemente los países circunvecinos, hasta el punto que el conde y el rey se vieren obligados á implorar la paz. Ricardo, aunque muy propicio á aceptar las ventajosas condiciones que le ofrecian, se creyó obligado á obtener el consentimiento de los daneses, mas éstos que eran señores y no auxiliares se negaron á todo arreglo. — «No queremos paz, ni áun siquiera trégua, gritaron unánimemente, lo que queremos es someter toda la Francia á tu dominio. No quieres, pues bien: la tomaremos para nosotros.» Razones, ruegos, humildes súplicas todo fué inútil: los daneses persistieron tenazmente en su negativa. Entónces los embajadores franceses, á fuer de hábiles y perspicaces, aconsejaron al duque que llamase separadamente á los gefes daneses y procurase atraérselos con promesas y regalos. Si-

guió aquél el consejo al pié de la letra y habiendo logrado persuadir á algunos gefes, los demás tambien accedieron por último á sus deseos; pero á condicion de que les dieran mucho dinero y los guiasen á un pais que pudiesen conquistar. Ricardo les aconsejó entónces que fueran á España y les dió por guias á gente de Coutances. (1)

Los daneses al salir de los puertos de Normandia se dividieron, segun costumbre, en muchas bandas. Una fué á atacar las costas occidentales de la España musulmica; hé aquí lo que se lee sobre esta materia en Ibn-Adhâri, (t. II, p. 254, 255,) que tomó sus noticias acerca de los Madjus del tiempo de Hacâm II, del cronista contemporáneo Arîb, á quien ordinariamente seguia:

«El 1.º de Redjeb del año 355 (23 de Junio 966) el califa Hacâm II recibió una carta de Casr abi Danis (Alcacer do Sal) diciéndole que una escuadra de Madjus se habia presentado en el mar de Occidente, cerca de dicho sitio; que los habitantes de toda la costa estaban muy inquietos porque sabian ya de antiguo las costumbres de los Madjus de hacer correrias por España y, por

(1) Dudon de San Quintin (apud Duchesne, *Hist. Normann. Script.*) p. 144 C—131 D.

último, que la flota se componia de veinte y ocho barcos. (En aquel tiempo cada barco contenia cerca de ochenta personas, pudiendo, por tanto, calcularse el número de los daneses en dos mil doscientos cuarenta hombres). (1) Otras muchas cartas llegaron de esta costa con noticias sobre los Madjus, participando entre otras cosas que éstos habian saqueado en todas partes y habian llegado hasta la llanura de Lisboa. Los musulmanes marcharon contra ellos y les presentaron una batalla en la que sufrieron el martirio muchos de los nuestros; pero tambien muchos infieles encontraron allí la muerte. La flota musulmana salió inmediatamente de la rada de Sevilla y fué á atacar á la de los normandos en el rio de Silves. Los nuestros pusieron muchos bajeles enemigos fuera de combate, libertaron á los prisioneros musulmanes que en ellos se encontraban, mataron á un gran número de infieles é hicieron huir á los demás. Desde entónces empezaron á llegar á Córdoba de la parte occidental continuas noticias acerca de los movimientos de los Madjus, hasta que Dios los alejó!! Y algo más adelante: «En este mismo año Ha-

(1) Dithmar de Merselbourg hablando de la escuadra de Canut en 1016.

câm dió á Ibn-Fotais la órden de llevar de nuevo la escuadra á el rio de Córdoba, (el Guadalquivir,) y construir barcos por el modelo de los normandos, (Dios los confunda), esperando que de ese modo los Madjus tomarian los barcos musulmanes por los suyos y se aproximarian.»

Ibn-Jaldun (fól. 16 v.) copiado por Macari (t. I, p. 248) habla tambien de esta invasion, á la que señala una fecha falsa (354 de la Hegira en vez de 355); hé aquí lo que dice: «En este año los Madjus aparecieron en el Occéano y saquearon las llanuras que rodean á Lisboa; pero despues de haber reñido un combate con los musulmanes, se volvieron á sus barcos. Hacâm encargó á sus generales que custodiasen las costas y ordenó á su almirante Abderraman Ibn-Romahis darse á la mar sin pérdida de tiempo. En seguida se recibió la noticia de que las tropas musulmanas habian derrotado al enemigo en todos los puntos.»

En Dudon de San Quintin creemos volver á hallar la batalla, dada cerca de Lisboa, de que hablan los cronistas arábigos. Ha venido siendo opinion general que el pasage de que nos ocupamos se referia á una batalla librada en Galicia; pero las palabras de Dudon no se prestan á interpretaciones se-

mejantes. Dice, (p. 151 D. 152 A.): Degollados los aldeanos en todas partes se puso por fin en marcha un ejército español contra los normandos, este ejército fué derrotado y cuando los vencedores volvieron á los tres días á despojar á los muertos, encontraron que ciertas partes de los cadáveres de los negros (nigellorum Ætiopumque) estaban blancas como la nieve, mientras otras partes habian conservado su color primitivo.» «Quisiéramos saber, añade Dudon, cómo explican los dialécticos este hecho, ya que pretenden que el color negro es inherente al Etiópico y no cambia nunca.» A nuestro parecer es obvio que aquí se trata de los moros y no de los gallegos. En los *sagas* del Norte los sarracenos llevan el nombre de *Blamenn, hombres negros*, porque en Escandinavia creían que todos los sarracenos eran de este color (1). Los daneses, al despojar á los muertos en el campo de batalla, se maravillaron mucho viendo que, á pesar del color moreno de su cara y de sus manos, los moros tenían la piel tan blanca como ellos

Dudon atestigua, como vimos, que los

(1) Compárese el «Diccionario geográfico» en el tomo XII de los Scripta. Hist. Islandorum, en las palabras Blalandia, Mauri, etc.

daneses consiguieron la victoria en esta batalla, é Ibn-Adharí dá á entender lo mismo; aunque bien se advierte que le cuesta trabajo confesar la derrota de los musulmanes. Más tarde, sin embargo, los normandos sufrieron grandes reveses, pues aunque muy valientes, no era posible que á la larga pudiesen resistir á las excelentes tropas y soberbia marina de Hacán II. La Galicia les ofrecia más probabilidades de triunfo; alguna de sus bandas, segun parece, atacó este país, inmediatamente despues de su partida de Normandia. A lo ménos la crónica de Iria, (c 9), refiere que Sisenando, obispo de Santiago de Compostela, pidió permiso al rey Sancho (muerto hácia fines del 966) (1) para fortificar la capital de su diócesis y tenerla dispuesta contra un golpe de mano de los normandos, que hacian entónces frecuentes correrías por Galicia. Aprobado su proyecto por el rey, hizo rodear á Compostela de murallas, torres y fosos profundos.

Cremos que hacia la misma época próximamente debe fijarse el desastre sufrido por

(1) Tal es la fecha que dá el monge de Silos, (c. 70): Sampiro se engaña cuando fija la muerte de Sancho en 967, pues un título del 19 de Diciembre de 966 (citado por Risco, «Historia de Leon,» t. I, p. 212 y 213) llama á este año el primero del reinado de Ramiro.

una escuadra normanda, cerca de San Martín de Mondoñedo; acontecimiento de que no habla ninguno otro documento y cuyo recuerdo se ha conservado solo por la tradición oral.

El pueblecito de San Martín de Mondoñedo, situado en la costa septentrional de Galicia, cerca de Foz y á tres leguas de Mondoñedo, y que no cuenta hoy día arriba de mil quinientas almas, tuvo sin embargo, el honor de ser durante dos siglos y medio, (desde 866 hasta 1112,) la residencia del obispado de Dumio. A alguna distancia de la villa, en un sitio llamado Murente, se encuentra la capilla del *santo obispo*, peregrinación muy frecuentada por la gente de mar (1); la veneración que disfruta esta capilla debe su origen á una tradición antigua, según la cual, Gonzalo, obispo de San Martín de Mondoñedo, estaba con su clero y fieles en la colina donde se encuentra hoy la capilla y desde donde se divisan muchas leguas de mar, cuando los piratas normandos (2) intentaron desembarcar en la playa. El obispo pi-

(1) Véase Madoz, Diccionario geográfico t. XI p. 493.

(2) La gente del país parece haber nombrado siempre á los normandos; también se ha dicho que los enemigos eran sarracenos; pero parece que esta opinión se ha propalado solo por los eruditos, especialmente por Sandoval.

dió entonces al cielo que aniquilase á aquellos bárbaros, y todos sus buques se fueron á pique, excepto uno, el del gefe, que quedó para llevar la noticia del desastre á las demás escuadras. Desde entonces Gonzalo, cuyo sepulcro se enseña todavía en San Martin (1), ha sido venerado siempre como un santo por los habitantes del pais. El clero agraviado por el culto que se tributaba á un hombre que no figuraba en el catálogo de los santos, hizo vanos esfuerzos porque desapareciera; pero el pueblo estaba de parte de San Gonzalo, á quien canonizó por su propia autoridad, y el clero, cansado de la lucha, concluyó por consentir lo que no estaba en sus manos evitar.

Por nuestra parte no vacilamos en admitir la certeza de la tradicion, en cuanto á su fondo; pues nada tiene en verdad de milagroso, ni de imposible, que una escuadra, víctima de la tempestad, se perdiese en la playa en el momento mismo de estar rezando un obispo. La única dificultad es la fecha; inútil es decir que se ha olvidado enteramente á San Martin y que las hipotesis de los sabios han sido muy poco afortunadas, como ha demostrado Florez. Cierto que Gonzalo no

(1) Abierto este sepulcro en 1648 se encontró en él un cayado dorado al lado del cadáver.

vivió ni durante la primera, ni la segunda invasion de los normandos, pues ámbas son anteriores á la época en que San Martin llegó á ser sede episcopal; pero las noticias que de los obispos poseemos son incompletas, no habiendo, segun observa Florez, lugar para Gonzalo mas que entre los años 942 y 969: siendo muy de estrañar que este ilustre autor no haya pretendido colocarle en el año 966, época en que los normandos comenzaron á infestar las islas de Galicia, sin duda porque, al escribir su articulo sobre el dicho obispo, no tuvo presentes los textos relativos á estas invasiones, quedando, á nuestro juicio, fuera de controversia que Gonzalo vivia en aquel tiempo.

La razon que tenemos para colocar el naufragio de la escuadra antes de la época en que los normandos comenzaron su gran expedicion á Galicia, antes del 968, es que Teodomiro, probablemente sucesor de Gonzalo, asistió á la reunion de obispos, celebrado en Navego en 969, y que por tanto debió entrar algun tiempo antes, como observa Florez (1), en el desempeño de su dignidad. Esto no obstante tampoco nos opondríamos á que se fijase el naufragio en 968.

La gran expedicion de los daneses á Gali-

(1) Tomo XVIII p. 106.

cia no comenzó, según Sampiro (1), hasta el año segundo del reinado de Ramiro III, es decir, el 968 (2), época en que debieron reunirse todas sus bandas, pues los piratas llevaban cien barcos, pudiendo por tanto, evaluarse su número en ocho mil hombres. Llamábase su jefe Gunderedo (nombre que se escribe Gudræd en la antigua lengua del Norte) y Sampiro le dá el título de rey, mas se comprende que era solo un rey de mar un *vikingue*. Este vikingue, pues, devastó cuantos países halló á su paso, y el gobierno no pudo impedirlo, amenazado como estaba de una anarquía feudal. Ramiro III á quien se daba el título de rey era niño todavía y su tía Elvira, que era una religiosa, gobernaba en su nombre; los nobles, no queriendo obedecer á una muger ni á un niño, rompieron los lazos que los unian al trono, declarándose cada cual independiente en el país que gobernaba (3). Los daneses supieron aprovecharse de este estado de cosas y durante año y medio no parece que encontraron en parte alguna resistencia seria; pero, en el mes de Marzo de 970 se aproximaron á Santiago de

(1) C. XVIII. «Esp. Sagr.» t. XIV.

(2) Véase la pág. 353, nota primera.

(3) Mon. Sil. c. 70.

Compostela, y el obispo Sisenando salió á su encuentro, presentándole la batalla el 29, en un sitio que los cronistas llaman Frosnellos. El éxito fué desastroso para el obispo que murió de un flechazo, quedando derrotadas sus tropas, y cayendo, segun todas las apariencias, la ciudad de Compostela en poder de los normandos.

Segun el manuscrito de la *Historia Compostelana* se libró esta batalla el 29 de Marzo de 968 (Era 1006) (2). Ya hizo observar el erudito Florez que tal fecha es inadmisibile, porque en el mes de Junio de aquel año, Sisenando de Compostela asistió á la reunion de obispos celebrada en Navego, y piensa que en vez de MVI es necesario leer MVIII, (año 970) opinion á la que deferimos con gusto; pero además de esta razon, aún milita otra en favor nuestro, sacada de los *Anales Complutenses*, que dicen: «Sub era MVIII venerunt Lodormani ad Campos.» Dificil seria decir que sitio es este *Campos*, sobre todo tratándose, no de un lugar de poco más ó ménos, sino de una ciudad importante, renombrada y conocida de todo el mundo. Todo se aclara leyendo *Compos* en vez de *Campos* y consi-

(1) *Hist. Comp.* c. 6, Cron. Iriense c. 11.

(2) *Esp. Sag.* t. XIX p. 151.

derando esta palabra como una abreviatura de *Compostela*, en cuyo caso la crónica de que nos ocupamos trae la verdadera fecha, á saber: el año 970.

Despues de la victoria que consiguieron en Frosnellos, los normandos robaron toda Galicia (1) y segun Dudon de San Quintin, saquearon é incendiaron en totalidad diez y ocho ciudades.

En el año tercero de su expedicion, es decir, en 971, apresuráronse á abandonar á Galicia con el proyecto, no de volver á su país, como piensa Sampiro, sino de ir de nuevo á atacar á la escuadra musulmana. Un pasaje de Ibn-Adhâri, que ahora citaremos, disipa todo género de dudas sobre este punto. Durante su retirada sufrieron rudos descalabros. En primer lugar tuvieron que luchar con Rudesindo, pariente del obispo Sisenando, muerto en la batalla de Frosnellos. Rudesindo, á quien la iglesia ha colocado en el catálogo de los santos y que España venera bajo el nombre de San Rosendo, fué al principio obispo de San Martin de Mondoñedo. El año 942 se despojó de su dignidad para consagrarse enteramente á los ejercicios espirituales en un cláustro de que

(1) Sampiro c. 28.

era fundador, y allí acudió el gobierno á buscarle cuando Compostela perdió su obispo, pues los consejeros de la regente comprendieron que en las difíciles circunstancias por que atravesaban, Galicia tenia necesidad, no ya de un buen pastor, sino de un hombre cuya influencia y autoridad fuesen lo bastante grandes para restablecer el órden social gravemente trastornado; de un hombre que pudiese reunir en un haz todas las fuerzas de la provincia y volverlas contra los piratas escandinavos. Por lo ilustre de su cuna, (era aliado de la familia real) por sus talentos, por el respeto y veneracion que sus virtudes inspiraban, Rudesindo era el hombre de la situacion. El gobierno le rogó tambien que se encargase de administrar interinamente la diócesis de Compostela. Rudesindo se dejó arrancar, aunque no sin pena, de su apacible soledad, y accediendo á los ruegos del jóven monarca y de los grandes, aceptó el puesto de honor y de peligro que se le ofrecia. El rey lo nombró entónces su lugarteniente en Galicia, investiéndolo de plenos poderes para hacer cuanto creyese necesario por el restablecimiento de la tranquilidad y por libertar al país de los pillos que lo asolaban. El obispo consiguió formar un ejército, y, puesta su con-

fianza en Dios, lo condujo contra los normandos, repitiendo sin cesar estas palabras del psalmista: «Ellos tienen caballos, ellos tienen carros pero nosotros invocamos el nombre de Dios;» trabado el combate derrotó á los enemigos. (1)

Por su parte el gobierno consiguió también poner un ejército en pié de guerra: confió su mando al conde Gonzalo Sanchez, atacó á los daneses y, aún más afortunado que Rudesindo alcanzó sobre ellos una brillante y completa victoria. Su rey Gundredo fué hallado entre los muertos, mas, aunque no dudamos de que los piratas sufrieron gravísimas pérdidas, el testimonio de Ibn-Adhari nos hará ver que exagera Sampiro al asegurar que murió hasta el último de los daneses y que fueron quemadas todas sus naves; debilitados y todo tuvieron fuerzas suficientes para intentar una invasión en la costa occidental de la España musulmana y hé aquí lo que Ibn-Adhari, (tomo II, p. 257) dice sobre esta materia:

«A principios del mes de Ramadhan del

(1) Compárense los *Facta et miracula S. Rudesindi* («Esp. Sagr.» t. XVIII, apéndice n.º XXXII) c. 4 y 6, (super partes Gallæciæ Regiæ vices imperando exercebat) con las disertaciones de Florez sobre Rudesindo (t. XVIII, p. 73-105) y sobre Sisenando (t. XIX, p. 140-165).

año 360 (fines de Junio ó principios de Julio de 971) recibióse en Córdoba la noticia de que los Madjus normandos (Dios los maldiga) habian aparecido en el mar, y se proponian, segun su costumbre, atacar las costas occidentales de Andalucía. El sultan (Hacâm II) ordenó entónces á su almirante trasladarse lo más pronto posible á Almería, conducir á Sevilla la armada que se encontraba en aquel puerto, y reunir todas las demás escuadras en las playas de Occidente.»

Como Ibn-Adhâri no vuelve á hablar en adelante de los normandos, es de presumir que los espumadores de mar, intimidados por los preparativos del califa, volviesen á su pátria, y que esta vez los habitantes del litoral quedaran libres de miedo.

Nuestros lectores nos perdonarán que hayamos sido tan profijos al hablar de esta invasion: la novedad de la materia nos sirve de excusa. En la memoria antes citada, M. Werlauff escribió dos páginas sobre este asunto, pero baste con decir que este sábio que goza de tan merecida repütacion por otros trabajos, no disponia en estas circunstancias de casi ningun documento, no conocia los textos árabes y en quanto á los latinos, conocíalos solo de referencia, pues no pudo, á lo que parece, consultar la «Es-

paña Sagrada,» donde se encuentran. Privado de esta preciosa coleccion, fuéle tambien imposible aprovechar las excelentes disertaciones del erudito y juicioso Florez, acerca de este período de la historia de Compostela; y, sin embargo, cuando se trata de aquel tiempo, es indispensable haberlas estudiado, porque ellas nos enseñan la necesidad de servirse con circunspeccion de la «Historia Compostelana,» de la «Crónica de Iria» y de la «Vida de San Rudesindo,» cuyos autores se han complacido, por una razon ya explicada, (1), en calumniar á los obispos de esta época. Segun M. Werlauff las fuentes latinas de la historia de España solo se ocupan de las expediciones de que hemos tratado hasta aquí; y, sin embargo, estos documentos hablan de otras muchas invasiones de que nos ocuparemos ahora, y sobre las cuales suministran noticias utilisimas los historiadores del Norte.

(1) Antes p. 22 y 23.

IV.

EXPEDICION DE SAN OLAO.

Entre las ciudades españolas destruidas y saqueadas por los normandos, debe contarse la de Tuy, en la desembocadura del Miño; el testimonio principal respecto á este punto es una carta de Alfonso V, fechada en 29 de Octubre de 1024, en la cual este rey hace donacion de la diócesis de Tuy al obispo de Compostela (1) En ella se leen estas palabras:

«Post non longum vero tempus, crescentibus hominum peccatis gens Leodemavorum (2) pars maritima est dissipata: &

(1) Esta carta se encuentra en la «Esp. Sagr.» t. XIX, pág. 390 y siguientes.

(2) Esta palabra es sin duda una falta del compilador del cartulario, pues debe leerse «Loordamani,» como tendremos ocasion de ver cuando volvamos sobre esta forma. Por lo demás el mismo error se halla en un titulo de la infanta Urraca, («Esp. Sagr.» t. XXII, apéndice 1, donde se copia en parte el que ahora damos, (tambien se lee allí «Leodemoni.»)

quoniam Tudensis sedes ult ima præ omnibus, Sedibus, & infima erat, ejus Episcopus qui ibi morabatur, cum omnibus suis ab ipsis inimicis captivus ductus est, & alios occiderunt, alios vendiderunt, necnon & ipsam Civitatem ad nihilum reduxerunt, quæ plurimis annis vidua, atque lugubris perman- sit. Postea quidem, prosperante Divina mi- sericordia, quæ disponit cuncta suaviter, ac regit universa, multas quidem ipsorum inimicorum services fregimus, & eos de ter- ra nostra ejecimus, divina gratia adjuvan- te. Transactoque multo tempore cum Pon- tificibus, Comitibus, atque omnibus Mag- natis Palatii quorum facta est turba non modica, tractavimus ut ordinarem per unasquasque Sedes Episcopos, sicut Cano- nica sententia docet. Cum autem vidimus ipsam Sedem dirutam, sordibusque conta- minatam, & ab Episcopali ordine ejectam, necessarium duximus bene providimus, ut esset conjuncta Apostolicæ Aulæ cujus erat provintia, et sicut providimus, ita conce- dimus.»

Esta carta nos permite determinar con cierta aproximacion la fecha de la invasion normanda que nos ocupa. Alfonso V, cuan- do sucedió á su padre Bermudo II, en el año 999, era todavia muy jóven, aunque no

tanto como pretende Pelayo de Oviedo, que solo le concede cinco años, porque es cierto que ya habia nacido en 992 (1). Séanos, pues, lícito suponer que contaba ocho años en 999. Ahora bien, como dice formalmente en su carta, que él mismo expulsó á los normandos, es forzoso admitir que tendria edad de poder mandar el ejército, de donde deducimos que la invasion no fué anterior al año 1008, siendo por el contrario posible que fuera posterior.

Las cartas relativas al obispo de Tuy arrojan muy poca luz sobre la materia, pues el obispo Viliulf, que gobernó cuarenta años esta diócesis, firma su última carta el año 999 (2), y aunque ignoramos si tuvo por sucesor inmediato á un tal Alfonso, está fuera de duda que antes de ser destruida dicha ciudad, un Alfonso ocupó su obispado. Así resulta de una carta de 1112, que trata de la invasion de los normandos y en la que se dice que ésta ocurrió poco despues de la muerte del referido Alfonso. El nombre del obispo á quien los normandos cogieron prisionero, nos es desconocido.

Nada, por tanto, nos impide creer que la

(1) Véase «Esp. Sagr.» t. XXXVIII, p. 8 y 9.

(2) Véase «Esp. Sagr.» t. XXII, p. 57.

ciudad de Tuy fué saqueada por los normandos hácia el año 1012. Bajo este supuesto nos atrevemos á añadir que lo fué por el famoso vikingue noruego, Olao hijo de Harald, que reinó más tarde en su pátria. Canonizado un año despues de su muerte llegó á ser el patron de Noruega y muy pronto le dedicaron una multitud de iglesias, no solo en el Norte, sino tambien en las Islas Británicas, Holanda, Rusia y aun en Constantinopla.

Era un santo de una especie singular; pirata desde la edad de doce años habia invadido ya á Suecia, á la isla de Æsel, á Finlandia y á Dinamarca, cuando llegó á las costas de Holanda. (1) En este país, escitó su codicia Thiel, cuyo comercio estaba entónces muy floreciente, y remontando el Wahal, sin perder momento se apoderó de esta ciudad, cuyos habitantes emprendieron la huida á su aproximacion. Los piratas la saquearon é incendiaron; por respeto hácia la religion no quemaron la iglesia de San Walburgo y despues de cerrar sus puertas, se contentaron, dice un autor de aquel tiempo, con coger

(1) Verso del scálda contemporáneo Sigwat, en la *Saga Olafs Konung ens helga*, ed Munch et Unger Cristiania 1853) p. 19.

Las vestiduras sagradas, los ornamentos del culto y en una palabra, todos los objetos de valor. Parece, sin embargo, que hubieron de cometer en ella algunas tropelias, porque más tarde el obispo de Utrech, Adelbold, se creyó obligado á reconstruirla.

El año siguiente Olao Haraldsson volvió con noventa bajeles y, derrotando á los holandeses que quisieron oponerse á su paso, llegó hasta Utrech. A su aproximacion los habitantes incendiaron las casas del arrabal, temerosos de que los piratas se ocultasen en ellas; Olao les dió calorosamente las quejas. «No teneis razon ninguna, les dijo, para destruir vuestro barrio, jamás pensé haceros daño alguno; cómo habia de ocurrirme semejante idea cuando teneis un obispo á quien venero como á un santo? Lo único que queremos mis camaradas y yo es que nos dejeis entrar en vuestra ciudad á fin de poder orar en vuestras iglesias y ofrecerle nuestros dones.» Pero los maliciosos habitantes de Utrech, desconfiando de la piedad de los piratas, en la que solo vieron una de esas extratagemas con que los normandos acostumbraban á introducirse en las ciudades para saquearlas luego, respondieron con mucha entereza y cortesía que no podian admitir dentro de sus muros á hombres arma-

dos, y, bien fuera respeto al santo obispo, (como asegura un panegirista de éste), bien que no se creyese en estado de apoderarse de una ciudad tan bien fortificada, como Utrech estaba entónces, Olao desanduvo el camino y se dió nuevamente á la mar. (1)

Inglaterra, donde reinaba el débil é indolente Ezelredo, fué entónces el teatro de sus expediciones. Tomó en union con Thorquel, lugar-teniente del rey de Dinamarca Sven, en el año 1014, la importante ciudad de Cantorberi que faltando á sus compromisos se habia negado á pagar á los daneses el tributo que habia aceptado. «Príncipe gracioso, — cantó más tarde su bardo Otar el Negro, — el mastin ha entrado en el vasto Cantaraborg. Las llamas y el humo jugaron terriblemente con las casas: descendiente de héroes, tú mandabas á la victorial á mis oidos ha llegado que quitaste la vida á muchos hombres.» (2) En efecto la carnicería fué terrible; el incendio fué, segun un agiógrafo contemporáneo, semejante

(1) Véanse los autores citados por Van Bolhuis, «De Noormannen in Nederland,» p. 191-200.

(2) Saga Olafs, p. 21, ed. de 1853. Véase ibid los versos de Sigwat sobre el mismo asunto. Los compiladores de esta Saga cometieron muchos errores hablando de la perma-

al de Troya ó al de Roma bajo Neron. En vano el arzobispo Elfegio, venerado de todos por sus virtudes y su edad, se precipitó delante de los bárbaros, suplicándoles que perdonase á su desdichado rebaño; él, fué víctima de su abnegacion. — Los normandos lo cogieron, oprimieron su cuello para ahogar sus gritos, atáronle las manos, desgarráronle las mejillas con sus uñas, diéronle de puñetazos y puntapiés y despues de esto lo llevaron delante de la catedral para que presenciase la suerte este edificio, adonde se habian refugiado el clero, los monges, las mugeres y los niños. Montones de leña estaban ya acumulados contra las murallas, los normandos les prendieron fuego dando gritos salvajes; muy pronto las llamas tocaron al techo, las vigas inflamadas cayeron, y torrentes de plomo derretido obligaron á los desdichados que allí se albergaban á abandonar la iglesia, y conforme iban saliendo los piratas los iban acuchillando

nencia de Olao en Inglaterra, (véanse á este proposito las excelentes observaciones de M. M. Keyser y Unger, «Olafs saga hins helga, en Kort. Saga,» etc. (Cristiania 1840) p. 98; 104. Es necesario atenerse á los cantos de los Scaldas contemporáneos, que son documentos completamente seguros para la historia.

ante los ojos del obispo

Los normandos que habian metido á este en un inmundo calabozo le perdonaron la vida durante muchos dias, con la esperanza aun de que les pagaria el enorme rescate que le habian exigido; mas, como para contentarlos el obispo hubiera tenido necesidad de espoliar á la iglesia, rehusó hacerlo y su tenacidad exasperó á sus verdugos hasta tal punto que un dia que llegaron de Dinamarca toneles de vino y bebieron con profusion, despues de la comida, no sabiendo que hacer para divertirse, mandaron llamar al anciano. «Oro, obispo, le gritaron de todas partes en cuanto lo apercibieron, oro ó vas á desempeñar un papel que te hará famoso en el mundo.» El obispo, mal inspirado é ignorando probablemente que estaban beodos, tuvo la torpeza de dirigirles un sermon ofreciéndoles el oro de la palabra divina, y amenazándoles con una muerte terrible si se atrevian á atentar á su vida; mas, apenas hubo acabado de hablar, cuando los normandos, rugiendo como bestias feroces, empezaron á tirarle el uno un hueso, el otro una piedra, el de más allá una cabeza de buey. El desdichado anciano cayó al suelo maltratado de la manera mas brutal é inmoble y aún debió dar gracias á Dios cuando un danés, á quien ha-

bia administrado el bautismo, le dió por compasion el golpe de gracia (1).

La iglesia siempre imparcial y equitativa mira á Elfeigio como á un santo, lo mismo que á Olao Haraldsson, uno de sus asesinos.

Algun tiempo despues de la muerte del arzobispo, Olao salió de nuevo á la mar para volver á tomar su antigua profesion y entónçes saqueó las costas de Francia, como lo acreditan estos versos de su bardo Ottar el negro: «Joven rey, tu á quien los combates no turban la alegría. tu has podido devastar á Peita (el Poitu). Príncipe, tu has hecho la prueba de tu escudo pintado en Tuskaland (el país de Tours, la Turena).»

Olao Haraldsson estuvo en España durante esta expedicion, respecto á la cual tenemos de poco años á esta parte un testimonio positivo que se halla en la crónica de Noruega, escrita en una de las Orcadas, y publicada por primera vez en 1850, por un erudito eminente, M. Munsch de Christiania (2). El autor

(1) Osbern, *Vita S. Elphegi en Langebek, Script. rer. Danic.* tomo II, p. 439 y siguientes. Langebek ha citado en sus notas los pasages de los cronistas ingleses que se refieren á estos acontecimientos.

(2) Ademár (c. 53 en la Recopilacion de Pertz t. IV páginas 439-440, habla sin duda de la misma expedicion, que no debe confundirse con la que de tratan las crónicas de Normandia, como lo han hecho no solo Deppiag sino aún escritores mas serios

de esta crónica nos enseña (p. 17) que Olao Haraldsson fué á atacar á Bretaña y á España donde consiguió muchas victorias: «*Olavus interim Britones debellat, et usque Hispaniæ partes profectus ibique clarissimos suæ victoriæ titulos relinquens, rediit in Daniam.*» etc. Ahora bien, como la época de la expedición de Olao coincide con la destrucción de Tuy por los normandos, no vacilamos en decir que él fué quien saqueó esta ciudad é hizo prisionero á su obispo. Fué la suerte de este menos dura que la del infortunado Elfeigio? Lo ignoramos; pero el obispo debió ser vendido como esclavo ó muerto, pues en Galicia jamás se le volvió á ver.

Hemos dicho que á nuestro conocimiento no ha llegado mas que un solo testimonio que afirme que Olao estuvo en España en esta época; sin embargo hay otros no exentos de valor, y como la crónica de que hemos hecho mérito, aunque inspirada en bue-

tales como los autores del «Diccionario geográfico» que se encuentra en el tomo XII de los «Scripta. Hist. Island.» Esta última expedición fué hecha por el rey de Noruega Olao Tryggvason (1000) y por el rey de Dinamarca Sven y es anterior en muchos años á la de Olao Haraldsson.

(1) La publicación de M. Much lleva este título: «*Symbolæ ad historiam antiquiorem rerum Norvegiarum Christiania*, 1850.

nas fuentes, no se escribió hasta el siglo XV (1), no será superfluo citar aquellos. Osbern, biógrafo de Elfegio, refiriendo que el cielo castigó cruelmente á los asesinos del santo, dice; que dos de sus bandas marcharon, una en cuarenta buques y otra en veinte y cinco, á paises lejanos y desconocidos, donde fueron esterminadas por sus moradores (2). No pudo ser una de esas escuadras la de Olao y uno de esos paises *lejanos y desconocidos*, España que apenas era conocida de Inglaterra en aquella época? Convenimos en que la banda de Olao no fué sin duda esterminada, pero fué espulsada al menos por Alfonso V y no debe perderse de vista que al piadoso Osbern le gusta exagerar las cosas cuando cree que vá en ello la reputacion del santo á quien ensalza.

Otro testimonio es mucho mas explícito y probará á nuestro juicio que Olao fué arrojado con su escuadra mas allá de la desembocadura del Miño.

Este testimonio nos lo suministra la saga

(1) M. Munch (p. v.) piensa siempre que la parte principal de la crónica se compuso hacia el año 1300.

(2) *Quadráginta vero, itemque viginti quinque, ad exteras atque ignotas regiones appulsæ, et quasi quæ insidiarum gratias venissent, ab eisdem miserabiliter interceptæ* Recopilacion de Langebek. II. p. 423.

islandesa que lleva el nombre del célebre vi-kingue: el fondo de este relato (1) se encuentra en la redacción que consultamos la cual es, según las curiosas investigaciones de los sabios de Christiania, la más antigua que poseemos. y data de la segunda mitad del siglo XII, (entre 1170 y 1180); pero existen fragmentos de una redacción aun más remota y que parece ser de la primera mitad del siglo XII, es decir, de la época en que comenzó á escribirse la tradición oral. Los datos por tanto de este saga merecen un examen muy serio, aunque solo sea por su antigüedad y como nombra á los Kalrsar, como el punto más lejano á que llegó Olao en su expedición, debemos investigar lo que debe entenderse por esta palabra.

Schæning sospechó si era el Miño, opinión en que no nos detendremos; pues aunque estamos convencidos de que Olao estuvo en ese río, no vemos razón ninguna justificada para que le diése el nombre de Kalrsar. En el Diccionario geográfico que forma el tomo XII de los «Scripta Historia Islandorum», obra de profunda erudición, se halla una explica-

(1) Olafs saga edición de 1849 c. 14-17 ed. de 1853. c. 25 Formanna Sogur t. IV p. 55-58: t. V. p. 162-165. C. f, Fa-grskinna, p. 71.

cion enteramente distinta. Los autores de este precioso trabajo traducen (p. 103-104) Kalrsar por las aguas de Carlos y, despues de decir que los normandos tenian la costumbre de cambiar los nombres de los lugares extranjeros en nombres que tuviesen para ellos alguna significacion, piensan que por Kalrsar ó aguas de Carlos debe entenderse el Garona; opinion adoptada por los sabios de Cristiania M. Munch, Keyser y Unger.

Sin negar la exactitud de la hipotesis que sirve de punto de partida á estos eruditos, debemos sin embargo manifestar que el conjunto del relato, al menos á nuestro parecer, no consiente pensar en el Garona. Desde luego el saga dice formalmente que los hombres que viven cerca de Karlsar son paganos é idólatras; y digan lo que quieran los autores del Diccionario geográfico (p. 352) á nosotros nos cuesta trabajo admitir que Olao y sus compañeros, que eran cristianos, aunque muy malos por cierto, considerasen á los habitantes de Bordelés como adoradores de ídolos. En segundo lugar, el país cercano á los Karlsar es evidentemente un *fairy-land* como dicen los ingleses, un país de *encantamento*, si nos es permitido espresarnos así, pues Olao encontró allí dos mónstruos que mató, un javali enorme y una sirena á que los habi-

tantes reverenciaban como dioses tutelares. Ahora bien es verosímil que los normandos colocaran su *fairy-land* en Francia, á orillas del Garona? No lo creemos: Francia donde habian hecho tantas correrías, se parecia demasiado á los demás países cristianos saqueados por ellos para que hubiese podido herir su imaginacion hasta ese punto. Por último, y este argumento nos parece decisivo, el saga dice que Olao esperó en los Kalrsar un viento favorable para pasar el estrecho de Gibraltar, luego es evidente que no se trata del Garona, pues ningun hombre, que esté en su cabal razon, esperará en la embocadura de este rio un viento propicio para entrar en el mediterráneo. Debe tratarse por el contrario de una localidad cercana al estrecho de Gibraltar.

A nuestro parecer se refiere á la bahia de Cádiz; allí era donde los buques esperaban ordinariamente un viento favorable para pasar el estrecho; allí donde moraban entónces los paganos, es decir los musulmanes, pues es sabido que todos los pueblos cristianos miraban entónces á los sectarios de Mahoma como idólatras; allí en fin era donde los normandos debieron colocar su *fairy-land*; pues para ellos, Cádiz, donde vivian los singulares *Blamenn* (los negros) estaba al final

del mundo. Los romanos creyeron lo mismo: «*terraram finis Gades*» habia dicho Silio Itálico.

Réstanos pues explicar porque los normandos dieron á la bahia de Cadiz el nombre de *karlsar*.

A nuestro parecer este término no quiere decir *las aguas de Carlos*, sino *las del hombre*, *las del hombre grande*, pues la palabra *karl* significa en todas las lenguas germánicas *un hombre grande, fuerte, robusto*, por eso un navío de Olao cuya popa estaba adornada con una cabeza de rey, llevaba el nombre de *karl-hæfus*, *cabeza de hombre, de hombre grande* (1), y traduciéndose *karlsar* de esta manera se explicará fácilmente porque los normandos dieron este nombre á la bahia de Cádiz.

Todo el mundo ha oido hablar de las columnas de Hércules (B) en Cádiz, pero aunque los autores clásicos las nombran á menudo (2) únicamente por los autores árabes, y por los Pséudo Turpin, es por quienes sabemos co-

(1) Saga Olafs p. 38 edicion de 1853. *Karlshæfus* cabeza de hombre es tambien el nombre de un personaje muy conocido en las sagas.

(B) Véase la nota B al fin del tomo.

(2) C. F. Suarez de Salazar. «Grandezas y antigüedades de Cádiz,» p. 149-150.

mo debe entenderse esta expresion. Los árabes conocian muy bien estas famosas columnas que existieron hasta el año 1145 y dieron de ellas descripciones muy detalladas. Eran muchos pilares redondos de piedra muy dura que se encontraban en el mar unos sobre otros; cada uno de estos pilares tenia quince codos de circunferencia y diez de alto, y estaban unidos entre sí con hierro y plomo, midiendo el edificio entero sesenta y áun cien codos de altura, (los geógrafos difieren acerca de este punto). Pero como no tenia puerta, no se podia entrar en él; encima habia una estatua de bronce de seis codos de alto, que representaba un hombre con la barba larga, vestido con un cinturón y un manto dorado que le llegaba á media pierna; con la mano izquierda oprimia los panes (1) contra su pecho y en la derecha, estendida hácia el Estrecho, tenia una llave. (2)

Vése, pues, que la muy característica de-

(1) Satiros que reconocian por su gefe al dios Pan.-
N. del T.

(2) Véase Cazwini, l. II^a p. 370, ed. Wüstenfeld; Dimichki, man. 464, f. 168, v.; Ibn-Iyâs, man. 818, p. 361; de Gayangos, t. I, p. 78-79; Turpini, «Hist. de vita Caroli magni,» c. 3, (ed. Reiffenberg, «Cronique rimée» de Philippe Mouskes, t. I, p. 491).

nomination de Karlsår, *las aguas del hombre*, se explica por si sola. Ese hombre de nueve piés sobre las columnas de Hércules, esa estatua verdaderamente colosal, debió herir la imaginacion de los normandos y es natural que dieran á la bahia de Cádiz un nombre que, en aquel tiempo, le convenia perfectamente.

Pero quizás conviene que demos un paso más; quizás haya en el mismo saga una vaga reminiscencia de la estatua del hombre grande. Léese allí que Olao cuando se encontraba en la bahia de Cádiz, donde habia combatido á los *paganos* y donde esperaba un viento favorable para atravesar el Estrecho, tuvo un sueño muy notable. Un hombre de un «aspecto magestuoso y formidable» se le presentó y le mandó que no continuase su viage: «Vuélvete á tu país, le dijo, porque reinarás eternamente en Noruega.» Olao creyó que este sueño significaba que reinarian en su patria él y sus descendientes. Obedeció, pues, el consejo recibido y se volvió. Lo que más nos mueve á creer que hay aqui algún recuerdo confuso de la estatua, es que los autores árabes dan la misma interpretacion á la mano estendida de la figura, diciendo que esa mano estendida significa, «Vuélvete al país de donde has venido.»

Por lo demás damos poca importancia á esta observacion y si se prefiere que sea un ángel el que se apareció á Olao, como lo parece dar á entender en su redaccion del saga Snorri Sturlason, no nos opondremos á ello.

V.

EXPEDICION DE ULF.

En la historia de los Canutidos (1) se encuentra este pasaje: «Ulf, un *iarl* (conde) de Dinamarca, era un bravo guerrero; fue en calidad de vikingue al Occidente, conquistó y asoló el pais y recogió un botin considerable; por esta razon se le llamaba Galizu Ulf.»

Ya advirtieron los eruditos del Norte que, segun los sincronismos suministrados por el autor de la «Historia de los Canutidos,» este Ulf, de quien habla tambien incidentalmente (2) Saxo Grammaticus, llamándole Ulvo Galicianus, debió nacer por el año 1000. Ahora bien, afirmando la *Historia Compostelana* que los normandos algazuaron en Gali-

(1) *Knytlinga saga*, en los *Formanna Sogur*, t. XI, p. 302.

(2) Compárese *Esp. Sagr.* t. XIX, p. 194 y siguientes.

cia, siendo Cresconius obispo de Compostela, es decir, entre 1048 y 1066 (3), se hace indispensable armonizar estos dos testimonios y presumir que el vikingue que invadió á Galicia en tiempo del mencionado obispo, era el danés Ulf.

Por lo demás la *Historia Compostelana* no trae ningunos pormenores acerca de esta correría y cuando dice que Cresconius exterminó á los invasores (1), no debe, á nuestro juicio, tomarse esta expresion al pié de la letra, pues el autor español exajeró los reveses de los normandos, como el autor islandés exageró sus triunfos.

(3) Lib. XII, p. 595, ed. Müller y Velschow.

(1) Cresconius—suæ militiæ circumspecta strenuitate
Normanos, qui hanc terram invaserant, funditus extinxit.

VI.

LOS ÚLTIMOS VIKINGUES.

Las invasiones referidas son las únicas de que las crónicas traen pormenores, aunque según los mismos documentos dan á entender, es de suponer que hubo otras. Así Ibn-al-Cutia considera la primera y segunda como una sola expedición de catorce años, de donde parece inferirse que durante este tiempo los piratas no dejaron reposar un instante á las poblaciones de las costas de España. Por otra parte en una fortaleza, mandada edificar por Alfonso III (866-910) para proteger á Oviedo, hay una inscripción (1) donde se lee:

«Caventes, quod absit, dum navalis gentilitas piratico *solent* exercitu properare, ne

(1) Publicada en la «Esp. Sagr.» t. XXXVII, p. 216; cf. p. 329.

videatur aliquid deperire etc.» La «Crónica de Iria (c. 9) dice tambien que el obispo Sisenando hizo rodear á Compostela de murallas «propterdiram sævamque incursionem Normanorum ad Frandensium (1) prædarum dispendio Gallæciam sæpe afficientium.» Por último una carta de 1112(2) manifiesta que el obispo de Tuy, Naustus (encargado de la custodia de esta diócesis hácia el año 916, es decir, en época en que no se habla en las crónicas de ninguna invasion normanda) se retiró al cláustro de Labrugia á causa de las correrías de los normandos. Las crónicas hablan solo de las más importantes.

Esta observacion es aplicable especialmente á las posteriores al año 1050 que se prolongaron hasta mediados del siglo siguiente. Durante este período, en que el resto del continente europeo se vió libre de las rapiñas de los piratas escandinavos, las invasiones en España fueron, por el contrario mucho más frecuentes que hasta entonces. De dónde venian estos piratas? Unos

(1) En el capítulo XI este cronista vuelve á decir: «Normani et Frandenses.» Debe leerse *Trandenses*? Los *Thrand* son los noruegos; dábase á la mayor parte de Noruega el nombre de *Thramdheim* (pais de los *Thrands*) conservado en el de la ciudad de *Drontheim*.

(2) «Esp. Sagr.» t. XXII. núm. 14.

eran noruegos que iban á tomar parte en las Cruzadas y que creyendo hacer una obra meritoria combatiendo á los infieles, olvidados de que Galicia era un país cristiano, recordaban en cambio con demasiada viveza las mañas de sus antepasados, vikingues como ellos. El mayor número de estos piratas, sin embargo, no venian de Noruega sino de las islas británicas. «Al Norte de Cádiz, dice un autor citado por Maccari, (t. I, p. 104) se hallan las Islas Afortunadas con gran número de ciudades y aldeas, de allí proviene el pueblo llamado de los Madjus, cuya religion es la cristiana; Bretaña es la principal de estas islas y se encuentra situada en medio del Occéano, al Norte de España; en ella no hay montañas ni rios, y sus habitantes tienen que recurrir al agua llovediza para beber y humedecer la tierra.» El autor de la *Historia Compostelana* (lib. 2, c. 23) dice tambien hablando de estos piratas «*Anglici vel Normanigenæ*» y refiriendo una invasion, ocurrida en 1111, les llama simplemente ingleses, *Anglici piratæ*, (l. I, c. 76).

No nos basta, sin embargo, con saber que los piratas de los siglos XI y XII descendian de los Escandinavos (*Normanigenæ*) y venian de las islas británicas, necesitamos precisar esta indicacion que es demasiado vaga; cosa

por extremo difícil, si no tuviéramos otro testimonio que el de la *Historia Compostelana*. Y como los Anglo-normandos, los barones de Guillermo el Conquistador y sus descendientes están fuera de juego, hemos de hacer nuestra eleccion entre los Estadillos fundados por los noruegos en las costas de Escocia, de las Hebridas y en Limerick, Waterford y Dublin, pequeños Estados que subsistieron mucho tiempo despues de la conquista de Guillermo (1). Afortunadamente de este apuro nos saca el autor citado por Mac-carí, dándonos á entender con bastante claridad, no obstante lo ambiguo de sus frases, que los piratas provenian de un país donde no habia rios ni montañas. Este dato, que tanto llamó la atencion de los orientalistas, y, que en efecto, sería muy de extrañar si el autor, como se ha supuesto, hablase de Inglaterra ó (lo que sería peor) de la Bretaña Armórica, (2)este dato que los árabes tomaron de los mismos Madjus, nos conduce precisamente al único país en que habia entónces vikingues, pues no existian, al ménos segun

(1) Sobre estos pequeños Estados puede consultarse una obra de un sábio dinamarqués de clarísimo ingenio, Mr. Orsay (*Die Danner und Nordmanner in England Schottland und Irland*).

(2) Reinaud *Geographie d'Abulfeda*. t. II, p. 265.

nuestras noticias, en los estados fundados por noruegos, de que hemos hecho mérito. Si este dato, se refiere á las Orcadas es de bastante exactitud, pues de esas sesenta islas solo veinte y nueve están habitadas; todas, si no nos engañamos, carecen de rios, y á escepcion de alguna, como la de Hay, las demás carecen tambien de rocas, siendo por lo general praderas y brezales, donde apenas se vé un árbol que otro. Ahora bien, allí fué donde los noruegos, que no pudieron doblegarse al cristianismo ni á la monarquía, como la entendian Harald Harfagr y sus sucesores, buscaron y encontraron un asilo; allí fué tambien donde las antiguas costumbres de la Escandinavia se conservaron más largo tiempo, merced á la independencia casi absoluta de que se gozaba, pues el rey de Noruega reinaba allí solamente de nombre. El *iarl* de las islas pagaba solamente un tributo y estos *iarls* que eran poderosos, reforzados por los daneses y los noruegos, que habitaban en otras islas al Norte de Escocia, se hallaban en estado de equipar grandes escuadras con las que hacian frecuentes conquistas en Escocia. El *iarl* Sigurd el Gordo y su tio Thorfinn, muerto en 1064, eran célebres vikingues. «Aunque para los vikingues habia comenzado una era

nueva, la cristiana, dice con razon Mr. Worsaae, las Orcadas produjeron todavia, durante más de un siglo despues de la muerte de Thorfinn, hombres, cristianos en el nombre, pero wikingues paganos por su manera de pensar y obrar, entre los cuales figuró en primera linea Swen Asleifsson, que vivia á mediados del siglo XII, en la pequeña isla de Gairsay al N. E. de Mainland, quien no solo tomó una gran parte en las numerosas discordias y revoluciones de que las Orcadas fueron teatro, sino que tambien llevó á cabo expediciones de vikingues contra otros paises. Rodeado de una faccion de ochenta hombres pasaba el invierno en su castillo, viviendo en la abundancia con el botin recogido en la primavera; despues de la recoleccion algareaban por las costa de Inglaterra, Escocia é Irlanda; en el otoño volvia à su isla á traer el trigo, y hecho esto, comenzaba de nuevo sus correrías hasta que el invierno le obligaba otra vez á interrumpirlas.

La historia de los Orcadinos, como ahora veremos, no calla en absoluto acerca de sus expediciones á España, mas frecuentes de lo que aquella dá á entender, como lo prueban los documentos arábigos. Citaremos en primer lugar respecto de esta mate-

ria, un pasage del final del artículo que consagra el geógrafo Edrisi á la isla de Saltes (1), (cerca de Huelva) pasage que se refiere precisamente á las expediciones de los últimos vikingues y que en vano buscariámos en la traducción del orientalista M. Jaubert, quien lo suprimió diciendo en una nota! aquí el texto del man. A. contiene un cuento referente á pretendidos adivinos, que nos abstenemos de traducir.» Lo cierto es que por un yerro muy singular, el difunto M. Jaubert creyó que la palabra *Madjus* significaba *adivinos, mágicos* pero hé aquí lo que se lee en el man. A de Paris, que hemos consultado: «Los *Madjus* se apoderaron *en muchas ocasiones* de esta isla cuyos habitantes cada vez que oían decir que los *Madjus* volvían, se apresuraban á emprender la huida y abandonar la isla.» Estas palabras ponen de manifiesto que hau sido muy numerosas las invasiones de los vikingues, quienes, á ejemplo de sus antepasados, formaban á la desembocadura de los grandes rios establecimientos, que les servían de punto de retirada. punto

(1) Saltes ó Chaltich como dicen los árabes era una isleta y no una península, como han creído el Sr. Gayangos y M. Slane. «La isla de Chaltich está rodeada de mar por todas partes» t. II p. 20.

de partida y depósito para el botín (1).

En la obra del Sr. Gayangos se encuentra un pasage aún mas notable (t. I. p. 79) tomado de un geógrafo andaluz que vivia á mediado del siglo XII; he aqui lo que en él se lee (2).

«Habia en otro tiempo en el océano grandes navios á que los andaluces daban el nombre de *Corcur* (3) con una vela cuadrada delante y otra detrás. Llevaban hombres de una nacion á la cual se dá el nombre de Madjus. Estas gentes eran fuertes, atrevidas y muy experimentadas en la navegacion y cuando desembarcaban en la costa, lo llevaban todo á sangre y fuego, de modo que á su aproximacion los habitantes huian á las montañas, con cuantos objetos de valor poseian. Las invasiones de estos bárbaros eran periódicas y ocurrían cada siete años. El número de sus barcos nunca bajaba de cuarenta,

(1) Aprovechando sin duda el ejemplo de los Madjus, los corsarios andaluces del siglo XII, entre los que se nombran espresamente los de Saltes, hicieron lo mismo durante sus invasiones á la costa de Galicia. Véase *Hist. Comp.* l. I c. 103.

(2) Este pasage es uno de los que el Sr. Gayangos dá como si se encontrasen en Maccari, pero que está tomado de manuscritos de su propia coleccion, la mas rica quizás de las que existen en manos de particulares.

(3) El *navis longa* de los romanos, el *langskip* de los sagas islandeses.

(1) y algunas veces llegaba á ciento. Estos piratas *devoraban* á todas las personas que encontraban en el mar. Conocian la torre de que he hablado, (2) y, navegando en la direccion indicada por la estatua, se mantenian en disposicion de entrar en todo tiempo en el mediterráneo y asolar las costas de Andalucía é islas accesorias: algunas veces llegaban hasta la costa de Siria: pero, destruida la estatua por órden de Ali-Mamun, segun dijimos, no volvió á oirse hablar mas de esos hombres, ni á verse sus *Corcur* en estos parages, á escepcion de dos que se fueron á pique, uno en Mersa-al-Madjus (el puerto de los Madjus (3), y el otro cerca del promontorio de Trafalgar.»

Aunque poseemos pocas noticias acerca de estas expediciones que, segun el testimonio del autor árabe, ocurrían siempre cada seis ó siete años, daremos sin embargo las que hemos podido recoger en los documentos de la historia del Norte; advirtiéndole que bajo el nombre de piratas comprendemos tambien á los cruzados de Noruega y de las

(1) Esto es una exageracion.

(2) Las columnas de Hércules.

(3) Ignoramos donde se encontraba ese puerto: el Sr. Gayangos cita acerca de este puerto á Becri, que sin embargo no nombra este puerto en parte alguna.

Orcadas, á quienes los moros segun parece, daban igualmente el nombre de Madjus, y los cristianos de España con toda seguridad, pues la *Historia Compostelana* califica sencillamente de piratas á los cruzados de que tratamos, nombres que, como se verá, les cuadraba á las mil maravillas.

Hablemos en primer lugar de la expedicion del rey Noruego Sigurd, apellidado Jorsalafari (el que ha estado en Jerusalem.)

Cuando el rey de Noruega Magnus Descalzo fué muerto en Irlanda, quedó dividida la Noruega entre sus tres hijos, todos muy jóvenes aún y uno de ellos, que reinó antes en las Orcadas (3), llevaba el nombre de Sigurd; poco tiempo despues algunos cruzados noruegos volvieron á su patria y como era cosa de no acabar nunca cuando se ponian á referir las maravillas que habian visto en Constantinopla y en tierra santa, y el pingüe sueldo que el emperador bizantino concedía á los normandos que servian en su guardia, muchos de sus compatriotas, ardiendo en deseos de ir á Constantinopla y á Jerusalem, rogaron á los reyes, que uno de ellos se pusiese á su cabeza; Sigurd

(1) Saga Magnuss ber fætts (Fornmanna Sögur, t. VII), página 40.

se encargó de conducirlos. El año 1007 se dieron al mar los cruzados con sesenta bajeles é invernaron en Inglaterra, donde el rey Enrique I, hijo de Guillermo el Conquistador, les dispensó una magnífica acogida. En la primavera del año siguiente fueron hacia Galicia, que los sagas llaman la *Jacobsland*, tierra de Santiago, y como, á lo que parece, no tenían prisa de llegar á su destino, resolvieron invernar en ella. El gobernador del distrito donde arribaron se comprometió á proveerles por su dinero de víveres, durante todo el invierno; pero despues de navidad faltó á su promesa. Sigurd tomó una pronta venganza y atacó el castillo del gobernador, (4) el cual no teniendo bastantes tropas para defenderse, emprendió la fuga; Sigurd entónces se apoderó del castillo donde encontró gran cantidad de víveres y muchos objetos de valor que hizo trasportar á sus barcos; luego dirigió sus correrías hacia el Medio dia y encontrándose piratas (vikings, dice el saga) sarracenos, los combatió y les quitó ocho barcos, y por último habiendo atacado á Cintra, de donde los paganos salian en

(4) Se ha sospechado que se trata aquí de Compostela; pero si fuese así, el autor de la *Hist. Comp.* no hubiese dejado de hablar de esta expedicion, de la que nada dice.

algaras contra los cristianos, se apoderó de esta fortaleza y pasó á cuchillo á todos sus defensores, «visto que no querian abrazar el cristianismo.»

Despues de la toma de Cintra, Sigurd fué hacia Lisboa, cuya poblacion es mitad cristiana, mitad pagana. Allí dió su último combate, y luego se dirigió á AlcacerdoSal (Alkassa en el saga) que tomó, saqueó y destruyó mandando matar á los habitantes de esta villa, que no quisieron huir. Navegando de allí hacia el Estrecho, se encontró con una flota de piratas sarracenos, y trabando un combate con ella la derrotó.

Horrible fué el acto de barbarie que llevó á cabo en Formentera, acto cruel que se ha repetido en nuestro siglo, y por el cual Francia al menos no tiene derecho de reprochar á un noruego del siglo XII.

La isla de Formentera era en aquel tiempo un refugio de bandidos: estos habían depositado su botin en una cueva situada en una roca de difícil acceso, y defendida además por una fuerte muralla. Los noruegos procuraron aproximarse, pero los sarracenos se lo impidieron arrojando sobre ellos una lluvia de flechas y piedras, y en son de burla, les enseñaban desde lo alto de la muralla objetos preciosos, poniéndolos de cobardes Para

castigarles de sus bravatas, Sigurd recurrió entónces á un medio singular que le dió resultado. Mandando arrastrar dos barcas hasta la cumbre de la roca, hizo liar cables á sus popas y proas; luego metió en ellas á todos los hombres que cupieron y las dejó deslizar, por medio de los cables, hasta encima mismo de la muralla: ya en esta ventajosa posicion, los noruegos hicieron llover flechas y piedras sobre las cabezas de los sarracenos, que muy pronto se vieron obligados á abandonar la muralla y á retirarse á la cueva.

El gefe noruego entonces se encaramó con el grueso de sus tropas y penetró en ella; los sarracenos procuraron todavia defenderse tras una segunda muralla, en la misma caverna; pero Sigurd inutilizó sus esfuerzos: mandó llevar una gran cantidad de haces de leña á la abertura de la caverna, y prendiéndoles fuego, formó una inmensa hoguera; los sarracenos murieron todos ahogados ó quemados vivos y sus tesoros cayeron en manos de los noruegos, que en ninguna expedicion habian cojido un botin tan pingüe.

Despues de librar nuevo combates en Ibiza y Menorca, Sigurd hizo rumbo á Sici-

lia y de allí á tierra santa (1).

Poco despues, en el año 1111, el pais llamado el Jacobsland por los sagas fué asolado de nuevo por los que se decian cruzados. El autor de la *Historia Compostelana* (L. I c. 76) nos suministra pormenores muy curiosos sobre este punto, siguiendo casi siempre las mismas palabras del cronista.

En la época de que tratamos una terrible guerra civil despoblaba los reinos de Castilla, Leon y Galicia: la heredera de estos estados, Urraca, hija de Alfonso VI, estaba indispuesta con su marido Alfonso el Batallador, rey de Aragon, y los nobles se habian dividido en dos bandos, uno en favor de Urraca y su hijo y otro en favor de su esposo. En este último militaban dos señores gallegos, Pelayo Godesteiz y Rabinat Nuñez, y, como Urraca habia encargado al ambicioso pero hábil Diego Gelmirez, obispo de Compostela, que les quitase sus castillos, aquellos se vieron obligados á tomar á su servicio «piratas, que venian del lado de Inglaterra é iban á Jerusalem, gentes sin ninguna piedad (2); esperando ponerse en estado de asolar con

(1) Saga Sigur bar jorsala fara (Formanna Sögur t. VII) página 74-85; Fagrskinna, p. 159-161.

(2) «Nullus pietatis melle condita.»

su ayuda el interior de las tierras y las costas;» sus esperanzas no fueron vanas «los ingleses hicieron de improviso una correría por la costa, degollaron á los unos, despojaron á los otros de todo cuanto poseían y, como si hubiesen sido moabitas, (sarracenos) obligaron á muchos cargados de cadenas á pagar su rescate, y aun no paró en esto pues nos quedan que decir cosas que harán estremecer de horror: ciegos de codicia violaron las iglesias, se apoderaron sacrilegamente de los objetos sagrados y de las personas que encontraron en ellas.» Santiago los castigó por esto: la armada del obispo, que había recibido orden de ir á atacar un castillo de la costa, perteneciente á los enemigos de la reina, encontró y asaltó la de los piratas en el momento en que estos acababan de destruir una iglesia y trasportaban el botín á sus barcos. Los gallegos les quitaron tres buques, y, cojiéndoles gran número de prisioneros, continuaron su marcha.

El obispo Diego Gelmirez se alegró mucho de esta victoria; mas, cuando vió á los prisioneros gimiendo y derramando lágrimas, se apiadó de ellos, y, dirigiéndose á sus marinos, les dijo: «Sabeis, hermanos míos, que la quinta parte del botín me pertenece de derecho, pues bien renuncio á ella si que-

reis cederme á los prisioneros.» Los marinos consintieron sin dificultad: entónces el obispo libertó á los cautivos despues de hacerles jurar que no harian mas correrías á paises cristianos.

El cronista nada mas nos dice; però es de presumir que los piratas, recobrada su libertad, se unieran á sus camaradas y continuaran juntos su camino á tierra santa.

Estos cruzados, segun ellos se llamaban, estos sacrilegos, que saqueaban las iglesias, estos *moabitas*, en una palabra, venian sin duda de las Orcadas, cuyos habitantes no eran cristianos mas que de nombre, y aun quizás sea posible nombrar á su gefe. Eralo á mi juicio el iarl de las Orcadas Hacon Paalsson (hijo de Pablo), hombre turbulento y pérfido, que dueño de la mitad de las Orcadas, estuvo al principio en guerra con su primo hermano Magnus, poseedor de la otra mitad; y, luego, concertando con él una entrevista para arreglar sus diferencias, lo hizo matar del modo mas atroz, sacándole de la iglesia donde estaba (1). De esta manera vió cumplirse Hacon la profecía, que lejos de su morada de Suecia, le habia hecho un

(1) Magnus que al morir dió pruebas de grande abnegacion de si mismo llegó á ser el patron de las Orcadas.

adivino pagano, de que cometeria un abominable crimen y reinaria en todas las Orcadas. Pero el adivino le habia pronosticado tambien que haria un largo viaje hacia el mediodia, y bien Hacon estuviese interesado en el cumplimiento de esta parte de la profecia, bien su espíritu inquieto no le permitiese permanecer en las Orcadas, es lo cierto que fué en peregrinacion (por mar probablemente) primero á Roma y despues á Jerusalem (1). En vista de lo espuesto creemos que este hombre que era vikingue, (2) que consultaba á los adivinos paganos, que «no conocia la piedad,» segun la espresion de un saga, tan poco respetuoso con los lugares santos que hizo arrancar á su primo de detrás de un altar, este hombre, casi pagano en fin, puede muy bien habersido el impío pirata que destruyó tantas ciudades en Galicia durante su perëgrinacion á Jerusalem: la única dificultad es la fecha; la de la muerte de Magnus anda en opiniones: algunos la fijan en el año 1104, pero Torfinn, que ha consagrado una larga disertacion á este asunto, (3) se decide por el

(1) Orkneyinga saga, p. 100-104; 124-134, 138; Magnus helga saga, p. 442-444, 484 y siguientes, véase especialmente p. 492 y 494.

(2) Orkneyinga saga p. 96.

(3) Véase sus Orcadas p. 84 y 86.

año 1010: si este cálculo es exacto, y tambien que Hacon fué á Jerusalem *algunos años* despues de la muerte de su primo, como se lee en los sagas, entónces no pudo haber estado en Galicia en el año 1111. Pero es sabido que la cronología de los sagas es estremadamente inexacta, y por nuestra parte creemos que en esta circunstancia su testimonio tiene muy escaso valor.

Nos contentaremos con observar de pasada que los noruegos asistieron á la toma de Lisboa en 1147, (1) y nos detendremos en el viage que hizo á Jerusalem otro iarl de las Orcadas, Ronald, (2) el cual se encontraba en Noruega el año 1150, cuando volvió á su patria un noble guerrero de este pais, Eindridi el Jóven, que habia servido mucho tiempo en la guardia del emperador bizantino. Los relatos de este guerrero despertaron en los noruegos y en los compañeros del iarl el deseo de visitar las comarcas lejanas del mediodia y del oriente, y Ronald consintió en ser el gefe de la espedicion, para la cual se estuvieron haciendo durante mas de dos años grandes preparativos, en las Orcadas y en

(1) Véase Wilken, Geschichte der-Kreuzzüge t. III p. 269. nota II.

(2) Propiamente Rögvald; pero á causa de la eufonia, hemos dejado á este nombre su forma escocesa.

Noruega, El año 1152 partió por último de las Orcadas con una escuadra de quince buques; mas, en vez de ir directamente á Jerusalem dieron un largo rodeo; pues Ronald, habiendo oido hablar de la bella Ermengarda, vizcondesa de Narbona que en circunstancias muy difíciles gobernaba sus estados con tanta gloria como sabiduria y que reunia á las gracias de una muger amable los talentos de una política y el valor de un caballero (1), queria hacer una visita á esta muger estraordinaria, de la quien su trovador Peire Rogier ha dicho: «El que no la ha visto no puede imaginar que exista una belleza semejante.» (2) Ronald por tanto remontó la corriente del Garona hasta Tolosa, y de allí fué por tierra á Narbona. (3) donde la preciosa vizcondesa le dispensó una acogida muy lisonjera; durante muchos dias

(1) Véase sobre Ermengarda, *Hist. General de Languedoc*, t. III. p. 89.

(2) Raynouard, *Choix des poésies des troubadours*, t. III p. 38.

(3) Tal debió ser la ruta que siguió Ronald; pero el Orkneyinga saga no lo dice y solamente habla de Narbona, como de una ciudad marítima. Tambien Torfæus, (véanse sus Orcadas, p. 123,) se encontró muy embarazado con este pasage, pues ni comprendia como Ronald habia ido á Narbona antes de ir á Galicia, ni ha sabido donde colocar la Narbona del saga. La mencion de Ermengarda no deja duda ninguna sobre este punto.

consecutivos dió á Hacon y á su cortejo magníficos festines, á los que se dignó asistir una vez rodeada de las damas de su corte. La gracia de sus maneras, la elegancia de su traje, su afabilidad, el encanto de su voz y sobre todo sus blondos cabellos, finos como la seda, que caian sobre sus espaldas, todo esto causó una impresion profunda en el ánimo del jóven iarl, y cuando ella le hubo ofrecido una copa de oro llena de vino, su entusiasmo le inspiró un poema muy galante en loor de su patrona. Habiéndole insinuado algunos que pidiese la mano de la hermosa dama, Ronald respondió que deseaba cumplir su peregrinacion primero y mas tarde veria lo que habia de hacer; pero Ermengarda podia contarle ya entre el número de sus adoradores, y, si los trovadores la cantaban en el dulce idioma de la Provenza, Ronald y sus escaldas la cantaban tambien, á cada momento, en el varonil idioma de los hijos del Norte.

Despues de abandonar á Narbona, se embarcaron de nuevo y fueron á Galicia, donde tenian intencion de pasar el invierno. Desembarcaron en ella cinco dias antes de la fiesta de navidad y exigieron víveres, bajo promesa de pagarlos. Los habitantes hubiesen rechazado esta pretension de muy buena

gana, vista la esterilidad del país; pero intimidados por el gran número de sus importunos huéspedes, no se atrevieron, y les suministraron víveres; y, rogaron á Ronald que en cambio de este servicio los libertase de un señor extranjero, que los abrumaba con impuestos y á quien el saga daba el nombre de Gudifreyr. Era este, añade, un hombre inteligente que, merced á sus largos viages, hablaba muchos idiomas; pero por lo demás era duro y avaro: y como los gallegos cedían de antemano á Ronald todo el botín que se recogiese, el iarl se dejó fácilmente persuadir de que debía prestarles socorro. Como el castillo era difícil de tomar resolvieron quemarlo, y para ello los orcadinos apilaron contra sus murallas grandes montones de leña. El castellano, no contando con soldados suficientes para rechazar á los sitiadores, púsose á idear una traza para salvar, ya que no la vida de los que estaban á sus órdenes, al ménos la suya, y creyendo encontrarlo, se vistió con un traje de mendigo y descolgándose por medio de cuerdas desde lo alto de la muralla se pasó al campo de los orcadinos, finjiéndose francés. Hablando en este idioma, que era de los extranjeros el que mejor comprendían sus enemigos, se apercibió desde luego que estaban divididos en dos

bandos; uno que guiaba Ronald y otra Eindridi, aquel noruego que servia en la guardia del emperador birantino; y dirigiéndose despues á este, diciéndole que el señor del castillo daría con gusto sus tesoros al que quisiera salvarle la vida, el asunto se arregló muy pronto sin que lo supiese el iarl. Eindridi prometió al castellano sustraerlo á sus enemigos, y por su parte, el castellano se comprometió á recompensarlo generosamente.

Vuelto el señor á su fortaleza, los orcadinos prendieron fuego á la leña amontonada, y mientras las llamas se propagaban á la muralla y Ronald, disparando flechas contra los sitiados, improvisaba versos en loor de Ermengarda, Eindridi hizo apagar el incendio por la parte cuyo ataque le estaba confiada, y salvó al señor del peligro. El castillo fué tomado y mucho de sus defensores degollados: pero los vencedores quedaron muy disgustados de no encontrar ni al castellano ni sus riquezas. Las sospechas recayeron en Eindridi; mas como todo habia ocurrido en medio de un humo espesísimo, no pudo probarse su perfidia.

Despues de la cuaresma abandonaron á Galicia, y siempre en direccion al Estrecho, no dejaron de invadir con frecuencia el ter-

ritorio sarraceno (1).

La expedición de Ronald, verificada ocho años después de la destrucción de la estatua de Cádiz, es decir, en la época en que el autor árabe, citado antes, fija el fin de las invasiones de los Madjus, parece haber sido la última. En adelante los orcadinos, aunque siguieron algún tiempo siendo vikingues, tuvieron demasiado que hacer en su casa y en sus inmediaciones, para poder emprender expediciones lejanas.

(1) Orkneyinga saga p. 258-296; Saga Inga Haraldssonar (Fornmanna Sögur t. VII) p. 231.

VII.

ESPEDICIONES DE LOS NORMANDOS DE FRANCIA.

Aunque los noruegos, á quienes Carlos el Simple habia cedido una provincia de su reino, adoptaron pronto la lengua, costumbres y leyes de sus súbditos franceses, conservaron, sin embargo, su carácter distintivo. Acostumbrados al cambio y á las aventuras, no podian avenirse á la vida monótona que hacian en su nueva patria. Piratas por naturaleza, y amigos de enriquecerse con el botin, miraban lo que poseian con ojos despreciativos; su ambicion era conquistar tesoros y reinos con la punta de su espada y como sabian soportar el calor y el frio, la sed y el hambre, las fatigas y las privaciones, abandonaban alegremente á Normandía para ir á realizar sus sueños á paises lejanos (1) To-

(1) Est quippe gen^o-,spe alias plus lucrandi, patrios agros

do el mundo ha oido hablar de sus brillantes expediciones por Italia. Pero las que hicieron á España merecen ser mejor conocidas de lo que son, y vamos á presentar los datos que acerca de ellas hemos podido recoger.

Segun la crónica de Ademar, los normandos llegaron á Cataluña, en el 1018, bajo el mando de Rogerio. Entrados al servicio de Ermesinda, que gobernaba entónces el condado de Barcelona, en nombre de su hijo menor, pelearon contra muchos principes sarracenos y entre otros Muset, es decir, Mojehid, príncipe de Denia y de las Baleares, el mayor pirata de su época, destructor de Pisa en 1012 y dueño de Cerdeña durante mucho tiempo. Un dia que Rogerio, casado con una hija de Ermesinda, solo tenia á su lado cuarenta hombres, cayó en una emboscada y se vió cercado de improviso por quinientos enemigos. Su hermano bastardo fué muerto; pero él y los suyos se defendieron con el mayor valor, y, dejando tendidos en el campo á mas de cien enemigos, volvieron á su campamento sin que los sarracenos se atrevieran

vilipendens; quæstus et dominationis avida;—laboris, inediciæ, algoris, ubi fortuna expedit, patiens. «Gaufredus Malaterra, Hist. Sicula, L. I c. 3 (Muratori, Script. rer. Italic. t. V, p. 550.

á perseguirlo (1). Quién era este Rogerio? Según Marca (2) debeleerse Ricardo porque en el año 1018 el duque de Normandia se llamaba Ricardo II y no Rogerio. Semejante opinion no nos parece plausible; los duques de Normandia estaban demasiado encumbrados para entrometerse en tales expediciones. El erudito M. Bofarull (3) parece muy inclinado á rechazar todo el relato de Ademar, fundado en que no se encuentra en las crónicas españolas ó árabes y en que ningun titulo habla de una hija de Ermesinda; pero el sabio archivero del Catálogo sabe mejor que nosotros que, cuando se trata de la historia de la edad media, esto es, de una historia cuyas fuentes son muy incompletas, debe recurrirse lo menos posible á argumentos deducidos del silencio de las crónicas y de las cartas. En las crónicas normandas de Orderico Vital y de Guillermo de Jumiéges hállanse algunas líneas que, si no confirman todos los detalles suministrados por Ademar, ponen al menos fuera de duda la permanen-

(1) *Ademar*, en Pertz, *Monum Germ* t. IV, de *Script.* p. 404 y 405. En este pasage hay un cuento popular que creemos deber pasar en silencio porque hemos hablado ya de él en el t. I página 82.

(2) *Marca hispanica* p. 429.

(3) *Condes de Barcelona* t. I p. 124.

cia de Rogerio en España, esplicándonos al mismo tiempo quien era este personaje. Orderico Vital (1), hablando de un caballero normando que hizo voto de pobreza y fué además director de un hospicio en las fronteras de Babiera y de Bohemia, dice de pasada que este personaje era pariente de «Rogerio de Toeni, apellidado el español.» En otro lugar (2) lo llama Rogerio de España. Guillermo de Jumiéges, por su parte, dice que Rogerio de Toeni, abanderado, es decir, general en jefe de la Normadía, caballero orgulloso y de gran poder estuvo en España y se distinguió en muchas expediciones peleando contra los sarracenos. Ahora bien, como la época en que vivía este Rogerio es la de que habla Ademar, es evidente que se trata de la misma persona; pues era en efecto de la familia de los señores de Toeni y de Conches, la cual descendía á su vez de Malehuche, tío de Rollon, que desempeñó un papel muy importante en la historia de Normandía. Este mismo Rogerio de Toeni fué quien, cuando el duque Roberto el Diablo fué muerto en Nicea, después de su vuelta de Jerusalem, (1035), se negó á reconocer al hijo bastardo de Roberto, Guiller-

(1) En la recopilacion de Duchesne p. 475 C.

(2) P. 686, B.

mo (el Conquistador.) Poco despues fué vencido y muerto por Rogerio de Beaumont (1).

Los normandos hicieron tambien otra espedicion á España que solo nos es conocida por las crónicas árabes.

Es bien sabido por las latinas que la fortaleza de Barbastro en Aragon, baluarte de Zaragoza, cayó por segunda vez en poder de los sarracenos en 1065; pero estas crónicas apenas indican que el año anterior los cristianos babian quitado á los moros la ciudad de Barbastro. Ibn-Hayyan, historiador cordobés de aquel tiempo, trae por el contrario noticias estensas y curiosas sobre el sitio y toma de dicha ciudad en 1064, siendo para nosotros la de más importancia que nombra á la nacion que conquistó la fortaleza. Este nombre propio está alterado en los manuscritos de Maccari, que cita una parte del pasage de Ibn-Hayyan (2), y trae *Al-ardemelisch* acabado en sin ó en schim: tambien el Sr. Gayangos en su traduccion compendiada de Maccari, trae *Al-ardemelis*, y en una nota de este pasage propone que se lea *Alarademir* lo que, si hubiéramos de creerlo,

(1) Guillermo de Jumieges, loco laud, y Orderico Vital página 468, A.

(2) Véase la edicion de Leiden de Maccari t. II p. 749.

significaría Sancho I, hijo de Ramiro. Mas, como los manuscritos de Ibn-Basâm, donde el pasage de Hayyan se encuentra copiado integro, trae el uno *Djysch Alordományyn* y el otro *Djysch Alordományyn* nos hemos convencido que debe pronunciarse *Alordomani* y traducir *elegército de los normandos*. En efecto Ibn-Adhari, hablando de la invasion de los daneses en 971 (1) los nombra igualmente. *Al Madjus alordományyn*, al Madjus alordomani y los cronistas latinos de España dan tambien á los piratas escandinavos el nombre de *Lordomani* (2). Por otro lado el autor del *Holal* dice que los conquistadores de Barbastro venian de Francia y hay tambien en el relato de Ibn-Hayyan, en la poesia francesa de la edad media y aún en las crónicas normandas, pruebas ciertas de que Barbastro fué tomado por los normandos, como demostraremos mas adelante. Lo que ahora nos cumple hacer en primer término, es traducir el interesante relato de Ibn-Hayyan, debiendo advertir que seguiremos el texto que se encuentra en Ibn-Basâm y no en Maccari, pues este último autor como digimos en una breve nota colocada en

(1) Véase más arriba p. 363.

(2) Chron. Albeld. c. 59, 60; comparese mas arriba p. 366 nota II.

la edicion de Leiden, cita este pasage de una manera por extremo inexacta. (1)

(2) Para esta traduccion hemos tenido a nuestra disposicion dos manuscritos el de Ghotá (A) y el del Sr. Gayangos (B) confrontado por Mister Wright: como este último sabio tiene la intencion de publicar todos los fragmentos de Ibn-Hayyan que existen en Europa, hemos creído poder dispensarnos de dar el texto de este relato.

RELATO DE LA TOMA DE BARBASTRO Y DE LA
RECUPERACION DE ESTA CIUDAD POR LOS
MUSULMANES.

«Hé aquí lo que dice Ibn-Hayyan sobre este punto. En el año 456 el enemigo se apoderó de Barbastro, la fortaleza mas importante de la Barbitania (2) entre Lérida y Zaragoza, las dos columnas de la frontera superior; de Barbastro, venerable madre donde el islamismo habia florecido desde la conquista de Muza Ibn-Nosair; la que durante siglos habia disfrutado de una prosperidad continua mientras otras ciudades se arruinaban; la de fértil territorio y de fuertes murallas; la que edificada en las orillas del Ve-

(1) Antiguo nombre de Sobrarbe. «Quod modo dicitur Superarbum, olim vocabatur territorium Bartitanum. *Fragm. hist. ex cartulario Alaonis.* (Esp. Sag. t. XLV p. 1)

ro (1) era el baluarte de los habitantes de la frontera contra los ataques de los enemigos; la que estuvo trescientos sesenta y tres años en poder de los musulmanes, y en la que echó mas profundas raices la religion musulmica. Asi, que cuando un mensagero de desdicha vino de improvisó á Córdoba á principio del mes de Ramadhan del referido año (mediados de Agosto 1064) á participarnos la caida de esta ciudad, la noticia hirió nuestros oidos como un trueno, exasperó los corazones hasta el delirio, é hizo temblar toda la tierra de España de un extremo á otro. Desde entónces no se habló de otra cosa que de este triste acontecimiento, y todo el mundo creia ya que, dada la disposicion de ánimo de príncipes y faquies, la misma Córdoba correría bien pronto la misma suerte (2).

«Refiramos ahora la terrible calamidad que asoló á Barbastro. El egército de los normandos sitió largo tiempo esta ciudad y le dirigió vigorosos ataques. El príncipe Yusuf Ibn-Solaiman Ibn-Hud, (3) á quien perte-

(1) El man. A. dice Naro y el man. B. Maro, debe leerse Baaro.

(2) Omitimos las consideraciones que dá Ibn-Hayyan aquí respecto á los faquies y príncipes de aquella época, pues aunque interesantes, nada tienen que ver con los normandos.

(3) Es decir Modhafar de Lérida.

necia, viéndola en tan grave riesgo, la abandonó á su suerte, y los habitantes se encontraron reducidos á sus propias fuerzas. Hacía ya mas de cuarenta dias que duraba el sitio y los sitiados comenzaron á disputarse los escasos víveres que poseían. Enterados los enemigos, redoblaron entónces sus esfuerzos y consiguieron apoderarse del arrabal. Cerca de cinco mil caballeros entraron en él; los sitiados, entre quienes comenzaba á cundir el desaliento, se fortificaron entónces en la ciudad, y se trabó un encarnizado combate en que perecieron quinientos cristianos; (1) pero el Todopoderoso quiso que una enorme y durísima piedra de un muro construido por los antiguos, cayese en un canal subterráneo, tambien de construcción antigua, que llevaba á la ciudad el agua del rio, y lo obstruyese enteramente. Entónces los soldados de la guarnición, temerosos de morir

(1) El conde Ermengaudio de Urgel parece haber sido uno de este número. *Gesta Comitum, Barc.* c. VII: «*Succesit ei Ermengaudus filius eius, qui dictus fuit de Barbastre, eo quia in obsidione Barbastrensis castri, quod á Sarracenis adhuc detinebatur, plurimum laboravit, et eo anno quo captum est castrum, scilicet incarnationis Christi M. L. X. V. mortuus est.*» En lugar de 1065, el autor debió decir 1064. Esta misma falta se encuentra en la crónica de Ripoll (Villanueva t. V p. 245). De Marca (p. 455) ha confundido este Ermengandio de Barbastro con Ermengandio de Córdoba.

ahogados de sed, ofrecieron entregarse, estipulando que conservarían solo la vida y entregarían sus bienes y familia á los enemigos de Dios. Estos le concedieron lo que pedían; pero violaron su palabra, pues apenas salidos los soldados de la ciudad, los degollaron á todos, escepto al gefe Ibn-At-Tawil, al cadi Ibn-Isa y á un pequeño número de personas notables. El botin que los infieles cogieron en Barbastro fué inmenso. Cuéntase que á su general en gefe, comandante de la caballería de Roma, le cupieron en parte, cerca de mil quinientos jóvenes y quinientas cargas de muebles, ornamentos, vertidos y tapices, y tambien que en esta ocasion, cincuenta mil (1) personas fueron muertas ó reducidas á esclavitud.

«Los infieles se establecieron en Barbastro y allí se fortificaron.

«Un número incalculable de mugeres, cuando abandonaron la fortaleza en que se ahogaban de sed, se arrojaron al agua y bebieron inmoderadamente, cayendo muertas en el mismo instante. En general la calamidad que sobrevino á esta ciudad fué tal, que es necesario renunciar á describirla con todos sus horribles pormenores. Segun me

(1) Cerca de cuarenta mil, dice el autor del Holal.

han referido, acontecia á menudo que alguna muger rogaba á los infieles desde lo alto de las murallas, que le diese un poco de agua para ella ó para su hijo, y entónces recibia esta respuesta: «dame lo que tienes, échame alguna cosa que me guste y te daré de beber.» Ella obedeciendo arrojaba al soldado lo que tenia, vestidos, adornos ó dinero y al mismo tiempo le tiraba un odre atado á una cuerda que el soldado le llenaba de agua, y de este modo podia la infeliz aplacar su propia sed ó la de su hijo. Pero cuando el general en gefe se enteró de esto, prohibió á sus soldados dar agua á las mugeres de la fortaleza; «tened un poco de paciencia, les dijo, y pronto caerán los sitiados en vuestro poder.» En efecto muy pronto estos se vieron obligados á entregarse para no morir de sed, pero obtuvieron el **aman**. El gefe sin embargo sintió gran inquietud cuando vió lo numerosos que eran, y, temiendo que por recobrar su libertad se entregasen á un acto de desesperacion, ordenó á sus soldados que, espada en mano, aclarasen sus filas. Muchos de ellos, cerca de seis mil, á lo que se dice, fueron muertos entónces. Luego el rey (1) hizo cesar el

(1) Los árabes dán á menudo el título de rey á simples ge-

degüello y dió orden á los habitantes de la ciudad de salir con sus familias. Todos se apresuraron á obedecer, pero fué tal la muchedumbre que se agolpó á las puertas, que muchos ancianos, mugeres y niños quedaron ahogados. Muchas personas por evitar toda demora y llegar lo mas pronto posible donde hubiese agua, se dejaron descolgar por medio de cuerdas de lo alto de las almenas de las murallas y cerca de setecientos (entre notables y bravos guerreros) prefiriendo morir de sed á ser degollados, se quedaron en la ciudad.

«Cuando los que escaparon á la espada y no murieron ahogados en el tropel se reunieron en la plaza, cerca de la fuente principal, donde esperaban su suerte con indecible ansiedad, se les hizo saber que todos los que poseyesen una casa tenian que entrar en la ciudad con su familia. Se empleó hasta la fuerza para obligarlos á ello, y al entrar de nuevo en la ciudad, sufrieron casi tanto como al salir pues el gentio fué tambien inmenso. Despues, vueltos los habitantes á sus moradas con sus familias, los infieles, obedeciendo las órdenes de su gefe, (1) dividieron todo

fes cristianos y á los cronistas españoles les sucede lo mismo cuando hablan de gobernadores ó generales musulmanes.

(1) «De su sultan,» dice el texto.

entre ellos, segun las convenciones fijadas de antemano. Cada caballero á quien tocaba una casa, recibia además todo lo que habia dentro, mugeres, niños y dinero y podia hacer del dueño cuanto se le antojase: se apoderaba tambien de cuanto este le enseñaba, obligándole con torturas de toda especie á no ocultarle cosa alguna. A veces los musulmanes morian en el martirio, lo que era realmente una dicha para ellos, por que el que sobrevivia tenia que experimentar dolores mucho mas graves aun, pues los infieles, por un refinamiento de crueldad, se complacian en violar las hijas y mugeres de sus prisioneros ante sus mismos ojos. Los desdichados, se veian obligados á presenciari, cargados de cadenas estas escenas horribles, vertiendo abundantes lágrimas y sintiendo despedazarse su corazon. La suerte de las mugeres empleadas en los trabajos domésticos, no era mejor, pues los caballeros, cuando no las querian, las abandonaban á sus pajes y criados para que estos dispusieran de ellas á su albedrio. Imposible es referir todo lo que los infieles hicieron en Barbastro. Tres dias despues de la toma de la ciudad, fueron á cercar á los que se encontraban en la parte mas elevada de la ciudadela, quienes casi desconocidos por la sed, se rindieron des-

pues de haber obtenido el aman, siendo en efecto perdonados por los infieles; pero cuando abandonaron á Barbastro para dirigirse á Monzon, la ciudad mas próxima de las que estaban en poder de los musulmanes, se encontraron con caballeros cristianos, que no habiendo asistido al sitio é ignorantes de que estos desdichados estaban en libertad, los degollaron á todos, á escepcion de algunos que en número muy reducido consiguieron escaparse por la huida. Deplorable fué en verdad el fin de esta tropa; Dios lo habia querido asi!

«Cuando el rey de los Rumies se decidió á abandonar á Barbastro, y volverse á su país, eligió entre las jóvenes musulmanas, las casadas que se distinguian por su belleza las doncellas y los muchachos mas graciosos, muchos miles de personas que llevó consigo para regalarlos á su soberano, dejando en Barbastro una guarnicion de mil quinientos caballeros y dos mil peones.

«Antes de concluir este relato sobre el que deben meditar mucho los hombres de juicio, contaré una historia singular, ligada con él, que dará idea de lo que hemos creído deber omitir, y á los hombres inteligentes una nocion precisa de las desgracias que tambien nosotros debemos temer. He aquí

lo que me ha escrito uno de mis correspondientes de la frontera. Despues de la toma de Barbastro, un mercader judio vino á esta ciudad desgraciada para rescatar del cautiverio á las hijas de un sugeto importante que escapó del degüello. Sabíase que estas damas habian tocado en el reparto a un conde de la guarnicion; he aquí ahora lo que el judío me ha contado: «Llegado á Barbastro hice que me indicasen el domicilio de este conde y me dirigí á él; me hice anunciar y lo encontré vestido con los mas preciosos trages del antiguo dueño de la casa y sentado en el sofá que aquel ocupaba de ordinario. El sofá y toda la habitacion se hallaba aun en el mismo estado en que quedó el dia en que su dueño se vió precisado á abandonar-la. Nada habia cambiado ni en los muebles ni en el decorado; alrededor del conde y sirviéndole habia muchas lindas muchachas con el cabello levantado. Saludándome el conde me preguntó el motivo de mi visita: le informé de él y le dije que estaba autorizado para pagar una gruesa suma por el rescate de algunas de las jóvenes que allí se encontraban. Entonces se sonrió y me dijo en su lengua: —Si vienes á eso vete en seguida: no quiero vender á ninguna de las que están aquí; pe-

ro te haré ver las prisioneras que tengo en mi castillo y te enseñaré cuanto quieras.— No es mi ánimo, le respondí, entrar en vuestro castillo; me encuentro aquí perfectamente y sé que, gracias á vuestra benévola proteccion, nada tengo que temer. Decidme cuanto quereis por algunas de las que están aquí; vereis que no escatimo el precio.—¿Qué tienes que ofrecerme?—Oro muy puro y telas preciosas y raras.—Me hablas de esas cosas como si yo no las tuviera.— Luego dirigiéndose á una de las criadas de que hablé,—Madja, dijo, (queria decir Bahdja, pero como era extranjero, estropeaba este nombre de esa manera) enséñale á este pícaro judío algo de lo que se encuentra en ese cofre. La muchacha obedeciendo sacó del cofre talegos llenos de oro y de plata y una multitud de estuches y los colocó delante del cristiano, y eran en tanto número, que casi lo ocultaban á mi vista.—Acerca ahora uno de esos fardos,—añadió el conde, y la muchacha trajo tantas piezas de seda, de filadif y de brocados preciosos, que me quedé deslumbrado y estupefacto. Conoci bien que lo que yo tenia que ofrecer era nada en comparacion con aquellas riquezas.—Tengo tantas cosas de esas, dijo entonces el conde, que no me cuido de ellas; pero

aunque no las tuviese, y quisieran darme todo eso en cambio de mi querida, que es la que ves, no la cederia, te lo juro, porque es la hija del antiguo dueño de esta casa, hombre muy considerado entre los suyos; por esta razon la he hecho mi manceba, sin contar además que es de peregrina hermosura y que espero que me dará hijos. Sus antepasados hicieron lo mismo con nuestras mugeres, cuando eran los dueños; la suerte ha cambiado y ahora nos toca á nosotros tomar la revancha. —Luego indicando á otra jóven algo más alejada, continuó:—Ves esa muger cuya belleza quita el sentido? pues bien, era la cantadora de su padre, un libertino que, cuando se embriagaba, gustaba de escuchar sus cantares. —Luego, llamando á la muchacha, la dijo chapurreando el árabe: (1)—Toma tu laud y cántale á nuestro huésped alguna de tus canciones.—Ella tomó entónces su laud y se sentó para templararlo, y yo veia rodar lágrimas por sus mejillas y que el cristiano las enjugaba furtivamente. Enseguida se puso á cantar versos que yo no comprendí (2), y que, por consi-

(1) El conde no hablaba árabe sino cuando se dirigia á las jóvenes: con el judio hablaba en francés.

(2) Este pasage, que ya citamos más arriba, prueba, á nuestro parecer lo que hemos dicho, á saber: que ordi-

guiente, el cristiano comprendía ménos aún; pero lo que me causó más estrañeza fué que éste no dejaba de beber mientras ella cantaba, y que manifestaba una gran alegría como si comprendiese las palabras del aire que lo muchacha entonaba.

«Cuando acabó me levanté para irme persuadido de que no conseguiria mi objeto. Iba, pues, á ocuparme de mis negocios de comercio, pero mi asombro no conoció límites, cuando vi el inmenso número de mugeres y la enorme cantidad de riquezas que estaban en manos de esas gentes.

Ibn-Hayyan refiere más adelante la recuperacion de Barbastro por Moctadir de Zaragoza, á quien su aliado Motadhid de Sevilla envió un refuerzo de quinientos caballeros. El combate fué encarnizado por ámbas partes; pero habiendo perdido los cristianos cerca de mil caballeros y cinco mil peones (de lo que puede deducirse que la guarnicion normanda de Barbastro habia sido reforzada por los españoles) los musulmanes quedaron por dueños, no siendo más humanos que fueron los normandos; pues escepto los niños y algunos gefes que

ariamente los extrangeros, aunque hayan permanecido mucho tiempo entre los árabes, no comprenden la poesia de este pueblo.

se rescataron, pasaron á cuchillo á cuantos encontraron en la plaza. La noticia de este acontecimiento, de que los musulmanes se alegraron mucho, llegó á Córdoba uno de los primeros días del mes de Mayo del año 1065. (1)

El sitio y la toma de Barbastro por los normandos causó en Córdoba, como vimos, inmensa sensación, no solo por ser Barbastro una fortaleza de gran importancia, sino por ser los sitiadores de una nación mucho más implacable que la española. Esta conquista, con la que los normandos adquirieron riquezas fabulosas, debió encontrar mucho eco en Francia, pues aunque sus crónicas no hablan de ella la poesía ha conservado su recuerdo. *Barbastre* es el grito de guerra de un caballero francés (2) en la *batalla de Aleschans*, rama del Romance de Guillermo el de la Nariz cortada. *Li siéges de Barbastre* es el título de un romance caballeresco, que existe en la Biblioteca imperial, romance que es la sexta rama del de Aimeri de Narbona, primera rama á su vez del ya citado

(1) En 1101 Barbastro fuè recobrado por Pedro de Aragon y desde entónces esta ciudad ha estado siempre en poder de los cristianos.

(2) Vs. 5404, ed Jonkbloet «(Guillaume d'Orange, chansons de geste de los siglos XI y XII.)»

de Guillermo el de la Nariz cortada, cuyo autor, en cuanto puede juzgarse por un breve análisis de su obra (1) ha tratado la historia con exajerada libertad. Por este motivo en vez de estudiar su trabajo preferimos llamar la atención de nuestros lectores sobre el gefe de los normandos, á quien Ibn-Hayyan dá el titulo de general en gefe de la caballería romana,» y el cual era, segun procuraremos demostrar, uno de los héroes más renombrados de la poesía francesa de la Edad Media, Guillermo el de la Nariz cortada.

Por este nombre confundieron los trovadores á una multitud de héroes del mismo y aun de diferente nombre, entre los cuales era el más antiguo y principal el conde ó duque de Tolosa ó Aquitania, contemporáneo de Carlo Magno, que se distinguió por su firmeza y valor cuando los sarracenos de España invadieron el mediodía de Francia.

Mi excelente amigo Mr. Jonkbloet, en la erudita introduccion que hizo á su preciosa edicion de una parte del Romance de Guillermo, trata muy por estenso de este personaje y de otros muchos que los poe-

(1) En «l'Historie litteraire de la France,» t. XX, página 706-709.

mas han confundido con él, pero prestando poca atencion al elemento normando, no obstante que éste forma uno de sus rasgos más distintivos, como digimos en otra parte (1), no ha conseguido encontrar en la historia el verdadero Guillermo, el de la Nariz cortada, el cual era normando y vivió en el siglo XI.

Notemos primero con Mr. Jonkbloet que no hay equivalente provenzal para el apellido *au cort nés* y que en el gran poema provenzal sobre la guerra contra los Albigenses la forma que pertenece al Norte de Francia se ha conservado donde el poeta dice;

*Senhors, remembre vos Guilhelme al cort nés,
Co ab seti d'Aurenca sufrit tan desturbiers.*

Guillermo el de la Nariz cortada, era pues un héroe del Norte de Francia. Veamos si nos es posible encontrarlo en la historia.

El mismo romance facilita nuestra indagaciones. Una de sus ramas, la titulada «*Le Couronnement de Louis*» enteramente de origen normando, á nuestro juicio, nos dice el punto donde Guillermo acostumbraba resi-

(1) En un artículo sobre la publicación de Mr. Jonkbloet que ha aparecido en la revista holandesa titulada de «*Gids*» (*le Guide*) año de 1844, t. 1, p. 776-826.

dir. Explicado el origen del apellido del conde, el trovayor añade, que Luis, despues de coronarse en Roma, volvió á «*Mosterel sor mer*», en donde ya esperaba vivir tranquilo. Este lugar, citado por el cronista Benito de S. Mauro de muchas maneras (*Mosterol, Mosteroel, etc.*) y llamado *Monasteriolum* en latin; es por lo tanto Montreuil sur Mer, ciudad del departamento del Paso de Calais. El conde de Montreuil (mejor dicho de Ponthieu,) era propiamente un féudo que provenia de la casa de Capeto; pero cuando Araul de Flandes lo arrebató al conde Herluin, hacia el año 943, este, que habia implorado inutilmente el auxilio de su soberano Luis el Grande, se colocó bajo la proteccion del duque de Normandia, Guillermo, el de la Larga espada, merced al qual, fué vuelto á poner en posesion de su condado que, á partir de esta época, se consideró como un féudo procedente de Normandia (1).

Segun el poema, Guillermo residía en Montreuil, era conde de dicha localidad y en su consecuencia vasallo del duque de Normandia; así lo indica él mismo en el romance, pues cuando el duque Ricardo

(1) Véase los autores que cita Fr. Michel notas sobre Benoit t. I p. 483, 484.

quiere colocar á su propio hijo en el trono de Francia, grita lleno de indignacion (1).

Ge te deffi, Richar, toi et ta terre!
En ton servise ne vueill ore plus estre!

Este Guillermo de Montreuil, (que así conviene llamarlo,) estuvo al servicio del papa, segun el poema, conforme con la historia en este punto. El italiano Leon, obispo de Ostia, lo cita entre los normandos que combatieron en Italia. Orderico Vital trae tambien noticias muy detalladas de él y de su familia, haciéndonos saber que llegó casi en la misma época que los hijos de Tancredo de Hauteville y que, entrado al servicio del papa y hecho general en jefe (2) de las tropas romanas, sometió como tal al dominio de aquel la Campania que se habia sublevado. Tambien cita Orderico dos de los papas bajo quienes sirvió Guillermo, á saber: Nicolás II y (1058-1061) y Alejandro II (1061-1075) y como este ocupaba la sede pontificia en la época de la toma de Barbastro creemos poder afirmar que el jefe á quien Ibn-Hayyan dá el título de «general en jefe de la

(2) Li Coronemens Loys, vs. 1594.

(1) «Romani exercitus Princeps militæ factus, vexillum Sancti Petri gestaus.»

caballeria de Roma, era Guillermo el de la Nariz cortada, conde de Montreuil.

Y no nos se objete que Orderico no menciona el apodo de Guillermo, circunstancia nada estraña, pues ni los historiadores graves citan tales apodos, ni era natural que el monje de S. Evrul, lleno de respeto hacia Guillermo que como todo los miembros de su familia, habia colmado de beneficios á su cláustro, fuese á llevar su desagradecimiento al punto de aplicar á su protector el ridiculo apodo con que era conocido en los romances, apodo verdaderamente infamante, pues en aquella época se consideraba una deshonra tener cortada la nariz, bien fuese á consecuencia de condena judicial, bien de un combate. (1)

Si, pues, nuestro raciocinio es exacto como creemos, el relato de Ibn-Hayyan es de inmenso valor para Francia; y, merced á él y á los pasages de Orderico, desatendidos hasta aquí, poseemos ya datos fidedignos de un héroe cuyas espediciones han sido tan celebradas por los trovadores, y cuya misma existencia andaba aun puesta en tela de juicio.

Otra espedicion normanda será ahora objeto de nuestro estudio. Acaso haya quien

(1) Véase Jonckboet, t. II, p. 112, 113.

imagine que los normandos, ocupados con sus expediciones á Italia, la conquista de Inglaterra, dos años despues de la toma de Barbastro, y por último, con las cruzadas en que tomaron tanta participacion, no tendrían tiempo para ir á guerrear con los moros de España; mas no fué así, y á principio del siglo XII los encontramos en la península, y á uno de ellos fundando un principado en Cataluña.

Hallábase entonces Yusuf el Almoravid en el apogeo de su poder, dueño de los tronos de casi todos los reyezuelos andaluces podia arrojar contra la España cristiana en un momento dado todas las fuerzas de la Mauritania y de la España musulmica. Uníase á esto que los cristianos acababan de perder en el Cid, á uno de sus mas valientes defensores, que el general Mazdali asediaba á Valencia. Todo hacia presagiar que Jimena no podria sostenerse mucho tiempo en esta ciudad, y, si este baluarte de la España cristiana por el lado del Este caia en poder de los infieles, el condado de Barcelona y el reino de Aragon corrian gran peligro: mas aún, los Almoravides posesionados de Fraga, (1) estaban ya á sus puertas.

En tal estado de cosas, el rey de Aragon,

(1) Desde 1093. Cartás p. 101.

Alfonso el Batallador, buscó aliados y se dirigió á su primo hermano Rotrou, conde de Mortagne ó del Perche, (1) acabado de llegar á su patria de vuelta de la primera cruzada en que habia tomado parte con su soberano Roberto de Normandia. Como Alfonso prometia á todos los que viniesen á ayudarle un gran sueldo, y aun excelentes tierras á los que quisieran establecerse en su reino, Rotrou y otros muchos normandos se pusieron en marcha hacia Aragon. Allí combatieron denodadamente contra los sarracenos; pero los aragoneses llevando su ingratitud al extremo, pretendieron degollarlos con la aprobacion de su rey. Afortunadamente para los normandos no faló quien los informase del complot fraguado contra ellos, y engañados é irritados se volvieron á Francia. Los sarracenos se apresuraron á aprovecharse de su partida, y redujeron á Alfonso á tal extremo, que lo obligaron á su pesar á implorar de nuevo el socorro de su primo, á quien prometió reparar las ofensas que le habia hecho, jurándole dar tierras á cuantos las quisieren. Cediendo á sus ruegos, y olvidando generosamente sus

(1) La madre de Alfonso y la de Rotrou eran hermanas. Véase Marca Hispan. p. 455 y 456.

agravios, el conde de Perche trajo á Aragon un numeroso ejército, reclutado en Normandía y otras provincias de Francia. Esta vez los auxiliares encontraron en Aragon excelente acogida y prestaron tambien á los que les daban alojamiento grandes servicios: despues de arrojar al enemigo de las fronteras, que habia invadido, hicieron á su país teatro de la guerra.

Veinte años combatieron á los sarracenos, á juzgar por las fechas que se encuentran en Orderico Vital, el cual dá sobre estas espediciones, noticias muy confusas. Al cabo de este tiempo la mayor parte de ellos, tales como Rotrou del Perche, Silvestre de Saint-Karilef y Reinaud de Bailleul, se volvieron á Francia; algunos sin embargo se quedaron en España donde habian recibido tierras; siendo el mas notable de estos Roberto de Culei que llegó á ser príncipe de Tarragona y á quien se dió el sobrenombre de Bordet ó Burdet. (1)

En tiempo de la conquista musulmana en el siglo VIII, la ciudad de Tarragona quedó completamente arruinada y los esfuerzos hechos por el papa Urbano II, á quien el conde Berenguer la dió con todo

(1) Orderico Vital p. 890-891.

su territorio, fueron inútiles para sacarla de su decadencia. En vano le devolvió su antiguo rango de metrópoli; en vano confirmó los ventajosos privilegios que el conde había concedido á los futuros habitantes; en vano prometió á los que quisiesen reconstruirla y establecerse en ella las indulgencias solo concedidas de ordinario á los que iban en peregrinacion á Jerusalem, todo fué inútil; su sucesor, Pascual II, tuvo que declarar en 1108 inhabitable á Tarragona (1), y veinte años despues toda la ciudad y áun la catedral estában llenas de hayas frondosas y de encinas seculares (2). Los catalanes se acobardaron ante las dificultades de esta gran empresa y los enormes gastos que exigia; pero lo que ellos no hicieron, lo llevó á cabo el caballero normando Roberto Bordet. Por un acta firmada el 14 de Marzo del año 1128 (3) el arzobispo Oldegario, nacido en el mediodía de Francia, donó en féudo á Roberto y á sus descendientes el principado de Tarragona, recibido por él (salvo la soberanía de la Santa Sede) del condado de Bar-

(1) Véase «Esp. Sagr.» t. XXV, p. 112.

(2) Orderico Vital, p. 892.

(3) La edicion más correcta de esta acta es la que se encuentra en Villanueva. «Viaje Literario,» t. XIX, Apéndice núm. III.

celona; reservándose únicamente la jurisdicción eclesiástica y los diezmos. Roberto, por su parte, se comprometió á reedificar la ciudad y á defenderla; y, poniendo en seguida manos á la obra, arrancáronse los árboles, edificáronse casas en su lugar, y, para poner á la ciudad á salvo de un golpe de mano, construyéronse buenas murallas «compuestas de piedras de mármol blanco y negro, de tan singular belleza,» que segun se expresa un geógrafo árabe (1), escitaba la admiracion de los viajeros. Concluidos los primeros trabajos, Roberto fué á Roma para pedir al papa, de quien era entónces subvasallo, la ratificación de la donacion de Oldegario. Obtenido su deseo, se dirigió á Normandia para comprometer á alguno de sus amigos á establecerse en Tarragona, quedando durante su ausencia su jóven y bellísima esposa Sibila encargada de velar por la ciudad. En efecto, todas las noches se la veia armada de coraza con una varilla en la mano, recorrer las calles y las murallas, exhortando á los soldados á estar prevenidos contra los engaños ó los ataques súbitos del enemigo. «Grandes elogios merece, esclama el cronista á quien seguimos, esa jóven velando con tanta fide-

(1) Edrisi, t. II, p. 235.

dad y amor por los intereses de su esposo, y gobernando el pueblo de Dios con tanta piedad, asiduidad é inteligencia!»

En adelante, Roberto Bordet, príncipe ó conde de Tarragona (que de ambas maneras era llamado) se distinguió muchas veces en las guerras contra los sarracenos, y de este modo adquirió nuevos títulos al reconocimiento de los catalanes (1). Por desdicha la gratitud con los extranjeros era entónces una cosa muy rara en España, como demasiado tuvieron que experimentar Roberto y su familia.

Mientras Tarragona, áun en ruinas, situada en las fronteras de Cataluña, se hallaba continuamente expuesta á los ataques de los sarracenos, el conde de Barcelona y el arzobispo se apresuraron á aceptar los servicios del caballero francés; pero durante los veinte años que siguieron á la donacion de Odegerio, las cosas cambiaron de aspecto y el conde, dueño ya de Lérida, Fraga y Tortosa, comenzó á maravillarse de que hubiese en sus estados un principado que sin depender de él, hubiese dejado de ser provincia fronteriza. Daba muchísima importancia á la posesion de este principado

(2) Orderico Vital, p. 892 y siguientes.

no solo por los recuerdos que evocaba el nombre de Tarragona, capital de la mayor de las tres provincias de España bajo la dominacion romana, sino porque él mismo contaba con hacerla capital de sus estados (1) en cuanto la obtuviese. Por su parte, el arzobispo, es decir, Bernardo Tord ó Torts, encargado de la diócesis en 1146, comprendiendo que su predecesor Oldegario habia partido de ligero al dar á un aventurero normando tan estenso y hermoso territorio, buscó un medio de anular esta donacion; pero como hombre prudente y hábil, procuró no violentar ni precipitar el asunto, y para ello comenzó por confirmar la referida donacion por un acta fechada el 9 de Febrero de 1148, (2) donde al par que se conservaban cuidadosamente las mismas espresiones del acta primitiva, se intercalaban frases que cambiaban por completo el contenido.

Oldegario, como dijimos, se reservó solo

(1) Tarragona, quæ caput totius regni mei fore dinoscitur... Quia civitas illa sicuti maior est dignitate omnibus regni mei civitatibus... (Carta de Alfonso de 1170. «Marca Hisp.,» Pruebas, núm. 455.)

(2) Impreso en Villanueva, t. XIX; Apéndice, núm. VIII. Algunos de los documentos que citamos segun Villanueva, se hallan tambien en la «Marca Hispanica.»

la jurisdicción eclesiástica y los diezmos, Bernardo, por el contrario, llamó á sí la quinta parte de todos los impuestos y de todas las multas; permitiendo á Roberto tener en la ciudad un horno y un molino, á condicion de tener él tambien los suyos.

Confesamos que nos cuesta algun trabajo esplicarnos porqué el príncipe Roberto cedió al arzobispo una gran parte de sus derechos; pero nos sorprende áun más que tres años más tarde, accediendo á las pretensiones del arzobispo, no enteramente infundadas, le diese todo su principado. El mismo Roberto no negaba que existia un acta firmada por él, su esposa y Guillermo, su hijo mayor, en la cual cedia su principado al arzobispo, quien, añadia, le habia engañado al hacerle suscribir el documento. (1) En punto á actas, la gente de iglesia, preciso es confesarlo, llevaba en aquel tiempo inmensas ventajas á los legos, pues éstos no se hallaban en estado de leer por sí los documentos á cuyo pié se les hacía poner una cruz; y áun cuando hubiesen podido hacerlo, tampoco los hubiesen comprendido, por estar redactados en una lengua muerta, desconocida para ellos.

(1) Acta judiciaria, *apud* Villanueva, núm. XXIII.

En el mismo mes en que se ventilaban ésta y otras importantes cuestiones ante la córte del conde de Barcelona, el arzobispo Bernardo, completamente resuelto á desembarazarse de los extranjeros, con el consentimiento del papa, de sus sufragáneos y de los canónigos, donó al conde, segun dicen, la ciudad de Tarragona y su territorio, haciendo muchas reservas en su propio interés (1). En cuanto al príncipe Roberto, su nombre no aparece en esta donacion, y solo se menciona donde el arzobispo dice que dona Tarragona al conde «*propter malorum hominum illam perturbantium inquietationem.*»

Tenia el arzobispo derecho de hacer esta donacion? Lo hubiera tenido, á no dudarlo, si Roberto le hubiese cedido realmente su principado; mas éste negaba la cesion, y esta á decir verdad, no tiene trazas de verosímil. Si pues Roberto no habia hecho donacion de Tarragona al arzobispo, éste no podia disponer de ella en favor de un tercero. El caballero francés habia recibido Tarragona como féudo hereditario, y segun el derecho feudal, no po-

(1) Acta del mes de Agosto de 1154; en Villanueva, núm. XXII.

dia ser desposeido de ella sino á causa de felonía, de la cual el arzobispo no se atrevió á acusarle. Podemos decir, por tanto que la donacion de Bernardo era un documento de ningun valor; siendo lo más notable que el mismo conde jamás se atrevió á hacer uso de él, aunque su corte declaró por una sentencia la validez del acta en virtud de la cual Roberto cedia su principado al arzobispo.

Algun tiempo despues Roberto murió dejando tres hijos, Guillermo, su sucesor, á quien parece tenía confiado el gobierno durante sus últimos años (1), Roberto y Berenguer, los cuales por ser considerados extranjeros, como su padre, heredaron todos los inconvenientes de la posicion de aquél. El arzobispo, es cierto, juzgó prudente guardar silencio de allí en adelante acerca de la referida donacion; pero de concierto con el conde de Barcelona, pretendió que Roberto y su muger, (que cambió su nombre de Sibila en el de Inés) habian cedido al conde dos terceras partes del principado y que esta cesion se habia verificado en la iglesia de Santa María de Tarragona á presencia de él

(1) Esto es lo que me parece resultar del acta de 1154; (Villanueva núm. XXIII).

arzobispo, y de muchos testigos, á quienes nombró, añadiendo que Roberto é Inés habian dado, segun costumbre en aquel tiempo, una piedra en señal de recuerdo. Tambien esta vez, por extraño que parezca, pareció tener alguna razon el arzobispo, pues muchos personajes de elevada categoria aseguraron bajo su juramento que decia la verdad. Sin embargo, Inés y sus hijos negaron siempre esta donacion, y citados ante la córte del conde de Barcelona, no quisieron comparecer, recelosos probablemente de la imparcialidad de los jueces. (1)

Durante la tramitacion de este negocio murió el arzobispo Bernardo, en Junio de 1163, dejando por sucesor á Hugo de Cervelló, hombre ardiente y fogoso, que se indignaba de ver marchar el proceso con tanta lentitud. Por su parte, Alfonso, rey de Aragon y conde de Barcelona, que entró en posesion del condado en 1162, cansábase tambien de esperar. En su consecuencia, la córte del conde, oidas las partes y sentenciando sin ulterior recurso declaró buena y válida la cesion de las dos terceras partes del principado, hecha por Roberto y su esposa (2).

(1) Villanueva, números XVI y XXIV.

(2) Villanueva, núm. XXVIII.

Guillermo se sometió á esta sentencia, pero sus relaciones con el rey no mejoraron, como prueba una carta que éste le dirigió (1), diciendo entre otras cosas: «Yo y toda mi córte estamos muy asombrados de tu atrevimiento, y sobre todo de la manera como tratas todos los dias á los habitantes de Tarragona, que no pueden salir de la ciudad sin ser despojados y áun muertos por tí y los tuyos. Posées una tercera parte de Tarragona y arruinas á las otras dos: te ordeno que al recibir ésta repares en treinta dias todos los daños que has causado; si no daré toda la ciudad con tu castillo al arzobispo, con tanto más motivo, cuanto que ya te he mandado antes que pongas en su poder la ciudad y su territorio.... Si quieres obedecerme quedaré contento y te consideraré como un honrado y leal vasallo; pero si no á nadie podrás echar la culpa de lo que sobrevenga.»

Por último, Guillermo fu citado de nuevo, no se sabe por quien, ante la córte del conde de Tortosa, adonde acudió para no volver más.

El arzobispo, á la sazón en Tamarite, es-

(1) Marca Hisp., núm. 455; una parte de esta carta habia sido publicada ya por Pons de Ycart, «Grandezas de Tarragona» fól. 62.

taba furioso contra él: un dia que dos sobrinos suyos vinieron á pedirle dinero, les dij: «Ah! ¿creeis que voy á regalaros? mientras ese extranjero, ese Guillermo de Tarragona, mi enemigo mortal, esté vivo, nada os daré. ¿No habrá nadie que quiera vengarme de ese hombre?» Los dos jóvenes se estremecieron de horror al oir estas palabras, y resolviendo advertir en seguida á Guillermo del peligro que le amenazaba, ordenaron montar á caballo á uno de sus servidores, llamado Pedro de Figuerolas, y le dijeron: «Corre á rienda suelta hácia Vellalbin, saluda de nuestra parte al anciano Bernardo de Castell y recomiéndale que diga á Guillermo de Tarragona que esté alerta y viva prevenido, pues á no hacerlo puede darse por muerto; porque hemos oido á nuestro tio pronunciar palabras que presagian un acontecimiento funesto.» El mensajero se puso inmediatamente en marcha, pero mientras galopaba hácia Vellalbin, el arzobispo hizo jurar á otros sobrinos suyos, que matarian al rey, de quienes eran enemigos personales. Ellos cumplieron su juramento y asesinaron á Guillermo en Tortosa.

Este asesinato exasperó á la familia normanda sobre todo encarécimiento. Guillermo fué vengado, y el arzobispo *expió con su pro-*

pia vida la muerte de su víctima (17 de Abril de 1171). El rumor público acusaba á Roberto de este asesinato; pero en una carta dirigida más tarde á Alfonso, por Berenguer, confesó éste que él era el asesino de Hugues de Cervelló (1). Para escapar á las persecuciones de la justicia, se refugió con toda su familia en la isla de Mayorca, que aún estaba en poder de los sarracenos. Muerto poco despues su hermano Roberto, dirigió una humildísima carta á Alfonso, suplicándole le enviase á Tarragona á su sobrino, llamado Guillermo, como su padre; pero sus ruegos fueron inútiles y aún cuando el mismo Alfonso hubiese querido acceder á esta pretension, el papa lo hubiese impedido indignado ya contra los normandos, que acababan de asesinar á Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery. Alejandro III pensaba que aquella raza impia se proponia matar á todos los arzobispos, y firmemente decidido á no perdonar tan abominables crímenes, dirigió á Alfonso y á al diócesano de Tarragona carta tras carta, amenazándoles con poner el condado en entredicho si nó eran castigados de una manera ejemplar el asesino, su madre,

(1) Carta de Berenguer. «Marca Hisp.,» núm. 456: compárese el epítáfo de Hugues en Villanueva, p. 159.

á quien se acusaba de instigadora del crimen, y toda la familia (1); pero Alfonso no tenia necesidad de que lo estimulasen y estaba muy contento de haber encontrado un medio de desembarazarse de aquellos extranjeros á quienes detestaba. Así que hizo desterrar perpétuamente de sus estados y confiscarle los bienes á Berenguer, á su madre y á toda la familia (2). Más tarde, sin embargo, Guillermo II, llamado de Aguilon, título que llevó su padre, supo ganarse el favor de Pedro II, rey de Aragon y conde de Barcelona, á quien cedió todos sus derechos al condado de Tarragona, recibiendo de él en cambio, en 1206, la tercera parte de la ciudad de Wals y otros muchos señoríos, de este principado, como Picamoxon, Espinaversa, Pontegaudi, Riudoms y Monroig, poseidos ántes por Guillermo I. Su hijo, Guillermo III, tomó una gran parte en la conquista de Valencia, y recibió en recompensa de sus servicios, grandes dominios en el país valenciano. Sus descendientes, los Aguilon, barones de Pétrès, se distinguieron por su valor, no solo en España, sino tambien en las dos Sicilias, en

(1) Cartas del papa, «Marca Hisp.,» números 457, 458, 459, 460; Villanueva, núm. XXIX.

(2) Epitáfio de Hugues.

Alemania, en Hungría, en Gueldre, en Francia, en los estados berberiscos, y por último, en casi todas las partes donde la casa de Apsburgo llevó sus armas, tan frecuentemente victoriosas. (1)

Todo induce á creer que los normandos hicieron otras muchas expediciones á la península, especialmente en la primera mitad del siglo XI; pues las crónicas latinas, escritas en España en esa época, son estremadamente descarnadas, y los analistas normandos no hablan casi nunca de las expediciones lejanas no relacionadas directamente con la historia de su país.

*Car qu'il firent n'ou il alèrent
Ne saveir où il s'arestèrent
N'ai à dire, kar n' afort mie
Al estoire de Normandie,*

dice en alguna parte Benito de S. Maur. Por eso sin las crónicas italianas casi nada sabríamos de las conquistas que los normandos hicieron en Italia. Unase á esto que en lo concerniente á la época en que sus expediciones á España deben ser mas frecuentes, solo tenemos, á decir verdad, una sola crónica normanda muy breve y muy

(1) Escolano, «Historia de Valencia, p. 534-543.»

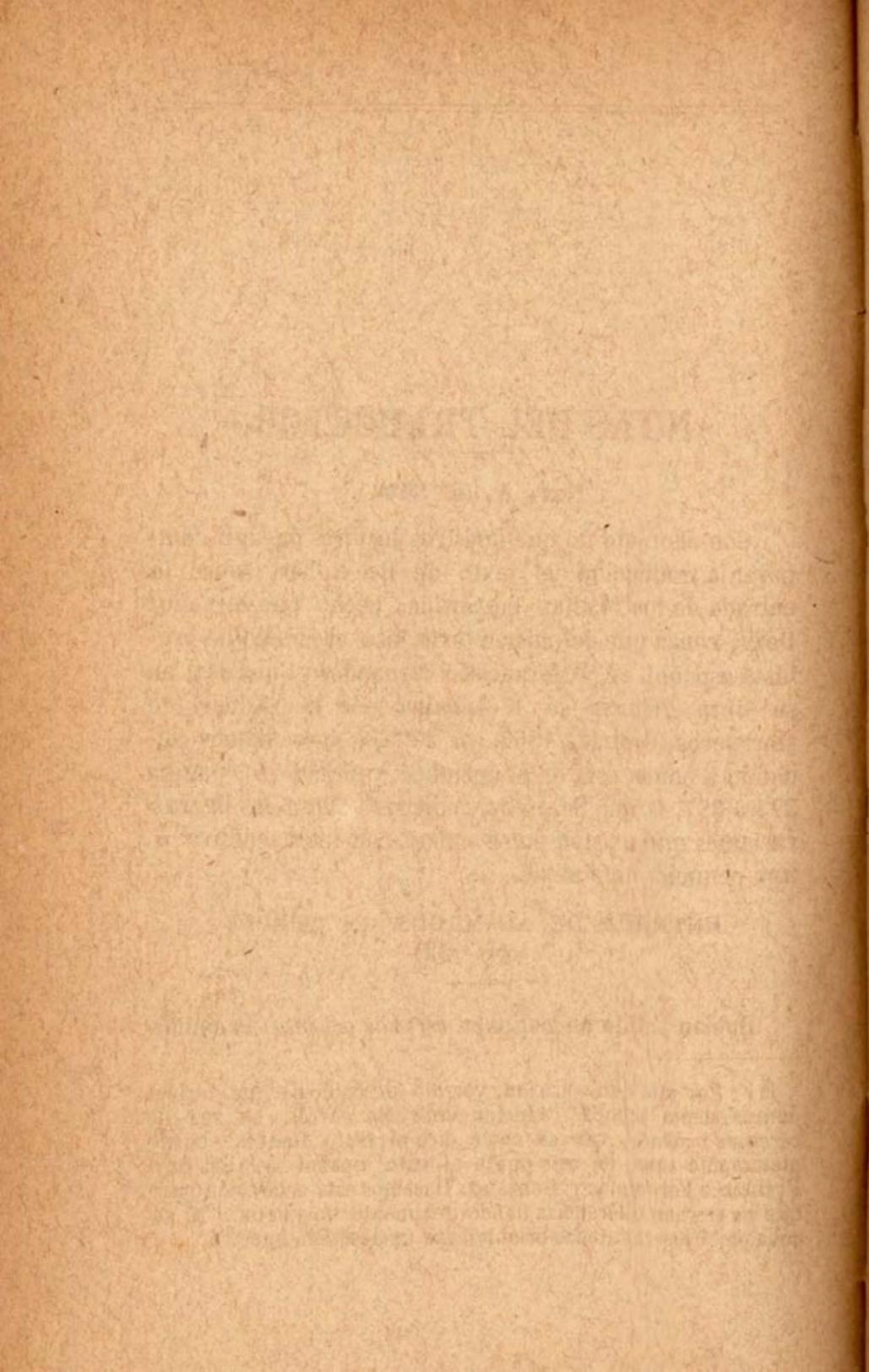
incompleta por cierto, la de Guillermo de Jumiéges.

Si nos es lícito suponer que los normandos hicieron frecuentes expediciones á España, creemos que estas circunstancias sirven para resolver un problema singular de la literatura francesa. En ella las canciones de gesta del ciclo Carlovingio versan casi todas sobre las guerras contra los sarracenos de España, es decir, sobre una materia que, á lo que parece, era solo de interés secundario para los franceses del Norte. En nuestra opinion, los normandos crearon las canciones como crearon tambien el espíritu caballeresco y la poesía romántica; pues así como los francos y los galos romanizados no era una nacion poética, la Normandía lo era, y para convenirse de ello, basta ojear sus crónicas donde es muy fácil reconocer el espíritu de los sagas; sabido es tambien que los reyes y gefes del Norte gustaban de rodearse de poetas y que Rollon y sus sucesores, los *iarls* de Rouen, como los llama un autor islandés, conservaron este uso. Tambien fué en Normandia donde tuvo su nacimiento (1) la

(1) Puede consultarse sobre esta materia una interesante memoria de M. Gisle Brynjulfsson: *De l'ancien roman francais et de l'influence exercée sur son développement par les Normands*, en las *Memories de la Societe royale des antiquaires du Nord*, años 1845-49, p. 358 y siguientes.

poesia romántica, llena de reminiscencias escandinávicas y con el sello de esa afición á la vida aventurera y errante, inseparable, siempre del carácter normando; en Normandía fueron compuestas las canciones de gesta mas notables, tales como la de Rolando, las mejores ramas del Guillermo el de la Nariz cortada; allí era por último donde debían interesarse mas que en ninguna otra provincia del Norte por las campañas contra los moros de la península ibérica.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.



NOTAS DEL TRADUCTOR.

NOTA A. (P. 324).

Con el objeto de que nuestros lectores puedan comparar la traducción del texto de Ben-Adharí sobre la entrada de los Madjus en Sevilla, hecho por el señor Dozy, con la que del mismo texto hizo el entendido arabista español, Sr. D. Francisco Fernandez y Gonzalez, en su libro *Historia de Al-Andalus*, por Ben-Adharí de Marruecos, Granada 1862, p. 177-78, nos hemos decidido á poner ésta en el apéndice, y en el texto, página 324 á 357, la del Sr. Dozy, indicando ahora las ligeras variantes que existen entre ambas con letra cursiva ó una pequeña nota al pié.

ENTRADA DE AL-MAGOS EN IXBILIA AÑO 230

Habian salido al-magos *en cerca de ochenta* (1) embar-

(1) Por una equivocacion, yerro ó descuido de que no nos damos cuenta hemos traducido *unos cien barcos*, en vez de *cerca de ochenta*, que es como dice el texto francés, completamente igual en este punto al texto español del Sr. Don Francisco Fernandez y Gonzalez. Hacemos esta aclaracion para que no se vean diferencias donde realmente no existen. Ni se achaque á los reputados orientalistas un descuido nuestro.

caciones que así llenaban la mar de aves de *color blanco* (1) como llenaban los corazones de angustias y quebranto, y habiendo arribado á Ixbona se dirigieron despues á Cádiz y á Xidhona, avanzando en fin á Ixbilia donde hicieron alto «y desembarcaron» hasta que la entraron por fuerza permaneciendo en ella siete dias, y con muerte y esclavitud aniquilaron la gente de ella; bebieron con ellos la copa de la muerte las gentes de Ixbilia, y llegando la noticia al emir Abdurrahman, dió el mando de la caballeria á Isa-ben-Said Al-Hagib (2); y partieron con la caballeria Abdul'lah-ben-Coleib y Aben Guasim y otros, acampó con los Xarifes, y escribió á los gobernadores de la cora *para que huyese la gente*, (3) y fueron á

(1) El Sr Dozy trae «*vaisseaux d'un rouge foncé* (Recherches t. II, edic. de 1860 p. 279) frase que hemos traducido (véase la p. 324 de este tomo) *pájaros de color de sangre* creyendo que en ella se aludia á la ferocidad de los normandos; el señor Fernandez y Gonzalez parece referirse á las velas de los barcos que son blancas. Como no tenemos á nuestra disposicion el texto árabe no podemos explicar como desearamo la causa de esta variante, hija al parecer de una diferencia de interpretacion de sentido.

(2) Aquí hay un parrafito en el Sr. Dozy que no encontramos en la traduccion del Sr. Fernandez y Gonzalez y que dice así: Les musulmans l'empresserent d'accourir sous les drapeaux de ce general y de se reunir á lui aussi étroitement que la paupiere est reuie a'l'œil. Véase nuestra version p. 324 y 325 de este tomo.

(3) El Sr. Dozy no habla de que las órdenes dadas por el general en gefe á los gobernadores fuesen *para que huyese la gente* sino *para que llamasen á sus administrados á las armas* il ecrivit aux armes, gouverneurs des districts pour leur ordonner d'appeler l'eur administres aux armes. Véase el citado tomo II de Recherches p. 279, 280 y la p. 325 de este tomo.

parar á Córdoba *huyendo* con ellos Nasr Al-Fatí; y se reunieron á los Al-magos naves á las naves, y se pusieron á matar hombres y á cautivar mugeres y coger niños, y esto por espacio de trece dias. Refiérese de esto en el Behaget-en-nefs, aunque en el libro de las *Perlas de los Collares*, se dice que siete dias como se refirió anteriormente.

Despues de haber ocurrido entre ellos y los musulmes sangrientas batallas se dirigieron á Captil, donde permanecieron tres dias, y entraron á Cora á doce millas de Ixbilia, dando muerte á crecido número de musulmes; luego entraron á Talieta á dos millas de Sevilla é hicieron noche alli y aparecieron al rayar la aurora en un lugar llamado Al-Fagerin, despues caminaron en sus barcas y trabaron pelea con los musulmes, que fueron puestos en fuga, quedando muertos de ellos lo que no podria contarse, despues volvieron á sus barcas y se dirigieron enseguida á Xidhona y de alli á Cádiz, y estos despues que envió el emir Abdu-r-rashman á sus alcaides y procuró resistirlos, y le rechazaron y se emplearon máquinas de guerra contra ellos y se reunieron los auxilios de Córdoba contra ellos, y tuvieron que huir los Magos y murieron de ellos cerca de quinientos infieles, y les fueron apresadas cuatro naves, y mandó Aben-Guasim quemarlas y vender lo que contenian de botin. Despues tuvo lugar contra ellos una batalla en la alqueria de Talieta, dia mártes á cinco por andar de Safar de aquel año, en que murieron crecido número de hombres de su parte, siendo quemadas de sus naves treinta y colgados en Ixbilia crecido número de Al-Magos, pues se les colgó en troncos de palmeras *que habia en aquella ciudad*; (1) con

(1) El Sr. Dozy loc. cit. p. 281, dice: d'autres furent pendus á Seville, d'autres encore le furent aux palmiers qui se tronvent á Talyáta.

esto se embarcaron los demás en sus naves y caminaron para Yebla, de donde partieron despues para Al-Isbona, quedando suspendida la noticia de ellos. Fué su desembarco en Sevilla, dia miércoles á catorce noches andadas de Almuharram del año 250, y trascurrieron desde su entrada, cuarenta y dos dias, y fué muerto su amir y les dió muerte Dios, y los precipitó en el abismo y fué dispersada su muchedumbre y número eredido en vindicta de Al-lah y en castigo y en remuneracion por lo que ganaron y en suplicio» y cuando mató Dios á su amir é hizo desaparecer su número, y hubo victorias sobre ellos, escribió el amir Abd-ru-rahman á quien habia en Tajuja de Sanagies, haciéndoles saber lo que hiciera Dios con los Magos, y lo que descendió sobre ellos de venganza y destruccion y le envió la cabeza de su amir y docientas de sus varones esforzados.

NOTA B. (PAG. 380).

SOBRE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES.

El Sr. Dozy trae este erudito y curioso apéndice acerca de las columnas de Hércules, de que no queremos privar á nuestros lectores:

«Los detalles suministrados por los geógrafos arábigos acerca de las columnas de Hércules, puede servir para corregir y explicar el pasaje de Isidoro de Beja (c. 36) que trata de la llegada de Muza á España, dice así en la edicion de Florez:

«Dum per supranominatos missos (1) Hispania vastaretur, et nimium non solum hostili, verumetiam in-

4) Los berberiscos bajo Taric. 2) Suprimimos

testino furore conflagretur, Maza et ipse ut miserri-
mam adiens gentem per Gaditanum fretum columnas
Herculis pertendentes, et quasi fumi (variante: *tomi*) in-
dicio portus aditum demonstrantes, vel claves in manu
transitum Hispaniæ præ sagantes, vel reserantes, iam
olim male direptam, et omnino impie adgressam per-
ditans penetrat.»

Para restablecer el sentido y la rima, leemos de esta
manera:

«Dum per supranominatos missos Hispanie vastaretur,
et nimium, non solum hostili, verumetiam intestino
furore conflagretur,

Muza et ipse, *miserriimas* adiens *gentes*,
per columnas Herculis (2), *brachium* (3) protendentes,
et quasi *tumi* (4) indicio portus aditum demonstrantes,
vel *clave* in manu transitum Hispaniæ præ sagantes, (5)
vel reserantes,

las palabras *Gaditanum fretum* que son una glosa y en-
redan el sentido de la oración. 3) Esta palabra es
necesaria para comprender el sentido. «*Brachia in mare
protendens*» se halla en Ovidio (*Metam.* XIV, vs. 190.)
La lección *protendentes* única buena, se encuentra en
una edición más antigua de Isidoro. 4) Según el
geógrafo citado por el Sr. Gayangos, la estatua tenía
los dedos cerrados, á escepcion de uno solo que estaba
en posición horizontal. Es por tanto evidente que el
vocablo usado aquí por Isidoro debe significar un dedo.
En efecto, creemos reconocer en ella la palabra gó-
tica *thuma*, *pulgar*, este vocablo es cierto no se halla
en Ulfilas, traductor que no habla en ninguna parte de
pulgar, pero por analogía *pulgar* sería *thuma* en el idioma
gótico; pues el anglo-sajon y el antiguo frison tienen
realmente esta forma. Además este vocablo (*tumme* en
sueco) existe aún en todas las lenguas germánicas.

5) En la baja latinidad decíase *præsagare* en e
præsagire. Véase Ducange.

iam ojim male direptam,
et omnino impie adgressam,
perditans penetrat.»

Hé aquí ahora el sentido de este pasage: «Muza vino á España pasando cerca de las columnas de Hércules; la estatua que estaba encima de estas columnas tenía «el brazo estendido» parecía indicar con el pulgar la entrada del puerto de (Cadix); la llave que tenía en la mano parecía pronosticar que el enemigo entraria en España ó estar abriendo la puerta de este país.»

En Isidoro se vé que la estatua tenía una llave en la mano y que la mayoría de los escritores árabes afirman lo mismo; sin embargo, el geógrafo citado por el Sr. Gayangos dice formalmente: «En la mano derecha tenía un baston. Algunos autores sostienen que era una llave, pero están en un error. Muchas veces hemos visto la estatuas nunca pudimos descubrir más que un baston en el objeto de que se trata; además personas enteramente fidedignas que vieron la estatua en el suelo me han asegurado que era un baston corto de cerca de doce palmos, con dientes en el extremo como una almohaza. Los Pséudo Turpin tampoco hablan de una llave (*clavis*), sino de un baston, *clava*. El pasage de Cazwini, citado en el texto, prueba que estos autores tienen razon, no obstante que los otros tampoco están equivocados. Cazwini dice que en el año 400 de la Hegira, (1009 ó 1010 de nuestra Era) se cayó la llave que la estatua tenía y fué llevada al señor de Céuta, se pesó y pesaba tres libras. Es cierto, por tanto, que la estatua tuvo una llave en la mano hasta el año 4009, y que cuando se cayó fué reemplazada por un baston; circunstancia que puede servir tambien para fijar la época en que escribió el Pséudo Turpin, el cual, puesto que sólo conoció el baston, debió escribir mucho

despues del año 1010. Efectivamente, multitud de razones, que fuera prolijo enumerar, me inducen á creer que este autor no escribió á principios del siglo XI, como ordinariamente se ha pensado, sino hácia el 1100.

El almirante Ali-Ibn-Isá-Ibn-Maimun, que se sublevó en Cádiz, hizo destruir las columnas de Hércules en el año 1145, y habiendo oido decir á los gaditanos que la estatua era de oro puro (tal era lá opinion general en la Europa cristiana, como puede verse en el Pséudo Turpin) mandó bajarla al suelo. Pero cumplida su orden sufrió un gran desengaño, pues era de bronce, con sólo una ligera capa de oro. Así y todo el oro valia doce mil dinares.

El lector perdonará que nos hayamos detenido tanto en las columnas de Hércules, si considera que los datos recogidos sirven para esplicar un pasaje de Isidoro y el relato de una saga islandesa. Además nadie se habia ocupado aún de identificar la torre de que tratan los geógrafos árabes con las columnas de Hércules y reinaba aún mucha confusion acerca de este punto. El Sr. Reinaud, v, 9, ha escrito (Geografia de Abulfeda, t. II, p. 269): «En los alrededores de Cádiz sobre un montecillo existia un templo consagrado á Hércules ó al ménos á la divinidad fenicia correspondiente á aquel Dios. Una estatua colosal atraia desde léjos las miradas etc. El Sr. Reinaud ha confundido aquí las columnas de Hércules que estaban en el mar y no en una colina (rasaja fi al maan) *sólidamente construidas en el agua* dice Ibn-Tyes) ó al ménos en la playa (*in maris margine*, Pséudo Turpin) con el templo de Hércules, tampoco situado en un montecillo, sino en la isleta llamada Heracleum en otro tiempo y hoy Sancti Petri. La estatua de encima de las columnas nada tiene de comun con el templo de

Hércules y la imágen no es, seguramente, ni la de este dios ni la de ningún otro dios, pues el rasgo característico del culto del Hércules fenicio en Cádiz era, precisamente, la ausencia de toda estatua, como decía Lilio Italico:

Sed nulla effigies simulacrave note Deorum.

Puede consultarse con fruto sobre esta materia la obra publicada en 1610 por Suarez de Salazar con el título *Grandezas y antigüedades de la isla y ciudad de Cádiz*. Libro aunque antiguo, hecho con esmero.

Por último, en muchos lugares se encuentran torres semejantes. En España habia una, cerca de Tarragona y otra cerca de la Coruña (*Torre de Hércules*), que parecen construidas por los fenicios y tenian por objeto, segun la opinion muy plausible de los geógrafos árabes, servir de guia á los barcos que se aproximaban á las costas.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS COMPRENDIDAS EN ESTE TOMO.

	<u>Páginas</u>
Prólogo del traductor.	V
El Cid segun los documentos modernos.	1.
Introduccion.	id.
Primera parte.—Las Fuentes.	7.
Segunda parte.—El Cid de la Poesía.. . . .	124.
Extractos del Siradj-al-moluc.	292.
I. Un campeador en el Egercito de Alman- zor.	295.
II. Un faquí tolerante.	297.
III. Conversacion de Mostain de Zaragoza con un hermitaño del mediodia de Francia.	300.
IV. Ramiro I. de Aragon.	305.
V. Batalla de Alcoraz.	368.
VI. Un escobar musulman.	512.
Los normandos en España.	314.
I. Invasion de 844.	317.
II. Invasiones de 858-861.	336.

III. Invasiones de 969-971.	549.
IV. Expedicion de San Olao.	366.
V. Expedicion de Ulf,	584.
VI. Los últimos vikingues.	586.
VII. Expediciones de los normandos de Francia.	409.
Notas del traductor.	455.

FIN DEL INDICE

DEL SEGUNDO Y ULTIMO TOMO.

